



SERIE ESPINAS DE OMERTÀ

ESPINAS DE MUERTE

EVA WINNERS

ESPINAS DE OMERTÀ SERIE

ESPINAS DE MUERTE



EVA WINNERS

Derechos reservados © 2023 por Winners Publishing LLC y Eva Winners
Diseñador de imagen de portada: Eve Graphic Design LLC
Fotógrafo: Wong Sim
Modelo: Paul Ferran
Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks, LLC
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visite www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

Grupo FB: <https://bit.ly/3gHEe0e>

Página FB: <https://bit.ly/30DzP8Q>

Insta: <http://Instagram.com/evawinners>

BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/eva-winners>

Amazon: <http://amazon.com/author/evawinners>

Goodreads: <http://goodreads.com/evawinners>

Tiktok: <https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/>

ÍNDICE

[Serie Espinas de Omertà](#)

[Lista de Reproducción](#)

[Nota De La Autora](#)

[Prólogo](#)

1. [Isla](#)
2. [Isla](#)
3. [Enrico](#)
4. [Isla](#)
5. [Enrico](#)
6. [Isla](#)
7. [Enrico](#)
8. [Isla](#)
9. [Enrico](#)
10. [Isla](#)
11. [Enrico](#)
12. [Isla](#)
13. [Enrico](#)
14. [Isla](#)
15. [Enrico](#)
16. [Isla](#)
17. [Enrico](#)
18. [Isla](#)
19. [Isla](#)
20. [Enrico](#)
21. [Isla](#)
22. [Enrico](#)
23. [Isla](#)
24. [Isla](#)
25. [Enrico](#)
26. [Isla](#)
27. [Enrico](#)
28. [Isla](#)
29. [Enrico](#)
30. [Isla](#)
31. [Enrico](#)
32. [Isla](#)
33. [Enrico](#)
34. [Isla](#)
35. [Enrico](#)
36. [Isla](#)
37. [Enrico](#)
38. [Isla](#)
39. [Isla](#)

40. [Enrico](#)
41. [Isla](#)
42. [Isla](#)
43. [Isla/Enrico](#)
44. [Isla](#)
45. [Isla](#)
46. [Enrico](#)
47. [Isla](#)
48. [Isla](#)
49. [Enrico](#)
50. [Isla](#)
51. [Enrico](#)
52. [Isla](#)
53. [Manuel](#)
54. [Enrico](#)
55. [Isla](#)
56. [Isla](#)
57. [Enrico](#)

[Epílogo](#)

[Avance De La Trilogía Imperio Robado:](#)

[Avance De Espinas De Silencio](#)

[¿Qué Sigue?](#)

[Sobre La Autora](#)

*A todas las damas que buscan a ese misterioso hombre mayor.
Papi Marchetti está aquí.*

SERIE ESPINAS DE OMERTÀ

*Cada libro de la serie **Espinas de Omertà** puede leerse de forma independiente, a excepción de Espinas de Lujuria y Espinas de Amor, que es la historia de Tatiana Nikolaev.*
Si quieres un adelanto del próximo libro de esta serie, Espinas de Silencio, sigue leyendo después del final.

LISTA DE REPRODUCCIÓN

<https://spoti.fi/3CB11r1>

NOTA DE LA AUTORA

Hola lectores,

Tengan en cuenta que este libro contiene algunos elementos oscuros y escenas perturbadoras. Procedan con cautela. No es para los débiles de corazón.

No olviden suscribirse al boletín de Eva Winners (www.evawinners.com) para recibir noticias sobre futuros lanzamientos.

SINOPSIS

Enrico Marchetti.

Uno de los cinco reyes de la mafia italiana.

Poderoso. Intocable. Corrupto.

Todo comenzó con una mirada inocente a través de una habitación en París. Era mucho mayor que yo. Un dios romano vestido con traje italiano, rodeado de un aura a la que no pude resistirme.

Cuando volví a cruzarme con él, me cautivó bajo su hechizo sin esfuerzo. Sin embargo, no sabía que una noche llena de placer carnal me costaría todo.

Cuando Enrico Marchetti quería algo, no se limitaba a tomarlo. Lo *poseía*. Ahora, su vista estaba puesta en *mí*.

Este hombre guardaba secretos. Lo rodeaban, su esposa muerta, sus hijos.

No quería tener nada que ver en ello, pero no podía escapar. Me había llevado a su reino, cerró las puertas y tiró la llave.

Ahora solo me quedaba luchar. Aunque muriera en el intento.

PRÓLOGO

ENRICO



Pasado

Vi cómo la vida se acababa delante de mis ojos.

Lo había visto tantas veces, que se podría pensar que ya estaba insensibilizado. Sin embargo, en este momento, me tocó hasta el alma. Hasta los huesos. Y el miedo se instaló allí.

Un miedo a perder a otra persona que amaba. Primero fue mi madre. Luego mi padre. Ahora mi hermano.

El pánico me congeló momentáneamente en el sitio y sentí que me asfixiaba, lento pero seguro.

—¡Fue una emboscada! ¡Tenían veinte hombres esperándonos! —gritó mi tío.

Corrí hacia el coche decorado con agujeros de bala y abrí la puerta de un tirón, sacando el cuerpo desplomado de mi hermano. Era del mismo tamaño que yo. Excepto que su cara, tan parecida a la mía, ahora estaba mortalmente pálida.

Su cuerpo yacía tendido sobre la hierba mientras se tornaba rápidamente de color carmesí. Con los viñedos dándonos cobijo, abrí la camisa de mi hermano y escuché tratando de encontrar los latidos de su corazón.

El mundo se movía en cámara lenta, pero aun así demasiado rápido mientras esperaba señales de vida. Cuando no llegó, me apresuré a practicarle reanimación cardiopulmonar.

Uno. Dos. Tres. Respira.

Uno. Dos. Tres. Respira.

Repite. Maldita repetición. Lo haría tantas veces como fuera necesario para devolverle la vida. Volví a buscar el pulso, y estaba ahí, tan débil e inestable que casi lo perdí.

Inhalé aliviado.

Mis oídos zumbaban de adrenalina. Mi corazón retumbaba de miedo.

Manuel y otra sombra se quedaron detrás de mí, bloqueándonos la vista.

—No lo lograré. —Reconocí la voz de Kingston—. Esa herida en el abdomen y la bala en el pecho... No deberías intentar salvarlo. Es demasiado tarde.

Sacudí la cabeza, con las manos ensangrentadas. Pronto estarían empapadas.

Mi hermano yacía en el suelo como una hoja rota. Las voces de mis hombres se hicieron más cercanas y Manuel bramó órdenes mientras enviaba a todos los guardias a la puerta principal de

la propiedad. Se asegurarían de que nadie más muriera esta noche.

Agarré la mano fría de mi hermano.

—¡No te mueras, demonios! —grité. Si fuera mi decisión, seguiría vivo. Por la *Famiglia*—.
¡Despierta de una maldita vez!

Sus párpados se abrieron.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. —Sus palabras eran jadeantes, cada una, una lucha inútil.

Esas fueron sus últimas palabras, y mi corazón sangró al ver cómo se extinguía la luz de sus ojos. Pero el maldito mundo seguía girando. Las olas seguían golpeando la orilla, las gaviotas sonaban en lo alto del cielo, celebrando su libertad.

De alguna manera, sabía que acabaríamos aquí. Su impulsividad, su sentido de privilegio e invencibilidad... eran su condena desde el principio. Solo esperaba que le llegara mucho más tarde en la vida.

—Sabes lo que quiere decir, ¿verdad, *Nipote*? —Manuel solía utilizar esa palabra, *sobrino*, cuando las cosas iban mal o cuando quería fastidiarme. La última, no era el caso en ese momento. Cuando su mano se posó en mi hombro, se me retorció el corazón.

Sabía lo que quería decir. La carga se hizo mía y me convirtió el corazón en piedra.

Tal vez fue ese día que me perdí, y me convertí en uno mismo con las *espinas de muerte*.

UNO ISLA



Presente

Lo atrapé mirándome antes de que empezara el *show*.

Ojos oscuros. Una pizca de plata en su cabello negro azabache. Una fina capa de barba incipiente. Y el fantasma de una sonrisa que podría hacerte caer de rodillas.

El aire se me quedó atrapado en los pulmones cuando sentí sus ojos clavados en mí como una brisa fresca contra mi piel caliente. Por lo general, los hombres, al menos los de mi profesión, me observaban con un único propósito. Llevarme a la cama y presumir de ello ante sus colegas sinfonistas. Nunca supe muy bien qué era lo que atraía sus ojos hacia mí. ¿Eran los vestidos vibrantes y poco convencionales que llevaba mientras tocaba el violín? ¿La atención que obtenía mientras estaba en el escenario? O tal vez era simplemente la forma en que me dejaba llevar por la música.

Pero este tipo me miraba como si quisiera consumirme. Devorarme. Poseerme.

Y se lo permitiría.

El término *papi sexy* nunca había tenido sentido hasta ese momento. Era mayor, aunque definitivamente no *viejo*. Tal vez el doble de mi edad, si tuviera que adivinar.

Inhalé profundamente, pero no había suficiente oxígeno para deshacer el nudo de mi pecho. Sus ojos negros me atravesaban, recorriendo mi cuerpo y estudiando cada una de mis curvas. ¿Le gustaba lo que veía? Dios, eso esperaba.

La excitación se apoderó de mí, enviando un escalofrío por mi espina dorsal. Debería apartar la mirada. Debería darle la espalda. Sin embargo, no lo hice.

En lugar de eso, con el corazón desbocado y la emoción corriendo por mis venas, le lancé un beso y guiñé un ojo juguetonamente. ¿Qué demonios? Solo se vive una vez.

—Isla, ¿estás lista?

La voz de Athena desvió mi atención del desconocido. Me giré y la encontré observándome, junto con Phoenix.

—¿Lista para qué? —pregunté, confundida.

—Quedamos en que tocarías antes de que empezara el desfile de Reina —agregó—. Te lo juro, todo el mundo está perdiendo la cabeza. —No llegué a responder, porque continuó con su parloteo—: Sé que tengo buenos dotes organizacionales, pero lo menos que podrías hacer es seguir instrucciones.

Me mordí el interior de la mejilla. Athena era una maniática del control. Odiaba la desorganización. Y los horarios sin sentido la ponían al límite, no obstante, funcionaba bien para todas nosotras porque el resto de nuestro grupo era un desastre. Bueno, aparte de Reina.

—¿Dónde está tu violín? —chilló, chasqueando los dedos para llamar mi atención.

Bajé los ojos y me di cuenta de que no lo tenía en la mano. Entonces me acordé. Con el apuesto desconocido captando mi atención, me había olvidado por completo de él.

—Déjame agarrarlo —solté, corriendo hacia donde lo había dejado.

Como arrastrada por una fuerza, mis ojos parpadearon hacia donde había estado el hombre, pero ya no se encontraba allí. Un vacío permanecía en su lugar.

Me invadió una decepción que no tenía sentido. Ni siquiera lo conocía. Podría ser un completo idiota.

—Bien, estoy lista. ¿Cuál es la primera canción que vamos a tocar? —inquirí, haciendo señas en ASL (*American Sign Language, o Lenguaje de Señas Americano*) al mismo tiempo para que Phoenix también me entendiera. Lo aprendí poco después de conocerla y a Reina. Odiaba verla excluida de la conversación cuando Reina no estaba cerca. Fue una de las mejores decisiones que había tomado.

La primera vez que me encontré con Phoenix en mi clase de música, me maravilló la idea de que alguien tocara el piano sin poder oír ni una sola nota. Sin embargo, nunca dejó que su discapacidad la detuviera y me enseñó mucho por su forma en la que usaba sus otros sentidos y por lo que la música significaba para ella.

Y su dedicación avergonzaba a la mía. Ella y su hermana menor, Reina, eran muy unidas. Con casi dos años de diferencia entre ellas, Reina había tomado clases extra en el instituto para graduarse junto a su hermana mayor. Cada vez que un profesor discutía por tener a una niña sorda en su clase de música, Reina había intervenido como un pequeño petardo y había discutido hasta que aceptaron a Phoenix, incluso a costa de sacrificar su propio tiempo.

Así fue como acabamos todas en la misma universidad. Reina quería que Phoenix tuviera todo lo que deseaba, específicamente, la mejor educación musical del mundo. Pero ninguna de nosotras estaba dispuesta a permitir que Reina renunciara a su propia pasión: el diseño de modas. Así que nos conformamos con lo mejor de ambos mundos.

El Royal College of Arts and Music. En París, la ciudad del amor.

Después de todo, nos permitió permanecer juntas.

—De acuerdo, ¡qué empiece la fiesta! —exclamé con entusiasmo, sacando mi violín de su estuche—. Reina Romero, simple humana hoy, diosa de la moda mañana.

Nos apresuramos alrededor del gran podio. Fue un ajetreo, todos haciendo cambios de última hora para que todo saliera perfecto. El lugar era magnífico. No tenía ni idea de cómo Reina había tenido tanta suerte de que el *maldito* infame Enrico Marchetti nos dejara utilizarlo. Incluso había invitado a algunos de sus contactos clave.

¡Caramba! Más presión.

Era importante que todo saliera bien. Para todas nosotras. Abriría el mundo de la moda a Reina, el mundo de los grandes músicos a Phoenix y a mí, y expondría a Athena y Raven a artistas y compradores.

Encontré a Reina corriendo como una gallina con la cabeza cortada tras bastidores, preparando a todas las modelos. Zapatos para esta. Listón para aquella. Retoques de maquillaje para aquella.

Dios mío. Yo los mataría a todos. Era mucho más fácil.

—¿Dónde has estado? —declaró con su voz exagerada de *madre*. Las chicas y yo

compartimos una mirada de complicidad—. Dejen de poner los ojos en blanco —refunfuñó—. Vayan a sus lugares —ordenó con su voz más severa.

Podía ser que fuera la más joven de nosotras, pero eso no le impedía ser la más mandona.

Las tres tratamos de ponernos serias, reprimiendo nuestras sonrisas.

—¡Sí, sí, capitán! —El saludo que hicimos casi me hace perder el control y estallar en carcajadas.

DOS ISLA



Tres horas después, chocamos nuestras copas de cristal en señal de celebración, con el alcohol agitándose y las gotas derramándose sobre la mesa.

—¡Por nosotras! —exclamamos al unísono—. Hoy París, mañana el mundo.

Volvimos a la pista de baile, moviendo las caderas y riendo. Por primera vez en más de dos años, me sentí más ligera. El asesinato que habíamos cometido no pesaba tanto en mi alma esta noche, y por las miradas de mis amigas y la forma en que dejaban fluir sus cuerpos con la música, sentían lo mismo.

No me gustaba recordar el aspecto de la muerte, aunque a veces me resultaba imposible olvidar sus ojos opacos y vacíos de vida. Me recorrió un escalofrío fantasmal, pero sacudí la cabeza, ahuyentando los recuerdos. Esta noche se trataba de celebrar nuestros logros.

Dejando que mi mirada recorriera el abarrotado bar, volví a verlo. Mi *papi sexy*. El increíblemente guapo desconocido, a unos metros de mí. Y... Dios mío, venía hacia acá. Casi olvidándome de mis amigas, di un paso hacia él y el aroma a pecado y cítricos llegó a mi nariz.

Demonios, siempre me habían gustado los cítricos.

La comisura de sus labios se levantó.

—Ciao.

Ay, me mojé. Ese acento italiano. Suave y ronco. Dios, sí. Tóname. Devórame. Hazme lo que quieras.

—Hola —saludé, aparentando frialdad y sofisticación, al menos en mi mente. Mientras tanto, mi corazón rebotaba entre las paredes de mi caja torácica como si estuviera en esteroides. Jesucristo, tanta guapura no podía ser saludable.

—¿Celebrando? —curioseó, arqueando las cejas con leve interés—. Por lo que parece, el desfile salió bien.

«*Olvida el desfile de moda, papi*». Si este hombre pudiera tomarme, llevarme a un rincón oscuro y hacer que me corriera, tendría algo que celebrar. «¡Dios mío, contrólate, Isla! *Nada de sexo en la primera cita*». Aunque, técnicamente, era la segunda vez que lo veía, en la misma noche, claro, pero bueno, eran detalles sin importancia. Tendía a no obsesionarme con eso.

—Sí —suspiré, preguntándome qué quería exactamente. De alguna manera, me di cuenta de que yo no era su tipo habitual. Mis ojos se desviaron hacia donde había dejado a su cita. Treinta y tantos. Melena rubia. Piernas que seguían y seguían, casi alcanzando el cielo, mientras que las mías se detenían demasiado cerca de la tierra. Dios, tenía que medir más de un metro ochenta

como mínimo. En cambio, yo, apenas llegaba al metro setenta, y mi cabello pelirrojo gritaba salvaje e indomable. Claro que los hombres me habían perseguido antes, y había rechazado mi buena ración de solteros codiciados que me ofrecían riquezas en bandeja de plata, aunque así eran las cosas cuando estabas constantemente rodeada por las artes. Siempre había que leer entre líneas. Querían probar algo nuevo y exótico.

Sí, aquí había gato encerrado. ¿Por qué me estaba hablando este tipo?

Acortó el resto de la distancia que nos separaba y se me oprimió el pecho. Podía sentir el calor que irradiaba bajo su sofisticado traje hecho a su medida. En cierto modo, me recordaba a mis hermanos. Oscuro, melancólico, intimidante.

Ninguno de los cuales me importaba demasiado. Por suerte para mis hermanos, los quería de todos modos. Sin embargo, este tipo ejercía sobre mí una atracción magnética que no necesitaba. Solo una mirada suya podía robarme el aliento de mis pulmones.

Estaba J.O.D.I.D.A.

De esto se trataban todas las estúpidas películas de Disney. Hombres guapos que se abalanzaban sobre ti, te obligaban a hacer cosas tontas e imprudentes y luego te abandonaban. Disney decidió convenientemente no cubrir la última parte.

Como si leyera mis pensamientos, sus hermosos y besables labios se curvaron en una sonrisa, y cada parte de mí se derretió en un charco a sus pies.

—¡Isla, vamos a ir a otro bar! —vociferó Athena—. ¿Vienes?

Agité la mano sin compromiso, ahogándome en la mirada oscura de este extraño.

—Sí, nos vemos allá.

No me molesté en mirarla. Temía que, si apartaba los ojos de ese hombre, volvería a desaparecer y perdería mi oportunidad. Por alguna ridícula razón, sentía que *necesitaba* esta oportunidad.

Tenía que mantenerlo cerca de mí.

Para mantener su calor. Para mantener su oscuridad. Solo un poco más.

Me estudió con el mismo interés, y me pregunté qué veía. ¿Un goteo de oscuridad que se deslizaba por mi luz, sofocándola lentamente? ¿O eran los pecados que había cometido? El fantasma de una sonrisa pasó por sus labios, y sus hoyuelos convirtieron mi estómago en una sustancia viscosa caliente. Dios, nunca me había interesado mucho la anatomía, pero había algo tan cautivador en su afilada mandíbula. Las curvas y los bordes de su cara eran implacables. Entre aquellos pómulos afilados y la barbilla cuadrada había una boca que debía de estar hecha para decir obscenidades en el lenguaje del romance. Incluso su nariz recta era atractiva.

Con calma, dejé que mi mirada recorriera su cuerpo alto y fuerte. No pude encontrar ni un solo defecto. Su traje azul marino le daba un aspecto severo. Cuando mis ojos volvieron a su rostro, ladeó la cabeza, como esperando a que emitiera mi juicio.

Permanecí en silencio. Porque, en realidad, ¿qué podía decir? El hombre parecía un dios romano.

Desvié la mirada hacia su mano, buscando un anillo de matrimonio. Al ver sus dedos desnudos, sentí un alivio silencioso. Nunca me involucraría con un hombre casado, por muy fuerte que fuera nuestra atracción. Para mí, eso era un rotundo no.

—¿He pasado la prueba? —musitó, con su acento haciéndome temblar. Era un caso triste si solo el sexy acento italiano me excitaba.

—Aún no lo he decidido —bromeé, mintiendo entre dientes.

Sacudió el brazo, dejando que la manga de su chaqueta se deslizara hacia arriba mientras echaba un vistazo a su Rolex *vintage*. Como había crecido rodeada de riqueza y había vivido en

París los últimos años, no era ajena a la opulencia y reconocía fácilmente la calidad por encima de la ostentación. Este hombre procedía de familia rica. No necesitaba ostentarlo para resaltar su poder. Tal vez era precisamente eso lo que me atraía.

—Más vale que te des prisa, pequeña —pronunció, seguro de poder hacer realidad los sueños de cualquier mujer. Probablemente podía—. Cuanto antes empecemos, más rápido ambos sentiremos placer.

Oh. Mi. Jodido. Dios.

¿La forma en que hablaba de placer como si fueran negocios? Ese era un hombre italiano hecho para mí, al parecer. Dios, necesitaba tener sexo. Mi primer novio fue un desastre. Juré que casi metió su pene en el agujero equivocado y me marcó de por vida. Obviamente, desde entonces, no me había aventurado a la segunda, por no hablar de la tercera base con un chico. Había estado ocupada con cosas y tratando de no volver a cometer los mismos errores.

En cualquier caso, apostaré mi violín, mi posesión más preciada, a que este hombre sabía exactamente cómo dar y recibir placer.

Mis ojos se desviaron a su alrededor hacia donde estaba la rubia guapísima.

—¿No estás en una cita? —indagué, entrecerrando mis ojos—. Lo último que necesito es una escena con una mujer despechada gritándome. Dios no quiera que sea en italiano. No sabría ni cómo responder.

Me ofreció su mano. Su aplomo me desconcertó y me fascinó al mismo tiempo.

—No vino conmigo y no se irá conmigo —respondió.

A la mierda. No solía ser impulsiva, pero esta noche las estrellas se estaban alineando. Esto estaba destinado a ser, estaba segura de ello.

Así que puse mi mano en la suya, su calor se filtró instantáneamente en mí y se extendió hasta los dedos de mis pies. Se inclinó hacia mí, entrando en mi espacio personal, y rozó con el pulgar mi garganta. Una simple fricción, pero que hizo que mi cuerpo se desbocara. Me recorrieron escalofríos y se me puso la piel de gallina.

Su sonrisa era depredadora y, en respuesta, mis entrañas se apretaron y mis bragas se humedecieron entre mis muslos. Se inclinó hacia delante, con los labios cerca de mi oreja, y susurró.

—Haré que sea bueno para ti.

Sin la menor duda, sabía que lo haría.

Diez minutos después, entramos en una casa elegante. No, no una casa. Una mansión en el centro de París. Sabiendo lo que sabía sobre el sector inmobiliario en la ciudad, no podía creer que alguien aparte del primer ministro francés pudiera permitirse algo así en el corazón de París.

—¿Qué haces exactamente? —pregunté mientras mis tacones chasqueaban contra el mármol. Toda la casa estaba en penumbra y en el aire flotaba una suave música italiana. Como si siempre hubiera planeado traer a alguien a casa. Me invadieron unos celos irracionales, no obstante, los reprimí y me concentré en aquel hombre increíblemente guapo, dejando que su presencia reforzara mi decisión espontánea en lugar de hacerme dudar de ella.

La luna brillaba en el cielo, probablemente mirando hacia abajo y siendo testigo de muchas aventuras de una noche, riéndose de toda la gente ridícula en busca de placer. Bueno, dejemos que la luna se ría. Yo sería la que se reiría cuando saliera el sol como la mujer más saciada de este planeta.

Subimos las escaleras en silencio mientras mi corazón gritaba, casi saliéndose de mi pecho. Mi teléfono zumbó, o tal vez fue el suyo, pero ninguno de los dos hizo caso. Me temblaban las rodillas bajo el coqueto vestido amarillo que Reina había diseñado para mí.

La noche anterior me lo entregó con las palabras:

—*Creo que te traerá buena suerte.*

Tenía toda la razón.

Dios mío, realmente estaba haciendo esto. Efectivamente estaba teniendo una aventura de una noche. No había nada raro en que una chica de veintitrés años tuviera una aventura de una noche al menos una vez en la vida. Seguramente, estaba en la lista de deseos de todo el mundo.

Entramos en el dormitorio, grande y poco iluminado, con acentos en blanco y negro por todas partes. La puerta se cerró con un suave chasquido y, antes de que me diera cuenta, se acercó a mí con ojos fríos y distantes.

Me acorraló contra la pared, cada paso más ansioso que el anterior. Apoyé la espalda contra la misma cuando un pensamiento se impuso a mi deseo.

—Espera. —Respiré nerviosa. Se detuvo al instante, lo que me tranquilizó un poco. Notaba que no me obligaría a hacer nada que no quisiera. Mi pulso luchaba dentro de mi garganta mientras me observaba con esa mirada oscura que me hacía sentir como si me estuviera ahogando en aguas profundas—. Ni... ni siquiera sé cuál es tu nombre —solté.

Me consideró con esos ojos.

—Enrico.

¿Estaba...?

No, no podía serlo. Enrico era un nombre italiano muy común... ¿verdad?

—¿Alguna otra pregunta antes de empezar? —inquirió con esa voz de acento profundo.

Mis fosas nasales se encendieron. Probablemente me consideraba una chica que coqueteaba y tenía sexo con extraños todo el tiempo. No lo era, sin embargo, no importaba. Probablemente nunca lo volvería a ver.

—No más preguntas —respondí—. Puedes proceder, *Enrico*.

En sus ojos destellaba una oscura diversión, y algo en su boca, que se curvaba en una media sonrisa, hizo que se me retorcieran las entrañas. Tal vez había esperado demasiado para volver a probar el sexo, y ahora todo lo relacionado con aquel hombre me provocaba un orgasmo. No era una mojigata ni mucho menos. Ni tímida. Había tenido muchas citas, pero las caricias y los besos me dejaban sintiendo nada. Hasta ahora. Nadie había despertado esta llama en mí y luego la había avivado hasta convertirla en un infierno como este semental italiano.

No era de extrañar que las mujeres se volvieran locas por los hombres italianos.

Me agarró a través del vestido y gemí, arqueando el cuerpo contra la pared. Su pulgar encontró mi clítoris y se abrió paso a través de la tela, presionando con fuerza y masajeándolo en círculos perezosos.

Un gemido subió por mi garganta y llenó el espacio entre nosotros.

—Joder, estás ansiosa, *Dolcezza* —murmuró, sus labios rozando mi garganta.

—Me llamo Isla —repliqué—. No *dolce-lo* que sea.

Una risita oscura vibró en su pecho.

—Significa dulzura en italiano.

—*Oh*. —Maldición, si todos los hombres italianos se parecían a él, definitivamente debería aprender el idioma.

Se apartó y me miró a la cara mientras se quitaba la chaqueta. Después se retiró los zapatos y esperé ansiosa a que siguiera la camisa y los pantalones. No se los quitó. Su siguiente movimiento me hizo olvidarme de todo.

Su cuerpo chocó contra el mío y nuestros labios se fundieron. Era mucho más alto que yo, tanto, que sentí como si me hubiera tragado entera. Se me pusieron los ojos en blanco de tanto

placer. Las estrellas estallaron detrás de mis párpados y le rodeé el cuello con las manos, aferrándome a su camisa para acercarlo. Necesitaba más de él.

Me levantó en sus brazos y mis piernas rodearon su cintura. Mis tacones se estrellaron contra el suelo de madera de un golpe. Sus dedos se clavaron en mi trasero mientras me estrechaba contra él, con la lujuria encendida en mi vientre bajo. Cuando frotó su miembro contra mí, perdí el control. Su cuerpo era como el mármol bajo mis caricias. Gemí, hundiendo mis garras en él, necesitando mucho más.

Los labios de Enrico eran suaves como el terciopelo cuando deslizó su lengua en mi boca. Otro gemido burbujeó en mi garganta y se lo tragó, sus caderas ondulando contra mi sexo caliente. Y por el sentir de su longitud dura, *muy dura*, estaba bien dotado.

Cada movimiento de sus caderas contra mi coño me producía una descarga de placer. Nos besamos como dos humanos necesitados. Quizás estaba tan hambriento de caricias como yo. O tal vez lo daba todo cuando cogía. En ese instante, no me importaba. Como una mujer codiciosa, lo tomé todo.

Me mordió el labio inferior con fuerza antes de chuparme el dolor. Grité pidiendo más, apretando mi cuerpo descaradamente contra el suyo. Deslizó su mano entre nosotros y por debajo de mi vestido. Me apartó las bragas y metió dos dedos mientras mi cabeza caía contra la pared. Un ruido obscenamente erótico llenó la habitación. Un ruido que provenía de *mí*, de lo *mojada* que estaba.

Gruñó, murmurando algo en italiano. Estaba tan ida que no me importaba lo que dijera. Solo necesitaba que siguiera adelante. Un gemido involuntario escapó de mis labios cuando hundió más sus dedos en mí. Cada vez que los introducía, los curvaba y golpeaba mi punto G.

Sacó los dedos y se me escapó un gemido. Abrí los ojos de golpe y lo vi observándome fijamente. Parecía sereno, casi indiferente, pero había un brillo oscuro en sus ojos que hizo que mi alma se estremeciera por sus oscuras promesas.

Su otra mano subió hasta mis pechos, retorciéndome bruscamente un pezón a través de la fina tela de mi vestido.

—Isla. —Arrastró las palabras, subiendo los dedos y untándome el labio inferior con mi deseo—. ¿Es un nombre ruso?

—Sí —suspiré—. No. —No podía pensar con claridad. Mis hermanos siempre insistieron en mantener mi herencia rusa en secreto—. Crecí en California.

Volvió a poner sus dedos en mi coño mientras me saboreaba en los labios.

—Tu boca sabe a dulzura, mi *dolcezza*.

Pasó su boca por mis labios, la mandíbula y luego por el cuello. Haciendo caso omiso de mi inexperiencia, bajé la mano hasta su cremallera y empujé la palma contra su enorme miembro. *Dios mío*.

No había forma de que encajara. Estaba hecho como uno de esos penes de mis novelas románticas favoritas.

Debió de notar mi pánico, porque ronroneó:

—Yo marco el ritmo, pero tú obtendrás el placer primero.

Parecía un buen trato. Maldición, no tenía idea. Todavía estaba pensando en su enorme miembro alienígena.

Me metió otro dedo, la mayor parte de su mano, y estaba tan llena que creí que iba a explotar. Se tragó mis gemidos con nuestro sucio beso mientras seguía penetrándome con sus dedos hasta que el placer me atravesó como un rayo. Me corrí en toda su mano, con escalofríos bajándome por la espalda y mi cuerpo convirtiéndose rápidamente en papilla.

Enrico me sostuvo, me tomó la barbilla entre los dedos y me miró fijamente.

—Apenas hemos empezado —gruñó—. ¿Estás lista para la siguiente ronda?

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Nací preparada —contesté, con la voz ronca.

—*Bene*. —Parecía complacido con mi respuesta, sus ojos se clavaron en mí—. Ahora, voy a comerte el coño. Más vale que sepas tan bien como te ves. —Luego sonrió con suficiencia—. Aunque a juzgar por la dulzura de tus labios, no me decepcionarás.

Antes de que pudiera procesar sus palabras, me apoyó contra la pared y se puso de rodillas. Sin esfuerzo y ágil, como si estuviera en su mejor momento. Bueno, *duh*. El hombre *estaba* en la flor de la vida. Con un movimiento rápido, me levantó el vestido, me bajó las bragas por las piernas y las tiró a un lado. Me echó una pierna por encima de su hombro y me penetró con la lengua.

—¡Maldición! —suspiré, con los ojos entrecerrados. Lamió y chupó, haciendo rodar su lengua alrededor de mi clítoris como si fuera una paleta—. ¡Oh, Dios... mío!

Su risa vibró en mi interior mientras mis caderas se arqueaban en su boca por voluntad propia. Entonces empezó a follarme con la lengua. Pasé los dedos por su cabello y lo agarré como si nuestra cordura dependiera de ello. Era mi primera experiencia con el sexo oral y juré por Dios en ese mismo instante que no sería la última.

¡Diablos!, vaya que me lo había estado perdiendo.

Mi cabeza se inclinaba contra la pared mientras la boca de Enrico me devoraba, y cada ruido de su garganta me acercaba más y más a otro orgasmo. Oprimí los muslos contra su cara, apretándome contra él como una libertina. Los sonidos que emitía me hacían vibrar, haciéndome pensar que realmente disfrutaba comer mi centro.

Ese pensamiento me llevó al límite. Lo sentí desde la punta de los dedos de los pies hasta los cabellos de mi cabeza. Fue como una descarga eléctrica, que envió ondas a través de mi cuerpo y me disparó al cielo.

Este hombre era un fenómeno andante, parlante y productor de orgasmos.

Cerró los labios sobre mi clítoris hinchado y lo chupó con fuerza.

—¡Enrico! —grité, todo mi cuerpo temblando violentamente mientras olas de placer me atravesaban. Esto tenía que ser el paraíso del sexo.

Mis pies chocaron con la madera, el frío contrastaba con mi piel caliente. Con un seductor sonido de cremallera, mi vestido se aflojó y cayó por mis piernas, quedando alrededor de mis pies. Me había ahorrado el sujetador, ya que el vestido lo llevaba incorporado, y ahora estaba desnuda delante de él, mientras que seguía vestido.

Entonces, mientras lo miraba bajo mis pestañas, con la respiración agitada, se levantó y se quitó los calcetines, seguidos de los pantalones de vestir y la camisa. Dios, ¡había estado todo el tiempo sin ropa interior! Se me hizo agua la boca al verlo desnudo. La piel aceitunada cubría cada plano duro de músculo, haciéndome salivar. Quería lamerle cada centímetro de su cuerpo.

No tenía ni idea de dónde había sacado un condón, pero agradecí que al menos uno de los dos estuviera pensando. Ni siquiera me había pasado por la cabeza. Vi cómo rasgaba el envoltorio con los dientes y lo enrollaba en su longitud, y tan solo el acto de hacerlo me pareció una nueva forma de porno.

—¿Sabes?, si te grabaras poniéndote un condón, apuesto a que ganarías millones en una página de *OnlyFans* —agregué con voz ronca, y los ojos clavados en su miembro—. O en TikTok —continué de mala gana.

—No te preocupes por cómo gano mis millones, pequeña. —Mierda, ¿por qué eso me

excitaba aún más?

Aún mejor. Odiaba la idea de que alguien más viera el cuerpo desnudo de este hombre. Quería reclamarlo como mío. Sacarle los ojos a cualquier perra que se atreviera a mirarlo.

«Jesucristo, eso es un poco violento para sexo de una noche», pensé.

—De acuerdo, entonces. —Inhalé, con la expectación zumbando bajo mi piel—. Todo para mí y gratis —musité, acercando mi mirada entrecerrada y llena de lujuria a la suya.

Su dedo recorrió mis pechos, retorciendo un pezón y luego el otro. Mi espalda se arqueó ante sus caricias. Su aroma almizclado me invadió y me di cuenta de que nunca podría comer ni oler nada cítrico sin pensar en esto. ¡En él!

—Súbete a la silla —ordenó. El sonido de su voz grave y áspera me hizo palpar el corazón.

Mi mirada recorrió la habitación hasta que vi el diván color crema al que se refería. Estaba cerca de la ventana y mi corazón martilleó contra mi pecho. Abrí la boca para preguntarle si realmente me quería allí, pero su intensa mirada me lo dijo todo.

Con los latidos de mi corazón palpitando, crucé la habitación y me senté en la silla, cuyo frío material era como el hielo contra mi piel ardiente. Sin apartar la mirada, me eché hacia atrás, observándolo acercarse a mí como un depredador dispuesto a devorar a su presa.

—Abre las piernas.

Un leve hilillo de excitación se abrió paso por el interior de mis muslos. Por Dios. Aquel hombre ya me había hecho alcanzar el clímax dos veces, y mi vagina seguía ávida de más.

—No me hagas repetirlo, *Dolcezza*. —Ronroneó con una oscura advertencia.

A la mierda. Si quería pruebas de mi excitación, las tendría. Abrí bien las piernas, apoyándome en el respaldo suave de la silla.

—¿Vas a ponerte de rodillas para mí otra vez, Enrico? —expresé, con la voz más ronca de lo que me hubiera gustado—. ¿Estás seguro de que estás listo para la siguiente ronda?

Los labios de Enrico se torcieron como si mi temperamento lo divirtiera. Isla la *Diosa*. O Isla la *Tentadora*. *Encantadora*. Yo, Isla, había perdido oficialmente la cabeza. Isla la *Loca*.

A pesar de estar desnudo, parecía un rey mientras caminaba hacia mí y, para mi sorpresa, procedió a ponerse de rodillas.

—Cualquier cosa por mi reina —gruñó antes de enterrar su cara en mi coño.

Devoró mi sexo como un muerto de hambre que sabía que era su última comida. Otra vez. Levantó la mano y me pellizcó un pezón, y un escalofrío me recorrió. Eché la cabeza hacia atrás y mis caderas se arquearon en su boca.

Apenas nos habíamos dirigido seis palabras el uno al otro, pero ahí estaba, de rodillas, diciéndome todo lo que necesitaba saber. Este hombre era un dios de rodillas y magnífico con la boca. Un destello de luz de luna se coló por las ventanas y proyectó sombras nítidas sobre su rostro, resaltando el brillo de la lujuria en sus ojos oscuros. La humedad me mojaba los muslos y cada roce de su lengua en mi clítoris hipersensible provocaba otro escalofrío de necesidad. Mi cuerpo se contrajo y jadeé, necesitando algo más que su boca en mi coño.

Me metió dos dedos. Dentro, fuera, dentro, fuera, cada vez más rápido hasta que mi orgasmo fue inminente. Se acumuló en la base de mi columna vertebral antes de explotar, sin más. Se levantó y se inclinó sobre mí, agarrándome por los muslos y rodeando su cintura con ellos. Me embistió de golpe, hasta el fondo. Un grito salió de mi garganta, su enorme miembro me estrechó. Mis entrañas se cerraron en torno a él mientras me follaba hasta el orgasmo. Se me llenaron los ojos de lágrimas ante el intenso placer que se acumulaba en mi interior.

Siguió cogiéndome, mis gemidos y quejidos sin sentido fluían mientras me penetraba, mezclándose con sus gruñidos.

—¡Ohhh... mi... maldito... Dios!

Su risa oscura reverberó en mí.

—Dios no, *Dolcezza*. Di mi nombre.

Su mano izquierda se acercó a mi garganta, apretándome contra la silla mientras hacía saltar mi pierna izquierda sobre su hombro. En su siguiente arremetida, grité su nombre. Una y otra vez.

Mis uñas se clavaron en sus antebrazos, aferrándome a él, o quizá para apartarlo, el placer era demasiado intenso, pero eso hizo que me cogiera con más fuerza. La tensión apareció en la cara de Enrico. Nuestros gemidos y jadeos bailaban en el aire, nuestros cuerpos se golpeaban furiosamente. Registré la ventana una vez más, y solo pensar en todo París observándonos mientras follábamos como conejos fue suficiente para encenderme. El calor se apoderó de mi cuerpo y esa sensación familiar volvió a crecer. ¡Santo cielos! ¿Era realmente posible llegar al orgasmo más de tres veces en una noche?

Eso fue como una puesta al día por todos los años de no darle otra oportunidad al sexo. La espera había valido la pena.

Me estrujé contra su cuerpo. Apretó con más fuerza contra mi garganta, manchas débiles bailando a través de mi visión, mientras sus empujones se volvían salvajes. Brutales. Me consumían tanto que me sentí arruinada. Para cualquier otro hombre.

La fricción entre nuestros cuerpos aumentaba. El sudor brillaba en la frente de Enrico y los músculos tensos le rodeaban el cuello. Me cogió con toda su fuerza, golpeando mi punto G una y otra vez.

—Enrico, ¡por favor! —sollocé mientras me derrumbaba.

—¡Tu coño se siente tan bien! —rugió—. Creo que lo haré mío.

—¡Sí. Maldición, sí! —Jadeé—. Por favor... Voy a... ¡*Demonios!*

Grité mientras me invadía un placer abrasador. Todos mis pensamientos se desvanecieron, dejando un entumecimiento a su paso. Siguió follándome con fuerza y brutalidad, arrancándome otro orgasmo y dejándome sin huesos bajo sus pies. Mi centro se convulsionó a su alrededor con mi tercer, quizá cuarto, ya había perdido la cuenta, orgasmo cuando Enrico por fin se corrió, con su miembro retorciéndose y palpitando dentro de mí.

Nos quedamos tumbados, con mi pierna aún enganchada a su hombro, la respiración agitada y él profundamente dentro de mí. Bajé los ojos, sonriendo como una tonta, cuando su risa oscura me hizo abrir los párpados de golpe.

Me cargó en brazos y me llevó a la cama. Cuando me acostó, su enorme cuerpo se cernió sobre el mío, calentándome como una manta. Presioné la cara en su pecho cálido y bronceado y lo llené de besos.

—Me alegro tanto de que supieras dónde meterlo —murmuré, sonriendo complacida mientras una lánguida sensación tiraba de mis músculos. Nunca había sentido tanta paz. Ni siquiera cuando tocaba el violín.

—¿Perdón?

—*Ugh*, mi primer... *ummm*, encuentro sexual. El tipo no sabía qué hacer con su pene.

Su mano, que acababa de darme cuenta de que aún me rodeaba el cuello, apretó con más fuerza y me encontré con su mirada oscura.

—*Dolcezza*, esta es tu primera y última advertencia. Nunca vuelvas a mencionar a otro hombre.

Me reí entre dientes, ligeramente incómoda. No sabía si hablaba en serio o no.

—Supongo que es verdad lo que dicen de los hombres italianos. Son muy posesivos, ¿eh?

—No tienes ni idea. —Sonrió seductoramente. Peligrosamente—. Ahora, voy a hacerte gritar, de nuevo, y nunca recordarás a nadie más antes que a mí.

Apenas tuve energía para levantar la ceja, aunque eso no detuvo a mi boca.

—Adelante.

Cuando cinco horas más tarde caímos en la cama, estaba minuciosamente follada. Mis labios estaban hinchados y marcas de barba cubrían cada centímetro de mi piel blanca. Por no hablar de las marcas de mordiscos. Estaba segura de que la expresión de mi cara demostraba que había estado en el paraíso del sexo y había vuelto.

Me desperté con unos ojos oscuros mirándome fijamente, a diez centímetros de mi cara. Grité. Ella no. Me aparté como si fuera la peste y subí las sábanas hasta la barbilla.

—¿Qué demonios? —siseé. No contestó. De hecho, ni siquiera se inmutó. Miré a mi lado y vi que la cama estaba vacía. Jesucristo, ¿dónde demonios estaba Enrico?—. ¿Quién eres? —escupí, mirando a la mujer. Era guapa. Cabello oscuro. Ojos aún más oscuros. Pequeña. Piel aceitunada que daba envidia. Era más fácil ocultar tus emociones con ese tipo de tez. De nuevo, sin respuesta—. ¿Dónde está Enrico? —pregunté cansada.

Se acercó a la mesita de noche y en mi mente se retorcieron todos los escenarios equivocados. Iba a matarme. Era una psicópata. Ya podía ver la primera página.

—Examante celosa mata a amante de una noche.

«*Contrólate, Isla*», me reprendí mentalmente.

Me sobresalté cuando sacó una fotografía de su bolsa.

Le dio la vuelta y se me paró el corazón.

Era una foto de una boda, la superficie granulada y arrugada. Y esta mujer... era la esposa de Enrico.

Oh. Mi. Maldito. Dios.

TRES ENRICO



Golpeé impaciente con los dedos la mesa de caoba.
Cazzo, no quería estar aquí. Había dormido como un bebé por primera vez en casi tres décadas y luego *esto*.

Dirigí una mirada a Giulio y lo despedí con una inclinación de cabeza apenas perceptible. Llevaba casi quince años en nuestra Familia, pero nunca mantenía a ninguno de mis hombres en la sala cuando hablaba de negocios con los demás jefes de la Familia.

Manuel, mi tío, era la única excepción. *Cazzo*, «joder», con apenas cinco años más que yo, me dolía llamarlo tío. Prácticamente nos criamos juntos, más bien como primos.

—¿Qué es tan urgente que no podía esperar hasta mañana, Costello? —Mi tono era molesto, pero mierda, dejé a la musa de Botticelli desnuda y desparramada en mi casa por esta petición “urgente” de reunirnos.

Costello sostenía un puro en una mano, su cabello oscuro y sus ojos sosteniendo mi enfado. Contrariamente a la creencia común, Costello no era italiano. Lykos Costello era el jefe de la mafia griega. Desde que falleció su esposa, pasaba la mayor parte del tiempo en el sur de Grecia con sus hijos. Su hija menor, Aria Costello, estaba enamoradísima de mi hijo menor, Amadeo. A los trece años, ya se creía un donjuán cuando se trataba de las damas. Durante la boda de Luca DiMauro con Margaret Callahan, ella incluso llegó a pegarle a algunos chicos para defenderlo. Era algo que Enzo, el mayor, debería haber hecho. La familia primero. Siempre.

—No te enfades conmigo —pronunció—. No te habría molestado si no fuera urgente.

Lykos no solía ser una persona dramática. Era reservado y se centraba en dirigir su imperio y criar a sus hijos. Sus hijos eran tan mayores como los míos, no obstante, su hija era joven y vulnerable.

—De acuerdo, ¿qué es tan urgente? Espero que no sean tus hijos. —Siendo padre soltero, comprendía muy bien esa vulnerabilidad.

—No, no. Están bien. De vuelta en Grecia.

Asentí, golpeteando los dedos en el escritorio y pensando de nuevo en la mujer pelirroja que había dejado en mi cama. Había mantenido a Isla despierta hasta altas horas de la madrugada, y estaba seguro de que estaría allí, probablemente aún dormida, cuando volviera.

No me atreví a preguntarme por qué no la eché de mi cama. Nunca dejaba que las mujeres se quedaran a dormir, sin embargo, no tuve valor para despertar a esta.

—La mafia corsa interceptó mi cargamento desde Estados Unidos. —Odiaba a los franceses

en general, y a la mafia corsa en particular.

—¿Planeabas atracarlo aquí y tomar la ruta terrestre a Grecia? —Parecía extraño, pero teóricamente su cargamento no debería haber estado tan cerca de la costa para que los corsos lo interceptaran.

—¿Cuándo he querido atracar en Francia? —refunfuñó—. El barco tuvo algunos problemas técnicos y tuvo que hacer una parada de emergencia. Justo cuando estábamos a dieciséis kilómetros de la costa, los cabrones nos arrebataron el barco.

Bueno, esa era la mafia corsa para ti.

—¿Qué quieres que haga? No trabajo con ellos.

—Pero tienes muelles en Francia —comentó irónicamente—. Voy a atacarlos y recuperarlo. Necesitaré un puerto temporal aquí en Francia y otro en Italia para reparar el barco antes de que siga su camino hacia Grecia.

—Son muchos favores —contesté inexpresivo.

—Haré que valga la pena. —Por supuesto que lo haría.

—¿Qué hay en el barco? —No se me escapó que no lo había mencionado. Cuando guardó silencio, entrecerré los ojos—. Más vale que no sea comercio de carne. —Aunque no creía que lo fuera.

Su difunta esposa había trabajado con víctimas del tráfico sexual; lo habría asesinado mientras dormía si hubiera sospechado siquiera que estaba implicado en algo así mientras aún estaba cerca. Nadie sabía cómo había muerto la difunta señora Costello porque todos en el bajo mundo sabían que era mejor no preguntar.

—No es tráfico de personas —me aseguró, y luego se burló—: Debo decir que me parece un poco hipócrita, teniendo en cuenta en lo que está metido Romero.

Sacudí la cabeza.

—Terminó con esa mierda. —Solo recientemente, pero no necesitaba saber eso.

Arrugó las cejas y entonces se le ocurrió una idea.

—Bueno, mierda. No creía que mucha gente pudiera seguir sorprendiéndome. —Resultó que sí podía. A decir verdad, Romero también me había sorprendido. Unas semanas atrás, había venido a mí con la petición de arreglar un matrimonio entre su hija menor y Dante Leone. Cuando le dije mi condición, terminar con el tráfico de humanos, admitió lo que había estado haciendo durante los últimos años. Fingió su implicación para poder eliminar fácilmente a los que realmente lo hacían. El hombre era tan brillante, aunque me hizo preguntarme qué le había llevado a cambiar de opinión—. No pensé que lo tuviera en él.

Me encogí de hombros, sin hacer eco del sentimiento.

—Bien, ¿qué hay en el barco?

—Drogas y armas.

—Veinte por ciento de comisión —exigí—. Diez por adelantado y diez cuando recuperes el cargamento.

Dejó escapar una carcajada incrédula.

—Malditos italianos.

—Malditos griegos.

—De acuerdo, trato hecho.

Estuvimos de acuerdo.

—¿Aria sigue encaprichada con Amadeo? —bromeé.

Puso los ojos en blanco.

—Será mejor que mantengas a tus hijos lejos de mi hija. A uno quiere matarlo. Con otro

quiere casarse. Ninguna de las opciones es aceptable.

Me reí entre dientes.

—Mejor mantenla encerrada en Grecia. —Menos mal que no tenía hijas de las que preocuparme.

Pasó otra hora antes de que llegara a casa y subiera las escaleras, quitándome la corbata e imaginando cómo tomaría a la diosa de Botticelli en mi cama, sobre sus manos y rodillas. La escucharía gemir y gritar mi...

Me detuve de repente. La cama estaba hecha, la habitación limpia, y el olor de la mujer con la que había pasado horas follando no estaba por ninguna parte.

—¡Manuel! —bramé, agitado por no estar ya metido en mi cama y encontrando el paraíso entre los muslos de la diosa pelirroja.

Mi mano derecha, y casualmente mi tío, entró corriendo en la habitación como si no le importara nada. Y probablemente era así, lo que aumentó mi frustración.

—¿Dónde está la mujer?

Sus cejas se fruncieron.

—¿Qué mujer?

—La que dormía aquí —respondí, apretando los dientes.

Su ceja se alzó.

—Nunca las dejas pasar la noche.

Apreté tanto la mandíbula que oía rechinar los dientes. ¿Por qué tenía que señalar lo obvio?

—¡Dejé que esta pasara la noche! —espeté—. ¿Dónde demonios está?

—¿Cómo demonios voy a saberlo, *Nipote*? —Puso los ojos en blanco—. Acabo de llegar hace diez minutos.

Arrugué las cejas.

—¿Dónde has ido?

Se encogió de hombros.

—Esa perra de Donatella apareció aquí. Tuve que llevarla al manicomio.

—¿Donatella estuvo aquí? —Mi voz era inquietantemente calmada, pero bajo esa calma, tronaba mi furia. Asintió con la cabeza—. ¿Vino antes o después de que la mujer se fuera?

—Debió de ser después —murmuró, pero por su expresión estaba claro que no lo sabía—. No vi a ninguna mujer aquí. Si esa zorra psicópata la hubiera visto, estaría muerta.

La sospecha me recorrió la espina dorsal, sin embargo, en ese instante tenía problemas más graves que una diosa del Renacimiento.

¡Donatella! Maldita sea, porque su mierda era lo último que necesitaba en ese momento.

CUATRO ISLA



Caminata de la vergüenza.

Lo experimenté por primera vez en mi vida, e incluso la hermosa mañana no pudo hacer nada para aliviar el ardor de mis pecados. Había roto mi regla: Nunca dormir con un hombre prometido a otra. Debería haber hecho la pregunta sin rodeos. Debería haber sido más minuciosa.

No quería acabar como mi madre, siendo la segunda opción para un hombre. No sabía mucho de ella, pero lo poco que sabía me hizo estar decidida a no encontrarme en su lugar. Nunca.

Cuando era pequeña, le pregunté a Illias, mi hermano mayor, por qué nuestro padre nunca se había casado con mi madre. Evitó la respuesta durante años hasta que por fin reuní el valor para acorralarlo.

El recuerdo de cuando me visitó en el internado volvió a mí como si fuera ayer.

—Isla, déjalo ya —refunfuñó. Mi mano tiró de la manga del traje de mi hermano, haciéndolo gemir de fastidio. Incluso con quince años, mi mano parecía pequeña e infantil sobre la de Illias—. Los muertos también merecen un poco de paz, y hablar de ellos no te traerá ninguna respuesta.

—Yo debería juzgar eso —protesté, con voz quejumbrosa—. Estoy segura de que sabes algo, no obstante, estás siendo un cerdo testarudo.

—Ese es mi trabajo.

Negué con la cabeza.

—No, tu trabajo es decirme todo lo que sepas sobre nuestro padre. De mi madre. Merezco saberlo. —Su mandíbula se tensó, pero antes de que pudiera decir algo, continué—: Sabes lo jodido que se siente no saber nada de tus padres. —Respiré hondo—. Incluso una simple prueba biológica sobre las similitudes de rasgos con tus padres. No sé si los tengo o no.

Pude ver la expresión sombría cruzar sus facciones, y me pareció oír rechinar los dientes de mi hermano.

Se hizo el silencio. Otros padres iban y venían, lanzándonos miradas curiosas, pero ninguno de los dos los reconoció. Como siempre, Illias había acudido a la reunión como mi tutor. Casi veinte años mayor que yo, Illias había sido mi hermano, mi madre y mi padre. Mi familia entera. Nuestro otro hermano, Maxim, también ayudaba, sin embargo, Illias siempre se las arreglaba para desempeñar el papel con mayor eficacia. Tenía el aura de un dios: alto, fuerte y poderoso.

Su cabello oscuro y su penetrante mirada de obsidiana hacían difícil que las mujeres se resistieran a él.

Por supuesto, las profesoras se enamoraban de él y los profesores se sentían incómodos a su alrededor.

Una suave brisa recorría los terrenos de mi colegio. Tenía otros diez minutos más o menos antes de que se fuera y tendría que volver a mi dormitorio. Reina y Phoenix ya estaban allí. Su padre había ido y venido, ambas aliviadas de haberse quedado solas.

No me importaba estar aquí, pero me encantaba estar en casa con mis hermanos. Me encantaba estar en cualquier sitio con ellos.

—Te pareces a ella —confesó finalmente—. De hecho, eres su vivo retrato.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿En serio? —Un asentimiento escueto fue mi respuesta—. Pero ¿no te agradaba?

Un músculo de su mandíbula se tensó y algo amargo pasó por sus ojos.

—No la conocí lo suficiente ni el tiempo adecuado.

Dejé escapar un suspiro frustrado.

—Bueno, la conociste por al menos nueve meses.

Al fin y al cabo, hacía por lo menos ese tiempo que me cocinaba en su barriga, y sabía que padre la llevó a casa, a Rusia, porque fue allí donde nació. Además, Illias fue quien ayudó al médico a traerme al mundo.

—No interactué mucho con ella —replicó Illias secamente—. Estaba ocupado manejando —vaciló, y pareció que casi se le zafaba, pero se recompuso rápidamente—... los negocios que Padre descuidaba.

Mis hombros se desplomaron. Illias siempre estaba en control, y deseaba que lo perdiera para poder obtener información. Cualquier dato, porque estaba segura de que ocultaba algo.

Me estrechó en un abrazo y su aroma familiar se filtró en mis pulmones.

—Déjalo ir, Sestra. Si no es por ti, hazlo por mí.

Después de aquel día, no volví a preguntarle. Intenté aprender algo de información sobre mi madre cuando llegó el momento de solicitar el pasaporte, pero Illias me lo tenía preparado por arte de magia. Y las renovaciones.

Volví a centrar mi atención en el presente y aparté el recuerdo. No importaba que no conociera a mis padres. A lo largo de mis veintitrés años me había dado cuenta de que tenía más suerte que la mayoría de las chicas. Al menos tuve hermanos protectores que habrían quemado el mundo por mí.

Respiré hondo, dejando que el aire fresco y las notas lejanas de una canción familiar se me metieran en la sangre. París por la mañana era el mejor París. Los lugareños cantaban viejas melodías mientras preparaban sus tiendas para un día más. El aroma de los *croissants* recorría los caminos empedrados. El suave zumbido de la ciudad al despertar. El otoño estaba en el aire, y el mes de octubre no atraía a los turistas tanto como los meses de verano. En mi humilde opinión, era la mejor época para visitar esta ciudad. Las multitudes empezaron a disminuir en septiembre, pero en octubre era como si nunca hubieran estado aquí.

El olor a otoño en el aire, las temperaturas más frescas y el susurro de las hojas bajo los pies hacían que la ciudad se sintiera más suave... más romántica. Los días de llovizna y lluvia, como hoy, daban la impresión de que la ciudad lloraba contigo.

No es que estuviera llorando o algo así. No era como si acabara de tener el mejor sexo de toda mi vida, ni nada por el estilo. Sabía que eso no significaba mucho ya que solo era mi

segunda vez, pero algo me decía que sería imposible comparar a nadie más con él.

Enrico. *El bastardo traidor*.

No estaba del todo segura de qué me molestaba más: el hecho de que estuviera casado o que no pudiera pasar más tiempo con él. Tenerlo dentro de mí. Tener su boca en mí. Dios mío, el hombre cogía como un semental. Mis entrañas se apretaron, deseando ya probarlo otra vez.

«*Ya parezco una adicta al sexo*», pensé al entrar en el edificio de apartamentos.

Vi cómo se abrían las puertas y parpadeaba la flecha *hacia arriba*, y aceleré el paso para no tener que compartir el trayecto con nadie. Un minuto después, salí dando tumbos de un ascensor que debía de tener al menos cien años de antigüedad. Uno de estos días, dejaría de funcionar. Con suerte, cuando no estuviera cerca.

Agotada, por el esfuerzo físico y los múltiples orgasmos, y oliendo como él, busqué la forma de escabullirme de las habitaciones de todas y entrar en la mía para tener la mañana para mí sola.

Y reevaluar lo que había hecho. Suspiré. Qué maldita pena no tener una noche más de Enrico. Tenía que ser mejor sexo que todos mis romances *extraterrestres* juntos, y el desgraciado estaba casado. Increíble.

Saqué la llave del compartimento secreto del vestido. Gracias a Dios por Reina y sus ingeniosos y prácticos diseños que me hacían seguir luciendo guapísima. Cuando fui a deslizarla en el ojo de la cerradura, la puerta se abrió de golpe, revelando a una mejor amiga muy enfadada cuyos ojos brillaban como un cielo atronador.

—¿Dónde has estado?

Gruñí. Reina, que solo llevaba una camiseta de tirantes y unos *shorts*, tenía las manos en la cintura y me miraba con los ojos entrecerrados. Su rostro en forma de corazón estaba enmarcado por unos rizos salvajes y dorados que le caían por la espalda. Sin maquillaje y con el cabello suelto, parecía incluso más joven de sus veintinueve años. Me recordaba a nuestros días de internado, con la diferencia de que entonces siempre estaba lista para la fiesta. Eso fue antes de Amon. Esta versión de Reina era el resultado de Amon.

Me dieron ganas de estrangular al hombre.

—*Oh*, hola —saludé tímidamente, esperando que no pudiera ver las marcas del sexo salvaje en mí.

Mi mejor amiga, increíblemente bella y muy cariñosa, hacía todo bien. Y ahora mismo no tenía más que preocupación en su rostro mientras me miraba y me recorría con los ojos. Tendía a preocuparse por todas nosotras, las chicas, pero sabía que era una rebelde sutil. Aunque después de lo que había pasado con Amon, no había vuelto a ser la misma.

Seguía esperando que volviera la antigua Reina, ansiosa por ver aparecer sus sonrisas brillantes y su despreocupación. Sin embargo, con el paso de los días, los meses y los años, empecé a pensar que nunca volveríamos a ver esa versión.

—¿Qué les pasa a ustedes desapareciendo una a una la noche anterior y luego llegando de una en una al amanecer? —Fruncí las cejas. ¿Anoche tuvimos sexo todas?

—¿Phoenix también? —pregunté.

—Sí, también —regañó—. Estaba muy preocupada.

—Perdón. ¿Están todas durmiendo, entonces? —Dios, eso esperaba. Necesitaba ducharme, meterme en la cama y dormir las próximas veinticuatro horas seguidas. Al día siguiente tenía una presentación individual, no podía permitirme quedarme dormida a mitad del *show*.

—No, tenemos una reunión familiar.

Oh, Dios.

—¿Estás segura de que es necesaria? —indagué. Reina arrugó su nariz y me miró con cara de

“qué crees”. Suspiré cansada—. Está bien. Vamos a la reunión familiar.

Me quité los tacones junto a la puerta y respiré aliviada. Los pies me estaban matando. En lugar de agarrar un taxi, había caminado las diez manzanas en un intento de despejar mi mente. Podía ser que hubiera sido la noche más increíble de mi vida, pero la mañana había sacado a la luz la amarga verdad.

Resultó que no fui la última en reírme.

—¿Vienes? —Reina me observó por encima de su hombro, con curiosidad en sus ojos. Probablemente porque me quedé como una estatua mirando a la pared.

—Sí.

La seguí descalza hasta la sala. Encontramos a Raven, Phoenix y Athena sentadas en el sofá, todas acurrucadas y aún vistiendo la misma ropa de la noche anterior. Al menos no era la única que había hecho la *caminata* de la vergüenza hoy. Bueno, excepto Reina.

—De acuerdo, tenemos que establecer algunas normas —anunció Reina, al tiempo que hacía señas. Se sentó en el otomán redondo junto a la ventana, de espaldas a la misma. Los rayos del sol centelleaban contra su melena, proyectando matices dorados y haciéndola parecer un ángel enfadado—. Estuve despierta toda la maldita noche preocupada por las cuatro. Les envié mensajes, intenté rastrear sus teléfonos. Casi llamo a la policía.

—Dios, estás llevando esto de *madre* demasiado lejos —murmuró Raven entre un bostezo—. Prometemos que la próxima vez, si es que hay una, enviaremos un mensaje en medio del sexo para asegurarnos de que sepas que estamos a salvo. —Se aseguró de usar señas con su declaración por el bien de Phoenix.

Athena y yo ahogamos una carcajada estrangulada. Al menos sabíamos que Raven había tenido sexo.

—¿Te lo imaginas? —agregó Athena, sofocando un bostezo—. Por favor, haz una pausa en tu eyaculación, tengo que enviar un mensaje a mi amiga para que sepa que, si muero, será de un orgasmo. No degollada.

Otra ronda de risitas.

—¡Basta, todas ustedes! —Reina usó su voz más severa. Era como si hubiera perdido el sentido del humor de la noche a la mañana—. No estoy pidiendo nada tan drástico. Pero un mensaje avisándome de que estarán con alguien habría estado bien. Me dejaron sola, y luego viendo...

Se interrumpió y abrió un poco los ojos. Lo que la había alterado debió de haber ocurrido la noche anterior.

—Lo siento, Reina. —Señé las palabras, mi voz un susurro en mis labios. Me senté derecha y la miré de verdad—. Cuéntanos qué ha pasado. Está claro que algo, o alguien, te ha afectado. Queremos ayudarte.

Sacudió la cabeza, parpadeando con fuerza. Sus hombros se hundieron. Era demasiado inocente para las angustias que siempre parecían cruzarse en su camino. Los últimos años habían sido duros. Era el sol de nuestro grupo. Amaba mucho, se divirtió mucho y solía ser la más esperanzada.

Hasta que acabó con el corazón roto y vacío.

—Papá arregló un matrimonio entre Dante y yo. —Apenas un murmullo mientras sus manos temblorosas subían para seguir sus palabras—. Amon también estaba allí. —Su comportamiento claramente hablaba de la pesadez que llevaba. En ambos asuntos.

Tragué saliva.

—Amon... ¿dijo algo?

Sacudió la cabeza, sus rizos dorados captando la luz, y me dolió el corazón por ella. Me dolía, maldición. Si se casaba con Dante, se vería obligada a ver a Amon. Todo. El. Maldito. Tiempo. Porque los hermanos Leone eran tan cercanos como las hermanas Romero.

Un silencio espeso se apoderó de nuestras gargantas, envolviéndonos.

—¿Vas a seguir adelante con esto? —No supe quién lo preguntó, pero todas lo pensamos—. ¿Teniendo en cuenta lo que ha pasado?

—No tengo elección —afirmó.

—¿*No es eso ir demasiado lejos?* —Phoenix señoó. Parecía que también había estado llorando. ¿Qué diablos estaba pasando? Phoenix no se enfadaba fácilmente. Había desarrollado una piel gruesa a lo largo de los años, especialmente cuando era más joven y perdió el sentido de oír por primera vez. Los niños podían ser crueles a veces, aunque rápidamente aprendieron que, si se metían con Phoenix, se metían con Reina y conmigo. No dudábamos en vengarnos. Así que, si alguien le había hecho daño a Phoenix ahora, habría un infierno que pagar, y podríamos tener que recurrir a otro asesinato. Caray, esta mierda se nos estaba yendo de las manos.

—¿Quieres matarlo? —Reina desafió a su hermana—. Porque es la única alternativa.

—*No más muertes.* —Tendría que estar de acuerdo con Phoenix. Todavía teníamos pesadillas de lo que habíamos hecho.

Reina suspiró.

—No voy a matarlo, Phoenix. Me casaré con Dante. Te lo dije, estuve de acuerdo.

La emoción parpadeó en los ojos de Phoenix. Casi parecían... ¿celos? No, no podía ser. Las hermanas eran muy unidas y siempre se cubrían las espaldas. Aunque sin duda algo pasaba. Reina estaba más tensa que una goma elástica. Su rostro estaba pálido, y si no la conociera, diría que sus ojos hinchados tenían que ver con algo más que su trasnochada.

—¿Qué está pasando realmente? —inquirí, con la mirada entre las hermanas Romero—. *Aquí hay algo más en juego.* —En ese momento hice señas agresivas, probablemente echando a perder parte del significado. Tendía a hacerlo cuando estaba nerviosa. O enojada—. Una de ustedes está ocultando algo. Y será mejor que me digan qué, o juro por Dios que se los sacaré.

Los ojos de Phoenix, llenos de tanta tristeza, se dirigieron a su hermana. Todas esperábamos que dijera algo. Pero Reina no dijo nada.

—*No es nada.* —Acabó respondiendo Phoenix.

Sacudí la cabeza.

—No, no me vengas con eso. Somos amigas. Una familia. Hemos matado juntas, y maldita sea, también lloraremos juntas.

—¿Por qué no podemos ser felices todas juntas? —murmuró Raven.

—O comer juntas —añadió Athena—. Siempre tiene que ser *matar juntas* como si eso fuera todo lo que hacemos.

—*Quizá somos tan pecadoras como nuestro padre* —señoó Phoenix. Reina se retorció las manos en el regazo con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, no obstante, se negó a morder el anzuelo. Las hermanas Romero eran muy unidas a su padre y lo amaban, a pesar de algunas discordias de vez en cuando. Cuando una decía algo en su contra, la otra siempre, maldición, *siempre*, lo defendía.

Reina se cubrió la cara y mi corazón se apretó por ella. La luz de sus ojos se atenuaba, lenta pero segura, y era difícil presenciarlo.

Me dirigí hacia ella, me arrodillé y la abracé.

—¿Sabes lo que mi hermano Illias siempre dice? —expresé en voz baja. Por el rabillo del ojo, vi a Athena haciéndole señas a Phoenix—. La fuerza es silenciosa. Tu resistencia, Reina, es

estelar, y he visto tu determinación. Tú, *Reina Romero*, no te rindes. Así que tanto si te casas con Dante Leone como si no, dale a ese desgraciado tu silencio. Es la mejor respuesta a la gente que no te merece.

—¿Cómo puedo casarme con Dante y querer a su hermano al mismo tiempo? —Sus hombros temblaron suavemente, y me sentí impotente. Los problemas de mi mañana palidecían en comparación con esta mierda.

—Fácil. —No lo era, pero no añadiría más leña a su miseria—. Finge que ya no lo quieres hasta que empiece a sentirse real. Muéstrale a Amon lo que perdió.

La parte desafortunada era que Dante sería el que la tendría.

Si me preguntabas, ninguno de esos imbéciles la merecía.

Cuando ese mismo día me desperté con el ruido de la aspiradora, supe que todo el mundo dormía menos Reina. Aquella chica empezaría a renovar nuestro apartamento si alguien no llegaba pronto hasta ella.

Phoenix no podía oírla, y tenía la sensación de que Athena y Raven tenían auriculares o tapones en los oídos, por lo que me dejaron para hacerle frente a Reina.

Entré en el salón, con los ojos desorbitados y ahogando un bostezo, y me sorprendió la escena que tenía delante. Mi mejor amiga había transformado toda la sala. Los muebles no se encontraban donde estaban antes, las alfombras se habían cambiado de sitio y las ventanas brillaban. Sí, brillaban, incluso con la lluvia golpeando contra ellas.

Reina estaba enloquecida, aspirando como si su vida dependiera de ello. A lo mejor sí, pero qué demonios sabía. Caminé sobre las alfombras y el piso de madera, con cuidado de no ensuciar nada ni dejar huellas. Dios no permitiera que empezara a limpiar de nuevo.

Le di una palmadita en la espalda y se le escapó un suave chillido.

—Lo siento, lo siento —solté mientras se daba la vuelta, sujetando el cable con fuerza contra su pecho. Parecía que también estaba enchufada, lo que explicaba su energía maníaca.

—¡Maldición, Isla! —resopló—. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento.

Llevaba los rizos recogidos en un moño desordenado y un pañuelo blanco alrededor para evitar que el cabello suelto le tocara la frente sudorosa. Llevaba un overol de *jeans* azul con una camiseta blanca debajo, lo que le daba el aspecto de una chica que apenas había salido del instituto. No una futura famosa diseñadora de modas. «*Y una esposa*», susurró mi mente. Me encogí ante el último pensamiento y lo aparté rápidamente de mi mente. Fuera lo que fuera, lo conseguiría. Podría estar embarrada de carbón y vestida con harapos, y seguiría estando impresionante.

Le quité la aspiradora de la mano y la apagué mientras sonreía tímidamente.

—¿Demasiado temprano para pasar la aspiradora?

No dije nada, me dirigí al sofá y le di una palmadita al asiento de al lado.

—Siéntate aquí y habla conmigo.

Soltó una carcajada ahogada, pero no había humor en ella.

—Deberías haber sido psiquiatra —refunfuñó en voz baja mientras se unía a mí de mala gana. Se tiró en el sofá y su cabeza cayó sobre los cojines del respaldo—. De acuerdo, empecemos.

Parecía cansada cuando vi cómo se le cerraban los párpados. Había estado así desde Amon.

Casi dos años. Ya debería haberlo superado, y mirándola desde fuera, uno pensaría que lo había logrado. Excepto que no era la misma. Las chicas y yo todavía teníamos que averiguar lo que pasó en realidad. Ni siquiera su hermana lo sabía. Todo lo que sabíamos era que le rompió el corazón. Tal vez incluso la rompió a ella. ¿O tal vez fue ese accidente?

—¿De qué quieres hablar? —pregunté en su lugar. Sinceramente, no sabía por dónde empezar. ¿Estaba molesta por Dante? ¿O por Amon? Probablemente ambos.

Soltó un fuerte suspiro y abrió los ojos. Mirarlos fijamente siempre me hacía pensar en el océano. Ella y su hermana tenían los mismos ojos azules, y no de los que se veían todos los días. Su profundidad solo era comparable a la del Mediterráneo, en el sur de Italia.

—¿Qué tal si hablamos de ti? —Su respuesta me desconcertó y ladeé la cabeza—. Estuviste fuera toda la noche y llegaste esta mañana como si hubieras estado en el cielo y hubieras vuelto. —Era una descripción acertada. Me sentí como si hubiera ido al cielo, solo para despertar en el infierno. Con una esposa desechada—. A menos que no quieras hablar de ello.

Me encogí de hombros.

—No hay mucho que contar. Ayer vi a un tipo guapísimo en el desfile de modas...

Reina se animó y olvidó sus problemas.

—¿Quién?

Me sonrojé un poco al pensar en él.

—Bueno, tengo su primer nombre. Enrico.

Reina abrió la boca.

—¿Marchetti?

Arrugué las cejas. Había escuchado hablar de Enrico Marchetti. Aparte de que había cedido a Reina el lugar para el desfile, yo, como la mayor parte de Europa, lo conocía como el magnate solitario propietario de una de las casas de moda más prestigiosas de Italia. Entre otras cosas.

No, eso no parecía correcto. Habría estado rodeado de modelos y mujeres de la alta sociedad. Negué con la cabeza.

—No llegamos a los apellidos, pero no podía ser Enrico Marchetti. En cualquier caso, me miraba y le lancé un beso. Ya sabes, por observarme. Además, estaba bueno y pensé que no volvería a verlo. Desafortunadamente... —O afortunadamente, ya que el hombre era un maldito dios en la cama—... Lo vi de nuevo. Ustedes me llamaron, listas para ir al siguiente club, y les dije que las alcanzaría más tarde.

—Y nunca lo hiciste —señaló secamente—. ¿Sabes?, podría haber sido un asesino en serie. Puse los ojos en blanco.

—Bueno, por suerte no lo era. En vez de eso, fue un pésimo infiel con una polla increíble.

Reina se sonrojó, pero me hizo un gesto con la mano, ignorando mi comentario.

—Bueno, volvamos a tu noche. ¿Por qué desafortunadamente? —cuchicheó. Cuando me quedé con la mirada perdida, aclaró—: Has dicho que desafortunadamente te lo volviste a encontrar.

Hice un gesto con la mano.

—¿Te perdiste dónde dije *un pésimo infiel*? De todos modos, no importa. Estoy segura de que no era Enrico Marchetti. Siempre te refieres a él como mayor.

—Bueno, es mayor. El hombre que describes también parece mayor.

Puse los ojos en blanco ante su razonamiento.

—No *tan* viejo.

Se encogió de hombros.

—Enrico Marchetti puede tener cuarenta años, sin embargo, no los aparenta. Y las mujeres se

le echan encima a cada paso.

Le dirigí una mirada mordaz.

—Exactamente. Este tipo estaba solo en el desfile de moda y otra vez en el club nocturno. —Tenía una rubia preciosa allí, pero omití esa parte. No tenía sentido perder el tiempo con detalles sin importancia.

Ladeó la cabeza, pensativa.

—La primera discoteca a la que fuimos pertenece a Enrico Marchetti —señaló—. ¿Cómo es tu Enrico?

El corazón se me aceleró de forma enfermiza antes de que pudiera recordarme que estábamos en Europa y que nombres como el suyo había a montones. Y no sabía mucho de Enrico Marchetti, aparte de lo que Reina me contó cuando le prestó su lugar, pero al parecer era dueño de media Italia.

—Bueno, era sexy. —De acuerdo, eso no decía mucho—. Era alto. Cabellera oscura, ojos oscuros. Ligeramente mayor. Mandíbula fuerte. Bonita boca. —Reina soltó una risita, pero no me detuvo—. Un poco de canas en las sienes. Aunque solo contribuía a su personalidad, ¿sabes? Sinceramente, nunca había visto a un hombre tan bien vestido, aparte de Illias. —Me abofeteé mentalmente, porque olvidé la parte más importante—: Ah, y es un infiel. Me desperté desnuda con su mujer observándome fijamente.

Reina se quedó perpleja.

—Bueno, iba a decir con certeza que es Enrico Marchetti hasta que hiciste esa última afirmación. Su mujer murió hace años.

—Bueno, me acosté con un Enrico diferente, entonces. El casado. —Me pasé la mano por mis rizos rojos—. Fue increíble, Reina. —Bajé un poco la voz, convirtiéndola en un susurro—. Este tipo... Dios mío... Sabía lo que hacía. Perdí la cuenta del número de orgasmos que tuve. No obstante, despertarme con esa escena esta mañana... sí, eso fue malo.

No parecía convencida.

—Isla, había un Enrico en el desfile de ayer. Enrico Marchetti. Mayor, alto, cerca de un metro ochenta. Ojos muy oscuros. Algo malhumorado, intimidante. Traje azul marino hecho a la medida con mancuernas de diamantes. Era Armani, por cierto.

Me quedé boquiabierta mientras la miraba atónita. Cada dato nuevo que me daba me hacía asentir con la cabeza tan exageradamente que me preocupaba que sufriera un derrame cerebral. Bueno, todo menos el traje de tres piezas de Armani. Nunca llegué a comprobar la etiqueta.

—Dios mío. Me acosté con el maldito Enrico Marchetti.

Reina se rio entre dientes.

—Y es soltero. Padre de dos hijos, *pero* soltero.

Padre soltero no me molestó. Hombre casado totalmente lo hizo.

Sacudí la cabeza.

—Te lo estoy diciendo, Reina. La mujer era su esposa. Incluso me enseñó su foto de la boda.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Todo lo que puedo decirte es que hubo un funeral para Donatella Marchetti. De hecho, existe la triste historia de que las esposas de los hombres Marchetti acaban muertas. Asesinadas. Se remonta como a cuatro o cinco generaciones. Es la razón por la que algunos de ellos se niegan a casarse.

Menos mal que el matrimonio no estaba en mi mente. Solo sexo. Si tan solo fuera sexo con un hombre soltero.

—Hmmm. —Eso no tenía sentido. Quizá la mujer había retocado la imagen. Después de todo,

cualquier cosa era factible en estos tiempos—. ¿Tienes una foto de su esposa muerta?

Me lanzó una mirada irónica.

—Sí, voy por ahí con ella en la cartera.

La empujé juguetonamente.

—Sabelotodo.

Se acercó a la mesita de noche, tomó su teléfono y buscó en Google. Escribió y volvió a escribir hasta que apareció una imagen.

—Toma. Este es su obituario.

Agarré su teléfono con mi mano temblorosa y mis ojos se abrieron de par en par.

—¡Es ella! —Mi voz subió de tono—. Reina, esta es la mujer que estaba allí. Su mujer.

La mirada de mi mejor amiga se desvió entre la pantalla y yo, mirándome como si me hubiera vuelto loca.

—Está muerta, Isla —susurró—. No pudo haber estado allí. La mataron junto al hermano de Marchetti... —Volvió a mirar el artículo y leyó en la pantalla—. Enzo Lucian Marchetti.

—Enzo Marchetti —musité.

—No olvides su segundo nombre. —Me recordó en tono burlón.

—¿A qué viene ese nombre? —pronuncié, sacudiendo la cabeza. Entonces me di cuenta de lo poco que importaba—. No importan sus nombres elegantes. Te digo que esta mujer —señalé la pantalla—, es su viva imagen. Estaba allí esta mañana. Viva y en buen estado. —Y loca, pero daba igual.

Nada de esto tenía sentido. No mantuve una larga conversación con la loca porque salí corriendo de allí, poniéndome el vestido sobre la marcha. Me gritó obscenidades en italiano, así que *supe* que la había visto y oído, no obstante, el obituario estaba más claro que el agua. Estaba muerta.

Mis ojos lo recorrieron una vez más. La muerte de Donatella Maria Marchetti, esposa de Enrico Fausto Marchetti. Justo al lado estaba el obituario del hermano de Enrico, Enzo Marchetti. Ojeé la fecha. Murió el mismo día que la mujer de Enrico.

Reina tomó de nuevo el teléfono y echó un vistazo al obituario mientras intentaba hacerme a la idea.

—No puede ser una hermana, Donatella era hija única. A menos que... —Su voz vaciló y nuestras miradas se encontraron.

—¿A menos que? —insistí. No parecía muy dispuesta a terminar su reflexión—. Reina, ¿qué intentas decir? ¿A menos que *qué*? No me obligues a sacártelo.

—Bueno, los Marchetti son conocidos por sus conexiones con la mafia. Algunos incluso dicen que *son* la mafia.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Asumo que sabes esto por tu padre?

Asintió.

—Por supuesto, piensa que Phoenix y yo somos ignorantes a todo.

Los hombres eran idiotas. Simple y llanamente. Pensaban que este tipo de cosas podían permanecer ocultas para siempre. Todo al final salía a la luz. Igual que sabía que la acción que mis mejores amigas y yo hicimos para proteger a Reina volvería a perseguirnos algún día.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con su esposa muerta? —dije en tono ronco, con los oídos zumbándome y la cabeza dándome vueltas.

Se mordió el labio inferior, con los ojos llenos de emociones. Casi como si no quisiera decir las siguientes palabras.

—Tal vez hicieron parecer que estaba muerta para mantenerla protegida. —«¡Ese maldito, mentiroso y hermoso italiano!»—. Si la consideraran muerta, sería más fácil mantenerla viva.

Debería haberme alarmado ante la posibilidad de que estuviera involucrado con la mafia. Pero no. Mi mente y mi cuerpo luchaban contra el hecho de que no podía tenerlo de nuevo, y aún más importante, que me había acostado con un maldito hombre casado, sin importar la historia.

Los celos y la ira eran una mala combinación para alguien con mi temperamento. Y Enrico Marchetti aprendería lo malo que era si volvía a cruzarse en mi camino.

CINCO

ENRICO



V eía pasar las calles de París en un borrón, las farolas empezaban a parpadear a medida que se hacía de noche. Me dirigía a la Filarmónica de París. Mi humor era amargo, y hacía juego con el tiempo que hacía, arrojando sombras grises sobre esta ciudad del amor.

Sin embargo, mi mente estaba en otra parte. Buscaba a la mujer pelirroja que se me había escapado. No era frecuente, en realidad, nunca, que las mujeres se alejaran de mí sin molestarse en ponerse en contacto. Eso despertó mi interés. Quería volver a probarla. Sentir sus labios sobre los míos. Necesitaba beberme sus suspiros y tragarme sus gemidos.

Giulio conducía a toda velocidad entre el tráfico mientras mi pálido reflejo me devolvía la mirada. ¿Era mi cara o la de un desconocido? Todo había empezado a desdibujarse. Pero no importaba, ¿verdad? Era por el bien de nuestra *Famiglia*. Una dinastía. Los reyes de Italia.

Excepto que últimamente, se sentía como una cadena de oro enrollada alrededor de mi cuello. Asfixiándome.

Mi teléfono zumbó y lo saqué del bolsillo. Era mi tío.

Manuel: Donatella está asegurada.

Yo: Asegúrate de que no pueda escaparse de nuevo.

Manuel: Por supuesto.

Entonces mi teléfono zumbó de nuevo.

Manuel: Nos vemos en la Filarmónica.

Guardé el móvil, me recosté en el asiento y me pellizqué el puente de la nariz para aliviar la presión que sentía detrás de los ojos. Tal vez estaba cansado o tal vez esta anticipación de que la mierda iba a estallar en cualquier momento me estaba pasando factura.

Me pasé la mano por el cabello. Hace años, cuando empezó a encanecer, pensé que disuadiría a las mujeres de coquetear conmigo. Pero no fue así. Al parecer, estaba de moda tener el cabello negro y con canas y las mujeres lo encontraban aún más atractivo.

Inhalé una bocanada de aire. Si supieran la mierda en la que estaba metida nuestra familia, probablemente saldrían corriendo gritando. La imagen de la chica de ojos esmeralda y rizos pelirrojos cayendo en cascada por su espalda pasó por mi mente. Parecía inocente. Pura. Aunque el apetito sexual de la mujer coincidía con el mío, para mi deleite.

Sin embargo, había algo en ella que me intrigaba. Una fuerza silenciosa y rebelde que proyectaba sin siquiera intentarlo.

A diferencia de otra mujer que conocí.

Donatella Marchetti era una maldita maldición para nuestra familia. Débil. Pegajosa. Y catastrófica para todos a su alrededor.

Como una maldita sanguijuela, se negó a morir. En lugar de eso, hizo de la vida de todos un infierno. Incluyendo la suya. Una maldita psicópata. La única razón por la que la mantuve viva fue por el hecho de que era la madre de Enzo y Amadeo. Esperaba que mejorara con el tiempo y ayuda profesional, aunque no fue así, y no podía evitar la amargura que me invadía cada vez que pensaba en todo lo que había hecho.

Tenerla encerrada me impedía matarla, pero no me impedía desear su muerte. Ella estaba sobre hielo delgado, muy parecida a la mafia, con una gran diferencia. A Donatella se le podía matar, a la mafia no.

En los últimos diez años, la organización de la mafia en Italia había cambiado y se había adaptado a los tiempos. Nosotros, las cinco familias dirigentes, Marchetti, DiMauro, Agosti, Romero y Leone, habíamos desarrollado un afinado sentido de la lealtad entre nuestros ciudadanos. A costa de nosotros mismos y de nuestras propias familias.

Sin embargo, en esos momentos, estábamos prosperando, maldición.

Dividimos Italia en cinco territorios y trabajamos juntos en lugar de unos contra otros. Pero no solo eso, fuimos un paso más allá y establecimos lazos con otras familias poderosas. Konstantin. Callahan. Incluso los Ashford a través de Kingston. El infame *Ghost*.

Nos hizo más fuertes y juntos dirigimos una de las organizaciones con más éxito del mundo. Las Espinas de *Omertà*.

Excepto que nadie sabía que habían empezado a aparecer pequeñas grietas. Primero en la familia Marchetti. Luego con Luca DiMauro. Romero no se quedaba atrás, de ahí su afán por atar a su hija menor a Dante Leone. La presencia de Agosti en Italia era estable... lo suficiente.

No obstante, éramos más fuertes juntos que separados. Éramos hombres poderosos y gobernábamos con puño de hierro. Unidos podíamos defendernos de la *Bratva*, menos mal que Illias Konstantin formaba parte de nuestra organización, de la mafia corsa, de la *Yakuza*... y la lista seguía. Separados, seríamos motas de polvo contra los criminales rivales del bajo mundo.

Pasara lo que pasara, lucharíamos juntos. Nuestros hijos fusionarían linajes y nos haríamos aún más poderosos. Nadie se atrevería a volverse contra otra familia si sus propios hijos estuvieran involucrados.

El coche se detuvo y mi chofer, que también era mi guardaespaldas, me abrió la puerta. Saludé a Giulio con la cabeza y salí del vehículo, me arreglé la chaqueta y subí las escaleras de una de las salas de conciertos más prestigiosas de París, famosa por su arquitectura. La Filarmónica de París.

La gente se separó por mí, algunos incluso gritaron mi nombre, todos esperando llamar mi atención mientras me dirigía a mi palco privado. Los ignoré. No era más que maldito ruido blanco. Para ellos, era Enrico Marchetti, propietario de una de las casas de moda en Italia, además de algunas en Francia. Se cagarían en los pantalones si conocieran la otra cara del negocio Marchetti.

Sentí la presencia de Manuel cuando se unió a mí, sus pasos sincronizados con los míos y su mano izquierda en el bolsillo. Por alguna razón, nunca se metía las dos manos en sus bolsillos. Suponía que tenía que ver con su paranoia de no poder alcanzar su pistola a tiempo. Todos afrontamos la muerte de mi hermano de forma diferente.

—No te tenía por un tipo de sinfonías —comentó secamente—. ¿Por qué el cambio repentino?

No me molesté en lanzarle una mirada al desgraciado. Ambos sabíamos muy bien que no lo era. Mi pasatiempo preferido era escuchar a Bocelli en mi casa de Italia y beber *whisky* o un buen vino italiano, no acudir a una sinfónica abarrotada de gente y que me miraran boquiabiertos.

Pero esperaba, contra todo pronóstico, que la mujer pelirroja y salvaje que había abandonado mi cama sin una sola nota, tocara con esta orquesta. El viejo Romero mencionó que la amiga de Reina tocaba con la orquesta y era muy solicitada. Era una posibilidad remota, pero estaba desesperado por llevarla de nuevo a mi cama.

Una noche no fue suficiente. Mi polla exigía más de su apretado coño.

Demándenme, maldita sea.

—¿Pudiste averiguar algo? —inquirí—. Estaba allí con amigas. Alguien debe conocerla. ¿Preguntaste a otros hombres de la *Omertà* que asistieron al espectáculo? La vi hablando con Reina Romero.

—*Niente* —murmuró Manuel en voz baja. «*Nada*». Apostaba a que lo mataba, pero a mí más. Le había encargado que me buscara información sobre la mujer. Parecía que todo lo relacionado con Isla regresaba en blanco—. Aiden Callahan se encontró con un viejo conocido en el desfile de modas y desapareció. Romero tuvo que lidiar con sus hijas. Al parecer decidió soltar la bomba del matrimonio concertado la noche del desfile.

—¿Supongo que la chica no estaba muy contenta?

Manuel se encogió de hombros, arqueando las cejas y marcando gruesas arrugas en su amplia frente.

—Aceptó, así que no debió de disgustarle demasiado.

Aunque Manuel era mi tío por parte de mi padre, solo era cinco años mayor que yo. Pero nunca me dejó olvidar que era “más sabio y más viejo” que el resto de nosotros. Había estado con mi hermano y conmigo en las buenas y en las malas. Había hecho mucho por nosotros. Por mí. Sin preguntas, sin reparos.

Eso era lo que significaba la familia para los italianos: proteger a los nuestros a toda costa. Y eso fue exactamente lo que hizo *Zio* Manuel.

—¿Tan difícil es encontrar una mujer? —La agitación me recorrió de repente. La imagen de Isla vino a mi mente. Era... inesperada. Diferente. Fresca. Después de toda una vida de compañeras engañosas, codiciosas y despiadadas, se destacaba como una flor fresca en un prado. O tal vez un tesoro.

No tenía la belleza típica a la que estaba acostumbrado. La suya era impoluta y pura... pero salvaje. Definitivamente salvaje. El cabello vibrante y los ojos verdes que chispeaban de placer cuando me desafiaba a ponerme de rodillas. Como si fuera una dificultad. Comerle el coño podría colocarse fácilmente entre las tres cosas favoritas que había hecho jamás. La primera era la sensación de sus pliegues estrangulando mi miembro. La segunda sería verla chupármelo. Había sido demasiado codicioso con su coño, así que no llegamos a que me la chupara.

Un subidón embriagador me consumió y algo en mi pecho se tensó con una advertencia. «*Nunca te acerques demasiado a una mujer*». Nuestra familia y las mujeres no iban de la mano. Todas las mujeres que se habían enamorado y casado con un Marchetti en las últimas cinco generaciones habían acabado muertas. «*O muertas para mí*», pensé amargamente. Era más seguro, para ellas y para nosotros, mantenerlas a distancia.

Nuestra familia estaba plagada de las espinas de la muerte.

O sangre. La misma maldita cosa. Recordé los aullidos desgarradores de mi padre cuando

perdió a nuestra madre. Había oído el dolor en la voz de *Nonno* Amadeo cada vez que había hablado de mi *nonna*, pero aun así nunca lamentó ni un momento de ese dolor.

Amore, hijo mío, es una bendición. Somos lo que amamos, mio figlio.

Mi hermano nunca entendió esas palabras. Nunca las entendí. Pero nuestro padre sí. Nunca fue tan evidente como el día en que enterramos a mi madre, a la que le dispararon en la playa. La muerte llegó para nuestras mujeres en todas partes.

Sin embargo, no podía alejarme de esta. No podía soportar la distancia que me separaba de ella con una mente despejada. Y la idea de no volver a verla me producía un dolor hueco en el pecho.

Aunque no era para menos. Me gustaba todo de ella.

Su descaro. Su sumisión. La forma en que me desafiaba y despertaba algo dentro de mí sin siquiera intentarlo. No sabía lo que era. En cualquier caso, tenía la sensación de que los retos eran tanto su debilidad como la mía. Y estaba dispuesto a descubrir los suyos. Cuanto más misterio rodeaba su identidad, más me atraía.

De ahí la razón para buscarla. No había terminado con ella.

—En mi humilde opinión, quizá la mujer no quiere que la encuentren —razonó Manuel. Esta vez le lancé una mirada fulminante, que le arrancó una sonrisa—. ¿Qué? Seguía hablando y no escuchabas. Necesitaba tu atención.

Mis labios se torcieron irónicamente.

—Sí que sabes cómo conseguirla.

—Sí. —Aceptó con ese pausado gesto italiano, un encogimiento de hombros apenas perceptible—. Aunque la expresión de tu cara me preocupa.

—¿Qué expresión?

—La misma mirada que tienes cuando decides aceptar un reto. O resolver un enigma. La que te meterá en problemas. Ya sea con esta mujer o con todo el bajo mundo.

—Contrariamente a lo que crees —dije entre dientes—, nunca tengo problemas con las mujeres. Es al revés. Y, en segundo lugar, esa chica no tiene nada que ver con el bajo mundo, así que ahí estamos a salvo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —desafió.

—Es demasiado directa. Sin pelos en la lengua. Las mujeres de nuestro mundo suelen desconfiar de los hombres como nosotros. Tienen instintos para mantenerse alejadas de cualquiera como nosotros. Isla no mostraba nada de ese miedo.

Manuel se rio mientras entrábamos en el balcón.

—Esta mujer te intriga, pero al parecer tú no la intrigas, porque se escabulló de la casa sin siquiera un número de teléfono o una nota de amor.

Se refería a las muchas veces anteriores en las que se habían dejado notas de amor con un número de teléfono, un correo electrónico, una dirección... lo que fuera, con la esperanza de repetir la cita. Supuse que la venganza era una perra, porque estaba dispuesto a tirar por la ventana de Isla, una maldita piedra con mi número de teléfono.

Donde sea que estuviera.

Ambos tomamos asiento mientras dije:

—La encontraré. Puede que incluso me la lleve a Italia conmigo.

La sonrisa de Manuel se dibujó en su ancho rostro mientras me ponía una mano en el hombro y se reía por lo bajo.

—Estoy deseando conocer a la mujer que ha roto esa armadura de acero tuya sin ni siquiera intentarlo.

—No se ha roto nada —declaré fingiendo despreocupación—. Quiero jugar con ella un poco más.

En sus ojos brilló un destello de intriga, pero no creí que se creyera mis palabras.
Joder, tampoco yo creía haberlo hecho.

SEIS ISLA



La música fue una parte importante de formar la mujer que yo era. Desde el momento en que tuve un violín en mis manos y toqué mi primera nota, me convenció. No quería hacer otra cosa y me pasaba horas, días y semanas practicando. Mis hermanos, Illias en particular, me animaron a seguir mi pasión.

Tenía siete años cuando recibí mi primer violín.

A mi profesor de música casi le da un infarto cuando entré en clase con mi propio violín Stradivarius.

Por supuesto, Illias había investigado muy a fondo y me había comprado lo mejor de lo mejor. No habría notado la diferencia. Aún lo conservaba y esperaba poder heredarlo algún día a mis hijos. La verdad era que no soportaba desprenderme de él. Ni del siguiente, ni el después de ese.

Goteo. Goteo. Goteo.

Mis pensamientos se detuvieron cuando empezaron a caer gotas de lluvia, suaves y frescas. Mis amigas y yo entramos corriendo en la Filarmónica de París. Por la entrada trasera, claro. El encargado del edificio se pondría furioso si me viera entrar por la puerta principal.

En cuanto estuvimos en el oscuro pasillo, mis amigas susurraron en voz baja.

—Rómpete una pierna. —La única que no pudo asistir esa noche fue Reina. Tenía que reunirse con su prometido. Phoenix se ofreció a acompañarla, pero para mi sorpresa, Reina se negó.

Justo cuando Phoenix se daba la vuelta para marcharse, tiré de su manga. Athena y Raven siguieron caminando, sin darse cuenta de que había detenido Phoenix.

—¿Estás bien? —Señé.

Asintió.

—Estoy preocupada por mi hermana.

Fruncí el ceño. Me pareció una verdad a medias.

—¿Estás segura de que es solo eso? —Volvió a asentir, aunque no le creí. La desesperación estaba grabada en su expresión y la tristeza acechaba en sus ojos azules—. *Puedes hablar conmigo.* —Odiaba verla triste. Éramos amigas desde hacía mucho tiempo. Casi una década. Fue una amistad gradual, pero se selló con sangre dos años atrás. Ahora, éramos para siempre—. *Cuando estés lista para hablar, estoy aquí. Todas nosotras. No importa lo que sea.*

Nos quedamos paradas un momento, y pensé que diría algo, pero entonces sacudió la cabeza,

como convenciéndose de no soltar ni una palabra más.

—*Estoy bien. Rómpete una pierna. Te veré luego.*

Con eso, se dio la vuelta y fue en busca de nuestras amigas. La gente a menudo se preguntaba por qué Phoenix se molestaba en asistir a estos eventos. Sí, era legalmente sorda, sin embargo, podía sentir las vibraciones de las ondas sonoras. Podía sentir las rodar por su piel y llegar hasta sus huesos, y sabía que disfrutaba estar rodeada de su belleza.

—Señorita Evans, dese prisa, por aquí. —La voz de pánico del director del evento me incitó a actuar. Recorrí el largo pasillo hasta la zona de bastidores y esperé mi turno allí. Cuando llegué a mi posición, el concertino subió al escenario y dirigió a la orquesta en la sesión de afinación previa a cualquier concierto. Una vez que todos se acomodaron, el director se colocó frente a mí para preparar nuestra entrada.

—¿Está lista, señorita Evans? —preguntó con una sonrisa. Era mi director favorito. Era mucho más fácil trabajar con él que con otros idiotas de la industria que se creían dioses. Este era más realista.

Sonreí a cambio.

—Sí, lo estoy.

Me aseguré el violín en la mano y subí al escenario, ocupando mi lugar mientras el público estallaba en aplausos.

Cuando había silencio en la sala, mi mente volvió a la primera vez que toqué el violín, que toqué de verdad. Me negué a dejar de practicar hasta que pude interpretar bien una canción completa.

Y no opté por el *Himno a la alegría*, como todo el mundo me había sugerido. Elegí el *Allegretto* de Beethoven y me negué a parar de practicarlo hasta perfeccionarlo.

Aún recordaba esa sensación; volvía cada vez que tocaba.

El conductor me hizo un gesto con la cabeza para ver si estaba preparada. Le devolví el gesto con una sonrisa de confianza. Entonces... *Tap. Tap. Tap.*

El director anunció el comienzo y coloqué mi instrumento en posición. El arco se convirtió en parte de mí y cerré los ojos mientras las notas bailaban en mi mente. La melodía de la primera pieza resonó y todo abandonó mi cuerpo. El cambio en el aire se arremolinó a mi alrededor. Me invadieron sentimientos suaves y pacíficos, y mis labios se estiraron en una sonrisa.

Una sonrisa libre y feliz.

Sentía el violín como una prolongación de mi alma mientras tocaba con todo mi corazón. No sabía hacerlo de otra manera.

Las notas me helaron los huesos. Cuando toqué *Adagio* de Albinoni en sol menor, sentí la angustia como si fuera mía. Absorbía la pena y el dolor, provocándome escalofríos. Me dejé llevar por completo. Fue la única vez, aparte de unas noches atrás, que me sentí como en caída libre, flotando en el aire junto con la melodía.

Cuando la última nota salió de mi cuerda, el repentino y estruendoso aplauso me sacó de mi estado de ensueño. El hechizo se rompió, interrumpido por los fuertes vítores que llenaban la sala. Abrí los ojos y me encontré con el público de pie, algunos aplaudiendo enérgicamente mientras otros se limpiaban discretamente los ojos.

Mis sentidos se despertaron. Aunque no había dado un paso desde que empecé a tocar, necesitaba recuperar el aliento. Los músicos de la orquesta que estaban detrás de mí soltaron lo que sonó como una exhalación colectiva, dándose palmaditas en la espalda mientras hacían reverencias en señal de homenaje mientras saludaban al público. Cuando bajé del escenario, el director, que me había seguido, se acercó a mí, me tomó la mano y sonrió:

—Eres una maravillosa prodigio musical, Isla Evans. ¡Brava! —Hablabla con un fuerte acento francés, y mi mente revoloteó hacia el hombre de hacía dos noches. *Enrico*.

Un delicioso escalofrío me recorrió la espalda. *Maldito fuera*. Lo que había sentido aquella noche era lo más parecido a tocar un violín que había sentido jamás. Probar algo tan cercano a la perfección, solo para darme cuenta de que estaba contaminado.

—Estuviste magnífica —continuó el director mientras tomaba mi mano entre las suyas y la besaba—. Aún no he encontrado otra musa como tú.

Sonreí incómoda, luchando contra el impulso de limpiarme la mano en el vestido negro que me llegaba a las rodillas, otro de los diseños de Reina. El negro era el color que menos me gustaba, pero era favorecedor, y Reina tenía una manera de añadir un poco de creatividad a sus prendas. Como los diseños de girasoles sobre las faldas. O el cinturón blanco ancho que llevaba este.

Mientras el director parloteaba, fui vagamente consciente de una presencia en mi periferia. Sentí que me miraban, así que me di la vuelta, casi perdiendo el aliento.

Enrico estaba *aquí*.

Parpadeé una, dos veces. No desapareció. El hombre con el que me acosté, un infiel, estaba entrando en la zona de bastidores detrás de mí, con un traje negro de tres piezas y gemelos de diamantes que brillaban. Parecía sereno, pero había una vibra a su alrededor que no había percibido antes.

Peligro. Crueldad.

Emanaba de él en oleadas. Lo había visto antes. En el señor Romero. Incluso en mi hermano, aunque intentaba ocultarlo. Este hombre, igual que ellos, era letal.

¿Cómo se me pudo pasar?

Probablemente porque estaba cegada por su belleza. Esa mandíbula fuerte. La piel besada por el sol. Ese cuerpo que avergonzaba a los veinteañeros.

Las palabras de Reina resonaron en mi mente, advirtiéndome. Este hombre estaba involucrado con la mafia. Toda su persona gritaba problemas.

Mierda, tenía que salir de aquí.

—*Ma chérie*, has tocado exquisitamente —prolongó el director, radiante, mientras tomaba mis dos manos entre las suyas y las apretaba. Estaba segura de que mi sonrisa parecía más una mueca que otra cosa.

—Gracias.

—Haces llorar a hombres adultos —suspiró—. Me golpea justo en el corazón.

Dios mío, tenía que salir de aquí, o podría golpear a alguien en las pelotas. No podía volver a ver a ese hombre, o no sería responsable de mis actos.

—Espero que no le importe, maestro Andrea. No he podido resistirme a conocer a una violinista tan talentosa.

Me mordí la lengua para evitar que se me escapara un comentario sarcástico del tipo “Nunca había conocido a un desgraciado infiel tan talentoso” y que toda la comunidad musical supiera que me había acostado con ese imbécil. La afición de Andrea por los chismes hacía que la de cualquier abuela, ama de casa y aburrida miembro de la alta sociedad juntas pareciera leve.

—Ah, señor Marchetti... —¡Oh, demonios! Justo así, la confirmación de que Reina tenía razón. No es que dudara de ella. Esperaba más que nada que estuviera equivocada. Dios, por qué no podía ser otro que Marchetti. ¡Joder!

Dos pares de ojos me miraron con expectación, como si tuviera que decir algo. ¿Quizás reconocer su trasero infiel? Bueno, no quería. Quería aplastar su hermosa cabeza con mi violín y

tal vez sacarle los ojos con el arco.

Jesucristo, la violencia nunca había sido lo mío. Hasta hoy, aparentemente. O aquella vez con Reina, pero me negaba a pensar en eso ahora mismo. O en absoluto, de hecho. Fue el pacto que hicimos esa noche. Nunca hablar de ello, y nunca pronunciar *su* nombre.

—¿Ha oído eso, señorita Evans? —Andrea sonreía como una bombilla de 1000 vatios.

Parpadeé.

—Oír ¿qué?

—El señor Marchetti dijo que nunca había oído a nadie tocar *Albinoni* tan exquisitamente. — Apuesto a que no diría eso si le diera una bofetada. El zumbido en sus oídos sería entonces la mejor música que jamás había oído.

Ojalá supiera pronunciar palabrotas en italiano, sin embargo, tuve que conformarme con el ruso mientras repasaba todas las que tenía en mi arsenal mental. Y cómo se atrevía a aparecer por aquí con ese aspecto tan *sexy*.

—Enrico Marchetti es uno de nuestros mayores benefactores —añadió.

Apostaba a que sí. Maldito criminal.

—*Maravilloso*. —Incliné la cabeza y mis labios se torcieron en algo parecido a una sonrisa. Apostaría mi vida a que podía ver exactamente lo que era—. Discúlpeme, por favor.

El disgusto brilló en los ojos del director. No me importó una mierda. Era mejor que decir algo grosero. Como llamarlo desgraciado infiel y embustero. Sin esperar respuesta, giré sobre mis talones y me dirigí hacia mis amigas. Tenía que salir de ese lugar.

Cada paso que me alejaba de Enrico me llenaba los pulmones de alivio. De vez en cuando me paraban, me felicitaban y me pedían que me uniera a una fiesta posterior. Asentía, respondía con un vago tal vez y seguía adelante.

Me temblaban las extremidades, no sabía si por la conmoción de volver a verlo o por los recuerdos de aquella noche increíble. Todo lo que sabía era que verlo me había mareado. Y no en el buen sentido.

Con los pensamientos revueltos y la mente en otra parte, doblé la esquina y choqué contra un muro de músculos. Me estremecí y di un paso atrás.

—Disculpe —murmuré al mismo tiempo que percibía el aroma masculino y cítrico. Era tan único que no había forma de malinterpretar de quién se trataba. Levanté la cabeza despacio, me encontré con su mirada oscura y, no lo pensé dos veces, me di la vuelta y me dirigí en dirección contraria.

—No te recomendaría que me dejaras por tercera vez, Isla —sugirió despreocupado. Maldición, ¿por qué su acento tenía que ser tan *sexy*?—. Hará que te persiga aún más.

El sonido de mi nombre en sus labios me produjo otro escalofrío. Me recordó la forma en que gruñía mi nombre mientras...

Sacudí la cabeza. No, no podía ir allí. Aquella noche tenía que borrarla de mi mente como si nunca hubiera existido.

Si tan solo no tuviera que verlo. Era difícil no fijarse en su buen aspecto. Con una mano en el bolsillo de sus pantalones negros y la otra a su lado, se alzaba sobre mí. La pose era informal, no obstante, me recordaba a la de un depredador. Podía intentar huir, pero me atraparía. Tarde o temprano.

Tendría que lidiar con ello. Con él.

—Señor Marchetti, ¿qué puedo hacer por usted? —pregunté, agradeciendo que mi voz no traicionara mis emociones dispersas. La forma en que sus labios se curvaron de manera sensual me hizo maldecir mi estúpida pregunta—. En realidad, olvide eso. Estoy ocupada y mi tiempo es

limitado. No hay nada que pueda hacer por usted. Ahora, ¿por qué está aquí?

Este tipo podría destrozarme de un solo golpe, aunque me negué a jugar a ser dócil y amable. A la mierda con eso. Caería luchando, incluso si eso me convertía en una idiota.

—Tictac —dije, dando golpecitos con el pie con impaciencia—. Tengo muchos admiradores a los que dedicar mi tiempo, señor Marchetti.

Cada vez que pronunciaba su nombre con tanta formalidad, su expresión se tornaba con desagrado. Así que seguí haciéndolo. ¿Estaba siendo mezquina? Probablemente. Debería haberlo pensado antes de engañar a su mujer. Conmigo.

—Error, *Dolcezza*. Tu único admirador soy, y seré, yo. De ahora en adelante. —Mi mandíbula se aflojó y posiblemente cayó al suelo cuando añadió—: No actúes tan sorprendida. No pensabas que habíamos terminado, ¿verdad?

Lo más aterrador de este tipo no era esa energía despiadada y letal que ahora podía ver con claridad. Era su trastornado estado mental. Porque el italiano estaba L-O-C-O. Mierda, ¿era español? De cualquier manera, español o italiano, lo hacía extremadamente peligroso.

—Escucha, fue solo una noche. —«*Y estás casado, maldito loco imbécil*»—. Tengo moral, y hay ciertas líneas que no cruzo. No me acuesto con hombres sabiendo que están casados o no disponibles —espeté. Ni con criminales, pero era mejor no ir demasiado lejos. Los criminales mataban, los infieles no. Ya tenía una excusa bastante buena—. Cada uno a lo suyo, pero tú y yo hemos terminado. ¡*Finito!*

¡Eso tenía que ser italiano, maldita sea!

—Así que *has* conocido a Donatella. —Sí, ese era el nombre de su esposa muerta. Que se joda con esta mierda, quería salir de este maldito triángulo. No necesitaba más problemas en mi vida.

—Disculpa, mis amigas...

—No.

Mis cejas se elevaron hasta la línea del cabello.

—¿No?

—No hemos terminado. —Algo en el hecho de que pensara que estaba bien usarme como su juguete de placer desechable hizo que mi espalda se tensara en una dolorosa línea.

—Sí, lo hicimos —siseé—. No tengo tiempo para esta mierda, ni para tu trasero trastornado. Era como si no hubiera hablado.

—Cena conmigo, Isla.

—¡No me interesa cenar contigo! —bramé.

¿No se enteró de que no quería saber nada de él? Su rostro seguía siendo una máscara inescrutable.

—Bien, entonces vayamos directamente a follar.

—¿Qué? —solté, desconcertada. ¿Me había jodido un lunático?—. No lo creo. Vete... vete y haz lo tuyo. Mientras no sea conmigo. No soy la *otra mujer* y no me interesa serlo —expresé con toda la dignidad que pude reunir.

—No serás la otra mujer.

Gruñí, mi paciencia se agotaba.

—Mi respuesta sigue siendo la misma. —Luego, por si aún no lo había entendido—: No. Estoy. Interesada.

Fui a esquivarlo cuando su mano me rodeó la muñeca. Bajé los ojos hasta donde sus fuertes dedos me sujetaban como una banda de fuego. A diferencia de la mayoría de los hombres que había conocido, la mano de Enrico no era lisa ni suave. Era áspera, callosa, y hacía que algo

ardiente se filtrara en mi torrente sanguíneo.

Su toque, como hacía dos noches, era fuerte, firme y experimentado. Me hizo hiperconsciente de su proximidad. La loción después del afeitado que usaba me producía un hormigueo de sensaciones que sabía que solo él podía apagar. O encender en peores llamas.

No, no, no.

Negué con la cabeza. Estaba casado. Era un límite para mí. Todo en mí se rebelaba ante la idea de ser la otra mujer. Era hija ilegítima, una Evans, no Konstantin, porque mi padre se había negado a casarse con mi madre, y, aunque no tenía intención de tener hijos, estábamos hechos de principios. ¿Verdad?

Acortó la pequeña distancia que nos separaba, imponiéndose sobre mí, y necesité todo mi valor para no acobardarme. Mis sentidos estaban tan agudizados que su olor me llegó directamente a la cabeza y se me puso la piel de gallina en los brazos desnudos. Olía tan bien, como a cítricos y especias picantes. Y sabía que el hombre era *picante*.

—Dime lo que quieres. —Su voz era oscura. Seductora. Hacía difícil procesar sus palabras.

—¿Qué quieres decir? —Respiré, parpadeando. Era embriagador. Si no me alejaba de ese demonio infiel, me lo comería en el primer rincón oscuro que encontrara.

—Quiero otra noche. —No me cabía duda de que este hombre conseguía todo lo que quería. Todo lo que tenía que hacer era chasquear los dedos y la gente lo obedecía. Me negué a ser una de ellos, solo por la simple razón de que estaba mal.

—Bueno, vete a pasar otra noche —pronuncié dulcemente—... Con tu mujer. O con alguien más. Pero no será conmigo. —Su agarre en mi muñeca se tensó—. Suéltame o haré una escena.

En el momento en que las palabras salieron de mis labios, supe que no le importaría. Si estaba en la mafia, apostar a que provocar escenas era lo suyo.

Su mirada me recorrió lenta y sensualmente y, santo cielo, mi ser respondió al calor que irradiaba cada centímetro de su enorme y musculoso cuerpo. Mi pulso se aceleró y vi cómo su mirada se clavaba en la vena palpitante de mi cuello.

Sonrió, aquellos labios carnosos se curvaban con suficiencia, aunque sus fanales seguían brillando con oscuridad. La que consumía y se negaba a dejarme marchar. Me estremecí en respuesta. Mis ojos, entrecerrados, se encontraron con los suyos, incapaces de romper la atracción que ejercía sobre mí. Imaginé que él también lo sabía.

Se acercó un paso y su cuerpo esculpido apenas rozó el mío. Incapaz de moverme, contuve la respiración, esperando, mientras una nebulosa oleada de lujuria se me acumulaba en el bajo vientre. Tiró de mis músculos, estirándome, y de repente me preocupé de si era lo bastante fuerte para resistirme a aquel hombre.

—Enrico, tenemos un... —La interrupción fue bienvenida. Bueno, para mí al menos. A juzgar por la expresión de Enrico, no fue bien percibida. Estaba enojado con el intruso. El desgraciado pensaba que me había atrapado.

Casi lo consiguió.

Le di una palmadita en el pecho. «*Gran error, Isla*». La sensación de su torso duro y musculoso bajo mi palma encendió chispas bajo mi piel, abrasándome hasta lo más profundo de mí.

—Señor Marchetti, deje de acorralarme y fastidiarme —ordené dulcemente, zafándome de su agarre. Pestañeeé, ignorando cómo me ardía el cuerpo—. O le cortaré las pelotas. ¿*Capisce*?

Eso sí que era italiano, estaba segura. Dios, ¿de dónde había salido esa voz del *Padrino*? Todo lo que tenía que hacer era rascarme la barbilla y sería una favorita para el papel.

Una chispa de sorpresa y un toque de diversión se encendieron en su oscura mirada.

Sin esperar su respuesta, giré sobre mis talones y salí corriendo de allí como si toda la mafia estuviera sobre mis talones. Probablemente lo estaba.

SIETE ENRICO



Mi corazón estaba dando un extraño vuelco. O quizás eran mis pelotas. No tenía ni maldita idea, sin embargo, sabía que Isla huyendo de mí no era como me lo había imaginado. Se suponía que se sonrojaría y me dejaría llevarla a casa para que pudiera volver a devorar su cuerpo suave y acogedor. El cavernícola que había en mí quería escucharla gemir y jadear antes de gritar mi nombre.

Jesucristo. ¿Qué demonios ha pasado?

Mientras la seguía observando, la pelirroja ni siquiera miró hacia atrás. Joder, eso era inaceptable.

—Ah, ya veo por qué estás obsesionado, *Nipote*.

Resoplé.

—Escucha, *Vecchio*. —Sabía que odiaba que le llamara “viejo” tanto como odiaba que me llamara “sobrino”. Éramos más bien primos o incluso hermanos, teniendo en cuenta que mis padres lo habían criado. Prácticamente aún llevaba pañales, o corría desnudo a los cinco años, conociendo a mi madre, cuando nací, pero aun así encontraba formas de recordarme nuestra diferencia de edad—. No estoy obsesionado con ella. —Jodidas mentiras. Por la mirada que me echó, también lo sabía. Por regla general, nunca me obsesionaba con las mujeres, pero había algo en Isla que me intrigaba—. Quiero que investigues todo lo que haya sobre la señorita Evans. Todo, maldición.

Al menos ahora teníamos su apellido. Una identidad. Vínculos con la sinfónica. Aunque debería haber sido alarmante que no hubiera aparecido cuando buscamos en las listas de invitados y entradas de mi club nocturno.

Manuel soltó una risita, con un brillo astuto en sus ojos.

—Y dices que no estás obsesionado con ella.

Había algo en Isla que no se parecía a ninguna otra mujer que hubiera conocido. Me daban ganas de ahogarme en ella. Tal vez fue su inocencia, o la forma en que brillaba cuando tocaba ese maldito violín, pero quería dejar que llenara cada centímetro de mi alma. Requería que me consumiera.

—Necesito munición para romper su determinación. —Le lancé una mirada de reojo—. Lo que me lleva a la siguiente preocupación. Donatella debió haber llegado a ella.

—*Puttana* —murmuró—. Te dije que debimos haberla matado.

Y debí haber escuchado.

Esa perversa mujer estaba decidida a causar estragos en Enzo y Amadeo, sin yo importarle. En su estado delirante, pensó que podía jodernos a todos. Manuel nunca sabrá cuánto deseé haber acabado con ella aquella maldita noche. Debí haberlo escuchado y haberle metido una bala entre los ojos a la perra justo después de que diera a luz a Amadeo.

—Lo hecho, hecho está —afirmé con naturalidad. No tenía mucho sentido lamentarse—. El asunto en cuestión es que, si la señorita Evans habla, habrá un problema. Para el mundo, Donatella está muerta.

Ya estaba escribiendo un mensaje a nuestro contacto, que averiguaría todo lo que hubiera sobre Isla para mí. Lo mejor de todo es que el contacto era una mujer, así que había poco peligro de que se sintiera fascinada por mi *dolcezza* pelirroja. Podría preguntarle a Konstantin, pero había ciertas cosas que me gustaba mantener en privado. Como mis mujeres. Y si conocía al ruso, ahora mismo estaba algo preocupado persiguiendo a la salvaje Tatiana Nikolaev, así que no me serviría de nada.

Mi teléfono zumbó y lo agarré.

—Ah, tenemos el cargamento de Lykos. No hay muertes. Debe ser el día de un santo—. Hablé demasiado pronto, porque llegó otro mensaje—. *Figlia di puttana bastarda* —maldije—. Parece que no fueron los corsos quienes interceptaron el cargamento. Fueron Sofia Volkov y sus hombres.

Manuel soltó algunas maldiciones por su cuenta.

—¿Atraparon a alguien?

Asentí con la cabeza.

—Vamos a hacerle una visita al bastardo.

Tras un corto vuelo en mi avión privado, llegamos a los muelles de Le Havre, uno de los pocos muelles en mi posesión, en Francia. Encontré al desgraciado ruso colgado del techo por los tobillos.

Después de la Segunda Guerra Mundial, mi bisabuelo compró muelles en la costa francesa con fines estratégicos. Había sido lo bastante previsor como para comprender el valor de su posición durante los viajes a través del Atlántico. Le Havre se convirtió en una ciudad portuaria declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, con la desembocadura del río Sena. Las propiedades habían triplicado con creces su valor.

En días como este, los muelles resultaban útiles por diferentes motivos.

De vuelta al ruso colgado como un puto cadáver de vaca a metro y medio del suelo. Estaba sangrando por múltiples heridas de cuchillo, lo que me decía que había sido Kingston quien había estado trabajando en él. No había nadie como Kingston cuando se trataba de cuchillos.

Sabía exactamente dónde cortar para que la víctima se desangrara, lenta y cuidadosamente. La víctima podía sufrir mil cortes, aunque no moriría hasta que Kingston estuviera listo para rebanarle la garganta.

—Alguien se divirtió demasiado —me mofé, lanzando una mirada curiosa a Kingston. Estaba apoyado en la columna, llevaba *jeans*, botas de combate y una chaqueta de cuero. No tenía ni una pizca de sangre. Era así de eficiente.

—No paraba de hablar en ruso —informó con frialdad—. Me molestó mucho.

Lykos Costello permanecía inexpresivo con las manos en los bolsillos mientras estudiaba la escena. Al igual que yo, ya casi nunca torturaba él mismo. Solo cuando te tenía que dejar algo

claro.

—Parece justo que lo colgaras, entonces.

A Kingston, también conocido dentro de la *Omertà* como *Ghost* y uno de los mejores asesinos y rastreadores que teníamos, le importaba una mierda si estaba de acuerdo o no. Curiosamente, Kingston y yo hicimos una alianza hacía años. Le cubriría las espaldas y él me cubriría las mías. Conocía mi secreto, uno de los dos únicos hombres en este planeta que lo sabía, y yo conocía el suyo.

Atravesé el ya frío charco de sangre al cruzar el suelo de cemento del almacén y me detuve ante la cabeza del ruso que colgaba. Su vestimenta colgaba de él, manchada de sangre. Esto era lo que le ocurría a cualquiera que jodiera a los de Espinas de *Omertà*, y a cualquier familia que nos hubiera jurado lealtad.

Mi mano se estrelló contra el cráneo del ruso, golpeándolo tan fuerte que despertó de su estado de inconsciencia. Su cabeza se echó hacia atrás y un doloroso aullido salió de sus labios.

—*Oh, lo siento, brutto figlio di puttana. —Feo hijo de puta—*. ¿Te he despertado? —Una sonrisa siniestra se curvó alrededor de mis labios.

Las pupilas del ruso se dilataron de terror mientras sus ojos inyectados en sangre se desviaban hacia mí, luego detrás de mí hacia donde Kingston estaba de pie despreocupadamente.

Me giré para dirigirme a Kingston.

—¿Cuánto tiempo lleva colgado boca abajo? Me enfadaré si se nos muere antes de tiempo.

Kingston se encogió de hombros.

—Un minuto o dos.

Claramente, no le importaba una mierda si se nos moría en el minuto siguiente o no. No es que pudiera culparlo. Este odio por Sofia Volkov era el único propósito de su vida.

—¿Estás listo para hablar con nosotros? —le pregunté al *stronzo* que tenía delante.

Antes de la prematura muerte de mi padre, me había enseñado que nuestros motivadores más poderosos cuando nos enfrentamos a un enemigo son el miedo y el amor. Este tipo era un cobarde, así que el dolor funcionaría bien para sacarle información. Y si no funcionaba, teníamos un plan de respaldo.

Manuel ya tenía a alguien poniéndolo en marcha.

—¡No sé nada! —gimoteó.

—Empezaremos con calma, entonces —declaré—. Tu nombre.

—Fedor... Fedor Dostov.

—Excelente. No me apetecía empezar esta conversación con mentiras —añadí con tono inexpresivo. Kingston había conseguido su nombre y toda la historia de su vida en los primeros cinco minutos de su captura. Era increíble lo fácil que resultaba hoy en día averiguar datos personales. Bastaba con la imagen digital de un rostro.

«Bueno, excepto cuando se trataba de *Isla Evans*», pensé irónicamente. Entonces seguías encontrándote con obstáculos.

—¿Para quién trabajas?

—La *Pakhan*.

Le agarré del cabello y tiré de él.

—Error. No es *Pakhan*. Aspirante, tal vez.

Fedor negó con la cabeza.

—Ella... lo es.

¿Qué demonios les pasaba a estos hombres que la seguían? ¿Qué tenía ella que les parecía tan atractiva? Era como una maldita secta, y los tenía a todos convencidos de que era la jefa de la

Bratva.

—Illias Konstantin es el *Pakhan*. Antes que él, fue su padre quien derrocó al viejo Volkov. Sofia Volkov nunca fue, en ningún maldito escenario, una *Pakhan*. Excepto tal vez en su propia cabeza.

Manuel se rio a mi lado.

—Nada apesta peor que una mujer desesperada.

Y Sofia Volkov apestaba a hasta el cielo.

Miré por encima de mi hombro.

—Kingston, ¿quieres tener otra oportunidad con él?

Solo en los últimos años había vuelto a utilizar su nombre de nacimiento. Durante las dos últimas décadas, fue conocido como el *Ghost*. Letal. Mortal.

Se apartó de la columna y sacó un cuchillo de algún sitio.

—Claro que sí.

Retrocedí y observé con expresión indiferente cómo Kingston lo trabajaba con habilidad. El ruso gritaba y chillaba, pero a los veinte minutos estaba claro que no iba a ceder. No era raro que los hombres que crecían en el bajo mundo resistieran a la tortura.

Estudí a Kingston infligiendo dolor a Fedor sin emoción. Un psicólogo podría habernos llamado a todos psicópatas. O que sufriamos de comportamiento disociativo. Podía ser que tuviera razón, pero había que disociarse para sobrevivir en la mafia. Así fue como Kingston había sobrevivido a los años de prisión y tortura de Ivan Petrov y Sofia Volkov. De esa forma fue como lidié con la muerte de mi hermano.

Disociación.

El teléfono de Manuel zumbó y sus ojos encontraron los míos mientras asentía.

—Kingston, probemos otro enfoque. —Chasqueé los dedos y Manuel se adelantó y presentó la pantalla. Agarré a Fedor por la barbilla y lo obligué a mirarla—. Esta es tu hija, ¿verdad? —Ronroneé mientras lo obligaba a ver las imágenes que uno de nuestros hombres había grabado de ella a través de la ventana, completamente ajena al peligro que acechaba afuera de su casa.

No necesité darme la vuelta para saber que Kingston se había convertido en una estatua detrás de mí. Por supuesto que nunca le haríamos daño a la chica. Por toda la información que teníamos, ni siquiera mantenía contacto con su padre.

—¡Hijo de puta! —Ladró Fedor, encontrando la energía para sacudirse contra las cuerdas—. ¡Maldito hijo de puta! Ella no tiene nada que ver con esto.

Se agitó contra las cuerdas y el material áspero se clavó en sus heridas. Más sangre caía al suelo.

—Tienes todo el poder aquí, Fedor. Dinos por qué atacó el barco y cuál es su plan.

Para asegurarme de que entendía lo que decía, le acerqué la pantalla. Fedor tosió cuando el cuchillo que Kingston le había clavado en las costillas se retorció, luchando por respirar a pesar del dolor.

—¡Basta! —siseó, mirándonos a todos.

—Salva a tu hija. —Fedor se desplomó ante mi simple instrucción, y me di cuenta de que por fin estábamos llegando a alguna parte—. Dinos lo que Sofia está planeando, y lo que quiere.

—No lo sé —suspiró, el cansancio se filtraba por su voz—. No mucho, de todos modos.

—Yo juzgaré eso. Dinos lo que sabes —exigí—. ¿Por qué atacar este barco? —Le agarré el cabello, asegurándome de que el puñado estuviera tenso contra su cuero cabelludo.

—Acabar con el bajo mundo. —Tosió un poco de sangre y repitió—: Quiere acabar con el bajo mundo, por su hijo. Eso es todo lo que sé.

Eso era una puta mierda. Alguien que quería acabar con organizaciones como la nuestra no intentaba tomar el poder. Tampoco pretendían ser el *Pakhan*. ¿Y qué era eso de un niño? Sofia Volkov estaba jugando, y si mi suposición era correcta, quería todo el maldito poder.

Saqué mi pistola de la funda y la sostuve sin apretar mientras estudiaba el rostro ensangrentado de Fedor.

—Dame los nombres de quién más está involucrado, ¿eh?

Sus ojos estaban fijos en la pesada pistola que tenía en mi mano.

Incliné la cabeza y amartillé el arma.

—En ese caso...

—¡Espera, e-espera! —balbuceó—. La *Yakuza* —confesó con la respiración agitada—. Itsuki Takahashi. Es todo lo que sé. ¡Lo juro!

El maldito jefe de la *Yakuza*. Amon Takahashi, el primo de Leone. Tan cruel y retorcido como Itsuki Takahashi, Amon era todo lo contrario. Era el mayor, más inteligente, primo ilegítimo, el verdadero heredero del imperio *Yakuza*. Sí, era el hijo ilegítimo y se había conformado con ser el segundo al mando de la organización *Yakuza*, pero eso no borraba el hecho de que era el verdadero heredero de esa organización. Si tan solo lo hubiera aprovechado. Amon también era el hermano ilegítimo de Dante Leone, ligeramente mayor, aunque por unas semanas. A Amon se le debía una corona doble, sin embargo, seguía sin corona. Un *Príncipe Amargado*.

Entrecerré la mirada hacia Fedor mientras hacía un gesto con mi Glock G19 negra mate.

—Acaba con él.

—¡Espera, espera! —suplicó, aspirando una profunda y estremecedora bocanada de aire, antes de susurrar—: Tiene un espía en tu organización. Así es como actúa. Tiene infiltrados en todas partes.

La rabia se disparó a través de mí, rápida y caliente. Me destrozó el pecho.

—Nombre —gruñí.

Sacudió la cabeza.

—No lo tengo. Solo Sofia conoce los nombres, y no los comparte con nadie.

Entonces no me servía de nada. Sonó un disparo, resonando en el oscuro muelle.

—Diles que no toquen a su hija —instruí a Manuel mientras echaba un vistazo a Kingston. El aire gélido se desprendía de él en oleadas. Le mantuve la mirada mientras cambiaba al italiano y le decía.

—*¿Stai bene? —¿Estás bien?*

—Sì. —Kingston era un hombre de pocas palabras.

No era el momento adecuado para que tuviera uno de sus episodios. No es que pudiera controlarlos. Esperé, estudiando sus rasgos para asegurarme de que su tez no palidecía aún más. Normalmente era la primera señal de sus ataques. Los episodios no eran agradables de presenciar.

—Estoy bien —repitió, esta vez con voz más firme.

Asentí con la cabeza.

—Tenemos que encontrar al puto infiltrado —declaré—. Antes de que nos cueste todo lo que hemos construido. Solo nosotros cuatro lo sabemos. —Fijé mi mirada en Lykos, Kingston y Manuel—. No saldrá de esta habitación hasta que encontremos a quienquiera que sea.

Y entonces ese maldito soplón pagaría con cada gota de su sangre.

OCHO ISLA



Mi vida siguió adelante.

De alguna manera, había dividido mi vida en dos secciones: antes de Enrico y después de él. Antes del sexo más increíble de mi existencia, y después... ¡Maldito fuera! Era casi peor saber que eso era realmente posible, y que no era solo cosa de novelas eróticas.

Hacía una semana que no lo veía, pero no podía quitarme la sensación de que me observaban.

Unas cuantas veces juré haber visto a Donatella Marchetti por la calle. Aunque cuando iba tras la persona, desaparecía o resultaba ser un transeúnte inocente que simplemente deambulaba por las calles de París. Me ponía nerviosa, pero no sabía qué hacer. Podía llamar a mi hermano mayor, mas me parecía exagerado. Además, tendría que admitir ante Illias que me acosté con Enrico Marchetti, y eso era un *no* rotundo.

En lugar de eso, seguí con mi rutina normal. Se acercaba el invierno y los ensayos en la Ópera Nacional de París para la próxima representación de *El lago de los cisnes*, de Tchaikovski, ocupaban la mayor parte de mi tiempo. Se representaría una y otra vez durante las vacaciones. Era la pieza que menos me gustaba. La *Obertura 1812* era mi favorita. No porque fuera la historia de la derrota de Napoleón a manos del ejército ruso, sino porque retrataba muchas emociones complicadas. La angustia de la gente después de que Napoleón declarara la guerra, esa triste armonía que declaraba que el fin estaba cerca.

Era tarde en la noche, y todas las chicas estaban dormidas. Excepto yo. Daba vueltas en la cama, incapaz de descansar. Tocar el violín me tranquilizaba, no obstante, despertaba a todo el edificio, por no hablar de mis amigas.

Me quedé mirando al techo oscuro, con la mente revuelta con pensamientos aleatorios, aunque siempre volviendo a mi madre.

Algunas chicas crecieron con problemas con sus padres, pero no tuve ese problema. Illias llenó ese vacío con el papel que desempeñó en mi infancia. Fue mi hermano, mi padre, mi tío. Incluso intentó desempeñar el imposible papel de mi madre. Por supuesto, nunca le diría que había fracasado. Lo había intentado con todas sus fuerzas.

Mi madre.

Era un enigma. Mientras Illias me contaba muchas cosas sobre nuestro padre, que era un hombre de negocios despiadado y se había vuelto innecesariamente cruel a medida que envejecía, mantenía un hermetismo sobre mi madre. Sobre quién era. Su linaje. Su parentesco. Debía de tener uno, no obstante, se negaba a compartirlo conmigo.

Siempre tuve la sensación de que lo hacía para protegerme.

Era difícil de ignorarlo. Era mi madre. Toda chica debería saber ciertas cosas sobre su madre. ¿Amaba a mi padre? ¿Estaba satisfecha con ser la segunda mejor? Porque sabiendo fragmentos que mi hermano Maxim había dejado escapar, nuestro padre perdió la cabeza cuando su mamá y la de Illias murió. Me hizo preguntarme si había buscado consuelo en la mía.

Suspiré y me giré hacia un lado, contemplando el paisaje de París que brillaba bajo la luna llena.

En general, era una chica feliz. Tenía amigas grandiosas. Habíamos estado en las buenas y en las malas. Siempre nos cubríamos las espaldas. Y, aunque la vida se complicaría ahora que Reina se iba a casar, éramos una unidad. Siempre lo seríamos.

Y tenía unos hermanos maravillosos. Inmediatamente me estremecí. *Un hermano*. Me quedaba un hermano. Maxim murió el verano pasado y, aunque no fue una sorpresa, no después de tantos años de lucha contra la adicción, me dolió. Aún me entristecía. Lo recordaba como era antes de caer en el abismo de la drogadicción.

Un suave golpe en la puerta me sobresaltó y me incorporé en el colchón.

La puerta crujió, mucho más fuerte en la oscuridad de la noche, y los rizos dorados de Reina se asomaron.

—¿Te desperté? —susurró.

Negué con la cabeza y palmeé un lugar a mi lado en la cama matrimonial.

—No. No puedo dormir.

Cerró la puerta con un suave chasquido y se acercó a mí descalza. Reina era la más joven de nosotras, y parecía aún más joven con sus *shorts* y su camiseta blanca de tirantes. Todas la veíamos como a una hermana pequeña a la que teníamos que proteger, pese a que a menudo se comportaba más como nuestra madre con su actitud controladora. Me preguntaba si no sería la más fuerte de todas nosotras, aunque al mismo tiempo la más vulnerable.

El colchón se movió cuando se subió a la cama.

—Tampoco puedo dormir —admitió.

Sonreí con simpatía.

—¿Nervios de compromiso?

Se encogió de hombros.

—Supongo.

La miré y esperé a que dijera algo. Se llevó las rodillas al pecho y las rodeó con sus brazos, cerrando los ojos suavemente.

—¿Reina?

—*Hmmm*.

Tragué saliva.

—¿No te preocupa que Dante descubra lo que hicimos si te casas con él?

Bajo la luz de la luna llena, sus ojos azules encontraron los míos en la oscuridad y pude ver angustia en ellos. La expresión de dolor que parpadeaba en su rostro.

—Debería preocuparme por eso —musitó—. Pero todo lo que me preocupa es Phoenix.

Fruncí el ceño, me invadió la confusión.

—¿Tu hermana, Phoenix? —Curioseé, como si conociera a otra Phoenix.

Asintió, pero seguía sin entender el significado. ¿Qué tenía que ver Phoenix?

—No te sigo —solté.

Dejó escapar un pesado suspiro, con los hombros caídos.

—Le gusta Dante.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—No. —Jadeé.

—Sí —respondió. Ella lo sabría. Reina y su hermana eran muy unidas; a veces parecía que fueran gemelas—. Lo odio, maldición —declaró—. Me enamoré del hermano de Dante y casi me mata. Ahora mi propia hermana está enamorada de Dante. —Inhaló profundamente y luego exhaló lentamente.

—Dante... con el que te vas a casar —afirmé incrédula. Asintió con la cabeza. Santo cielos, mira que coincidencia.

—Esto acabará *bien* —añadió irónica, con un tono lleno de sarcasmo—. De todos modos, mejor que sea yo y no ella. —La voz de Reina era firme, sin embargo, no se me escapó el temblor de sus manos—. Dante la asfixiaría. La destruiría. Así que haré esto. Necesitamos la protección de los Leone.

Eso tampoco presagiaba nada bueno para Reina. ¿Por qué siempre se sacrificaba? Ella y Phoenix deberían contraatacar. Decirle a su padre que se fuera al infierno. No lo necesitaban. Tampoco necesitaban a los hermanos Leone. ¡Malditos imbéciles!

Sabía que las cosas eran diferentes en la familia Romero. Reina y Phoenix rara vez hablaban de su padre, pero lo poco que decían pintaba una imagen bastante clara de las organizaciones criminales a las que pertenecía. Las mantenía alejadas de todo, probablemente para protegerlas, no obstante, Reina y Phoenix eran mucho más fuertes que los tres hombres juntos.

Me pasé la mano por el cabello rebelde.

—Demonios. Nunca vi venir esto.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —susurró distraídamente.

—¿Qué quieres decir? —inquirí—. ¿Sabías que Dante Leone iba a pedirte matrimonio?

—Tuve la sensación en los últimos meses de que *Papà* planeaba casar a una de las dos.

La observé con simpatía.

—Y sabías que serías tú, no tu hermana.

—Sí. —Sus dedos trazaron los hilos de las sábanas. Izquierda a derecha. Arriba y abajo.

—¿Por qué no te niegas? —inquirí en voz baja. La pregunta era tonta, porque sabía la respuesta—. Tal vez ponga el matrimonio en Phoenix, y como ya siente algo por él...

Sacudió la cabeza con tristeza.

—Los hombres como Dante no consideran cualquier cosa que no sea la perfección. *Papà* dijo que Dante encontró a Phoenix deficiente.

La rabia roja se disparó a través de mi sistema, amenazando con explotar. Tuve que respirar varias veces para calmarme antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirme. Como *Asesinemos a Dante y Amon*. Por qué no acabar con toda la familia Leone. No éramos más que sobresalientes.

—Eso me molesta mucho —refunfuñé en voz baja—. Ya sabes, porque son *tan* perfectos. Eso me dice que Dante Leone es un maldito idiota.

—Lo sé.

—¿Y Amon? —pregunté.

Los hombros de Reina se tensaron y la temperatura de la habitación bajó unos grados.

—¿Qué pasa con él? —Su voz era tan fría como el invierno en Siberia.

—Tendrás que verlo todo el tiempo —señalé—. ¿Y si Dante se entera de la historia que compartieron? O que mataste...

Su mano se dirigió a mi boca, sus dedos presionaron con firmeza, impidiendo que las palabras salieran.

—No lo digas, Isla. Nunca pronuncies esas palabras.

Asentí y retiré sus dedos de mis labios.

—Estoy preocupada por ti. Podría usarte como una especie de ventaja. Podría venir por todas nosotras.

Sacudió la cabeza, con sus rizos rebotando.

—Jamás le diré a nadie que estuviste involucrada en ese lío. Si sale a la luz, lo hice todo por mi cuenta. ¿Me oyes?

Dejé escapar un suspiro sardónico.

—¿Y crees que te dejaría cargar con la culpa? No debes conocerme muy bien.

—No puede ser de otra manera. Además, yo lo hice. Lo maté. El resto... —Tragó saliva, su delicado cuello se balanceó mientras se tragaba el nudo que tenía en la garganta—. Bueno, todo lo demás carece de sentido.

—No exactamente. —No llamaría sin sentido el descuartizar el cuerpo de un hombre—. ¿Y si encuentran... los restos?

Se mordió el labio inferior.

—Esperemos que no suceda. Pero si pasa, cuida de Phoenix.

—Reina, nada va a...

Se puso de rodillas frente a mí y me tomó la cara entre sus manos. Nuestros ojos se encontraron y, aunque físicamente parecía mucho más joven de sus veintiún años, su mirada era vieja. Agotada.

—Prométeme que cuidarás de Phoenix —susurró—. Lo digo en serio, Isla. Pase lo que pase, si se encuentra cualquier parte de ese cuerpo, yo lo hice. ¿Entendido?

El pánico y la angustia en sus ojos me apretaron el corazón. Merecía ser feliz después de todo lo ocurrido. Sin embargo, parecía que la vida no dejaba de darle patadas. Y por la expresión de su cara, esperaba que así fuera.

—Lo prometo —aseguré.

Sin embargo, hallaría la manera de asegurarme de que ese cuerpo nunca fuera encontrado.

NUEVE

ENRICO



Mi teléfono vibró. El temido número.

—Cazzo —murmuré mientras lo agarraba y lo abría.

La escena familiar empezó a reproducirse. Desordenada. Distorsionada. Partes de ella estaban bloqueadas por los cuerpos de Manuel y Kingston. Se me retorcían las tripas y se me helaba la sangre cada vez que la veía. Me la sabía de memoria. Lo había vivido, maldición. Siempre era el mismo vídeo. Sin embargo, cada vez que aparecía esa maldita grabación, contenía la respiración. No rezaba. No había salvación para mí.

Una niebla roja cubrió mi visión mientras mis ojos seguían los movimientos del video de vigilancia. Observé el cuerpo familiar en el vehículo, y luego la explosión masiva que no dejó nada de él. Solo recuerdos y cenizas.

Me invadió una ira violenta y lancé el teléfono al otro lado de la habitación, donde chocó contra la pared y se rompió. Los trozos se esparcieron por el suelo justo cuando la puerta de mi despacho se abrió de golpe.

Manuel entró en mi despacho sin tocar. Como siempre.

Giulio estaba justo detrás de él. Manuel hizo una mueca antes de seguir con la mirada los trozos rotos. Sacudió la cabeza, pero a su favor había que decir que no hizo ningún comentario.

—El expediente de tu mujer misteriosa —agregó en su lugar.

Levanté la vista del escritorio. Solo había una mujer misteriosa. Isla Evans. Al instante, la niebla de mi cerebro empezó a despejarse.

Sin demora, despedí a Giulio. Era el encargado de la ciberseguridad y se aseguraba de que todos los mensajes que entraban y salían de mi red estuvieran codificados. Incluso había llegado a probarlo con Illias Konstantin y Nico Morrelli. Ninguno de los dos fue capaz de decodificarlo. Fue entonces cuando supe que nuestra red era segura, siendo Manuel y yo los dos únicos que poseíamos las contraseñas. Ni siquiera Giulio podía acceder a ella, y eso que había sido él quien la había diseñado.

—¿Por qué has tardado tanto? —refunfuñé. Normalmente recibía la información en un día. Habían pasado siete putos días.

Manuel me tendió una carpeta que parecía sospechosamente delgada y se dejó caer en la silla frente a mi escritorio mientras echaba un vistazo al expediente. *Isla Evans: Madre desconocida. Padre desconocido. Criada por un pariente... de nuevo, desconocido.* Mis cejas se fruncieron mientras hojeaba las páginas que no me decían nada.

—Esto no puede ser todo —murmuré mirando las fotos. Las imágenes mostraban a una mujer pequeña, de hermosa sonrisa y alborotado cabello pelirrojo. Pero fue la picardía y la fuerza silenciosa de su mirada esmeralda lo que atrajo mi atención.

Manuel se encogió de hombros.

—También lo pensé. O quizá la chica no sea gran cosa.

Había tanto en la chica que amenazaba con robarme el aliento. Así que sí, ese comentario no tenía ni un maldito sentido. Manuel tenía que estar ciego y sordo para no ver que había mucho más en ella.

Sacudí la cabeza.

—Tiene que haber más —siseé, revolviendo las fotos y la información—. Es amiga de Reina y Phoenix Romero. ¿Por qué no está eso en el archivo?

—No lo sé. Investigamos todos los ángulos. Nuestro contacto incluso entró en su apartamento y tomó algunas fotografías.

Mis ojos recorrieron las fotos hasta que me fijé en una y me quedé paralizado.

—No puede ser —añadí—. De ninguna manera, demonios.

La fotografía que tenía en la mano había sido tomada en el interior del apartamento de Isla. Entrecerré los ojos, acercándola. «*No, no podía ser*». Aunque seguro que lo parecía. En mis manos tenía la foto de un marco que estaba en la mesita de noche de Isla.

En ella, Isla estaba de pie sosteniendo un violín... entre Maxim e Illias Konstantin. Apenas les llegaba al pecho, su sonrisa era libre y la felicidad en su rostro era evidente. Tal vez los Konstantin eran sus padrinos. Aunque sería un mundo pequeño y uno muy jodido.

—¿Qué pasa?

Abrí el cajón y rebusqué hasta encontrar lo que buscaba.

—Mira el portarretratos —sugerí, entregándole la fotografía y la lupa—. Esquina inferior derecha.

Tardó exactamente cuatro segundos en abrir los ojos. Me miró y ninguno de los dos pronunció palabra. El silencio entre nosotros lo decía todo. Hacía décadas que circulaba el rumor de que los hermanos Konstantin tenían una hermana. Pero siempre fue solo eso: *un rumor*.

Hasta ese momento.

—¿Crees que Illias Konstantin está interesado en ella? —inquirió, devolviéndome la foto—. ¿O es su mujer? Parece demasiado joven para él, pero si la preparó desde una edad temprana, diría que está jodido como su padre.

Sacudí la cabeza.

—No, ese hombre está interesado en Tatiana Nikolaev. Estaba dispuesto a ir a la guerra si no la dejaba vivir. —Y por lo que sabía de Illias, no se parecía en nada a su padre. Apostaría mi vida en ello—. Conozco a Illias desde hace años, forma parte de la *Omertà*, joder. ¿Cómo se las arregló para ocultarnos esto a todos?

Manuel se burló.

—Todo el mundo en *Omertà* tiene secretos. Muy grandes. —Me miró fijamente, refiriéndose al que compartíamos.

—Quiero que se investigue todo sobre estos dos —ordené, molesto por el hecho de que Isla tuviera relación con el *Pakhan*. Era un obstáculo que no necesitaba—. Puede que los mensajes de chantaje que hemos estado recibiendo giren en torno a esta chica.

—O tal vez está usando a esta chica para llegar a ti. —Manuel sospechaba de todos los que estaban fuera de nuestro pequeño círculo. Igual que yo. Sin embargo, yo tenía buenos instintos, y me decían que no era el caso. Todos los de la *Omertà* habíamos estado recibiendo mensajes

codificados, amenazando con desenmascaramos. En última instancia, todos teníamos secretos que mataríamos por mantener exactamente de esa manera. *Secretos*.

Illias era el *Pakhan* por una buena razón. Era muy inteligente y poderoso, y no necesitaba utilizar a nadie para llegar hasta mí. Si eso era lo que quería, vendría por mí de frente. No, había algo más en juego aquí.

Además, Isla me había descartado cuando se enteró de lo de Donatella. Si estaba intentando acercarse a mí, eso no le habría importado.

—¿Así que la crio y luego la envió a la boca del lobo? —indagué en tono seco. Esa teoría no tenía ningún sentido, aunque explicara por qué no podíamos encontrar nada sobre Isla. Konstantin sabría cómo esconder a alguien, y seguramente estaba escondiendo a Isla Evans—. No lo creo. Se negó a tener algo que ver conmigo cuando la volví a ver.

Los labios de Manuel se tensaron.

—Admito que es inusual ver a una mujer rechazarte. Lo estoy disfrutando.

—¿Son celos lo que oigo? —espeté. Tenía razón, las mujeres nunca me rechazaban, aunque a Manuel le pasaba lo mismo. Siempre fue un soltero, que se aferraba a breves aventuras con algunas de las mujeres más bellas del mundo—. Y te aseguro, *Vecchio*, que disfrutaría rompiéndote los dedos.

Se rio entre dientes, completamente imperturbable.

—¿Por qué iba a estar celoso? Desde luego, no quiero experimentar que una mujer me rechace.

Sabelotodo.

—Sé que estás acostumbrado, viejo —me burlé, bajando los ojos de nuevo a una de las fotografías de Isla Evans que había en una carpeta de mi escritorio. Fue tomada al principio de su carrera. Jesucristo, era joven. Demasiado joven para mí. Sin embargo, eso no me impedía desearla. Al diablo con la edad, me importaba una mierda quiénes eran sus contactos y quién la protegía, sería mía.

—Bueno, este viejo no está obsesionado. Tú lo estás. —Manuel se estaba divirtiendo demasiado con esta mierda.

De alguna manera sentía que la obsesión ni siquiera tocaba la superficie de lo que había entre aquella joven y yo. Cada segundo y cada respiración desde que la conocí alimentaban mi fascinación hasta el punto de no retorno. La tendría de nuevo, estuviera Konstantin o no. Aunque me matara.

«*Pero eso podría matarla*», susurró mi mente. Inmediatamente aparté ese pensamiento.

—Tendré que hacerle una visita a la señorita Evans y ver cuál es su conexión con Illias Konstantin.

Al menos el otro Konstantin, el débil, estaba muerto.

—Estoy seguro de que será una dificultad. —Su tono estaba lleno de sarcasmo—. Cuidado con tus pelotas, ¿*capisce*? Te advirtió que te las cortaría.

—Quizá debería llevarme tus pelotas conmigo —amenacé medio en serio.

Manuel se levantó y se alejó, haciéndome una seña obscena por encima del hombro.

—Solo inténtalo, *Nipote*.

—Cuidado, viejo.

La puerta se cerró tras él, llevándose consigo el sonido de su risa por todo el pasillo.

Volviendo mi atención a las fotos, endurecí mi resolución. Era inevitable que volviéramos a cruzarnos. Hacía días que quería verla. Ahora tenía una excusa. Excepto que no era la razón más agradable para ello.

Una cosa era segura. Si había una conexión entre Isla y el *Pakhan*, la noticia de que Donatella estaba viva se podría filtrar fácilmente en el mundo.

DIEZ ISLA



Luché con las dos bolsas en la mano derecha mientras buscaba mi llave en el bolsillo. Si me quedara en casa de mi hermano, como siempre insistía, podría hacer que el portero me subiera las compras. Pero ¿dónde estaría la gracia? Este apartamento era mío y de mis amigas, y nadie podía decirnos lo que teníamos que hacer.

«*Excepto el arrendador*», pensé secamente. Y era un asqueroso. Uno de sus muchos defectos.

—¡Mierda! —Las dos bolsas que llevaba en la mano derecha se me resbalaron y las manzanas rodaron por el suelo pulido mientras intentaba meter la llave en la puerta—. ¿Por qué demonios no hay nadie en casa cuando las necesito? —murmuré en voz baja.

—¿Necesitas ayuda?

La voz familiar, profunda y ronca, que había estado soñando desde que hui de él en la filarmónica, me hizo girar y me encontré cara a cara con él. ¡Él!

Unos grandes ojos oscuros me observaban fijamente, con el fantasma de una sonrisa jugueteando alrededor de sus labios. No pensé que sonriera mucho, pero debería hacerlo. Transformaba su rostro en el de un dios romano. Como el equivalente romano de Zeus. Mierda... ¿cómo se llamaba?

Sacudí la cabeza. Como si importara.

—¿Qué haces aquí? —Curioseé, arrodillándome para recoger las compras derramadas. Hizo lo mismo, sin importarle su costoso traje mientras se arrodillaba a mi lado—. Creí que la última vez había dejado bien claro que no me interesaba volver a verte.

A algunos hombres les encantaban los retos, y apostaría mi vida a que Enrico era uno de ellos. Mi negativa probablemente lo empujó a esforzarse más.

—He venido a verte. —Me dio una manzana y sus dedos rozaron mi mano. Sentí mis mejillas sonrojarse, las imágenes de la última vez que me tocó, bailaron por mi mente. Cómo me miraba de rodillas, con la cabeza entre mis piernas, comiéndome el coño. Nuestros ojos se cruzaron y una sonrisa cruzó su rostro como si pudiera leer mis pensamientos. El aire crepitó entre nosotros y me sentí a punto de estallar en llamas.

Mierda, necesitaba que este tipo se fuera. Inmediatamente.

—Preferiría que no lo hubieras hecho —murmuré. Cuando su ceja se alzó, aclaré—. Venir a verme.

No pareció inmutarse por mi declaración. De hecho, apostaría mi vida y mi violín, mi

posesión más preciada, a que este hombre nunca se ponía nervioso.

—¿Y eso por qué?

¿Estaba bromeando? De repente, mi embelesamiento fue sustituido por la ira, y salí disparada hacia arriba, con mi cráneo golpeándole su barbilla.

—¡Maldición! —exclamamos los dos al mismo tiempo. Se frotó la barbilla mientras me masajeaba el cuero cabelludo.

—¿Estás bien? —Parecía realmente preocupado, pero me negué a creerlo. Ese rostro italiano suave y apuesto, ese cuerpo fuerte y, demonios, esa boca. Todo era una máscara. El tipo era un infiel.

—Estaría mejor si no estuvieras aquí —reviré, molesta porque mi cuerpo se calentara bajo su escrutinio.

Ignoró mi comentario mordaz, recogió el resto de los objetos del suelo y me quitó las bolsas de la mano.

—Me disculparás si no te creo —comentó con calma—. Abre la puerta, Isla, o acabaremos follando en este pasillo, y no tengo muchas ganas de darles un espectáculo a tus vecinos.

Me ardían las mejillas. Qué descaro el de ese hombre. Sí, tenía carisma, y sabía que bajo ese traje hecho a la medida se escondía el cuerpo más apetitoso. Pero el infiel era una escoria sin importar en qué cuerpo lo metieras.

—Señor Marchetti...

—Enrico —me corrigió, cortándome y bajando la cabeza con una sonrisa impresionante—. Por favor, llámame Enrico. Ya lo has gritado muchas veces. Demasiado tarde para volver a las formalidades.

Parpadeé, con la boca entreabierta por la sorpresa. No podía decidir si aquello era grosero o sexy. Necesitaba una bofetada para recuperar la razón. Sin embargo, no había nadie más y no podía pegarme a mí misma. Eso podría llamar la atención en este papi italiano y en mi propia autoestima.

Alguien se aclaró la garganta y ambos levantamos la cabeza para encontrarnos con Louis, el rastrero arrendador mirón que observaba nuestro intercambio con interés. Solo necesitaba una silla y palomitas.

Sacudiendo la cabeza y murmurando en voz baja, finalmente introduje la llave en la cerradura y abrí la puerta. Me quité los zapatos y entré en el apartamento. Enrico cerró la puerta con el pie y me siguió con las bolsas en sus manos hasta la pequeña cocina.

Podía sentir cómo examinaba el lugar. No era lujoso como la casa que mi hermano tenía en la ciudad, pero era mi hogar y el de mis mejores amigas. Era nuestro santuario, pagado con nuestro propio dinero, y nadie podía decirnos lo que podíamos o no hacer.

Puso las bolsas en la encimera de la cocina. Empecé a sacar las cosas, hiperconsciente de la presencia detrás de mí.

—¿Qué quiere, señor Marchetti? —pregunté, sin detener mis movimientos. No me molesté en verlo. Era demasiado tentador ahogarme en su mirada oscura. Quizás era una mujer débil, o quizás era demasiado susceptible a su encanto, pero no podía arriesgarme a quedar frente a frente y caer en sus brazos.

Lo más extraño era que nadie me había impactado como este hombre.

—¿Cuánto tiempo más vas a ignorarme? —Su voz profunda tenía un tenor frío, que me dejó entrever el hombre despiadado que Reina creía que era. Me maldije en silencio por ser impulsiva y caer en su cama.

Había estado tan deseosa y dispuesta.

Cerré la puerta del refrigerador y me di la vuelta lentamente, de cara a él. Mis ojos recorrieron sus anchos hombros y su impecable traje. Me estudió, su mirada ardiente de lujuria me quemó por dentro mientras las mariposas revoloteaban en la boca de mi estómago. Mi corazón se detuvo durante varios latidos y luego se aceleró a un ritmo antinatural.

—Tiene usted mi atención, señor Marchetti —expresé, manteniendo la voz apagada y ciñéndome a las formalidades. No quería que viera el impacto que tenía en mí—. Y ahora ¿qué?

Se acercó y me llegó el aroma de su colonia. Instintivamente, di un paso atrás y apoyé la espalda contra la puerta del refrigerador. Dio otro paso y, de repente, todo lo que podía sentir y oler era a *él*. El aroma de su loción de afeitar se filtró en mis pulmones, embriagador y abrumador. Era peor saber cómo se sentía su boca en mi piel. Lo bien que se sentía dentro de mí.

Su mano se deslizó por la parte trasera de mi cuello, haciendo un puño con mi cabello. Me miraba con ojos demasiado oscuros para leerlos y, aunque lo rodeaba una energía letal, también había mucho atractivo sexual. Podía saborearlo en la lengua. Podía sentirlo en cada fibra de mis huesos. Temía llegar al orgasmo solo con el leve roce de su cuerpo contra el mío.

—Ahora hablaremos —gruñó, rozando con su boca el lóbulo de mi oreja. Una onda nebulosa inundó mi mente y mis párpados se volvieron pesados—. Y luego follaremos—. Un escalofrío me recorrió la espalda y, para mi horror, incliné la cabeza para permitirle un mejor acceso.

Sus labios rozaron mi cuello y un gemido subió por mi garganta. El corazón me latía en los oídos y me odiaba por sentir ese increíble deseo por aquel hombre. Su calor me abrumaba mientras su toque me abrasaba la piel, dejándome el pulso crepitando como chispas en el pavimento.

—No. —Mi voz era débil. Estaba demasiado cerca. No lo bastante cerca. Giré la cabeza hacia un lado para poder respirar aire que no fuera *él*.

Su boca dejó de recorrer un camino ardiente sobre mi piel, y me odié por la punzada de arrepentimiento que sentí. No quería que se detuviera, pero *necesitaba* que lo hiciera. No quería sobras. Quería un amor tan profundo que lo sintiera en cada célula de mi cuerpo. Y ser la otra mujer nunca llevaba a ser el amor de la vida de alguien.

Los labios de Enrico se apretaron contra mi oído, con palabras ásperas y acento marcado.

—Dime, *Dolcezza*. ¿Qué nos detiene?

Dejé escapar un suspiro frustrado.

—Para empezar, tu esposa. —Ni siquiera podía creer que hiciera esa pregunta—. Ya te he dicho que no cojo con hombres casados.

Se apartó y sus ojos oscuros encontraron los míos.

—No estoy casado. No hay ninguna esposa en mi vida por la que tengas que preocuparte.

La incredulidad me invadió, y luché contra rodar los ojos.

—Sí, claro —me burlé. Todavía había una pequeña, muy pequeña parte de mí que esperaba que la esposa de Enrico Marchetti estuviera muerta y que esta fuera su malvada hermana gemela. ¿Me convertía en una buena persona desear algo así? Demonios, no. ¿Me impidió desearlo? Desafortunadamente no, y maldición no me disculparía. Así que puse a prueba al cabrón—. Por eso tu esposa me ha estado siguiendo toda la semana. Porque no tengo *nada* de qué preocuparme.

Sus hombros se tensaron y su mirada parpadeó con tanta repugnancia que me sentí detenida ante su extraña reacción. Me miró a la cara, pero en sus ojos había algo oscuro y peligroso que me hizo temblar.

—¿Quién te ha estado siguiendo? —preguntó con voz controlada, aunque la vehemencia de su tono me tocó la piel con una aspereza que hizo que se me pusiera la piel de gallina por todo el cuerpo.

El cambio en él me alarmó, pero intenté que no se notara.

—Tu esposa —dije, con sarcasmo en la voz—. La que no existe. Sin embargo, de alguna manera la perra psicópata me está siguiendo.

Sin previo aviso, me soltó y dio un paso atrás, dejándome desorientada y en carne viva. Pero fue su mirada la que me dio escalofríos. Era gélida y oscura. Totalmente aterradora.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono. Observé cómo sus dedos volaban por la pantalla, e incluso me atreví a echar un vistazo por el rabillo del ojo. La decepción se apoderó de mí. Estaba escribiendo en italiano. Maldito fuera.

Quizás aprender italiano debería estar en mis planes para un futuro lejano.

Luego volvió a guardarse el móvil en el bolsillo.

Levantó la mirada y me acarició la cara.

—Me ocuparé de ello y esa mujer no volverá a molestarte.

—No es tu esposa, ¿eh? —Curioseé, con voz inexpresiva.

Jesucristo, ¿por qué me molestaba tanto? Fue solo una noche de sexo caliente e increíble. No era como si me hubiera enamorado del hombre. Apenas sabía algo de él.

—Te juro por la vida de mis hijos, Amadeo y Enzo, que no es mi esposa —explicó, lo que me hizo detenerme mientras la incertidumbre se deslizaba por mí, haciéndome cuestionarme. Nadie en su sano juicio juraría por la vida de sus hijos. Debió de percibir una oportunidad, porque continuó—: Esa mujer está enferma y ha sido internada, y ella no es mi esposa.

La sinceridad de su voz y esos ojos oscuros me engañaban.

ONCE

ENRICO



Porca puttana.

Donatella se estaba convirtiendo en un gran problema. Le envié un mensaje a Manuel indicándole que fuera personalmente a comprobar las instalaciones donde teníamos a la mujer escondida. Si estaba allí, ¿cómo demonios podía estar siguiendo a Isla?

La furia sonaba en mis oídos ante la idea de que Donatella se atreviera a acercarse a mi mujer. *Mi maldita mujer.*

Cazzo, esa zorra siempre estaba en medio.

Yo, la cabeza de la familia Marchetti, llevaba treinta minutos esperando fuera del apartamento de Isla. Empezaba a sentirme como un depredador acechando a su presa. No es que eso me hubiera detenido.

Justo cuando iba a llamar a Manuel para que localizara a Isla, la vi y la seguí hasta el edificio. Parecía tan joven vestida con ropa informal. Sus zapatos planos no le daban estatura extra y, con su metro setenta, su pequeña estatura parecía engullida por ese cabello alborotado que ondeaba con la brisa. Era completamente inconsciente de lo que la rodeaba; no podía imaginármela como una marioneta del *Pakhan* para obtener información sobre mí. La mujer parecía demasiado... angelical. Pura.

Y así fue como nos encontrábamos ahí. En su pequeño apartamento que compartía con sus amigas.

—No estoy casado. —Hice hincapié en la palabra “no”, necesitando que oyera la verdad en ello.

Dejó escapar un fuerte suspiro.

—Pero... no lo entiendo. Vi la foto de la boda.

Se me retorció el pecho. Solo Kingston y Manuel sabían lo que había pasado aquella noche. Eran los únicos que sabían toda la verdad. No podía decírselo... No hasta que formara parte de la *Omertà* y estuviera unida a mi familia.

Enzo y Amadeo sabían que su madre estaba más loca de lo normal. Para mi consternación, no la había matado. Pero, aun así, tenía que protegerlos.

Me alejé de la cocina y luego volví hacia ella, ocupando su espacio. No pareció importarle en absoluto. En lugar de eso, se inclinó hacia mí como un gato que buscaba que lo acariciaran.

Cuando le acuné la cara, sentí la piel de Isla suave bajo mis ásperas manos y me dejé ahogar por sus profundos ojos verdes. Era tan joven, aunque había algo en su forma de comportarse que

parecía ir más allá de su edad. Sus veintitrés contra mis cuarenta y tres. A pesar de que todo el mundo me creía de cuarenta y cinco. Bastante cerca. La edad era solo un número, ¿no?

Isla estaba de pie frente a mí, su desafío se marchitó un poco por mi promesa. Nunca había jugado con la vida de mi familia, y menos cuando se trataba de Amadeo y Enzo. Era lo único que les quedaba.

La esbelta columna de su sutil garganta trabajó mientras tragaba, analizando si debía creermelo o no. Finalmente se mordió el labio.

—Entonces, ¿no estás casado?

—¿Confías en mí?

Dejó escapar una risa ahogada.

—Realmente no te conozco.

—Claro que sí —declaré, rozando mis labios con los suyos—. Después de todo, has visto cada centímetro de mí.

Tragó saliva, un rubor se abrió camino sobre su piel cremosa.

—Esa noche está un poco borrosa.

Me reí entre dientes.

—Necesitas un recordatorio, entonces.

Era un intento medio en broma, medio en serio, para romper la tensión que surgía entre nosotros. Sería mejor para los dos que no existiera esta atracción crepitante. Pero aquí estábamos, ahogándonos en ella como si fuera nuestra fuente de vida. Al menos, sabía que era *mi salvación*. Una razón que había estado buscando.

—Entonces, ¿es verdad? —musitó, sus ojos cautelosos sobre mí.

—¿Qué es eso, *Dolcezza*?

—Que eres de la mafia.

El imperio Marchetti se construyó sobre nuestra historia en el bajo mundo y, aunque habíamos establecido muchos negocios legítimos, seguíamos muy implicados. Una vez dentro de la *Omertà*, la única salida era la muerte. Lo que no dijeron es que significaba la muerte de *todo el linaje*. No era lo que quería para mí ni para mis hijos. Nunca había querido esta vida, sin embargo, me encontró. Y cuando muriera y me fuera, encontraría a Amadeo y Enzo. Así era la vida en *Omertà*. Esas eran las espinas.

No podía admitírselo, aunque obviamente tenía sus propias conexiones. Tal vez sin saberlo, o tal vez era una actriz fenomenal.

—No tengas miedo. Nunca te haré daño, Isla. —Luego, como no pude resistirme, añadí—: No a menos que implique darte un placer alucinante.

Isla abrió los ojos y la boca, tentándome con la imagen de mi polla deslizándose entre aquellos labios carnosos. Sus mejillas se tiñeron de carmesí, casi a juego con el tono de su hermoso y brillante cabello. Mis dedos ansiaban tocar sus largos mechones, que se desparramaban en ondas de seda cobriza por su espalda y envolverlos alrededor de mi puño.

Obligué a esa imagen vívida a salir de mi mente. No necesitaba una erección mientras intentaba resolver esto con ella. Podía ser que no acabáramos en una iglesia con campanas de boda, pero, como si fuera un colegial, quería que siguiera siendo mía.

Realmente necesitaba sacar la cabeza de mi trasero, no obstante, temía que fuera demasiado tarde. Esta descarada me había hechizado y no podía escapar. Sus pequeñas manos se acercaron a mi pecho y me empujó suavemente.

—Umm, ¿quieres sentarte? —Ofreció—. Iba a prepararme algo de comer. ¿Quieres?

Mis labios se levantaron.

—Preferiría *tenerte* para comer.

Su hermoso rostro se tiñó de un rojo aún más intenso, y me encantó. No recordaba la última vez que había disfrutado tanto viendo la reacción de una mujer. Estaba tan cerca de mí que podía contar cada peca mientras me miraba fijamente.

Extendí la mano y enrosqué un mechón de cabello en mi dedo, maravillado por su suavidad y por la variación de luces que se reflejaban en él.

Su mirada se clavó en mi rostro, pura inocencia y maravilla en sus rasgos. Si fuera un buen hombre, la dejaría marchar. Seguiría adelante. Pero estaba lejos de ser un buen hombre. Y cuando se trataba de ella, era un maldito egoísta.

Solté su rizo pelirrojo, que desprendía los colores de un ardiente atardecer, y observé fascinado cómo rebotaba suavemente. Lentamente, le pasé el pulgar por sus labios. Nuestra primera noche juntos fue apresurada, llena de hambre y lujuria. Hoy quería adorarla y ver cómo esas profundidades esmeralda se empañaban de placer.

Quería cuidarla y destrozarla a la vez, solo para recomponerla y que aprendiera a quién pertenecía.

—Podemos llegar a un acuerdo —soltó con voz entrecortada. Joder, la forma en que mi corazón tropezó debería haber sido mi advertencia. Había tenido muchas mujeres en mi vida. Nunca me habían acelerado el pulso, no así. Sin embargo, esta joven me hacía sentir todas esas emociones desconocidas rebotando en el pecho—. Pero primero vas a comer el almuerzo que te prepararé.

La expresión juguetona de sus ojos me calentó el pecho y sonreí ante su afán por cocinar para mí.

—En mi país, cocinar es sinónimo de querer —comenté.

Puso los ojos en blanco.

—Bueno, Enrico. Ahora estamos en Francia. El almuerzo es el momento de conversar y aprender cosas el uno del otro.

Un soplo sardónico me abandonó.

—Muy bien, *Dolcezza*. Conversemos y luego follaremos.

Su rubor desapareció bajo la ropa. Mi mirada bajó por su cuello hasta su único hombro al descubierto y observé fascinado cómo desaparecía su sonrojo, oculto por su suéter blanco sin hombros. Colgaba suelto sobre los *leggings* negros con los que lo combinaba.

Me quité la chaqueta y la colgué en una de las cinco sillas que había alrededor de la isla.

—De acuerdo, Isla —afirmé—. Dime qué vamos a preparar para comer. Dejaré que me mandes en la cocina.

Se rio entre dientes y le brillaron los ojos.

—Muy cierto, señor Marchetti. Está en mi casa; siga mis reglas.

—¿Vives aquí sola? —pregunté con curiosidad, aunque ya sabía la respuesta. Quería ver de qué se trataba Isla Evans.

—No, mis mejores amigas y yo alquilamos este lugar. Queríamos algo propio.

—Ah.

Inclinó la cabeza, estudiándose.

—¿Y tú? ¿Vives solo?

—Aquí en París, en su mayor parte. De vuelta en Italia, tengo dos hijos y algunos otros miembros de la familia —y guardias, pero eso lo reservé para mí—, que viven todos en mi propiedad.

—Eso me volvería loca —murmuró—. Aparte de los niños. Seguro que siempre hay alguien

metido en tus asuntos.

—No, la verdad es que no. —Aparte de Manuel, nadie se atrevía a meterse en mis asuntos. Mantuve mi tono ligero y casual, aunque había mucho que flotaba en el aire. Secretos. Preguntas.

Estaba claro que me estaba poniendo a prueba cuando hizo preguntas sobre Donatella. Era mi turno de ponerla a prueba.

—¿Qué hay de ti? ¿Tienes familia?

Abrió la puerta del refrigerador y se agachó, con la mano agarrando el asa mientras empezaba a agarrar el contenido con la mano libre.

—Sí, tengo dos herm... —Sus movimientos se detuvieron y su voz vaciló antes de sacudir sutilmente la cabeza—. Un hermano.

Aún no podía creer que fueran ciertos los rumores que llevaban años circulando por el inframundo sobre una hija ilegítima del viejo Konstantin. No había señales de ella, así que lo consideré solo eso. Rumores. Excepto ahora... ¿Podría ser Isla su hermana? No se parecía en nada a ellos, sin embargo, mi instinto me lo advirtió.

Rara vez me equivocaba. Así fue como me había mantenido con vida tanto tiempo, a pesar de las probabilidades. Ahora estaba seguro de que Isla era la hermana pequeña de Illias. Resultaba que los rumores que habían corrido todos estos años eran ciertos.

—¿Eres cercana a tu familia?

Giró la cabeza y la tristeza de sus ojos fue como un puñetazo bajo. Sus ojos se vidriaron y su delicada garganta se estremeció mientras me dedicaba una sonrisa temblorosa.

—Uno de mis hermanos falleció. —Le tembló el labio inferior, y fue otra confirmación de que Isla era la hermana pequeña de Konstantin. Que me acostara con su hermana no le iba a sentar bien. No es que pensara informarle. El hombre estaba ocupado con su mujer, Tatiana Nikolaev, por ahora—. Todavía tengo a Illias, y siempre he sido más cercana a él.

¡Ah, maldición! Ahí estaba mi confirmación.

—Lo siento —murmuré. Maxim era una bala perdida, y era solo cuestión de tiempo antes de que se matara. Las drogas casi le frieron el cerebro. Y luego tuvo que ir a meterse con Sasha Nikolaev—. Sé cuánto duele perder a un hermano.

Extendió la mano y se posó sobre la mía. La ternura de su tacto ablandó algo dentro de mi pecho. Algo que deseaba desesperadamente que permaneciera duro como la piedra.

—¿Cuánto hace que perdiste a tu hermano?

—Mucho tiempo —repliqué—. Pero todavía duele. Nos veo en las caras de mis hijos. Me recuerdan a nosotros cuando éramos niños.

Sonrió, con un brillo de compasión.

—¿Tu hermano y tú tenían edades cercanas?

Asentí con la cabeza.

—Solo un año y medio de diferencia. Algo así como Enzo y Amadeo.

—Lo siento —musitó, apretándome la mano—. Debieron ser muy unidos, creciendo así. Los míos eran mucho mayores que yo. Actuaban más como mis padres.

Otra confirmación. «*Había llevado a Isla Konstantin a la cama*». Mierda, esto iniciaría una guerra. Pero antes de que pudiera dejarme llevar por la espiral, un pensamiento apareció en mi cabeza.

«*Matrimonio*».

Nunca fue algo que contemplara, teniendo en cuenta que todos los matrimonios de los Marchetti acababan en muerte, no obstante, en ese momento podría darme un doble beneficio. Esta mujer estaría atada a mí y a mi cama, e Illias sería mi aliado.

La estudié pensativo, algo en toda aquella perfección envuelta en aquel cuerpo menudo me hacía desear reclamarla. Poseerla. Incluso romperla para volver a unirla.

Sin embargo, por debajo de todo, mi razón advirtió: «*Toda esposa que ama a un Marchetti muere*». No quería que le pasara nada a Isla. Su sol brillaba, desde la forma en que ocupaba espacio en la habitación, hasta la manera en que se mantenía firme conmigo. No quería que se extinguiera.

Había una razón por la que no muchas familias deseaban atarse a la nuestra. La última novia, Donatella, era mentalmente inestable. Incluso malvada. Su familia hizo un buen trabajo ocultándolo, y nuestra familia tardó varios años en darse cuenta.

—De acuerdo, vamos a comer —sugerí, cambiando a un tema más ligero.

Me pasó un aguacate y, durante los diez minutos siguientes, trabajamos en tándem. Estaba claro que Isla no tenía reparos en la cocina y estaba acostumbrada a cuidar de sí misma.

—¿Cocinas frecuentemente? —Curioseé mientras cortaba el apio que me tendía.

Se encogió de hombros.

—Lo intento, pero no se me da muy bien. Quizá necesite más práctica.

Se puso un par de gafas raras, más bien gafas para nadar, y empezó a picar cebollas con expresión seria, *muy* seria.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí, mirándola atónito. Parecía a punto de tirarse a una piscina con esas cosas en la cara. Como una niña jugando a ser adulta.

Levantó la cara y me dedicó una sonrisa tímida.

—No quiero llorar.

El silencio se prolongó durante dos latidos. Eché la cabeza hacia atrás y me reí. También soltó una risita. Se convirtió en una carcajada alegre y sonreí mientras la escuchaba, con mi propio pecho temblando.

Se quitó las gafas sin dejar de sonreír.

—Tengo que decir que he visto cocinar a muchas mujeres —reflexioné—. Pero nadie, joder, se te acerca.

Guiñó un ojo, riendo entre dientes.

—Soy un tipo especial de mujer.

Sonreí con satisfacción.

—De la mejor clase. Ahora, ¿qué tal platos?

Metió la mano en el gabinete, sacó dos platos y los puso sobre la encimera.

—¿Quieres vino? —Ofreció.

—Claro, ¿de qué tipo tienes?

Sus ojos se desviaron hacia el pequeño rincón que servía de sección de licores.

—Bueno, hay vino blanco y tinto genérico, y algunas cosas más fuertes. Para emergencias. —Me dedicó una sonrisa tímida—. Las chicas y yo solemos salir a beber.

Enarqué una ceja. La había visto tomar *shots* con amigas de primera mano, lo que me hizo preguntarme cuántas veces había vuelto a casa con un hombre después de una de esas supuestas noches de chicas. No eran celos, pero algo dentro de mí ardía con la necesidad de poseerla.

Desde que leí su expediente, me obsesioné con ella. No podía concentrarme en otra cosa.

—Tinto —agregué, apartando mis pensamientos exasperantes. Asintió y fue a buscar la botella y las dos copas antes de dejarlas junto a nuestros platos. Se movió con eficacia, sus pies descalzos no hacían ruido contra las baldosas. Me miró mientras abría un cajón y encontraba un sacacorchos.

—¿Dónde están tus compañeras? —Le tendí la mano, y me pasó la botella y el abridor sin

decir palabra.

—Se han ido —contestó, viéndome abrir el vino y servir un poco en nuestras copas—. Probablemente no las veré hoy.

Bien. Significaba que no nos interrumpirían. Me aseguraría de que Donatella estuviera fuera de la ciudad, si es que era ella la que seguía a Isla, antes de que esa demente hiriera a mi mujer.

Mi mujer. Mia donna. ¡Maldita sea! Nunca nada había sonado tan bien. Tan perfecto. Isla *é mia donna*. «Sí, era mi mujer». Y nadie me la quitaría.

Alcanzó el plato con pequeños sándwiches de aspecto ridículo.

—Sándwiches de pepino y aguacate. Saludables. Creo.

Agarré uno, aunque no tenía ningún interés en comer sándwiches de pepino. Fuera lo que fuera eso. Comíamos salami y *prosciutto* en el pan. Incluso aceite de oliva, pero definitivamente no pepinos.

Añadió dos a su propio plato.

Mordió el sándwich e hizo una mueca. Seguro que renunciaría al bocadillo.

—Probablemente deberíamos seguir con la ensalada —murmuró, tirándolo de nuevo a su plato—. Estos son repugnantes.

Las comisuras de mis labios se levantaron.

—¿Cuántas veces te has ido a casa con un hombre? —indagué bruscamente. La pregunta me quemaba en la lengua.

Mi pregunta debió de despistarla, porque enarcó las cejas. Tomó asiento y extendió la mano para agarrar la opuesta, como para estabilizarse.

—Bueno, si quieres saberlo, fuiste el primero —pronunció, con un tono ligeramente malcriado—. Ahora, en vez de hacer preguntas personales, ¿quiere hacer los honores de mezclar la ensalada, señor Marchetti?

—Me encantaría *mezclar tu ensalada* —comenté. Me pregunté si estaría dispuesta a dejarme jugar con su culo. Quería darle unos azotes en el trasero, convertir aquella atracción latente en un volcán y ver adónde nos llevaba.

—¡Señor Marchetti! —Su cara se puso roja como la remolacha mientras el deseo brillaba en sus ojos—. No estoy segura de lo que insinúa, pero no soy ese tipo de chica. Además, acércate a *mi trasero* y verás lo que es la ira de una mujer.

Mi pecho temblaba de risa. Jesucristo, esta mujer no se parecía a ninguna que hubiera conocido antes. En el mejor sentido posible.

—Ya veremos. —Sonreí como un lobo—. Ahora para con la mierda de señor Marchetti.

Otra rodada de ojos.

—Bien, bien. Y deja de pensar en mi trasero.

—Ah, pero ya lo he hecho —admití, sonriendo satisfecho—. Lo que debe significar que lo estás pensando, *porque* quieres que juegue con tu culo, *Dolcezza*.

Dejó escapar un suspiro exasperado, luego me puso las dos manos en los brazos y me movió, solo porque me encantaba tener sus manos sobre mí y se lo permití, para que me pusiera delante de la ensalada.

—Empiece a mezclar, señor, o habrá un infierno que pagar.

Maldita sea, ya podía imaginarme cómo sería, mandando sobre todos en nuestra propia casa. Sí, casarse con ella sonaba cada vez mejor.

Una vez servida la ensalada, los dos pusimos un poco en el plato y comimos. Esperé a que se metiera un bocado para decirle:

—Eres una violinista con mucho éxito. ¿Llevas mucho tiempo tocando?

Su mirada se cruzó con la mía. Terminó de masticar antes de responder.

—Trece años más o menos. —Se lo pensó un momento—. Quizás un poco más. Se me dan mal las matemáticas.

—¿Cómo te metiste en esto?

Sus ojos se desviaron hacia los grandes ventanales enmarcados con cortinas de buen gusto.

—Por accidente —confesó—. Estaba tomando clases de piano y llegué media hora antes. Había un chico tocando el violín y me enamoré.

—¿Del chico?

Se burló.

—Demonios, no. Ni siquiera recuerdo al chico. Pero la música que hacía con ese violín. —La sonrisa soñadora en su cara hizo que me diera un vuelco el corazón—. Era mágica. Cuando empezó mi clase, le dije a la señora Chekov que quería tocar el violín. Tenía uno de repuesto. El violín y el arco se sentían perfectos en mis manos. Como una extremidad que no sabía que me faltaba.

Mierda, ¿por qué eso me hizo sentir celos de su maldito violín?

—¿Qué harías en su lugar si no tocaras?

Se llevó la copa a los labios, se detuvo un momento y sonrió.

—Quizá sería una modelo famosa en todo el mundo. —Ladeé una ceja mientras se colocaba el cabello detrás de la oreja, con un brillo pícaro en los ojos—. Sí, sí. Lo sé, no soy lo bastante alta. Ni lo bastante delgada.

—Eres suficiente. —Mi voz salió en un gruñido—. Eres perfecta, tal y como eres. Tu altura. Tu peso. Cada centímetro de ti es impecable. Exquisita. —Vi cómo un rubor se extendía por su piel de porcelana. No podía dejar de mirarla. Tenía el tamaño perfecto para mí. Curvas suaves y redondeadas. Piel cremosa. Y un culo que no podía esperar a tener en mis manos. Ansiaba morder esas nalgas desde el momento en que la vi en el desfile de Reina Romero. Entonces me lanzó un beso y se me puso dura—. Te dejaría modelar lencería para mí.

Isla se rio, y sonó como la sinfonía más dulce.

—*Hmmm*, de acuerdo, consideraré modelar lencería, entonces.

Un gruñido vibró en mi pecho. Debí de entenderme mal.

—Modelarás *solo* para mí, *Dolcezza*. Si alguien más te ve en lencería, estarás firmando su sentencia de muerte.

Sus cejas se alzaron hasta la línea del cabello.

—¿Estás diciendo que no me contratarías como modelo para nadie más que para ti? —Se señaló a sí misma, moviendo las manos de arriba abajo—. ¿Ocultarías todo esto al mundo?

—Te contrataría para usar otras cosas —refunfuñé.

Volvió a reírse.

—Como ¿qué? ¿Trajes de hombre?

Eché la cabeza hacia atrás y me reí por segunda vez en el día, y el sonido sonó extraño después de pasar tanto tiempo sin oírlo. Seguía sorprendiéndome.

—Es una buena idea —admití—. Puedes modelar trajes de hombre. Así cada centímetro de tu piel cremosa y sedosa queda completamente oculta ante ojos hambrientos.

Sacudió la cabeza, pero seguía sonriendo.

—Hombres.

—Mujeres —contesté divertido.

Se hizo el silencio y seguimos comiendo. Parecía estar pensando qué preguntarme a continuación. Lo reconozco, era lista. Tal vez no de la misma manera brutal que su hermano

mayor, pero tenía un tipo diferente de sabiduría. Y la compasión siempre acechaba en sus ojos, lista para tenderle una mano al mundo. Me preguntaba si formaba parte de ella o si había pasado por algo que la había hecho así.

Quería saberlo todo sobre ella.

—Así que no estás casado... —Empezó.

—No lo estoy.

—Viudo, entonces. —Asentí, aunque algo en mis entrañas se retorció. Advirtió, incluso. Debería decírselo, aunque no podía. No hasta que fuera mi esposa. No hasta estar seguro de que podía confiar en ella. La vida de mis hijos dependía de ello—. Y tienes dos hijos —continuó, y confirmé con un movimiento de cabeza—. Eso debe ser duro. Ser padre soltero.

Era mejor que tener a Donatella en sus vidas. Destruía todo lo que tocaba. No le permitiría arruinar sus vidas también.

—Son buenos chicos —murmuré, poco acostumbrado a hablar de mis hijos con alguien ajeno a mi familia—. Amadeo y Enzo son sus nombres. Trece y catorce años.

—Esperemos que los chicos sobrepasen la adolescencia mejor que las chicas.

—Principalmente con los puños. Muchas, muchas peleas —comenté secamente, y luego cambié de tema—. ¿Cuánto hace que vives en París?

Pasamos más de una hora comiendo y hablando. En toda mi vida, nunca me la había pasado tan bien con otra mujer simplemente hablando, y desde luego nunca mientras comíamos ensalada y bebíamos vino barato. Normalmente se trataba de sexo como transacción, pero con Isla, incluso con los años que nos separaban, podíamos hablar. No se trataba solo de la explosiva atracción que crepitaba cada vez que estaba cerca de mí. Se trataba de la serenidad que parecía transmitir.

Se levantó, agarró nuestros dos platos y los llevó al fregadero. Hice lo mismo con los vasos.

—Más vale tirar esos sándwiches —pronunció—. Son horribles.

Me reí entre dientes.

—Seguro que no estaban tan mal.

Sus ojos brillaron y las comisuras de sus labios se levantaron.

—Entonces te reto a que te comas uno.

Sonreí, mirándola con hambre. Dos podían jugar a esto.

—Estoy guardando mi apetito para el postre.

Se le cortó la respiración. No se había echado atrás y cada señal que me enviaba me decía que me deseaba tanto como yo a ella.

Se apartó del lavabo y me miró, sus ojos brillaban llenos de lujuria. Parecía estar esperando a ver qué hacía yo.

—¿Vas a ponerte de rodillas otra vez? —soltó. Mi polla palpitó, engrosándose en mis pantalones. Demonios, la deseaba con todas mis fuerzas. Subí la mano para tocarla y, fascinado, vi cómo un escalofrío recorrió su cuerpo.

Las mejillas de Isla se sonrojaron y sus ojos entrecerrados se llenaron de deseo. Su respiración era agitada, la mía entrecortada.

Mientras mis manos seguían subiendo por su cuerpo, bajo su suéter, *madre di Cristo*. Se sentía tan bien, olía aún mejor... a coco bañado por el sol. Su piel era suave bajo mis ásperas palmas.

—Llévame a tu dormitorio. —No dudó en agarrarme de la mano y llevarme por el pasillo y pasar varias puertas antes de abrir la que reconocí por la foto. Muebles blancos. Cojines de encaje. El único toque de color era la alfombra melocotón y los cuadros en miniatura que tenía

colgados en la pared. El olor a ella en esta habitación era más fuerte que en el resto del apartamento.

—Quítate la ropa —ordené con voz ronca—. Me muero por probarte. De sentir tu coño apretarse alrededor de mi miembro. Ha pasado demasiado tiempo sin él.

—Lo mismo digo —afirmó. Joder, me encantaba que no se hiciera la tímida. Tenía el deseo en la palma de la mano y era dueña de él. Si quisiera, podría poseerme también.

Sus dedos temblaron ligeramente cuando se quitó el suéter por encima de la cabeza y se quitó los pantalones de yoga, quedándose en sujetador negro y bragas de encaje.

La vista me dejó sin aliento. Sus pezones se erizaban tras el sujetador de encaje y su pecho subía y bajaba con rapidez. Mi polla estaba dura como una roca, ansiosa por ella.

—¿Debería deshacerme de esto? —susurró, tirando de la tela y con la piel de gallina. Estiró la mano hacia atrás, pero acorté la distancia y la detuve.

—Ese es mi trabajo.

Agaché la cabeza y rocé su suave piel con mi boca.

—Hueles y sabes a coco —gruñí mientras le desabrochaba el sujetador y lo dejaba caer al suelo. A continuación, mis dedos recorrieron la parte delantera de su muslo y se introdujeron entre sus piernas hasta tocar su coño—. Pero el olor es más fuerte aquí.

Un suave gemido recorrió la habitación. Su cuerpo se balanceó mientras se arqueaba ante mis caricias, apretándose descaradamente contra mi palma. Ya estaba empapada.

Me moría de ganas de volver a probarla. Cuando aparté mi mano de ella, gimió en señal de protesta.

—Por favor, Enrico. No he podido correrme desde aquella noche.

Me invadió una especie de satisfacción petulante. Saber que me necesitaba para correrse. Enganché los dedos en sus bragas y las bajé por sus hermosas piernas, poniéndome de rodillas en el proceso.

—Sube a la cama —instruí—. Voy a recompensarte por tu honestidad.

Sus labios se curvaron en una sonrisa brillante. Demonios, esta chica era como un magnífico amanecer, radiante con todos los colores del sol abrasador y encendiendo un infierno dentro de mí.

Se subió a la cama y gateó hasta la cabecera, ofreciéndome un magnífico espectáculo de sus caderas seductoras contoneándose. Verla en esa posición casi me hizo venirme. Quería cogérmela así, boca abajo y con el culo al aire.

«*Más tarde*», me prometí a mí mismo.

Se dio la vuelta y se acostó boca arriba. Dejé que mi mirada recorriera su piel pálida. Puede que no fuera alta, pero en todos los aspectos que importaban, era tan hermosa. En un estilo Botticelli. Si hubiera vivido durante el Renacimiento, los artistas se habrían desvivido por pintarla.

—Abre las piernas, *Dolcezza* —ordené. Accedió con impaciencia, mostrándome su brillante excitación untada entre sus muslos. Dejé caer la rodilla sobre la cama y me coloqué entre ellos, bajando la cabeza hasta quedar a la altura de su coño—. Estoy listo para mi postre.

DOCE ISLA



Había perdido la cabeza. Claramente.

En cuanto Enrico besó mis pliegues, perdí la capacidad de pensar o hablar. Cuando la punta de su lengua tocó mi sexo, estuve a punto de llegar al orgasmo. Mis caderas se agitaron, arqueándose en su boca.

Su risa oscura vibró hasta mis entrañas.

—Joder, qué ganas tienes. ¿También me has echado de menos, mi *bellissima Dolcezza*?

Dios, oír ese acento italiano en ese tono bajo, rezumando sensualidad, no me ayudaba a controlar mi libido. Este hombre era la definición de sexo.

—No te extrañé. —Grazné, apretando mi calor contra su cara—. Solo a tu boca y a tu miembro.

Otra risita llenó el espacio, el aire rozando mis pliegues húmedos.

—Voy a llenar esa boca con algo más útil que mentiras, Isla. —¡Maldición! ¿Por qué me gustaba cómo sonaba eso?—. Ahora tócate los pechos —ordenó.

Me acuné el pecho, pesado y dolorido, y me apreté el pezón mientras le pasaba la otra mano por su cabellera. Cuando me lamió desde la entrada hasta el clítoris, el placer me recorrió y mis jadeos recorrieron el dormitorio.

Enrico gimió, repitió el movimiento e introdujo su lengua dentro de mí. Eché la cabeza hacia atrás. Se me cerraron los ojos de golpe y sentí una descarga eléctrica. Mis muslos se cerraron instintivamente, moviéndose hacia atrás, abrumados por tantas sensaciones.

Soltó un gruñido salvaje.

—No te atrevas a apartarme de este coño. —Ronroneó, agarrándose por detrás de los muslos y enganchándolos sobre sus hombros. Acercó su cara a mis pliegues y lamió mi entrada. Luego empezó a mover los labios y la lengua, explorando, hasta llegar a mi clítoris.

Pasó la lengua por el sensible botón y otro escalofrío de placer me recorrió. Con este hombre, era como si el placer se activara y se mantuviera así. Solo para él.

¿Tenía sentido? Santos cielos, no. ¿Era inteligente lo que estaba haciendo? Doblemente no.

Sin embargo, temía matar a cualquier hombre, o mujer, que intentara arrebatármelo en ese preciso momento. Lo necesitaba para llevar a cabo mi placer.

Me recorría un hormigueo por las piernas mientras me acariciaba y rodeaba el nódulo con la lengua. La presión en mi interior se hizo más fuerte, se enroscó hasta que apenas pude respirar. Me comía como si estuviera hambriento, dando vueltas y chupando. Mis muslos empezaron a

temblar.

Su dedo se abrió camino en mi centro, estirándome, y gemí.

—Oh... Ohhhh... Dios mío.

Ya casi estaba allí, al borde del precipicio, a punto de caer en espiral. Dios, quería sentir su lengua dentro de mi entrada. Aún más, quería su longitud dentro de mí.

—Ni Dios se atrevería a tocarte —gruñó mientras deslizaba otro dedo dentro de mí—. Porque ahora eres mía.

Cerró la boca alrededor de mi clítoris y tiró de él con los dientes. Se me doblaron los dedos de los pies y sentí el orgasmo creciendo en mi vientre. Mis caderas se balanceaban contra su cara, mi cuerpo desesperado por liberarse.

Volvió a meterme la lengua y jadeé. El placer me hizo vibrar hasta los dedos de los pies. Me cogió con su lengua, gruñendo contra mis pliegues. *Dentro y fuera. Entraba y salía. Entraba y salía.* Se me pusieron los ojos en blanco y mi columna se arqueó sobre la cama. El rugido de satisfacción que se le escapó me hizo vibrar.

—Estoy tan cerca —suspiré—. Por favor... —Moví la cabeza de un lado a otro, meciéndome contra él. Agarrando un puñado de su cabello, moví mis caderas, manteniendo su atención allí—. No pares.

Me mordisqueó el clítoris e inmediatamente después siguió chupándolo. Todo mi cuerpo combustionó. Las chispas ardían y, sin previo aviso, me invadió la euforia. La presión explotó, mi orgasmo fue tan fuerte que me zumbaron los oídos.

Un grito recorrió la habitación mientras mis paredes se convulsionaban alrededor de sus dedos. Sentí cómo mis miembros temblaban de un placer tan intenso que me arrastró a las oscuras y depravadas profundidades. Abrí los ojos y me encontré con su mirada de obsidiana, carnal y hambrienta. Feroz.

Siguió lamiendo mis jugos sin romper el contacto visual. Con los músculos laxos, lo observé, con la excitación encendida de nuevo en mi interior. Luego se arrastró hacia arriba, su fuerte cuerpo se cernió sobre mí, dejando caer besos sobre mi piel, hasta que llegó a mis pechos. Se llevó un pezón a la boca y chupó con fuerza. Pasó al otro pecho, me acarició el pico con la lengua y luego lo mordió antes de llevárselo a la boca para chuparlo. Me estremecí, sin poder parar de gemir.

La palpitación entre mis muslos pulsaba y me retorcí bajo él, jadeando. Me aferré a su caro traje, el marcado contraste entre nosotros era evidente. Estaba completamente desnuda y él seguía vestido. Estaba expuesta. Él no.

—*Magnífica* —murmuró, mientras su boca subía por mi cuello.

Su respiración era agitada y su mirada se llenó de algo suave pero impactante. Llevé mis manos a su pecho, presionándolas contra su camisa blanca. Intenté desabrocharle la corbata, mas me temblaban los dedos. Diablos, todo mi cuerpo se estremeció por la intensidad de aquel orgasmo.

Tomó el relevo y se despojó de sus ropas en un tiempo récord. Un dios romano estaba frente a mí. Fuerte. Poderoso. Y a juzgar por su gran y grueso miembro, estaba preparado para mí.

Enrico volvió a la cama, me rodeó la cintura con ambas manos y me dio la vuelta.

—Quiero tu culo levantado y tu cabeza en la almohada. —Mi cuerpo obedeció al instante—. Quieres ser mía, ¿verdad? —Su ronroneo me puso la piel de gallina. Su palma callosa me frotó el trasero, haciendo liquido aún más mi deseo—. Mía para follar. Mía para poseer. Mía para depravar.

Mi espalda se arqueó y mi trasero empujó contra su palma.

—En la habitación. —Exhalé la corrección, mis palabras amortiguadas por la almohada—. Solo en la habitación.

Su risa oscura llenó el espacio. Llena de promesas de intenso placer y oscura posesión. Lo peor de todo era que no me asustaba. Me excitaba.

Enrico me agarró del cabello y me tiró de la cabeza hacia atrás. Su aliento caliente contra mi cara, su boca contra mi oreja.

—Ya veremos, *Dolcezza*.

Esta conexión física y esta química increíble eran emocionantes. No mentí cuando dije que no podía excitarme sin él. Era angustioso desear tanto el toque de alguien.

El corazón me latía tan fuerte que temía que se me saliera del cuerpo. Su gran palma me amasó el trasero y luego me separó los muslos con cuidado. En cuanto sus dedos rozaron mis pliegues empapados, se me escapó un gemido.

Me metió dos dedos y me hundí en la almohada. Mi trasero chocó contra él, necesitaba la fricción. Ya estaba tan cerca. Otra vez.

Sacó los dedos y me acarició el coño.

—Esto me pertenece. —Luego tocó suavemente mi trasero—. Este culo también me pertenece.

—Por favor, Enrico —supliqué, con la respiración entrecortada y frenética—. Te necesito.

—Primero dame las palabras —exigió—. ¿A quién perteneces?

—A ti—sollocé desesperada—. Por favor...

Enrico me agarró de las caderas y me sujetó con fuerza mientras su pene se introducía en mi interior de un solo empujón, llenándome hasta la empuñadura. A pesar de estar mojada y más que preparada, su entrada en mi cuerpo fue una mezcla de dolor y placer.

—*Ahhh...* eres tan grande.

Se retiró para volver a llenarme. Su ingle golpeaba mi trasero. Una y otra vez. El placer carnal zumbaba por mis venas. Empujó dentro de mí, golpeando ese punto hasta que vi las estrellas.

—¡*Ohhh...* sí... sí...!

—Eso es —gruñó, empujando dentro de mí. Su ritmo aumentó hasta un nivel enloquecedor. El golpe de piel contra piel y mi propia excitación resonaban en el aire mientras sus dedos se clavaban en mis caderas—. Grita para mí.

Volví la cara hacia un lado, contemplando los rígidos músculos de mi italiano mientras me penetraba. Su oscuridad se ocultaba tras párpados entrecerrados. Mi respiración agitada se mezclaba con sus gruñidos.

Su ritmo era cada vez más constante, más rudo. Mi orgasmo me golpeó con una fuerza demoledora y grité su nombre.

Me agarró con fuerza por las caderas y echó la cabeza hacia atrás, con el placer inundando sus facciones y convirtiéndolo en el espectáculo más magnífico que jamás había visto. Se detuvo en mi espalda mientras un cálido líquido llenaba mis paredes. Permaneció dentro de mí, con su miembro agitándose y mi vagina palpitando.

Nos quedamos así, con la respiración agitada y el olor de nuestro esfuerzo llenando el espacio.

Me zumbaban los oídos por la intensidad de lo que compartimos. Su palma grande y áspera rozó mi cuerpo, acariciándome. Tocándome. Murmurando en mi oído un torrente de palabras a las que no encontraba sentido.

Se apartó de mí y volvió a penetrarme de golpe. Jadeé, desprevenida, y torcí la cabeza para

encontrar su mirada.

La sonrisa diabólica de su rostro lo hizo parecer más joven, y mi corazón se estremeció. ¿Por qué, oh por qué, me dio un vuelco el corazón?

—¿Otra vez? —Mi pregunta salió en un gemido.

—Quiero más de tus gritos, *Dolcezza*. —Los consiguió. Gritos y mucho más.

Era obvio que este hombre estaba acostumbrado a conseguir lo que quisiera y a quien quisiera.

Una hora después, ambos respirábamos con dificultad, jadeábamos y gruñíamos. Nuestros cuerpos estaban resbaladizos de sudor.

Enrico había terminado dentro de mí varias veces y había perdido la cuenta de mis propios orgasmos. El dulce cansancio se apoderó de mi cuerpo y lo único que sabía era que necesitaba dormir.

—Una vez más —gruñó contra mi oído, su cuerpo como una manta de peso sobre mí.

Lo miré a través de mis párpados somnolientos.

—Es imposible que se te vuelva a poner dura.

Se rio entre dientes, empujó sus caderas y deslizó su dura longitud dentro de mí. Jadeé, moviendo la cabeza con incredulidad.

—No es imposible. ¿Ves lo que me haces? —Me tomó el labio inferior entre sus dientes y lo mordió. Se retiró para volver a entrar de golpe. Gemí. Empezó la palpitación familiar, pero no podía moverme.

Le rodeé el cuello con las manos y le agarré el cabello. Una mujer más inteligente lo habría empujado, sin embargo, mi cuerpo ya respondía a él. Necesitaba que terminara lo que había empezado, aunque me matara.

—¿Todos los italianos son como tú?

Empujó dentro de mí con fuerza.

—No te preocupes por ningún otro italiano —advirtió con voz sombría, con acento fuerte—. Solo por mí.

Intenté reírme de sus celos, pero en su lugar un gemido se deslizó por mis labios. Entonces volvió a penetrarme.

El timbre de un teléfono cortó el aire y ambos nos quedamos quietos.

Rrrring. Rrrring.

—¡Ignóralo! —rugí, agarrándome a sus hombros. No estaba preparada para que esto acabara.

Rrrring. Rrrring. Rrrring

Me besó la punta de la nariz.

—Podría ser importante.

Salió y gemí de protesta mientras se retiraba de la habitación. Caí de espaldas sobre el colchón, con los pechos rebotando. Estaba aquí, jadeando, y aquel hombre ya respiraba con normalidad, a pesar del sudor que brillaba sobre su cuerpo esculpido.

Me di la vuelta para acostarme boca abajo, desnuda como el día en que nací, y mirándolo por el pasillo mientras contestaba al teléfono.

—¿Pronto? —Sus ojos no se apartaban de mí, su cuerpo alto y fuerte parecía aún más grande en nuestro pequeño pasillo—. ¿Quando? —Creía que significaba *cuándo* en italiano, pero no estaba segura. El silencio recorrió el apartamento, la tensión en sus hombros visible mientras

escuchaba a quienquiera que estuviera al otro lado de la línea—. Estaré allí en dos horas.

Colgó y la decepción me inundó. Se marchaba.

En cinco largas zancadas, estaba de vuelta en mi dormitorio y de pie frente a mí. Se puso los pantalones y terminó de vestirse. Cuando se puso la chaqueta, vino a arrodillarse delante de mí.

—Sigue arrodillándote, Enrico —me burlé—, y se me van a ocurrir ideas.

No parecía asustado en absoluto. Me acarició la cara y me besó.

—Tengo que irme.

—Me lo imaginé. —Me observó con una expresión peculiar en la cara, pero no pude descifrarla—. ¿Todo bien?

Me pasó un pulgar por la mejilla.

—Lo estará. —La dureza de su voz me dijo que se aseguraría de ello. Aunque fue difícil evitar que la decepción me invadiera cuando me di cuenta de que no pensaba compartir el motivo de su repentina marcha.

La crueldad de este hombre me recordó a Illias. No podía identificar ninguna cualidad en particular, pero estaba ahí. En la energía letal que lo rodeaba.

Esperaba que Enrico me lo explicara, sin embargo, no lo hizo. Ni lo haría. Había visto muchas veces esa mirada en los ojos de mi hermano, como cuando decidió ocuparse de aquel senador que se propasó conmigo. Un día, corrí llorando a mi hermano mayor porque el senador me había tocado las piernas desnudas y había intentado meterme la mano por debajo de la falda. Al día siguiente, estaba muerto. No era idiota y, desde luego, no creía en las coincidencias. No es que lo dijera nunca.

Pero nunca pregunté más. A veces la ignorancia era una bendición. En resumidas cuentas, mi hermano era un buen hombre y probablemente había librado a otras mujeres y chicas de la atención del senador. Así que, como una cobarde, enterré la cabeza en la arena y fingí que mis suposiciones eran erróneas e irracionales.

—¿Tienes planes de viajar? —Su pregunta me atrapó por sorpresa. Había estado pensando en volver a Rusia y quedarme en casa de mi hermano, aunque no lo compartiría con este hombre. Podía guardar sus secretos y yo guardaría los míos.

—No.

—Bien —replicó, todavía acunando mis mejillas—. Hablaremos de nosotros cuando vuelva. No estaré fuera mucho tiempo.

Fruncí el ceño.

—¿Nosotros?

Me dio una ligera palmada en el trasero.

—Sí, Isla. Nosotros.

—De acuerdo, padre. Lo que usted diga.

Volvió a golpearme las nalgas, esta vez un poco más fuerte.

—Realmente te esfuerzas por un castigo. —Luego sonrió con suficiencia, su mirada brillando con algo caliente y oscuro que hizo que me recorrieran escalofríos por la espalda—. Aunque si vas por ese camino, *Dolcezza*, debo insistir en que me llames *Papi*.

Mis mejillas se sonrojaron, haciendo que el calor recorriera cada centímetro de mi cuerpo.

—Papi —repetí, saboreando la palabra en los labios. Debió de gustarle, porque sus ojos se oscurecieron y sus dedos, aún en mi trasero, me apretaron la nalga.

—Buena chica. —Casi ronroneé ante el elogio. Jesucristo, ¿qué demonios estaba pasando aquí? Su mirada recorrió la habitación hasta que se posó en el *bloc* de papel. Agarró el bolígrafo que tenía al lado y escribió algo—. Este es mi número. Envíame un mensaje con el tuyo.

Luego salió de mi apartamento con un suave chasquido detrás de él.

TRECE

ENRICO



El imperio Marchetti se construyó sobre sangre, mujeres y drogas. No fue hasta hacía unos veinte años cuando empecé a construir la parte legal. Mi imperio legítimo no surgió ni prosperó por pura suerte. Hice movimientos estratégicos y utilicé ciertas habilidades de manipulación para asegurar la expansión del imperio Marchetti.

Todo con un único objetivo.

Poner fin a toda relación con la trata de personas y los burdeles ilegales.

Lo conseguí poco después de asumir el mando de la *Famiglia*.

Pero ahora, mientras estaba en mi casa de París y leía el informe que Manuel había podido extraer, sabía que mi éxito había llegado demasiado tarde. Ya tenía grandes obstáculos que superar con la joven pelirroja, no obstante, si Isla se enteraba de esto, apostarí a que sería un brusco final.

—¿Estás seguro de esto? —le inquirí a Manuel. Le confiaba mi vida. La vida de mis hijos. No andaría jodiendo con información como esta. Sin embargo, parecía tan increíble.

—Me temo que sí.

Se dirigió al pequeño bar que había en un rincón de mi despacho y empezó a preparar una copa. Volvió al escritorio y me tendió un vaso de *whisky*. Negué con la cabeza, así que lo puso en el posavasos que tenía delante antes de beberse de un trago.

Volví a prestar atención al documento y leí los datos de su familia. Por parte de su madre.

Madre: Luisa Maria Cortes.

Hija menor de la familia Cortes, fue vendida a mi padre para saldar una deuda hace veinticuatro años. Un cargamento de droga perdido. Una deuda contraída y saldada con la carne de una joven princesa del cártel. Jesucristo. ¿Por qué un padre entregaría así a su hija? Sí, los Cortes eran conocidos por su crueldad y normalmente utilizaban a sus mujeres para avanzar en su posición, pero esto iba más allá del comportamiento normal que habíamos visto en ellos.

Mi padre la había metido en uno de los burdeles, que fue donde Konstantin padre se la cogió y la dejó embarazada.

¡Maldición! Que sea una doble maldición.

Princesa del cártel brasileño. *Santo cazzo. Madre di Cristo.*

—Es la sobrina del jefe del cártel brasileño. —Ese dato era inquietante—. La sobrina de Kian Cortes. —Manuel estaba señalando lo obvio. No necesitaba esa mierda ahora mismo—. Si somos capaces de atar cabos, *Nipote*, otros también lo harán. En cuanto sepan, vendrán por ella.

—La tendrán sobre mi cadáver. —La había probado, y demonios, no dejaría que alguien me la quitara. Especialmente no el opresivo jefe de un cártel. Ese desgraciado destrozaría a alguien tan suave y hermosa como Isla. Había una razón por la que Kian Cortes se mantenía alejado de su hermano.

Isla no solo era hermosa. Era cariñosa, divertida y estaba llena de vida. La encontré y me la quedaría. Era mía. Era mía para arruinarla. Mía para recomponerla.

—Quiero vigilancia en ella en todo momento —ordené, con la mirada fija en el horizonte. Aunque en ese momento no veía la ciudad. Pensaba en la mujer pelirroja desnuda, acostada en su cama, con su melena salvaje cayendo en cascada por su espalda mientras me miraba atender la llamada que me había traído hasta aquí.

Jesucristo, ¿quién más lo sabía? Konstantin tenía que saberlo. Era imposible que lo ignorara. Era un milagro que hubiera podido ocultárselo a su hermana, al mundo.

—¿Tan importante es para ti? —indagó Manuel. Sentía sus ojos inquisitivos sobre mí, tratando de descifrar mis motivaciones.

—Tengo un plan —reviré, ignorando su pregunta.

—Tengo la sensación de que voy a necesitar otra copa para digerir este plan —murmuró Manuel mientras tomaba la copa que me acababa de preparar, echándose de nuevo en una silla —. Te escucho.

Mis ojos se dirigieron al gran ventanal que mostraba la magnífica vista del horizonte de París. Desde ahí podía vislumbrar los campanarios de la catedral de Notre-Dame y el río Sena fluyendo sin interrupción río abajo como lo había hecho durante cientos de años. Era una de las ciudades más románticas del mundo, pero me atrevería a decir que no tenía nada que envidiarle a mi país.

Aún mejor era que podía proteger a Isla en mi país. Aquí, estaba en juego.

Giré la cabeza y me encontré con los ojos de Manuel.

—Voy a casarme con ella. —*«Voy a hacerla mi esposa. Mi compañera. La madre de mis futuros hijos. Mi todo».*

La sorpresa parpadeó en su mirada.

—¿Así de fácil?

Asentí con la cabeza.

—Así es. Iba a tomarla como mi amante, sin embargo, esto es una mejor opción.

Después de todo, me la follé sin condón, y nunca hago eso. Por mucho que una mujer jurara que tomaba la píldora, siempre me lo enfundaba, pero por alguna estúpida razón, no lo hice antes. Y Dios, cuando sentí su cálido coño estrangulando mi polla sin que nada nos separara, juré que había ido al cielo.

—¿Y Donatella? —preguntó frunciendo el ceño.

Nos miramos a los ojos, los suyos tan oscuros como los míos. Era la coloración característica de los Marchetti. Cabello oscuro y ojos aún más oscuros. Piel bronceada.

—Me encargaré de eso.

—Deberías dejarme hacerlo —refunfuñó.

Negué con la cabeza.

—No. Lo haré yo. Ya es hora de que pague por la mierda que ha causado. También me he enterado de que ha estado siguiendo a Isla. —Se puso rígido y la aprensión apareció en sus facciones. Los dos sabíamos que eso no era bueno. Donatella era una perra loca capaz de matar a sus propios hijos, por no hablar de una desconocida.

—¿Cómo demonios ha salido de allí? —agregó, haciéndose eco de mis pensamientos—.

Acabo de encerrarla en ese lugar. Tiene que haber alguien ayudándola.

—Pronto no importará. En cuanto la encuentre, le retorceré el cuello.

—Ya era hora —murmuró—. ¿Hablarás con los chicos?

—Sí. —Mi mandíbula se apretó. Lo triste era que Enzo y Amadeo no tenían ningún vínculo con su madre. Habíamos intentado crearlo, después de todo, era la razón por la que la había mantenido con vida, pero no se podía confiar en que se quedara sola con ellos.

Debería haber sabido que, si estaba dispuesta a acabar con su hijo nonato, solo empeoraría cuanto más crecieran. El recuerdo me tiró hacia atrás, hundiéndome.

Catorce años atrás...

El sabor amargo floreció en mi boca. Mi hermano fue enterrado dos metros bajo tierra. Un ataúd vacío lleno de tierra, porque de su cuerpo no quedaba más que ceniza y polvo.

Entré en mi casa y me dirigí hacia las escaleras, con los pies pesados como el plomo. Sentía que me ahogaba lentamente y el espectáculo de mierda apenas había empezado.

—¿Stai bene? —«¿Estás bien?». La mano de Manuel estaba en mi hombro, apretándolo con firmeza—. Teníamos que hacer esto.

Asentí con la cabeza. No me hizo sentir mejor. Parecía que los dos habíamos envejecido unos cuantos años desde que mi hermano murió en mis brazos.

Al menos había saboreado la libertad. Hasta ahora.

Subí las escaleras para ver cómo estaba Donatella. No se había levantado de la cama desde que la trajimos a casa. Seguía enfadada y amargada por no haberla dejado ser libre. Como el mundo la creía muerta, no podíamos arriesgarnos a que la descubrieran. Su creciente barriga le dio la excusa para encerrarse en su habitación, aunque sospeché que era un pretexto. No le importaba de verdad. Había algo en su apatía que me desagradaba.

Frente al dormitorio de Donatella, me detuve y escuché. El tono de voz de una mujer. Llantos agitados de un bebé que se convertían en gritos agudos por segundos.

Empujé la puerta, pero estaba cerrada. Así que la abrí de una patada. La puerta se estrelló contra la pared con un ruido sordo.

La furia se deslizó por mis venas ante el espectáculo que tenía delante. Donatella, embarazada, sujetaba al pequeño Enzo por los pies y lo colgaba del balcón.

Sus ojos, empañados de odio y llenos de locura, se dirigieron hacia mí. Durante un segundo, ninguno de los dos se movió.

Entonces me invadió la furia. Me abalancé sobre ella y le rodeé su pecho con el brazo, por encima del vientre, para no hacerle daño al bebé. Su agarre de los piecitos del bebé se aflojó y lo soltó.

Mi mano libre salió disparada y lo atrapé, levantándolo y sujetándolo como si fuera un balón de fútbol. Menos mal que tenía nueve meses, o se habría roto el cuello.

Donatella chilló, forcejeando en mi agarre.

—¡No! ¡Muere!, ¡muere!, ¡muere! Tiene que morir.

Se agitó, con una locura desquiciada en sus ojos. Buscó la pistola que llevaba en la funda y tuve que clavarle el codo en las costillas.

—¡Suéltame! —vociferó, dando patadas, sin importarle si golpeaba al bebé que tenía en brazos. Tuve la tentación de darle un cabezazo para que se callara. Los chillidos de Enzo aumentaron de volumen, probablemente al sentir mi miedo.

—¡Deja de gritar y patalear! —rugí—. Estás asustando a Enzo.

No le importó, siguió luchando contra mí. Golpeando contra mi pecho. De nuevo, intentó

agarrar mi pistola.

—¡Mataré al niño en mi vientre!

Me quedé inmóvil, con los ojos entrecerrados y observándola, viéndola de verdad, por primera vez. Algo frenético en el fondo de su mirada que estaba arraigado en su alma.

—Che cazzo. —La voz de Manuel llegó desde la puerta y mi mirada lo encontró.

—¡Llévate al bebé! —bramé.

No lo dudó, merodeó por la habitación y me arrebató al pequeño Enzo. La rodeé con las dos manos y la arrastré hasta el arcaico radiador, que quedaba de los viejos tiempos, cuando se construyó el castello.

Sin mirar detrás de mí, le ordené:

—Dame tus esposas.

Me las lanzó y le encadené ambas manos antes de agarrar la cuerda que colgaba de la cortina y atarla al radiador.

—No permitiré que le hagas daño al bebé que llevas en el vientre —gruñí, con una niebla roja apoderándose de mi visión—. Considérate afortunada de ser la madre de Enzo y de tener a ese bebé en tu vientre. —Tomé su barbilla entre mis dedos, agarrándola con fuerza, asegurándome de que me mirara a los ojos. Le dejé ver toda la oscuridad que se arremolinaba dentro de mi alma—. O ya te habría cortado el cuello.

Finalmente comprendió. Y eso fue lo que la hizo quedarse quieta.

Aquello fue la última gota que derramo el vaso. Tuve que internarla en una institución privada conocida por su discreción, pero a lo largo de los años había intentado ayudarla a relacionarse con los chicos. «¿Por qué no la maté después de hacerle creer al mundo que había muerto junto a mi hermano?» Me lo había preguntado muchas veces a lo largo de los años. Quizá me quedaba algo de decencia, aunque empezaba a sentir que era en vano. La di por muerta para protegerla, y resultó que todos necesitábamos protección de su loco trasero.

—Envié por ellos y los mantendré conmigo hasta que podamos eliminar la amenaza.

Estaban en casa, iban a la escuela dentro de los límites de mi territorio con profesores y directores que estaban en mi nómina. Mi *zia*, quien vivía con nosotros a tiempo completo, los vigilaba junto con mis *soldati* de mayor confianza. *Zia* Ludovica era hermana de mi madre y, tras la muerte de su marido, me hice cargo de ella. Su habilidad en la cocina era incomparable. Nos alimentaba y nosotros cuidábamos de ella. Para eso estaba la familia.

—Eso sería lo mejor —aceptó.

—Asegúrate de que Isla esté a salvo. Mantén a nuestros hombres de confianza sobre ella.

Se rascó la barbilla, pensativo.

—Kingston podría ser el mejor para eso. —No me agradaba. Kingston era un tipo buenmozo. Más joven que yo. Mierda, estos celos cuando se trataba de la mujer salvaje serían mi muerte. Como si intuyera mis pensamientos, añadió—: No estará interesado en ella. Ni siquiera se conocerán.

—Bien. —Concedí. La seguridad de Isla era lo más importante—. Asígnalo. El dinero no es problema.

Siguió el silencio mientras un gran peso en la boca del estómago me advertía de que se avecinaba una tormenta de mierda. Había demasiadas piezas en movimiento. Demasiadas incógnitas. Aunque nada de eso importaba.

Mientras estuviera a salvo. Mientras fuera mía para siempre.

Enzo y Amadeo estaban en mi casa parisina tres horas después. Era una de las ventajas de tener mi propio *jet*.

Salí de mi despacho para ir en su busca y acabar con la conversación.

—Los chicos están en el jardín trasero —indicó Manuel, apareciendo de la nada. Sus pasos se sincronizaron con los míos—. Cada uno tiene un ojo morado.

Metí las manos en los bolsillos.

—¿Qué pasó esta vez?

—Se niegan a decirlo.

—Al menos permanecen juntos —señalé.

Mi hermano y yo siempre nos cubríamos las espaldas. Igual que Manuel y yo. En nuestro mundo, era importante tener una familia que no te apuñalara por la espalda. Enzo y Amadeo podían pelearse y ponerse los ojos morados, pero independientemente de la causa de la pelea, se apoyaban mutuamente.

—¿Recuerdas cuando tú, tu hermano y...? —Hizo una breve pausa y continuó—: ¿Y yo nos metíamos en peleas?

Asentí con la cabeza.

—Recuerdo que nos pegaste durante los primeros diez años de nuestras vidas porque eras mayor y más grande.

Se rio entre dientes.

—Admítelo. Soy mejor y más fuerte.

Le lancé una mirada irónica.

—Ya no, viejo.

—Adelante, *Nipote* —desafió, sonriendo como un viejo loco—. Y una vez que te cases, dale con todo. Estarás demasiado ocupado para mantener tu rutina de ejercicios.

Esta vez no pude contener la sonrisa.

—Haré más ejercicio para mantener contenta a mi joven esposa.

Me dio una palmada en el hombro.

—La chica te tiene agarrado por las pelotas, y ni siquiera se ha casado contigo todavía.

Llegamos al jardín, donde mis hijos estaban de pie bajo un solo árbol, con las cabezas inclinadas sobre un aparato mientras murmuraban entre ellos. Parecía que habían vuelto a hablarse.

—Esperaré al día en que una mujer tenga tus pelotas, *Vecchio* —me mofé, y me alejé de él antes de que pudiera soltar otro comentario sabelotodo. Atravesé las grandes puertas francesas y dos pares de ojos ennegrecidos se alzaron. Menos mal que no tenían ningún rasgo físico ni mental de su madre.

Ambos me saludaron al mismo tiempo.

—*Papà*.

Sonreí, me acerqué a ellos y los abracé. Mi padre siempre estaba demasiado ocupado para el afecto físico, pero mi hermano y yo teníamos a nuestra madre. Aunque fue breve. Enzo y Amadeo no tenían el afecto de su madre. Así que dependía de mí que ellos recibieran el mío.

Me quedé observándolos, solo me llegaban a los hombros. Uno o dos años más y serían tan altos como yo. Parecía que habían nacido ayer. Los años habían pasado volando en un abrir y cerrar de ojos. Enzo y Amadeo ya no eran niños, eran jóvenes. Unos años más y serían miembros activos del imperio Marchetti. Y así como pude elegir, ellos también lo harían. Uno dirigiría el

bajo mundo, el otro la parte legal. A menos que quisiera formar parte de la *Omertà*, y sospechaba que Amadeo estaría totalmente de acuerdo.

—¿Cómo están mis chicos? —pregunté, incapaz de mantener el orgullo fuera de mi voz. Los tuve en mis brazos el día que nacieron. Había estado con ellos en cada etapa de su infancia. Eran míos, maldición. No de Donatella.

Ambos se encogieron de hombros.

—Bien.

—¿Nos vamos a meter en problemas por faltar a clase? —Curioseó Amadeo. Tuve que reprimir una burla. Mis hijos solo iban al colegio para socializar. No les importaba meterse en problemas. De hecho, la mayoría de las veces *eran* ellos los problemas.

—He enviado una nota a sus profesores. Hagan las tareas y entréguelas a tiempo. Cuando volvamos a casa, volverán al colegio y será como si no hubieran faltado ni un día. —Los dos compartieron una mirada—. ¿Quién de ustedes me va a decir qué es eso de los ojos morados?

Otra mirada compartida, mensajes sin palabras que solo ellos podían entender.

—No es nada —respondieron los dos a la vez. Los estudié. Su cabello y sus ojos oscuros reflejaban los míos. Enzo era el estratégico, mientras que Amadeo era más impulsivo. Sin duda, tenían los rasgos de los Marchetti.

—Si necesitan mi ayuda, vendrán a mí. ¿Sì?

Asintieron.

—¿Qué está pasando? —Enzo preguntó—. ¿Es Donatella?

Era tan triste que mis hijos supieran que ella solía ser el problema.

—Sí. Quiero tenerlos cerca de mí hasta que resolvamos la amenaza. —Un asentimiento breve por parte de ambos—. También tengo noticias que quiero compartir con ustedes. —Esperaron a que continuara, con un ligero interés en sus ojos—. Esto queda entre nosotros. Solo Manuel y ustedes lo saben.

Ambos se enderezaron, observándome atentamente. A la mayoría de los padres les gustaba resguardar a sus hijos hasta que fueran sorprendidos. Nunca adopté ese enfoque. Los dejé ser niños todo el tiempo que pude, pero una vez que fueron lo bastante mayores para distinguir el bien del mal, los mantuve al tanto de las cosas que les preocupaban. Como su seguridad. Su madre. Nuestro negocio familiar, hasta cierto punto.

Esto último era necesario para asegurar que se mantuvieran cautelosos con los extraños, manteniéndolos a salvo de posibles amenazas. Tenían guardias con ellos en todo momento, sin embargo, sería estúpido no hacerlos conscientes de los peligros que conllevaba ser un Marchetti.

—Me casaré pronto. —La curiosidad parpadeó en sus ojos oscuros. Bien, al menos no había resentimiento ni ira—. ¿Cómo se sienten al respecto?

Amadeo se encogió de hombros y guardó silencio.

—¿Es bonita? —Claro que Enzo ya estaba demasiado interesado en las chicas. Ya le había inculcado la importancia de la protección, para él y para su chica, para cuando fuera que ocurriera su primera vez—. ¿Vieja?

Negué con la cabeza.

—Bueno, creo que es hermosa. Y es mayor que tú, sí.

—¿Qué pasa con...? —La voz de Amadeo vaciló mientras las preguntas se disparaban en sus grandes ojos oscuros—. ¿Donatella?

Me centré en mi hijo menor.

—¿Qué pasa con ella? —pregunté con cuidado.

Amadeo hinchó el pecho.

—Por eso nos ha llamado. Está intentando matarnos otra vez, ¿verdad?

—Sí, está ahí fuera en alguna parte —confirmé—. Los quiero a salvo y conmigo. Una vez que me case, volveremos todos al *castello*.

—¿Qué vas a hacer con Donatella? —inquirió Enzo, con un ligero chirrido en la voz al pronunciar el nombre de su madre. Sus cuerdas vocales estaban atravesando la pubertad, pasando de graves a agudos y no tenía control sobre ello. Me di cuenta de que fluctuaba más cuando se emocionaba, aunque intentaba ocultarlo.

Encontré la mirada de mi hijo y la sostuve. Deseé que se salvaran. Esperaba que Donatella entrara en razón y fuera la madre que Enzo y Amadeo necesitaban. Pero, como siempre, la mujer solo se preocupaba de sí misma. Nunca se interesó por los niños, ni cuando nacieron. Ni en ese momento.

—No puedo arriesgarme a que te haga daño a ti o a tu hermano.

Enzo giró la cabeza, resoplando.

—Ya era hora.

Sus palabras hicieron que se me oprimiera el pecho. Deseaba desesperadamente que experimentaran el amor de su madre. Que supieran que eran amados y apreciados.

—Lo siento, *mio figlio* —murmuré—. Si pudiera arreglarlo, lo haría.

Enzo me hizo un gesto seco con la cabeza y se alejó dando pisotones, su cuerpo emanaba la energía de un veinteañero. Amadeo y yo lo seguimos con la mirada hasta que desapareció en la casa.

—No te preocupes, *Papà* —aseguró Amadeo—. Está enfadado porque Donatella no nos ama. Me enfrenté a mi hijo menor.

—¿Y tú?

Ladeó la cabeza, pensativo. Podía ser que Amadeo tuviera mal genio, pero también era razonable. Cuando su carácter no se apoderaba de él.

—A veces es estresante pensar en una loca siempre al acecho intentando matarnos —admitió.

—No dejaré que te dañe ni un pelo de tu cabeza —juré—. Sigue escapándose de la institución. Su estado debe de haber empeorado, pero no quiero que ninguno de ustedes se preocupe. —Tomé a mi hijo menor por los hombros y lo abracé—. Me ocuparé de ella.

Amadeo asintió, con una expresión seria en el rostro.

—Entiendo lo que dices, *Papà*.

Lo triste era que realmente lo hacía.

CATORCE

ISLA



Caminé por la Rue Lepic, una animada calle que serpenteaba por Montmartre, desde el Moulin Rouge hasta la Place Jean-Baptiste-Clément. Hacía dos días que no veía a Enrico.

Reina y yo nos esforzamos por equilibrar nuestros *cappuccinos*, las bolsas llenas de frutas y verduras del mercado, mi violín, su portafolio de moda y nuestros bolsos.

—¿Por qué no le mandas otro mensaje? —preguntó Reina, balanceando su portafolio bajo la axila mientras se desplazaba a través de su *blog* de moda en su teléfono.

—Dijo que no estaría fuera mucho tiempo. Le envié un mensaje para que tuviera mi número; está en él devolverlo. No quiero parecer pegajosa y desesperada.

Puso los ojos en blanco.

—Estás pensando demasiado. —No estaba de acuerdo. Durante los dos últimos días, había esperado y esperado a que Enrico me mandara un mensaje. No lo había hecho. Dijo que no tardaría, pero una simple respuesta a mi mensaje no debería haber sido tan difícil—. Todavía no puedo creer que tuvieras sexo con él.

Me encogí de hombros.

—Todos cometemos alguna imprudencia alguna vez en la vida —musité. Sabía que Reina se sentiría identificada—. Este será mi momento salvaje. Lo sacaré de mi sistema y todo volverá a la normalidad.

Al menos, eso esperaba. No sería fácil olvidarlo. El hombre cogía como una bestia, y prosperaba con ello. Al parecer, no era frígida ni una santa cuando se trataba de placer carnal. Gracias a Dios. Debería llamar a ese exnovio aburrido que no sabía dónde meter el pene y contarle cómo Papi Enrico me hizo correrme gritando su nombre. O mejor aún, podría grabarnos y tal vez ese pequeño “chico” podría aprender a follar con mujeres.

—¿Qué dijo de la mujer que se parecía a su esposa? —añadió con curiosidad, apartándome de los mezquinos pensamientos de venganza.

Solté un fuerte suspiro.

Esta fue la parte que más me molestó. Enrico juró que no tenía esposa, pero nunca explicó quién era la mujer que se parecía a su esposa muerta. Sin embargo, me pareció estúpido admitirlo.

—Olvídate de Marchetti y de mí —pronuncié en su lugar—. Dime cómo van tus cosas.

—Bien. —Su voz era entrecortada, lo que significaba que estaba todo lo contrario de bien—. Perfecto, de hecho.

Tomé un sorbo de mi *cappuccino* y le lancé una mirada curiosa.

—Así de mal, ¿eh?

Me pareció ver un destello de ansiedad en sus grandes ojos azules, aunque lo ocultó tras una sonrisa falsa.

—Escucha... —interrumpí, con el corazón en la garganta. Conseguimos esquivar a un ciclista en el último segundo, pero no antes de que Reina le gritara algunas obscenidades en francés. Mi mejor amiga maldecía cuando estaba furiosa o deprimida. La miré con complicidad.

—Ufff, no es tan malo como crees. —Empezó a explicarme. Incliné la cabeza, estudiándola. ¿También se estaba mintiendo a sí misma?—. No lo es —aseguró, con la protesta débil en sus labios—. Dante intenta ser... —Buscó la palabra, no obstante, al parecer no la encontró—. Quiere que tengamos algunas citas para que nos *conozcamos* —declaró.

Hizo una mueca al decir citas, y no hacía falta ser un genio para saber que no quería conocer mejor a Dante.

—¿No deberías decir *no* a esta farsa? —sugerí—. Odio verte así.

Se encogió de hombros, con su cabello dorado al viento.

—Parece que los hermanos Leone serán mi final después de todo.

Me detuve en medio de la acera, con la ansiedad por mi amiga revoloteando en mi garganta. También se detuvo, pero sus ojos no estaban puestos en mí. Estaban en la pantalla de su teléfono. Estaba volcada en el trabajo, ahogándose en él, en lugar de ocuparse de este maldito matrimonio arreglado.

—Reina, mírame. —Sus hermosos ojos brillaban como el mar Mediterráneo bajo el sol radiante—. Cancela la boda. Seguro que tu padre lo entenderá.

Sacudió la cabeza, triste y resignada.

—No, no puedo. Di mi palabra. Es para mantenernos a salvo.

Tuve la tentación de soltar todas las bolsas, agarrarla por los hombros y sacudirla. Para hacerla entrar en razón.

—La gente cambia de opinión todo el tiempo —aconsejé—. Los compromisos terminan. No es el fin del mundo. Es una mala idea que estés cerca de cualquiera de los hermanos Leone. Pone en riesgo tu secreto. Definitivamente no *te* mantiene a salvo.

—Detente. —Una palabra, pero había mucha rabia en ella—. Me decidí y eso es todo.

Reanudó la marcha mientras la seguía con la mirada perdida. Su postura era rígida y la tensión de sus delgados hombros, evidente.

Alguien chocó contra mi hombro, despertándome del estupor, y corrí tras ella.

—Nunca me has parecido del tipo que se rinden, Reina —señalé, nuestros pasos sincronizados mientras nos dirigíamos a nuestro apartamento—. Así que no empieces ahora.

Me lanzó una mirada.

—Oh, *no* me voy a rendir.

De alguna manera lo creí, aunque antes de que pudiera preguntárselo, un rostro familiar llamó mi atención. La mujer que parecía la esposa muerta de Enrico estaba de pie al otro lado de la calle, con los ojos llenos de puro odio puestos en mí.

Mis pasos vacilaron y, para mi horror, me di cuenta de que la mujer estaba cruzando la calle, dirigiéndose directamente hacia mí.

Antes de que pudiera reaccionar, se abalanzó sobre mi brazo y me clavó las uñas en la muñeca.

—¡Sé quién eres, puta! —siseó.

—¿Disculpe? —espeté.

—Te pareces a tu madre. —Me quedé conmocionada. Apenas sabía algo de mi madre, así que ¿cómo demonios ella iba a saber algo? Se rio a carcajadas, con una risa desquiciada y realmente aterradora—. Una zorra de burdel. —Un escalofrío de inquietud me recorrió la espalda—. A menos que quieras que el mundo lo sepa, te irás de esta ciudad.

—¿Cómo conoces a mi madre? —solté con voz ronca, mirándola fijamente a sus enloquecidos ojos oscuros. Algo no estaba bien con esta mujer—. ¿De dónde?

—Estaba en uno de los prostíbulos de mi marido —se mofó—. El burdel de los Marchetti.

Mi respiración se entrecortó, cortando el oxígeno a mis pulmones. ¿Un prostíbulo? No, no podía ser. Mi madre murió en el parto. Mi hermano me lo dijo.

—¿Qué quieres decir? —Tenía la voz ronca y notaba que el pulso se me aceleraba en los oídos.

Se burló, con una mirada de odio. Aterradora.

—¿Cómo crees que tu padre conoció a tu madre, niña estúpida? —Tragué saliva. Nadie me había contado nunca cómo se conocieron mi padre y mi madre. Continuó, sus palabras eran lo único en lo que podía concentrarme en medio de aquella calle tan concurrida—. Visitando uno de los famosos burdeles de la familia Marchetti.

Sus palabras se sintieron como un látigo contra mi piel. Mi alma.

—¿Cómo lo sabes? —Mi voz se quebró, sonando extraña y distante a mis propios oídos.

Se burló, curvando los labios con desagrado.

—La he visto. Era la puta más preciada de su burdel principal. La llamaban Pixie.

Los pasos rápidos de Reina la alejaron de mí, sin saber que estaba acorralada por esta loca.

—Te equivocas. —Mi voz salió más fuerte de lo que me sentía en ese momento. Después de todo, era lo que me enseñaron mis hermanos: nunca muestres tus debilidades al enemigo. Realmente no lo entendí. Hasta ese momento. En el fondo, sabía que esta mujer era un enemigo—. No tengo ni maldita idea de quién estás hablando. Ahora aléjate de mí.

Cacareó, realmente cacareó. Sonaba como una bruja. Medio loca también.

—Nunca me equivoco. Se parecía a ti. Llena de fuego que los hombres querían domar. Una maldita salvaje. —Jadeé. Tal vez mi columna vertebral no era toda la sangre Konstantin. Quizás algo de la herencia de mi madre también me daba fuerza. Si supiera cuál era esa herencia—. Intentó matar a todos los hombres que pagaban por ella, así que tuvieron que sedarla antes de su horario de trabajo para que fuera obediente.

El pavor se instaló en algún lugar profundo de mi vientre. Se me revolvió el estómago, pero me negué a reaccionar como una mujer débil. En su lugar, opté por la furia hirviente. La ira, roja y ardiente, se encendió en mis venas. No le creí. No podía. Era obvio que se sentía amenazada por mí y probablemente estaba actuando para llamar la atención.

Mis ojos se desviaron hacia mi mejor amiga, que no se daba cuenta de lo que pasaba mientras seguía reprendiendo al pobre ciclista que estaba más adelante en el camino.

—¡Quítame las manos de encima, maldita loca! —demandé, arrancando mi muñeca de su agarre.

En ese momento supe que haría un viaje a Rusia.

La casa de mi padre en Rusia, el Castillo Konstantin, como me gustaba llamarlo, era un edificio impresionante. Se remontaba a la época de los Romanov, en el siglo XVII, y era demasiado grande. No lo consideraba mi hogar. Aunque había nacido en Rusia, era californiana hasta la

médula. Cuando decía *voy a casa*, ni en un millón de años me refería a Rusia.

Aterricé en Moscú dos días después, gracias a una cancelación de última hora, a mis millas de recompensa y a mi bien provista cuenta bancaria. A pesar del desdén de mi hermano mayor, a menudo volaba en vuelos comerciales. Aunque ahora no era una de esas veces en las que podía decir que era una de mis favoritas. Estaba aplastada entre dos adolescentes que discutían, se lanzaban insultos y comían palomitas. Tan inmaduros, diablos.

Al bajar del avión, de muy mal humor, me encontré con las frías temperaturas de Moscú. Me estremecí, solté un suspiro y se formó una nube delante de mí. Era otra de las cosas que no me gustaban de Rusia: el frío te robaba el calor del cuerpo y te dejaba castañeteando los dientes.

Al menos tenía mucha ropa de abrigo en el castillo. Me eché la bolsa de viaje Lily Pulitzer al hombro y salí rápidamente del aeropuerto. Hice señas al primer taxista y le recité la dirección.

Una vez en el asiento, me recosté y suspiré cansada. Desde que la acosadora tal vez esposa de Enrico, pronunció aquellas palabras sobre mi madre, no había podido quitármelas de la cabeza. Siempre había sentido curiosidad por mi progenitora, pero los detalles eran vagos. Aparte de su primer nombre y de que era pelirroja y tenía los ojos verdes como yo, apenas tenía algo en lo que basarme. Pero cada vez que le preguntaba a Illias por ella, algo oscuro e inquietante, casi doloroso, se reflejaba en su expresión, así que al final dejé de indagar.

Sin embargo, ahora tenía que saberlo. Estaba harta de que me dejaran en la oscuridad. Sobre mi madre. Sobre mi padre. Incluso sobre mis hermanos. Porque si Illias pensó por un minuto que todavía creía que Maxim fue herido por una bala perdida en medio de un almacén abandonado, no me conocía en absoluto. No sabía lo que había descubierto el día del funeral de Maxim.

Mi mente se trasladó al verano pasado, al funeral privado al que solo Illias y yo asistimos en Rusia antes de que fuera enterrado junto a su madre en New Orleans.

Nubes grises se acumulaban en la distancia, formando gruesas capas que se oscurecían hasta ser casi negras. Igual que este día.

Los problemas de Maxim eran conocidos desde hacía años. Por mucho que Illias hubiera intentado ocultármelos, había vivido lo suficiente como para conocer las señales.

—¿Por qué está cerrado el ataúd? —Volví a preguntar.

—Es lo mejor.

La expresión de Illias era sombría. A pesar de que Maxim e Illias se habían distanciado y tenían personalidades completamente diferentes, seguían teniendo esa conexión. Después de todo, eran gemelos.

Deslicé mi mano entre las de mi hermano mayor. Llevaba un traje negro que lo hacía parecer un ángel oscuro. Casi como si estuviera preparado para vengarse. Pero eso era una tontería. ¿Verdad?

Mi sexto sentido me advirtió que no lo era.

—Está en un lugar mejor —aseguré, con voz quebrada—. Y nunca lo olvidaremos.

Apenas había comido ese día, con el estómago hecho un nudo. Era la primera muerte en nuestra familia que vivía. Golpeó diferente. Tan fuerte que me hizo temblar el alma.

Me apretó la palma de la mano.

—No lo haremos, hermanita.

Era solitario y tan desgarrador ver a Maxim irse sin nadie más. Estaba segura de que había más gente que lo quería. Nosotros dos no podíamos ser los únicos.

La iglesia estaba húmeda y envuelta en la oscuridad. El sacerdote había dado su bendición, pero ninguno de los dos tenía fuerzas para moverse. Para despedirnos. Durante un largo rato,

permanecemos en silencio, acurrucados uno junto al otro.

Fue el sacerdote quien rompió el silencio.

—Señor Konstantin, ¿podemos hablar?

—Sí. —Illias me dio un beso en la frente—. Espérame afuera. Te veré allí.

Asentí con la cabeza y vi cómo se reunía con el cura en la parte trasera de la iglesia antes de que desaparecieran de mi vista.

Mirando fijamente el elegante ataúd de ébano, quise darme la vuelta e irme. Era hora de decir adiós, de dejar que Maxim encontrara la paz que había anhelado durante tanto tiempo. Pero en lugar de eso, di un paso, luego otro, hasta que mi mano se posó sobre el ataúd.

«No lo hagas», me advirtió mi mente.

Era demasiado tarde. La tapa se levantó y mi grito ahogado resonó en el silencio de la iglesia.

Maxim tenía la cara amoratada y ningún maquillaje podía ocultar la verdad.

—Bala perdida —solté con voz ronca y entumecida—. Maldita mierda. —Un agujero del tamaño de una bala había atravesado limpiamente la sien de mi hermano mayor.

El final era siempre el principio, ¿no? Quizás no para Maxim, pero sí para los que lo rodeaban.

El sonido de un claxon y una retahíla de maldiciones rusas me apartaron del recuerdo y devolvieron mi atención a lo que me rodeaba.

El taxi tardó más de tres horas en llegar a la gran propiedad, pasando por el brillo de la ciudad y las concurridas zonas industriales y recorriendo largas y ventosas carreteras. El sol ya se ocultaba tras los árboles, anunciando una noche gélida.

Fue un viaje costoso en taxi, aunque era mejor que llamar al chofer de mi hermano.

Por desgracia para mí, el taxista tuvo que estacionarse en las puertas de hierro, un poco alejadas del edificio. Sabía que ninguno de los guardias de Illias lo dejarían pasar.

—Vosem tysyacha pyat'sot rubley. —Ocho mil quinientos rublos.

Mis ojos parpadearon hacia al taxímetro, donde me apareció una clara cantidad de solo cuatro mil rublos. Otro fastidio más cada vez que visitaba Rusia: que me trataran como a una turista. Como en la mayor parte de Europa del Este, era habitual que los rusos fijaran un precio para los locales y otro completamente distinto para los forasteros.

Le pagué y agarré la manija. Al salir del coche, estaba a punto de cerrar la puerta cuando le dije en un ruso fluido.

—Si no me hubieras timado, también te habría llamado para que me llevaras de regreso.

Cerré la puerta de golpe, sosteniendo mi bolsa de lona en la otra mano. Sin pensarlo dos veces, empujé la verja de hierro que bloqueaba el resto del país de la propiedad y chirrió, alertando a los guardias de mi presencia.

Los saludé despreocupadamente.

—Hola, estoy en casa para las festividades.

Era una excusa de mierda. Faltaban otros dos meses para las fiestas. A menos que contaras *Halloween*, que era dentro de una semana. Pero los hombres, los guardias de mi hermano, estaban acostumbrados a mis idas y venidas, así que me dejaron pasar.

Subí por el largo y sinuoso camino de entrada mientras el viento aullaba entre los árboles. Mis botas crujían contra la nieve, dejando huellas tras de mí, que sabía que desaparecerían por la mañana. En Rusia siempre nevaba, demonios.

Subí las escaleras que en otra época habían visto reyes y reinas, y empujé la gran puerta de

caoba.

—¡Estoy en casa! —grité a nadie en particular. Mi voz recorrió el vestíbulo y subió las escaleras. Sin embargo, no hubo respuesta.

Bien, Illias no estaba aquí. No es que esperara que estuviera, pero nunca se sabía con mi hermano.

Mis botas chirriaban contra el pulido suelo de mármol mientras avanzaba por el castillo hacia el despacho de mi hermano.

No había momento como el presente para escarbar en los secretos de nuestra familia.

QUINCE ENRICO



Miré por la ventana a dos de mis discretos guardias que patrullaban como si fueran transeúntes. También había un grupo en la sala de seguridad, vigilando la zona a través de los canales de seguridad.

El texto de Kingston se repetía una y otra vez en mi mente.

Kingston: Está en Rusia. En casa de Konstantin. No me quedo en Rusia.

Lo sabía, joder. El hombre incendiaría el país si pudiera, y ni siquiera lo culparía.

Así que me puse a pensar en el siguiente paso que daría con la pelirroja en lugar de centrarme en los expedientes que tenía esparcidos por el escritorio. Una de las entidades legales de Marchetti había conseguido por fin el contrato multimillonario para el edificio del gobierno francés que llevábamos meses persiguiendo. Era un lugar clave tanto para nuestro imperio legal como para nuestro negocio de contrabando. A pesar de lo que esto significaría para mi legado como jefe de esta familia, no podía quitarme de la cabeza la cara sonriente de Isla. La cara que puso cuando recibí la llamada. Juro que se me pusieron las pelotas azules cuando me alejé de ella, a pesar de que me la había follado apenas unos minutos antes.

Y ahora, estaba en Rusia.

Maldita sea. Debería haber respondido a su mensaje. Hacer planes concretos con ella para que no se fuera de la ciudad. Aunque no creía que fuera mi falta de respuesta lo que la agobiaba. Tenía que ser otra cosa.

Como si el universo me enviara un mensaje, mi teléfono zumbó. Mis ojos se posaron en la pantalla y el corazón se me estrujó de una forma extraña. Lo descarté como estrés y abrí el mensaje.

Isla: Engáñame una vez, culpa tuya. Engáñame dos veces, culpa mía.
Hemos terminado. No me contactes de nuevo.

Yo: ¿Volvemos a lo mismo? Sea lo que sea, hablaremos de ello y lo resolveremos.

La respuesta fue muy madura. Una línea de veinte emojis de jódete.
Mi teléfono móvil volvió a zumbar.

Isla: Gracias por la experiencia. Nuestro tiempo ha expirado. Ahora sal de mi vida. ¿Capisce?

Una vez que tuve claro que no iba a sonsacarle nada a esta mujer a través de mensajes de texto, llamé a Kingston. Contestó al primer timbrazo.

—Marchetti.

—Kingston, ¿Donatella se acercó a Isla mientras la seguías?

—No, pero hubo una breve ventana en la que no la vi.

—¿Por qué? —reviré.

—Un ciclista imbécil casi la atropella a ella y a su amiga. Tuve que enseñarle cómo andar en bici.

Sacudí la cabeza. A veces Kingston era un reflejo de Alexei Nikolaev.

—¿Sigue vivo?

—Depende de lo que consideres vivo.

—A veces me preocupas —murmuré en voz baja.

—Lo mismo digo.

Terminó la llamada sin decir nada más.

Estaba demasiado viejo para esta mierda. Demasiado viejo para ella. Tal vez solo necesitaba sacar la cabeza de mi trasero.

Joder, no. No era demasiado viejo para ella, y mi cabeza estaba bien donde estaba. Isla Evans sería mía, viejo o no.

Sin embargo, primero tenía que resolver la situación de Donatella. Era otro problema por completo, y más que una leve frustración. La maldita mujer no estaba en ninguna parte. Casi esperaba que volviera a entrar en mi casa. Eso facilitaría acabar con ella, pero debía de saber que había agotado su última oportunidad.

Agarrando mi teléfono, escribí un mensaje a Kingston.

Yo: Encuentra a Donatella mientras Isla está en Rusia.

Más valía que Konstantin mantuviera a salvo a su hermanita, o sería yo quien destruyera su país, no Kingston.

Ese día el trabajo ha sido una pérdida de tiempo. Se estaba celebrando una conferencia telefónica en la que participaban todas las familias de *Omertà*. Incluso Luca DiMauro, aunque se mantuvo casi callado.

No podía concentrarme, mi mente seguía atascada en Isla. Hacía una semana que no la veía y me costaba conciliar el sueño. Incluso después de masturbarme en la ducha, acariciándome furiosamente. Era como si mi verga se hubiera fijado en la mujer de pecas y mirada esmeralda y se negara a ceder a menos que pudiera enterrarse dentro de sus estrechos pliegues.

Mi miembro se irritaría si seguía así. Tenía que follármela pronto.

Curiosamente, cuanto más pensaba en casarme, más me gustaba la idea. La idea siempre me había repelido. Hasta que ella llegó.

Pero también había miedo subyacente. Los susurros no andaban desencaminados cuando afirmaban que todas las mujeres que se casaban con un hombre Marchetti acababan muertas. Bueno, casi todas. Donatella seguía viva, al menos por ahora.

—¿Estás prestando atención, Enrico? —La voz de Manuel me sacó de mis pensamientos. Me encontré con sus ojos clavados en mí, estudiándome con curiosidad. No era propio de mí distraerme.

—Sí.

Estábamos en una conferencia telefónica, aunque nuestra parte estaba silenciada. La discusión sobre qué hacer con nuestra parte del producto Costello había ido pasando por los respectivos despachos de cada una de las familias.

Lykos, el Don griego, recibió su cargamento, que estaba atracado en uno de mis puertos en Italia. Su producto estaría seguro hasta que hiciera las reparaciones necesarias en su yate y volviera a Grecia. Llevaba décadas dirigiendo una operación exitosa, y este favor que le había hecho resultaría muy lucrativo.

Los quince millones más fáciles que había ganado jamás, y distribuyendo el producto por los territorios de *Omertà*, me reportaría otro beneficio considerable sin apenas mover un dedo. El negocio iba viento en popa.

Excepto que, no podía deshacerme de la preocupación por el supuesto espía dentro de nuestra organización. Siempre tuve mucho cuidado de seleccionar solo a los hombres a los que confiaba mi vida dentro de nuestra organización. Mi hermano y mi padre habían sido iguales. Los hijos de los hombres que habían trabajado para mi padre vinieron a trabajar para mí. Rara vez salíamos del círculo de confidentes que habían demostrado su valía para la *Omertà* a lo largo de generaciones.

Los intrusos solían costarle la vida a toda la familia, no solo al jefe de la familia. La preocupación por mis hijos siempre perduró. Les enseñé desde pequeños a defenderse. A disparar un arma. A luchar no solo con su fuerza, sino también con su mente. Pero eso apenas me daba paz. No quería que acabaran muertos como mi hermano.

—Sería bueno unir las líneas Costello y Marchetti —comenté mientras Romero hablaba sobre alguna disputa territorial en el norte de Italia—. La más joven de Lykos ya está encaprichada con Amadeo.

Y si el acuerdo estaba en marcha, aseguraría la vida de mi hijo si algo me pasara. También estaría bajo la protección de Costello, no solo de la *Omertà*.

Manuel me miró pensativo.

—No es mala idea, pero ya sabes que es un lobo cuando se trata de sus hijos.

—Como debe ser.

—La reputación de los Marchetti y las esposas muertas que se remontan a cinco generaciones no hablarán bien de esta unión.

Me encogí de hombros.

—Cuando me case con la hermana de Konstantin y la mantenga con vida, será prueba suficiente.

—¿Así que todavía planeas seguir adelante con ello?

Mi polla podría no sobrevivir si no lo hacía. Estaba tan encaprichado con la joven que Manuel se burlaría de mí si lo supiera.

—Sí. —En el momento en que decidí casarme con Isla había empezado a poner todo en marcha, y nada me detendría. Ni su hermano mayor. Ni Donatella. *Nada*. El mundo podría arder. La *Omertà* podría quebrarse... pero Isla Evans sería mi esposa—. La fusión de las dos familias atraerá a Lykos.

—Creo que mantener vivos a sus hijos le atrae más —opinó secamente Manuel.

—Bueno, pondré una cláusula. —Mi tío frunció el ceño—. Si consigo mantener viva a mi

esposa —y tenía toda la intención de hacerlo—, el acuerdo se mantiene. Si no, puede romperlo.

Algo en mi pecho se retorció ante la idea de que algo le ocurriera a Isla. Era tan volátil que temí que detuviera mi negro corazón, tomándome por sorpresa.

—Así que supongo que eso deja a Enzo para casarse con la hija de Luca DiMauro —afirmó lo obvio. El acuerdo matrimonial se puso en marcha cuando la mujer de Luca quedó embarazada—. Sabes, sobrino, podrían pasar muchas cosas en los años que esos niños tienen para crecer.

—Cierto, no obstante, los acuerdos se mantendrán.

—¿Estás seguro de que es prudente emparejar a la pequeña Penelope con Enzo?

—Algún día será la cabeza de la familia. Es lo único que tiene sentido. Puede que Luca DiMauro siga enfadado por cómo se desarrollaron las cosas, pero le alegrará saber que su hija seguirá siendo de la realeza mafiosa cuando se case con Enzo. En lugar de un aspirante de tercera clase.

Convencería a Luca para que viera las cosas a mi manera. Seguía furioso, negándose a participar en las reuniones de la *Omertà*. Sus cuñados intervinieron y había funcionado hasta ahora, pero no podía seguir así indefinidamente.

—No tengo la sensación de que Luca y su mujer piensen lo mismo —señaló Marco, inclinando la cabeza hacia el teléfono.

—Probablemente, pero hasta que su poder supere el nuestro, no dirigirá el espectáculo. —Sabía que me refería al poder de las drogas que entraban por nuestros puertos. Los únicos que tenían los medios para eludirnos eran los *Yakuza*. Si Amon Leone decidía hacerse con su imperio robado, su organización sería más poderosa que la mayoría del mundo.

—Cierto.

Me levanté de la silla y agarré la chaqueta.

—Voy a llamar a Costello. Ocúpate del resto de la reunión.

Mi tío se quedó boquiabierto.

—Nunca dejas el trabajo.

Me encogí de hombros.

—Son negocios. Y algunos arreglos de boda.

Quería que Isla llevara un vestido diseñado por mi casa de modas. El que yo aprobara. Y tenía que ir a buscar el anillo de mi madre que estaba guardado entre mis otros bienes en Suiza. Estaría preparado, y en cuanto volviera, le pondría el anillo en su dedo y me la cogería hasta casi matarla. O a mí.

Sería una buena forma de *morir*, eso era seguro.

DIECISÉIS

ISLA



Me senté al volante de la Land Rover de mi hermano en la pista de llegadas del aeropuerto de Moscú, tecleando enérgicamente en mi teléfono. Se acercaba el final de octubre y la temporada alta para los violinistas, las temidas festividades, estaba a punto de llegar. Sabía que a la gente le molestaría que me fuera, sin embargo, esto era importante. Tenía que descubrir la verdad sobre mi madre.

Así que aquí estaba dándole excusas a mis jefes. No era muy responsable de mi parte, pero me negaba a sentirme culpable por hacerlo. Quería información sobre mi madre.

Un fuerte chillido me hizo levantar la cabeza para encontrarme con cuatro figuras familiares que arrastraban tras de sí su equipaje de moda colorido.

—¡Estamos aquí! —gritó Raven lo bastante alto como para despertar a los muertos y llamar la atención de todos los presentes.

Bajé la ventanilla a pesar del frío que hacía fuera y les hice señas para que se acercaran antes de pulsar el botón para abrir el maletero. Los hombres de aquí estaban acostumbrados a mis idas y venidas. Aunque prefería irme antes que venir a la fría Rusia.

—Pongan toda su mierda en la parte de atrás —ordené.

Caminando como si estuvieran en una pasarela, parecían estrellas de cine paseando por la alfombra roja. Hombres y mujeres por igual les dirigían miradas, probablemente preguntándose si esas cuatro mujeres eran alguien que conocían. O que deberían conocer.

Reina llevaba sus gafas de sol Gucci y sus rizos rubios rebotaban a cada paso que daba. Con un vestido suéter rosa, botas UGG blancas y un sombrero blanco de piel sintética, parecía una estrella de *Hollywood* de incógnito, como su madre y su abuela. Phoenix no se quedaba atrás con su cabello oscuro y su vestido de suéter blanco. Raven y Athena, al igual que yo, optaron por *leggings* negros y suéteres largos, rematando sus *looks* con *flats*.

Hacía un par de días que había vuelto a casa de mi hermano, pero la frustración bullía en mi interior. No había sido capaz de encontrar nada. Busqué y rebusqué en el despacho de Illias, en la biblioteca e incluso en su dormitorio. Absolutamente nada.

Con todas las maletas aseguradas, la puerta trasera empezó a bajar. Antes de que se cerrara, las puertas de la Land Rover se abrieron y mis amigas entraron como una tonelada de ladrillos.

—¿Tienes idea de cuánto te queremos para hacer este viaje a Rusia? —refunfuñó Athena—. Puede que no salgamos de aquí con vida.

Raven hizo un ruido con la boca.

—Deja de exagerar. Puede que nos encontremos a un ruso guapísimo —expresó, acercando sus manos cubiertas con guantes para señalar.

—*Prefiero a los hombres italianos* —afirmó Phoenix, confirmando una vez más lo que Reina había compartido conmigo. No es que dudara de ella, pero esperaba que se equivocara, porque eso solo podía significar que ambas hermanas acabarían siendo infelices.

Salí de mi lugar de estacionamiento, mirando por encima del hombro para asegurarme de que no había ningún ruso loco dispuesto a chocar contra el vehículo.

—Está claro que Isla también prefiere a los hombres italianos. Un *papi italiano*, para ser más específicas —respondió Reina, mirando a Phoenix para señalar—. Solo que se niega a admitirlo.

Pisé a fondo el acelerador y la Land Rover se precipitó hasta la siguiente marcha, lo que provocó unos cuantos bocinazos a nuestras espaldas. Me reí alegremente por primera vez en días, saqué la mano por la ventanilla e hice señas al coche para que avanzara. Avanzó para pasar adelante, no obstante, se detuvo en paralelo a mí.

Giré la cabeza y le dediqué una dulce sonrisa. El viejo del asiento del copiloto bajó la ventana y soltó una retahíla de maldiciones en ruso.

Otro saludo con mi mano y me olvidé de él mientras aceleraba delante de nosotros.

—Me alegro de tener algo de tiempo libre de mi trabajo de investigación —comenté—. Aparentemente soy pésima husmeando.

—¿Has mirado en su cajón de la ropa interior? —Raven preguntó.

—¿O su cajón de calcetines? —intervino Athena.

—*Si fuera tú, buscaría su caja fuerte y forzaría la puerta* —sugirió Phoenix con señas. Fue Raven quien tradujo, ya que tenía que mantener los ojos en la carretera.

—Soy buena robando —le dijo Raven a Phoenix—. Puedo manejar eso. Matar, no tanto. Mi estómago es demasiado débil. No puedo soportar la sangre.

Luego, como para enfatizarlo, tuvo una arcada.

El silencio llenó el auto y el fantasma se arrastró por el aire hasta que Athena le puso fin.

—Olvida al desgraciado que está muerto —hablaba y señalaba al mismo tiempo—. Ahora, Isla, ¿revisaste o no todas las cosas de tu hermano? Tenemos que trabajar usando el proceso de eliminación aquí.

Levanté la mano.

—No, no revisé la ropa interior y los calcetines de mi hermano. ¡Caramba! —Eché un vistazo por el retrovisor para encontrarme con la mirada de Phoenix y confirmé que Raven hacía señas por ella, ya que yo conducía y necesitaba las dos manos—. Y mis habilidades para abrir cajas fuertes están un poco oxidadas, así que ahí está eso.

—¿Así que sabes dónde están sus cajas fuertes? —inquirió Reina. Asentí con la cabeza—. Entonces no la tendría allí. Sería un lugar que nadie más que él conocería.

Puse los ojos en blanco.

—*Maravilloso*. No estoy segura de cómo lo encontraré si nadie lo sabe excepto él.

Athena hizo un gesto con la mano.

—Preocupémonos de eso otro día. Esta noche es nuestro descanso.

—*¿Dónde nos alojamos?* —indagó Phoenix—. *Por favor, no digas un motel.*

Me reí entre dientes. Reina, Phoenix y yo hicimos un viaje de chicas una vez, y me había encargado de reservar el hotel. Phoenix nunca me dejó olvidar mi error de reservar un motel en vez de un hotel. ¿Cómo iba a saber que un motel no tendría más comodidades que un cepillo de dientes y botellitas de champú y acondicionador? Nunca me había alojado en uno hasta entonces.

Y a Phoenix le gustaban sus comodidades aparentemente.

—Hice una reservación en el Carlton. —Cambié de carril para tomar la salida. Reina señó a su hermana, riéndose—. Tiene todas las malditas comodidades. Lo mejor de todo es que hay un club justo al lado. Podemos ir caminando, divertirnos y volver a la habitación enseguida. Nada de beber y conducir.

Nunca llevé a nadie al castillo de Illias en Rusia. Podía llevar a mis amigas a cualquier otra casa menos a esa. Era una de las duras reglas que él me había dado al principio. Sin embargo, a mí me parecía bien. Nadie que conociera estaba loco por Rusia. Además, no había nada en kilómetros a la redonda en el campo donde estaba nuestra casa. Así que salíamos ganando.

Chillidos de emoción llenaron el espacio cerrado de la Land Rover.

—¡Esta noche tendremos música, comida y mucha bebida! —exclamó Raven.

—Esperaba que dijeras sexo —añadió Athena—. Quiero probar algo salvaje. Azotes. Oral. Jugar con el culo. —La sonrisa de Enrico y el brillo oscuro de sus ojos pasaron por mi mente. Apostaría mi violín a que le gustaba jugar con el ano. *Hombre sucio*.

—Probé los azotes, pero no me funcionaron. —Reina se puso rígida, dándose cuenta de que había soltado de más, y todas la miramos mientras se ponía roja. Sucedió que se había olvidado de señalar en beneficio de su hermana. Aunque Athena acudió rápidamente al rescate y puso a Phoenix al corriente.

—*¡Dime que no dejaste que Amon te diera nalgadas durante el sexo!* —exigió Phoenix, con los ojos desorbitados. Todos conocíamos la historia de Reina y Amon. Se había enamorado perdidamente de él. Estaba tan segura de que también se había enamorado de ella. Después de todo, esperó a que fuera mayor de edad para tocarla—. *No creí que le gustara el sexo duro*.

Desde luego, tampoco habría pensado que a Reina le gustara.

Aunque era interesante que Phoenix no pensara que fue Dante quien lo hizo, considerando que estaba comprometida con él. A menos que Phoenix conociera las preferencias de Dante. *Interesante*.

—¿Qué? —El tono de Reina era defensivo, sus ojos se desviaban por la ventana—. Quería ver qué se sentía.

Me reí entre dientes.

—Me alegro por ti. Creo que es triste para el resto de nosotras que tengas más experiencia sexual que nosotras cuatro.

—Habla por ti, mujer —declaró Raven—. También tengo cosas raras en mi bolso.

Durante el resto del trayecto, hablamos de *hipotéticas* experiencias sexuales.

Al menos, eso esperaba que fueran.

Tres horas más tarde, entramos en el club.

El bajo de la música a todo volumen retumbaba, las vibraciones viajaban por mi cuerpo y ensordecían mis oídos. Las luces brillantes parpadeaban sobre la pista de baile. Los cuerpos chocaban entre sí. Jóvenes. Hermosos.

Olvidando por un momento todos nuestros problemas, las cinco nos dirigimos a la pista de baile. Por esta noche, olvidaríamos el compromiso de Reina. Ignoraríamos el inquietante fantasma de mi madre y los secretos que la rodeaban. Y, desde luego, no hablaríamos de ningún hombre. Aprovecharíamos al máximo el tiempo que pasábamos juntas.

Saltábamos y sincronizábamos los labios, retorciéndonos y moviéndonos sensualmente, pero sin separarnos. Dejé que se me cerraran los ojos, me balanceé y sentí que la música me envolvía.

Las canciones se mezclaban. Bailamos como locas.

La sordera de Phoenix era categóricamente profunda, aunque le quedaba una pizca de oído. Podía escuchar música alta y sentir sus vibraciones. Cuando bailaba, nunca se adivinaría que era sorda. Hasta que nos veían hacernos señas y se daban cuenta de que lo era. Eso no disuadía a los hombres de mirarla, pero se limitaba a sonreírles dulcemente antes de rechazarlos con los dos dedos medios.

Dijo que o la aceptaban tal como era o se quedaría soltera el resto de su vida.

Todas llevábamos tacones altos y vestidos cortos y brillantes, y no tardaron en empezar a dolernos los pies. Cuando sonó una canción conocida, nos quedamos heladas. Reina le hizo señas a su hermana, haciéndole saber que era *Truth Hurts* de Lizzo la que sonaba a todo volumen por los altavoces.

Girábamos y dimos vueltas, gritábamos la letra y reíamos. Nos dejamos llevar por la música a un lugar donde nada ni nadie importaba. Donde solo estábamos nosotras. Donde éramos libres.

Phoenix agarró mi teléfono y empezó a grabarnos mientras movíamos el trasero, las extremidades y las caderas. La letra de la canción era nuestra biblia, y nos la estábamos pasando en grande estudiándola. Sin embargo, no podía evitar pensar en los ojos oscuros y las manos ásperas que sabían cómo tocarme.

Aparté de mi mente los pensamientos sobre un apuesto italiano y disfruté del momento. Continuamos mientras sonaba una canción tras otra, como en los viejos tiempos. Antes de la universidad. Antes del accidente de Reina. Antes del asesinato. Antes de los secretos y el pacto. Y definitivamente antes de Enrico Marchetti y su supuesta esposa muerta.

Muchas canciones y más bebidas después, necesitaba un descanso. Me incliné y tiré del brazo de Reina.

—Tengo que ir al baño, ahora vuelvo.

Asintió y me dio pulgares arriba.

Con los pies palpitantes y la cabeza ligeramente mareada, avancé por el largo pasillo hasta las escaleras de la sección VIP. Allí los baños solían estar más limpios. El hombre que custodiaba las escaleras me lanzó una mirada y me despidió al instante.

—Hola, ¿puedo usar los baños VIP, por favor? —pedí en voz alta, apegándome al español. Normalmente eran más amables con los turistas. Sonreí dulcemente, alisándome las manos por el minivestido, con la esperanza de que me echara otra mirada y decidiera que pertenecía a los baños exclusivos.

El hombre ni siquiera miró hacia mí.

—Usa los de abajo.

Solté un gemido.

—¿Dónde está la famosa hospitalidad rusa?

—Estás en el país equivocado.

Entorné los ojos hacia él. ¡Qué idiota!

Giré sobre mis talones y me dirigí al oscuro pasillo vacío. Mi mente me susurraba que era la forma clásica de ser asesinada. Un letrero poco iluminado parpadeó y, mientras intentaba decidir si parecía un baño o una salida, escuché un débil gemido.

Mis pies se movieron antes de que pudiera detenerme. De puntillas y evitando que mis talones golpearan el suelo de mármol, me pegué a la pared mientras me dirigía a la puerta. La pesada puerta de metal estaba ligeramente entreabierta, el sonido de la música era menos intenso aquí, y me asomé por la rendija.

El aire fresco de la noche me acarició la cara y los hombros desnudos, provocándome un

escalofrío.

Otro gemido.

Mis ojos siguieron el sonido y vi dos figuras en la oscuridad. Una mujer apoyada en la pared, con las piernas abiertas y la falda larga recogida. «*Le estaban dando placer*». Mis labios se curvaron en una sonrisa. Me alegraba por ella.

Justo cuando estaba a punto de moverme, sonó una voz apagada y familiar.

—Soy tuya para siempre, Sofia. —Santa... mierda. Eran dos mujeres. Entonces, por si no estaba segura, la mujer que estaba siendo servida recogió entre sus manos una abundante cabellera oscura de la otra mujer y la agarró con fuerza—. Deshazte de ella y te comeré. De día. De noche. Haré lo que quieras.

No quería saber lo que eso significaba.

—Soy la *Pakhan*. Yo decido de quién nos deshacemos. Ahora vuelve a comerme el coño y haz que me corra.

Agarrando el cabello oscuro de la otra mujer, Sofia se arqueó contra la pared y al mismo tiempo llevó la cabeza de la dama hacia su entrada. La dama de rodillas debió de ponerse manos a la obra porque los gemidos comenzaron al instante. Salvajes. Sensuales. Eróticos.

De acuerdo. Era hora de irse.

Intenté apartarme sin hacer ruido, pero fracasé. Sonó el suave chasquido de mi tacón, apenas audible, pero la pareja miró.

Fue entonces cuando vi la cara de la mujer arrodillada. No me extrañó que sonara familiar. Era Donatella. La esposa *muerta* de Enrico.

Por un momento, me vi incapaz de respirar. Me tapé la boca con la palma de la mano, observándola fijamente. La mujer del hombre que deseaba. Sí, lo deseaba. Podía admitirlo ante mí misma, ya que no podía hacerlo ante nadie más. ¿Quién en su sano juicio no lo haría?

«*Al parecer Donatella*», susurró mi mente. Tal vez esa era la razón por la que los dos vivían vidas separadas y era considerada muerta. Él la protegía del bajo mundo para que ella pudiera dedicarse a sus actividades extraescolares que no implicaban a hombres. Estaba muy confundida.

Aun así, no excusaba sus mentiras. O el comportamiento de esta mujer hacia mí. Quería hacerla pagar por sus mentiras y las dudas que sembró sobre mi madre. Quizás incluso por el simple hecho de que tuviera atado a un hombre como Enrico Marchetti y no lo quisiera, mientras yo lo ansiaba incluso desde Rusia.

¡Maldita sea!

Nos quedamos mirándonos la una a la otra durante lo que parecieron horas. Sin embargo, solo pasaron unos segundos.

Ninguna de las dos mujeres parecían preocupadas por haber sido descubiertas, a juzgar por sus sonrisas malignas. Y sabía sin lugar a dudas que Donatella me había reconocido, aunque no parecía sorprendida de verme. ¿Me estaba acosando la mujer hasta aquí, en Rusia?

Mi corazón se aceleró al recordar la mirada que se arremolinaba en sus ojos apenas unos días antes. El miedo se apoderó de mi garganta y me di la vuelta. Actuando por instinto, volví corriendo por el mismo pasillo oscuro por el que había entrado, intentando poner distancia entre ellas y yo. El terror me aceleró el pulso y me zumbaron los oídos.

¿Era yo de quien Donatella hablaba de deshacerse?

Tragué con fuerza, el miedo me daba velocidad extra y me permitía ignorar mis adoloridos pies. Mi instinto me advertía de que aquellas mujeres eran asesinas a sangre fría. Tal vez estuviera exagerando, pero Donatella estaba definitivamente loca, y era más que ligeramente inestable mentalmente. No sería un buen presagio para mí que me hubiera seguido hasta Rusia.

Unos tacones, no los míos, sonaron no muy lejos detrás de mí. Miré por encima del hombro y vi que se me acercaban. Jesucristo, esas mujeres eran mayores que yo y corrían en tacones como expertas. Me maldije por haber dejado el teléfono con Phoenix. Ni siquiera podía llamarlas y pedirles que se reunieran conmigo en la salida.

Casi había llegado a la pista de baile cuando choqué contra un cuerpo. Giré la cabeza y vi a una mujer joven. Más joven que yo. Tal vez de la edad de Reina, con ojos marrones claros.

—¡Lo siento! —dijimos las dos a la vez.

Pasó un latido cuando se ladró una orden.

—Liana, aléjate de ella. —Era la voz de Sofia.

La voz grave de un hombre provenía de detrás de la joven, Liana, y la forma en que corría hacia ella, respirando agitadamente, me hizo pensar que la perseguía. Mis ojos recorrieron sus rasgos, cabello oscuro. Alto. Piel aceitunada.

—Esta chica no entiende la definición de guardaespaldas, Sofia —siseó, con un fuerte acento. Para mi sorpresa, era acento italiano. Estudié su rostro. Así que era el guardaespaldas de Liana. Sin embargo, sus ojos pasaron por encima de ella y de mí y de su protegida. Seguí su mirada y me sorprendió ver que miraba a Donatella y no a Sofia.

—Mamá, es solo una chica. —La joven puso los ojos en blanco, con una suave sonrisa en los labios—. Deja de ser paranoica, nadie intenta secuestrarme. —Me dirigió una mirada de disculpa—. Mi madre es sobreprotectora. Lo lleva a otro nivel.

Sí, algo raro estaba pasando, pero no necesitaba saber qué. Solo sabía que tenía que salir de aquí, viva e intacta.

—No hay problema —murmuré, esquivándola antes de que la loca de su madre pudiera acercárseme.

Cuando llegué hasta las chicas, tiré de la mano de Phoenix y di un codazo a Raven, llamando la atención de Reina y Athena.

—*Problemas.* —Señé—. *Tenemos que salir de aquí.*

Salimos corriendo de allí como si el diablo, o en este caso, una *esposa loca muerta*, nos pisara los talones.

Veinte minutos después, estábamos de vuelta en la *suite* del hotel. La puerta estaba cerrada y con llave, nos observamos, con la respiración agitada por haber corrido hasta el hotel, sin dejar de mirar atrás para asegurarnos de que no nos seguían.

—¿Qué pasó? —Fue Phoenix quien rompió la tensión—. ¿Es porque le envié el vídeo a Marchetti desde tu teléfono?

Arrugué las cejas. Quizá no entendí bien lo que señó.

—¿Puedes repetirlo? —pregunté.

—No creí que pudiera llegar lo suficientemente rápido como para acorralarte —continuó Phoenix haciendo señas rápidamente.

Cuando la miré sin comprender, suspiró y miró a Reina.

—*Creo que tú e Isla están hablando de dos cosas distintas* —nos explicó a las dos—. *De acuerdo, empecemos por lo que pasó con Isla en el baño.*

¡Oh, mierda! El baño. Nunca logré llegar a uno, y de repente ir a orinar era cuestión de vida o muerte. No podía aguantarme más.

Corrí al baño, cerré la puerta y me bajé las bragas.

Cuando la fuente empezó a fluir desde abajo, grité a través de la puerta.

—Estén atentas por si esas zorras psicópatas nos encuentran. —Un latido de silencio antes de que la puerta se abriera—. Oye, un poco de privacidad, por favor.

—Te hemos visto desnuda —comentó Reina con rotundidad—. Verte orinar no es una novedad. Ahora explícate.

—¡Fuera! —siseé—. En serio, o esta actitud agradable *rayito de sol* que tienes enfrente se convertirá en oscuridad.

La puerta se cerró inmediatamente con un gruñido, y me apresuré a terminar mis asuntos, tirando de la cadena y lavándome las manos.

—Bien, ahora pueden entrar.

Probablemente era mejor que habláramos de esta mierda en el baño. Era fácil oír conversaciones privadas a través de las delgadas paredes y puertas del hotel.

Las cuatro se amontonaron en el cuarto de baño de nuestra *suite*. Phoenix y Raven saltaron sobre la encimera mientras Reina y Athena se apoyaban en la larga pared de espejos.

Suspiré. No me gustaba emplear un tono brusco con ellas, pero teníamos que mantener ciertos límites. La intimidad con estas chicas era prácticamente inexistente. Después de todo, habíamos estado amontonadas en dormitorios y apartamentos de internado durante la mayor parte de los últimos ocho años. No obstante, había ciertas cosas que prefería hacer sola.

—Así que fui en busca del baño —expuse, encontrándome con sus miradas en el espejo—. Y me despistó un gemido. Fui a comprobarlo. Estaba justo fuera del club, por la puerta de atrás.

—Primer error —indicó Raven, haciendo estallar una burbuja de su chicle.

Ignorándola, continué con mi historia.

—Había alguien chupándosela a una mujer. Y por lo que parecía, su pareja se la estaba comiendo como si se acabara el mundo. Así que pensé, bien por ella. Pero entonces la mujer de rodillas dijo algo y me sonó familiar...

—Espera, espera. ¿Mujer? —Reina apretó los ojos—. Pensé que habías dicho que una mujer estaba siendo complacida.

—Sí, dijiste que alguien estaba devorando su conchita —agregó Athena.

—Cenar en la Y —añadió Raven, como si necesitara más aclaraciones—. Alguien decidió hacerlo a la francesa.

Parecía que mis amigas sentían la necesidad de utilizar todos los términos que conocían para “comerse una vulva”. La mitad de ellos ni siquiera tenían sentido.

Agité la mano mientras secaba la otra.

—Bueno, estaba siendo complacida. Por. Otra. Mujer.

Athena sonrió.

—Caliente.

—*Qué asco*. —Señó Phoenix.

—*¿Quieren dejar ya los comentarios?* —gesticulé, luego continué exasperada—: De todos modos, como iba diciendo. La voz me resultó familiar. Así que me quedé.

Athena se burló.

—Solo querías ver cómo lo hacían.

—Dios me conceda paciencia —murmuré en voz baja—. La mujer de rodillas era Donatella, ¿de acuerdo? La esposa de Enrico.

Una ronda de jadeos resonó en el cuarto de baño.

—*¡No!* —exclamaron las cuatro al mismo tiempo.

—Sí. Y estaba hablando de matar a alguien. Creo que se refería a mí. Y entonces las dos zorras me vieron y salí corriendo.

—*¿No vinieron tras de ti?* —inquirió con señas Phoenix.

—Lo hicieron.

—¿Cómo escapaste?

—Me encontré con una mujer. Chica. Mujer joven. —Sacudí la cabeza—. Fuera lo que fuera, pero era su hija, y las detuvo.

—¿La hija de Donatella? —Las cejas rubias de Reina se fruncieron.

—No, la hija de la otra mujer.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Raven exigió saber, su cabeza girando entre Phoenix y Reina, luego de vuelta a mí, el cabello largo y negro reflejando las luces intensas del baño—. Pensé que Enrico era un padre soltero y ardiente. ¿Y quién es esta otra mujer?

Mierda, olvidé que no había puesto al resto del grupo al corriente de la situación de Marchetti.

—La historia corta es que su mujer está viva y me ha estado acosando —continué, encogiéndome de hombros—. Y no tengo ni una maldita idea, Raven. Nunca la había visto. Dijo que era la *Pakhan*, lo que sea que eso signifique.

—No, no puede ser —musitó Reina—. Las mujeres rara vez son líderes de organizaciones criminales, y de todos modos... sé a ciencia cierta que una mujer no es la jefa de la *Bratva* rusa.

—¿Cómo lo sabes? —Raven, Athena y yo preguntamos al mismo tiempo.

Phoenix y Reina compartieron una mirada.

—Porque Illias Konstantin es el *Pakhan*.

DIECISIETE

ENRICO



Estaba de vuelta en mi villa de Italia, ocupándome de mis negocios locales. Para variar, era mi negocio legal. El legado Marchetti tenía sus raíces en los viñedos y la agricultura. Limones. Naranjas. Aceitunas. Incluso la producción y distribución de exquisito chocolate basado en una receta familiar. Había manejado todo eso, además del imperio de la moda, antes de asumir la dirección de nuestra organización.

Ahora, pasaba la mayor parte de mi tiempo asegurándome de que nuestro negocio de drogas estuviera en auge. Nuestras rutas de contrabando de armas estuvieran despejadas. Y nadie nos robara.

Echaba de menos mis negocios legítimos.

Sin embargo, la elección de hacerse cargo del imperio Marchetti y de un puesto en la mesa de la *Omertà* no fue realmente una elección. Si hubiéramos renunciado a nuestra posición, la familia que ocupara nuestro lugar en la mesa habría venido por nosotros para asegurarse de que nunca volviéramos a reclamar lo que era nuestro.

Así que no tuve elección. Esto fue para proteger a mi familia.

Gotas de sudor caían en cascada por mi cuerpo mientras terminaba el *sprint* final de mi carrera de dieciséis kilómetros en la caminadora. Hacía ejercicio todas las mañanas, pero hoy no podía parar sin correr un kilómetro más. Levantar cinco kilos más.

El maldito vídeo que Isla me envió anoche se repetía en mi cabeza. La mujer parecía feliz y tan sexy que me dolían las pelotas. Toda la noche fantaseé con tenerla en todas las posiciones imaginables para un hombre: contra la pared, inclinada sobre un sofá, por detrás, de rodillas, debajo de mí, sobre mí, en la ducha. Quería cogérmela hasta que gritara y suplicara que parara, incapaz de aguantar más.

Cazzo, ¿por qué la mujer que tanto me atraía tenía que tener casi la mitad de mi edad?

Aumenté la velocidad, corriendo más rápido, con los músculos gritando en señal de protesta. Me decía a mí mismo que no me obsesionara con la mujer, aunque sabía que era demasiado tarde. Ya era una oscura obsesión y no había vuelta atrás.

No es que quisiera volver atrás.

Era demasiado tarde para eso. Necesitaba beberme sus suspiros. Quería inhalarla en mis pulmones y que ocupara un rincón en mi negro corazón. Quería que lo iluminara con su fuego y que fuera una con mi oscuridad.

Pulsé el botón de parada, reduje la velocidad y dejé que mi ritmo cardíaco volviera a su

estatus normal. Mi teléfono sonó justo cuando me bajaba de la caminadora.

—*Pronto* —contesté, sin molestarme en mirar el identificador de llamadas.

Tenía la erección tan dura que me dolía. Tendría que masturbarme en la ducha con la fantasía de los gemidos y quejidos de Isla. *Otra vez*, maldición. Necesitaba a aquella pelirroja de vuelta, retorciéndose debajo de mí mientras me la follaba duro.

—Donatella está en Rusia. —Me tensé con la voz de Kingston—. Apostaría a que está allí por tu mujer.

—*Cazzo*. —Me sequé el sudor del pecho—. Me iré a Rusia.

—No es una buena idea, Marchetti. Konstantin lo considerará un desafío.

—No quiero su territorio que te congela las pelotas —siseé, con los músculos en tensión. Confiaba en Kingston para mantener a salvo a Isla. En los desquiciados Nikolaev no tanto. Y teniendo en cuenta que Isla era la hermana de Konstantin, no podía pedírselo a él. No podía revelar mis cartas demasiado pronto—. Iré.

—Te aconsejo insistentemente que no lo hagas.

—Donatella es *pazza*. —Luego, para asegurarme de que entendía la palabra en italiano, añadí —: *Loca*. Fuera de sí. Isla no tiene ninguna posibilidad si no voy.

—Le pediré un favor a Alexei. —La voz de Kingston se volvió un poco más oscura—. No entres y arruines la paz que hemos construido para la *Omertà*.

—No me gusta que los Nikolaev sepan de Isla. —Era mi responsabilidad. Mi mujer.

—Alexei no le dirá nada a Konstantin —aseguró Kingston—. Solo tiene ojos para mi hermana. —Parecía que mi cara de póquer era inexistente cuando se trataba de Isla Evans—. Y teniendo en cuenta que Konstantin secuestró y se casó con Tatiana, apuesto a que Alexei no hablará.

Maldición.

Era fácil seguir el ritmo de las relaciones comerciales de todo el mundo. Las personales, no tanto. Olvidé por completo que su hermana se casó con Alexei Nikolaev.

Dejé escapar un suspiro sardónico. Me pregunté cuánto tardaría Konstantin en esperar a que Tatiana estuviera lista para él. Resultó que se había cansado de esperar. El tiempo podría funcionar perfectamente para mí también.

—De acuerdo, pero si algo está mal, quiero saberlo.

Mi sombrío estado de ánimo perduró durante todo el día, incluso después de saber que Isla estaba sana y salva y de vuelta en el castillo Konstantin.

La necesidad de asaltar aquel establecimiento medieval me picaba bajo la piel, urgiéndome a iniciar una guerra. Cuanto antes estuviera Isla bajo mi techo, mejor. Pertenecía bajo *mi* protección.

Me senté en mi viñedo, esperando a que Enzo y Amadeo pusieran en marcha sus traseros adolescentes. Cuando era pequeño, la cosecha solía empezar a mediados o finales de agosto. En los últimos años, recogíamos uvas en octubre, que era lo que íbamos a hacer hoy para dar el comienzo a la cosecha. Juntos, en familia. Era una tradición familiar que se remontaba a cinco generaciones.

Manuel se sentó a mi lado en la mesa que ya estaba aquí incluso cuando era pequeño. Él también estaba listo para empezar la temporada de uvas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Manuel. Me froté los ojos, el cansancio me agobiaba. La última

vez que dormí bien fue aquella primera noche que me follé a Isla. El maldito Costello interrumpió mi sueño aquella mañana, pero aun así fue el mejor sueño que había tenido en años —. Isla está a salvo bajo la protección de Konstantin.

No giré la cabeza, sino que mantuve los ojos fijos en el horizonte. Si había un paraíso en la tierra, era este. El viñedo se expandía hasta donde alcanzaba la vista y más allá se extendía un mar azul y claro. Esta debería haber sido mi vida. No la *Omertà*. No ser el jefe de la familia Marchetti.

Sin embargo, aquí estaba, agobiado por responsabilidades que amenazaban con hundirme. Había saboreado el paraíso y ahora quería más. Aunque en realidad no lo merecía.

A diferencia de mi hermano, era bueno dirigiendo nuestros dos imperios. El criminal y el legítimo. Al menos hasta que mis hijos tuvieran edad suficiente para tomarlo y relevarme. Una parte de mí no quería esta vida para ellos, pero el ciclo se repetiría. Uno de ellos no tendría elección, como tampoco la tuve, y el otro decidiría si quería estar en el bajo mundo o salir por completo. Temía que tanto Enzo como Amadeo se lanzaran a la *Omertà* y prosperaran en ella.

—Necesito a Isla fuera de Rusia para poder traerla a mi casa y ponerle un anillo en su dedo.

—¿Así que vas a hacerlo?

—Ya he tomado mi decisión —espeté, con tono cortante—. Deja de preguntar, esperando una respuesta diferente. —Nunca había estado tan seguro de nada. La única preocupación que rondaba mi mente era la puta maldición, pero mientras evitara que me amara de verdad, no sería un problema. Solo las mujeres que amaban a los hombres Marchetti acababan muertas, por disparos, acuchilladas o envenenadas. Sin pistas ni motivos.

Estaba claro que Isla no me amaba, ya que no tenía ningún problema en alejarse de mí. Eso la mantendría a salvo como mínimo.

Pero incluso mientras en mi mente jugaban las ideas de cómo mantener a Isla cerca de mí y su corazón aún a raya, sabía que me estaba mintiendo. Quería ser todo para ella. El aire que respiraba. Su hombro para llorar. Su fuerza. Su debilidad.

En resumen, quería consumirla y dejarla que me consumiera.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —razonó Manuel—. Esto podría provocar una guerra no solo con Konstantin, sino también con el cártel brasileño.

—No si es mi esposa. —Me levanté al oír que mis hijos se acercaban—. Vamos a recoger uvas. Después de cenar, tengo que ir al pueblo. Voy a recoger un vestido de novia.

Las cejas de Manuel casi se juntaron con la línea de su cuero cabelludo. Sería cómico si no estuviera de tan mal humor.

—¿Mandaste a hacer un vestido de novia?

—Sí. Y me llevaré el anillo de boda de mi madre.

—Lo siento, *Papà* —dijeron Enzo y Amadeo al mismo tiempo—. Estábamos jugando *Call of Duty* y no podíamos morir.

—Ah, *Dio mio* —murmuré—. Más vale que no muramos en la vida real—. Ladeé la barbilla hacia las cestas que nos esperaban, haciendo una señal para que las levantaran—. *Allora*, es hora de iniciar esto. Que gane el mejor.

Durante las tres horas siguientes, corrimos para llenar nuestras canastas con tantas uvas como pudimos. Por primera vez en décadas, ni mi mente ni mi corazón estaban en ello.

En cambio, mis pensamientos estaban en Rusia con la joven a la que le gustaba exasperarme.

DIECIOCHO

ISLA



Illias Konstantin era el *Pakhan*. Mi hermano era un criminal. Esto último no me sorprendió, pero lo primero sí. Illias no solo estaba metido en asuntos turbios, sino que los dirigía.

Y aun así mi amor por él no flaqueó. Resultó que quizá tampoco era una buena persona, porque no me sacudió tanto como debería. Me refería a que, era un título. No era diferente a ser CEO de alguna gran corporación. ¿No era así?

Bueno, tal vez ligeramente diferente.

Y luego estaban los mensajes de mi *papi sexy* después de que Phoenix le enviara un vídeo mío y de mis amigas bailando y cantando como locas con *Truth Hurts*. Dio la casualidad de que esa letra encajaba perfectamente con nuestra situación. Fue un jódete final a *Papi* Enrico. Eso fue hacía dos días, y ahora tuve que bloquear su número. Porque la respuesta que recibí del hombre me había puesto cachonda y me había hecho estar más que dispuesta a entretenerlo con otra ronda de fantasías sexuales.

Enrico: Por tu insolencia, la próxima vez que te vea, tendrás mi polla y mi mano en tu culo al mismo tiempo.

Menos mal que no volvería a verlo.

Dejé escapar un suspiro frustrado y me centré en la situación del momento. Estaba en el despacho de Illias. Ya había revisado su cajón de los calcetines y la ropa interior, como me habían sugerido mis amigas. Allí no había nada que mereciera la pena, y me sentía sumamente incómoda revisando los bóxers de mi hermano.

Así que estaba de vuelta en su impoluto despacho. Reina afirmaba que tenía que haber un compartimento secreto en alguna parte, y que nadie mantenía su despacho tan impecable. Tenía que tener un lugar donde esconder las cosas importantes.

Reina: Todo hombre tiene compartimentos secretos. ¿Estás segura de que revisaste cada rincón?

Quitó el teléfono de la mesa y escribí un montón de emojis enfadados.

Yo: He revisado cada centímetro. Te lo estoy diciendo, no hay mierda aquí.

Mi teléfono volvió a zumbir. El mensaje de texto de Reina me devolvió la mirada.

Reina: Probablemente ha estado soñando tanto con su papi italiano que no puede concentrarse.

Otro zumbido. Siguió el mensaje risueño de Athena.

Athena: ¿Qué vas a hacer si prefieres a las mujeres de negocios antes que a las artistas?

El mensaje de Phoenix sonó.

Phoenix: ¿Quieres decir mujeres inteligentes? Todas somos inteligentes. Solo preferimos nuestro yo artístico.

Ya podía imaginarme cómo se morían de risa. Era el único inconveniente de enviar mensajes en grupo con tus mejores amigas. Todas se te echaban encima y luego te criticaban. Pero no lo cambiaría por nada.

No pude resistirme a responder.

Yo: Si le gustan las respuestas intelectuales, podría suplicarle al papi sexy, “¡Oh, mi patriarcal figura italiana, por favor, restringe mi flujo de aire!” Eso lo pondría cachondo.

Bueno, eso las motivó. Mi teléfono zumbaba como un despertador que no se podía apagar. Incluso tengo una grabación de voz de Athena cantando con su voz de soprano una letra inventada.

—*Mira este zorrito, zorrito. Mira este zorro plateado, papi ven. Necesito tu miembro duro.*
Me reí a carcajadas, contestando mientras su voz seguía sonando de fondo.

Yo: Este papi caliente no es plateado. Tiene mucho cabello grueso y oscuro.

Después de veinte mensajes sabelotodos y GIF tontos, envié otro mensaje. Realmente tenían que dejar de actuar tan inmaduras.

Yo: Olvidemos al maldito papi patriarcal y centrémonos en la tarea que tenemos entre manos. POR FAVOR.

La respuesta de Phoenix fue instantánea.

Phoenix: Señoritas, no seamos malas con Isla. Necesita inspiración y un poco de polla.

Bip. Bip. Bip. Más mensajes entrando. Emojis riendo. Emojis de ojos en blanco.

Yo: Están actuando como malditas adolescentes cachondas.

Reina: Maldita sea. Era más divertido entonces.

Raven: Tu trasero artístico no sabe fisgonear. Será mejor que lo dejes. Concentremos nuestra energía en el papi italiano.

Fruncí el ceño. ¿Qué tenía eso que ver?

Yo: ¿Quién demonios eres? ¿Una mujer de negocios con un pincel? Y que se joda el maldito papi italiano.

Phoenix: Ahora estamos hablando. Dámelo, papi.

Me quedé con la boca abierta. Eso, viniendo de Phoenix, era inaudito. Tal vez estaba muy cachonda.

Athena no ayudó con su siguiente mensaje.

Athena: Anótame de una maldita vez. Le daré un poco a Papi Marchetti.

No estaría completo sin el comentario sabelotodo de Raven.

Raven: Sí, le darás un maldito ataque al corazón.

Dios, a veces se comportaban como adolescentes inmaduras.

Yo: Están actuando como putas cachondas.

Bueno, eso puso los emojis en marcha. Berenjenas. Plátanos. Donas (no tenía ni una maldita idea de lo que significaba). Diablo sonriente. Melocotones (sabía lo que eso significaba).

Otro zumbido indicando otro mensaje, y me planteé seriamente silenciar el *chat*. Pero era un mensaje de Reina.

Reina: Olvídate de estas zorras, Isla. Pongámonos serias y concentrémonos. Todo hombre tiene un compartimento secreto donde esconde sus cosas. Arrástrate bajo el escritorio y revisa cada superficie.

Así fue como me encontré de rodillas debajo del estúpido escritorio de mi hermano, recorriendo con los dedos todos los rincones. Hasta que sentí algo. Mi corazón se aceleró. «*Esto podría ser*», pensé.

Presioné suavemente contra la ligera hendidura y se abrió un compartimento con un ligero *bzzzz*.

Tomé mi teléfono y escribí un mensaje de respuesta.

Yo: ¡Lo encontré!

Mi móvil vibró contra el suelo de madera cuando empezaron a llegarme mensajes, pero los ignoré todos. Me temblaban los dedos cuando saqué la carpeta pulcramente guardada, sospechosamente delgada, y la abrí.

Era un certificado de nacimiento. De Louisa Maria Cortes. Arrugué las cejas. ¿Podría ser...?

Se me escapó un jadeo agudo. ¿Podría ser esta el acta de nacimiento de mi madre? Mis ojos hojearon el documento, memorizando nombres. Kian Perez Cortes, padre. Maria Cortes. Murmuré sus nombres, probándolos en mi lengua. Tendría que buscarlos. Entonces me acordé. Mi teléfono. Fue entonces, incluso en mi estado de agotamiento, cuando se me ocurrió tomarle una foto. Capturé unas cuantas y lo volví a dejar donde estaba.

Recorrí con los dedos el compartimento secreto, esperando encontrar algo más. Otro documento.

—¡Ahí está! —exclamé a la habitación vacía, sintiendo otro documento bajo las yemas de

mis dedos.

Lo saqué y contuve la respiración mientras leía los nombres. Era mi acta de nacimiento. Isla Louisa Cortes Konstantin, nacida de Louisa Maria Cortes y Sergei Illias Konstantin. Ni siquiera era Isla Evans, pero a estas alturas no me sorprendía.

El corazón me retumbaba mientras miraba los documentos, preguntándome por qué Illias me ocultaría algo tan importante. Tenía que haber una razón; la gente no guardaba secretos porque sí. La inquietud revivió en mi corazón, pero me negué a dejar que me detuviera. Tendría que descubrir quién era mi madre. ¡Quién era esta gente! Tenía derecho a saberlo.

Esperando más respuestas, comprobé el compartimento secreto. No había nada más allí.

Empecé a abrir de nuevo los cajones uno por uno, buscando allí compartimentos secretos. Pasaron tres horas revisando todos los archivadores y cajones.

Nada. *Zilch*.

La frustración bullía en mi interior.

Era como si Illias supiera que iba a husmear y hubiera vaciado su escritorio. Apenas había algo. No sabía mucho de llevar un negocio, no obstante, habría esperado que en su despacho hubiera al menos algún papel importante.

En su lugar, todo lo que encontré fue una mierda sin papel. Un disco duro que no podía piratear. Una computadora portátil que no podía desbloquear.

A la mierda con ser sin papel. Necesitaba pruebas en un maldito trozo de papel. Yo era chapada a la antigua.

Mi teléfono volvió a sonar y recordé el *chat* de grupo. Mierda. Me metí debajo del escritorio para agarrarlo y sacudí la cabeza con incredulidad. ¡Ciento cincuenta mensajes!

Claramente mis amigas necesitaban vidas.

Unas voces resonaron en el castillo y me quedé helada. Todos los guardias que estaban aquí se habían mantenido en el exterior.

—Llegarán pronto. —Escuché decir a Boris.

Me tensé.

Por un momento, incluso dejé de respirar. ¡Maldición! Dondequiera que estuviera Boris, estaba mi hermano. Eso me puso en movimiento. Me temblaban los dedos mientras me apresuraba a dejar todo como estaba. Volví a meter la delgada carpeta en su compartimento secreto y luego me apresuré a averiguar cómo cerrarla.

—Vamos —susurré, pasando la mano por la superficie en busca del estúpido botón. El corazón me latía con tanta fuerza que no podía escuchar nada más aparte de la adrenalina que me zumbaba en mis oídos.

Seguí deslizando el dedo por la zona hasta que volví a sentir la pequeña hendidura. La presioné y un zumbido eléctrico llenó el aire. Sonó como un maldito terremoto en el silencio de la oficina. Miré hacia la puerta, conteniendo la respiración.

Clic. El compartimento se cerró y un suave silbido de aire abandonó mis pulmones.

Agarré mi teléfono y lo guardé en el bolsillo trasero de mis *jeans*. Dejé que mis ojos recorrieran la habitación una última vez para asegurarme de que no hubiera pruebas de que había estado aquí. Me acerqué de puntillas a la puerta y apreté el oído contra ella. No escuché nada. Ni pasos. Ni voces.

Llevé la mano al picaporte, contuve la respiración mientras la empujaba hacia abajo y esperé. No ocurrió nada. Me asomé por la pequeña rendija de la puerta y, al ver que no había moros en la costa, la atravesé y la cerré suavemente tras de mí.

Corrí por los pasillos hasta la entrada de la casa, donde me detuve en seco. Mi hermano

estaba en la puerta, en sus brazos, al estilo nupcial, había a una mujer de cabello rubio que llevaba un abrigo de hombre. Echó la cabeza hacia atrás para admirar los mosaicos pintados en nuestros techos, su mirada estudiando con curiosidad nuestra casa.

—Los techos abovedados no le piden nada a esto. —La escuché decir asombrada, pero lo único que podía ver era a mi hermano observando a la mujer que tenía en brazos con un gesto vulnerable en sus ojos que no recordaba haber contemplado nunca. Había tal anhelo salvaje en su mirada que, por un momento, fui incapaz de apartar la vista.

¡Mierda!

Mi hermano estaba locamente enamorado. No había duda. Estaba más claro que el agua.

Chillé tan fuerte que rompí el aire y sobresalté a mi hermano y a su mujer. Mis ojos se movieron entre ellos, fijándose sobre todo en la rubia, curiosa por saber cómo lo había embelesado tanto.

—Isla, ¿qué haces aquí? —La sorpresa era evidente en la voz de mi hermano mientras me estudiaba con las cejas fruncidas. Noté que nunca bajó a la mujer—. Creía que estabas en París, asistiendo al desfile de modas de tu amiga.

Mis mejillas se sonrojaron al recordar lo ocurrido la noche del desfile. No importaba que hubieran pasado unas semanas, los recuerdos seguían frescos.

—Eso fue la semana pasada —repliqué. O unas semanas antes. No importaba, a Illias le daría igual. Era una pequeña mentira piadosa. A pesar de que Illias era dueño de muchos centros comerciales, no mostraba ningún interés por la moda, así que no podría saber que estaba mintiendo un poco. Mis ojos se desviaron hacia la belleza rubia que tenía en sus brazos. La marcada diferencia entre ellos era evidente. La palidez de su melena y sus ojos azules contrastaba con el cabello oscuro y los ojos aún más oscuros de mi hermano—. Si quieres que me vaya, puedo hacerlo —bromeé.

Con mi hermano de vuelta, sería difícil husmear. No es que hubiera tenido mucho éxito hasta ahora. Excepto por el certificado de nacimiento que posiblemente pertenecía a mi madre... y el mío.

La mirada de mi hermano se suavizó hacia mí, y no pude evitar que se me escapara una cálida sonrisa. Illias siempre fue el hermano más serio. Maxim e Illias eran gemelos, pero aparte de su aspecto, no tenían más nada en común. Illias siempre fue el más fuerte. Cuidaba de Maxim, y cuando llegué, cuidó de mí.

Una ligera punzada en el pecho me hizo vibrar. No me gustaba pensar en el pasado. Así mantenía a raya mi tristeza. Pero extrañaba a Maxim. Mucho. Aunque en los últimos años sentí como si ya se hubiera ido. Cuando Maxim perdió al amor de su vida, se había alejado. Eso me empujó más cerca de Illias, dependiendo de él aún más. Después de todo, era una adolescente. Sin embargo, ahora me preguntaba si tal vez deberíamos haber prestado más atención a Maxim.

Los ojos de Illias se entrecerraron en la mujer.

—¿Adónde vas?

Mis cejas se alzaron hasta la línea del cabello. ¿Estaba gruñendo?

—¡Bájame! —exigió, observándolo fijamente. Ahogué una risita. Parecía que no iba a aguantar la mierda de Illias.

—No.

—Estamos dentro. Ya puedo caminar. —Mis ojos se desviaron hacia sus pies y me di cuenta de que no llevaba zapatos y, por lo que parecía, llevaba puesto el abrigo de mi hermano.

Illias, como de costumbre, la ignoró y volvió a centrar su atención en mí.

—Isla, te presento a Tatiana. Mi esposa. —Mis ojos se abrieron de golpe.

—Dios mío —solté—. Me alegro mucho por ti, hermano. ¿Cuándo te casaste? ¿Dónde? —Entonces entrecerré los ojos—. ¿Por qué no fui invitada?

—Nos casamos justo antes de que despegara mi avión. —La explicación de mi hermano no tenía sentido—. Te habría invitado, pero fue una emergencia.

Me invadió la decepción.

—Podría haberlo dejado todo e ir a verte. —Mi voz se quebró por el dolor; no pude evitarlo. Era toda la familia que tenía y, por alguna razón, no me gustaba que me dejara de lado.

Mi hermano me dio un abrazo de oso, lo que resultó un poco incómodo porque se negaba a soltar a su nueva esposa. *Tatiana*. Me gustaba el nombre.

—No te preocupes —pronunció ella, intentando suavizar el golpe—. En cierto modo me secuestró y luego me obligó a casarme con él, así que realmente fue una emergencia.

Parpadeé confundida mientras sonreía con suficiencia. Mi hermano se limitó a gemir.

—¿La secuestraste? —siseé, el pánico retorciéndose dentro de mí—. *Oh*, Dios mío, vamos a ir a la cárcel. —Jesucristo, ¿por qué no se había asustado Tatiana? Entorné los ojos hacia mi hermano y le dirigí una mirada de disculpa a mi nueva cuñada—. Lo siento mucho. Aún podemos arreglarlo. Illias no lo hizo en serio. —Observé fijamente a mi hermano—. ¿Será porque eres tan... tan... hermosa?

Agitó la mano con indiferencia, aparentemente divertida por mi reacción, como si no fuera más que un pequeño inconveniente. Quizás el mundo se había vuelto loco. Después de todo, había empezado a parecerlo con aquella mujer enloquecida y acosadora.

—No te preocupes por eso. Mi hermano secuestró a Branka el verano pasado. En medio de su camino hacia el altar para casarse con otra persona. —Las cejas se me levantaron hasta el cuero cabelludo. ¿Quién demonios era Branka?—. Pasa más a menudo de lo que crees.

¿Eh?

O bien mi hermano se había casado con una loca, o había algo muy grave a punto de estallar. Se hizo un silencio incómodo mientras mis ojos se movían de un lado a otro. Ella no parecía preocupada en absoluto, mientras que mi hermano parecía ligeramente molesto por la explicación de su nueva esposa.

De acuerdo, quizás había algunas cosas que podía aprender de Tatiana, empezando por cómo meterme así en la piel de mi hermano. Y aún más importante, ¿en qué estaba metido mi hermano exactamente? Estaba claro que secuestrar a una mujer era pan comido para él.

Las palabras de Reina acudieron a mi mente. Illias Konstantin era el *Pakhan*. El jefe de la mafia rusa. Estudié a mi hermano y vi lo que había estado ahí todo el tiempo. La oscuridad. La crueldad. Pero también había una feroz protección. Y todo me recordó a otro hombre.

Enrico Marchetti.

—Encantada de conocerte —añadió Tatiana, sonriendo cálidamente—. Espero que no te vayas porque esté aquí. Odio estar atrapada en Rusia en invierno.

Bueno, al menos teníamos una cosa en común.

Illias me dio un beso en la mejilla antes de que su esposa pudiera decir nada más.

—Hablaremos contigo mañana, *Sestra*. —Tenía tantas preguntas. ¿Cómo podía salirse con la suya secuestrando a una mujer? ¿Y por qué a ella le parecía tan... bien? Abrí la boca, pero antes de que pudiera pronunciar una sola sílaba, me cortó—. Mañana —repitió.

Miré a Tatiana y sonrió con picardía.

—Mañana. —Gesticuló con la boca.

—*Um, oh...* de acuerdo.

Permanecí pegada a mi sitio, viéndolos desaparecer escaleras arriba, en dirección al ala de

Illias de la casa.

Y todo el tiempo no podía evitar la sensación de que las cosas estaban a punto de desenredarse. Quedaba por ver si para bien o para mal.

DIECINUEVE

ISLA



El olor a panecillos recién horneados llenaba el aire.

Nuestra casa estaba tranquila, la temprana hora y la fría mañana mantenían a la mayoría de los guardias en sus respectivas casetas alrededor del perímetro o en la cocina. Eso me dejaba sola para recorrer los pasillos bordeados de retratos con los fantasmas del pasado de este castillo.

Por todas partes colgaban cuadros de valor incalculable. Obras de Aivazovsky, Repi, Malevich, Miguel Ángel, Monet, Da Vinci.

Y luego estaba el retrato familiar. La familiar punzada en mi pecho palpitaba.

Como siempre, me detuve junto a aquel marco de diez por diez, probablemente pintado por alguien famoso. Era la familia Konstantin original. Mi padre con su esposa, y mis hermanos. Illias y Maxim.

Había algo en ello que siempre despertaba resentimiento. No hacia mis hermanos, sino hacia mi padre y mi madre. Illias decía que cuando su madre murió, padre se perdió a sí mismo y no pudo encontrar el camino de vuelta a la normalidad. Cuando le preguntaba sobre mi madre, se callaba por completo.

Sacudiendo la cabeza, bajé las escaleras. En cuanto pisé el último escalón, escuché sonar el teléfono de mi hermano desde el estudio. Mi hermano era un adicto al trabajo.

—¿Hola?

—Konstantin. —Un escalofrío recorrió mi espina dorsal mientras me acercaba sigilosamente al umbral, tratando de encontrarle sentido a lo que esto significaba y a la voz familiar—. He oído que por fin te has casado. Enhorabuena —dijo la voz. Mi hermano debía de tenerlo en altavoz, porque podía escucharlo con claridad.

—Tengo la sensación de que no me has llamado para felicitar me por mi boda, Marchetti.

Lo sabía. Era Enrico. ¿Pero cómo se conocían él y mi hermano?

Miré a mi alrededor y me aseguré de que ninguno de los hombres de Illias merodeaba por allí antes de pegar la oreja a la fría puerta de madera. No quería perderme ni una sola palabra.

—Tienes razón —declaró, con voz profunda y fría. Indiferente—. Sinceramente, me sorprende que hayas tardado tanto en casarte con la mujer. Ya debes tenerla dispuesta. ¿No?

Illias se burló.

—Si este es el motivo de tu llamada, colgaré.

La risita de Enrico sonó por el altavoz.

—Lo dudo. Sobre todo, cuando escuches lo que tengo que decir.

—¿Qué es eso?

Pasó un latido antes de que llegara una respuesta.

—Conozco a tu hermana.

La sangre se aceleró por mis venas. Dios mío, si Enrico le hablaba a mi hermano de nosotros, me moriría de vergüenza. Podía sentir mis mejillas ardiendo mientras imágenes de nosotros dos pasaban por mi mente. Enrico de rodillas, comiéndome. Yo de rodillas mientras me penetraba con tanta fuerza que creí haber muerto y haber ido al cielo.

Sacudí ligeramente la cabeza, ahuyentando los recuerdos. Necesitaba oír adónde me llevaba esto, no recordar aquellas imágenes eróticas.

—No sé de qué demonios estás hablando. —La voz de Illias era letalmente tranquila, aunque el trasfondo de la amenaza era inconfundible.

—¿En serio? ¿Así que Isla Evans es quién? ¿Tu protegida? —Escuchar mi nombre viniendo de él hizo que mi corazón se acelerara. Excepto que no estaba segura de si era de rabia o de excitación—. Dejémonos de juegos, ¿está bien? —Detecté una pizca de fastidio—. Es tu hermana. Ella misma me lo dijo.

Un gruñido vibró en la habitación.

—¿Has estado hablando con mi hermana?

—Se podría decir que sí. Nos hemos acercado bastante —respondió Enrico con frialdad. Me ardían las puntas de las orejas al saber exactamente lo cerca que había estado de mí. Jesucristo, se había metido tan dentro de mí que no sabía dónde empezaba él y dónde acababa yo.

—Mantente alejado de Isla. —La voz de mi hermano tronó, y casi pude sentir que todo el castillo temblaba con su amenaza—. Será mejor que no la metas en esta mierda, Marchetti, o juro por Dios... juro por Dios que haré arder esta alianza que tenemos, y te encontrarás en guerra no solo con Sofia Volkov, sino también conmigo.

Arrugué las cejas. ¿Quién demonios era Sofia Volkov?

—No tengo ningún deseo de guerra, Konstantin —declaró Enrico—. De hecho, estaba pensando en una alianza más formal entre tu familia y la mía.

Hubo un momento de silencio mientras contemplaba el significado de las palabras de Enrico. No tenían sentido. ¿Qué alianza? Estaba cada vez más confundida.

—Elabora, Marchetti.

Bien, al menos no era la única.

—Un matrimonio entre tu hermana y yo —informó Enrico. Espera, espera. ¿Qué? Sus palabras me hicieron tambalear. Me quedé mirando la puerta de caoba, deseando que me explicara lo que acababa de escuchar. El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras las palabras sonaban una y otra vez en mi cabeza.

—¡Estás completamente loco! —bramó Illias—. Ella tiene la mitad de tu edad, y no olvidemos el hecho de que todas las malditas mujeres que se casan con un Marchetti acaban muertas. Tu familia está maldita.

Enrico se rio en la otra línea.

—No te tomé por un hombre supersticioso.

—No lo soy, pero maldición si voy a arriesgar a mi hermana para probarlo.

—¿Y si está embarazada de mi hijo?

Oh, no lo hizo. No. Lo. hizo.

Sin embargo, lo escuché con mis propios oídos. Le dio a mi hermano la idea muy clara de que se había acostado conmigo. Este desgraciado estaba jugando a algo. *¡Y no olvidemos a su*

esposa!

Me enfurecí. El corazón me retumbaba en los oídos y tuve que contenerme para no atravesar la puerta y gritarles a los dos hombres. Era imposible que estuviera embarazada. En primer lugar, tomaba anticonceptivos. En segundo lugar, acababa de tener mi menstruación. En tercer lugar, los mataría a los dos antes de que me obligaran a casarme.

Así que muchas gracias, señor Marchetti, y tenga la amabilidad de irse a la mierda. No recibirá ningún bebé de mí.

—No quiero ni saber qué has querido decir con ese comentario —reviró Illias—. Sin embargo, puedes apostar tu trasero italiano a que te mataré con mis propias manos la próxima vez que te vea.

—Eres un hombre estratégico, Konstantin. —Claramente, Enrico estaba acostumbrado al temperamento de mi hermano porque no se acobardó—. Conozco su legado. Su legado *materno*. —Me quedé helada. ¿Sabía algo de mi madre?

Las palabras de su esposa muerta, o no muerta, se agolparon en mi mente. Si mi madre trabajaba en uno de los burdeles de Marchetti, tenía que ser por eso por lo que él lo sabía.

Entonces me asaltó un pensamiento. ¿Y si...?

No, Illias nunca lo habría permitido. Si mi madre estuviera viva, nunca habría permitido que nadie la retuviera en el burdel. No me mentiría diciéndome que estaba muerta. Pero, aun así, el pensamiento permanecía. ¿O era esperanza? No, sería cruel desearle eso a mi mamá. Mi hermano no mentiría sobre algo tan importante. No me habría quitado a mi progenitora, especialmente conociendo el dolor. Él y Maxim perdieron a su madre cuando eran muy jóvenes también.

Se me puso la piel de gallina y tuve que luchar contra un escalofrío.

—Dejaré que mi hermana decida por sí misma si quiere casarse con un viejo como tú. —Tuve que reprimir una burla. No sabía la edad exacta de Enrico, pero apostaba a que él y mi hermano tenían edades cercanas. Así que, básicamente, Illias se estaba llamando a sí mismo viejo.

—Déjamela a mí. —Me reí suavemente. «Sí, *déjamelo a mí, hermano*», pensé. Estaba deseando cortarles las pelotas a ese hombre—. Parece que se están haciendo arreglos matrimoniales por todas partes, y eso nos hará a todos aliados más fuertes.

Puse los ojos en blanco. Nunca había oído a nadie hablar del matrimonio en términos tan poco atractivos, aparte de... bueno, la familia Romero.

—¿Quién más está organizando un matrimonio? —preguntó Illias.

—Dante Leone con Reina Romero. Su padre quiere ponerla a ella y a su hermana bajo la protección de los Leone y la alianza matrimonial se lo permitirá. —Mis cejas se fruncieron. Esto era cada vez más confuso. ¿Por qué hablarían Enrico y mi hermano de Reina? ¿Por qué les iba a importar?—. Fortalecerá la posición de los Leone en Italia.

—Isla no se casará contigo, así que mejor olvídate de esa idea. —El tono seco de mi hermano atravesó la puerta—. Pero si dejas que se celebre la boda de Reina y Dante, causará problemas mayores que una posición en Italia. Derribará la *Omertà*.

Jadeé, con los ojos muy abiertos. Deseé poder asomarme en la habitación y ver la cara de mi hermano. Juzgar por su expresión qué demonios estaba pasando. Escuché susurros de esa organización por parte de Reina y no había dicho nada bueno de ella.

Se oyó un ruido en el piso de arriba y al levantar la vista descubrí a mi nueva cuñada bajando las escaleras. Me alejé a trompicones de la puerta y corrí rápidamente al pasillo lateral, refugiándome en la pequeña alcoba.

Llevándome la mano al pecho, donde el corazón me latía desbocado, me asomé por la

esquina y vi a Tatiana dirigirse a la puerta donde estaba. Contuve la respiración, esperando a que entrara en el despacho de mi hermano para poder volver a mi puesto y escuchar a escondidas. La vi pegar la oreja a la puerta y, para mi decepción, hacer exactamente lo que había estado haciendo hacía unos instantes.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Quería saber de qué estaban hablando. ¿Sería raro que me acercara y ocupara el lugar junto a ella? Suspiré. No podía arriesgarme a que le dijera algo a mi hermano. Así que tomé la escalera secreta que me llevó al primer piso. Pisé fuerte unas cuantas veces y luego volví a bajar por donde había venido, encontrando a mi cuñada a varios metros del despacho de Illias.

—Hola, Tatiana —la saludé alegremente cuando se dio la vuelta y me miró. Tuve que morderme el interior de la mejilla para mantener la compostura. No tenía ni idea de que yo había estado haciendo exactamente lo mismo justo antes—. ¿Estás buscando el comedor?

Mantuve mi voz inocente, pero a juzgar por la expresión de su cara, debió de oír algo que no le gustó. Parecía furiosa.

—En realidad, estaba pensando en dar una vuelta. —Forzó una sonrisa e incluso llegó a abrir los puños—. Tal vez recoger algo de la panadería cercana. ¿Quieres venir?

La estudié. Seguro que olía a panecillos en el aire, pero entonces no estaría de más conocerla un poco mejor.

—Claro.

—Dirige el camino al garaje, entonces —anunció.

¿Por qué sentía que quería huir?

VEINTE

ENRICO



—¿Y estás seguro de que rastreaste la señal hasta mi casa?

Estaba en mi casa de Italia con Manuel y Kingston. Mis hijos estaban a salvo en la habitación de seguridad, tenía una de esas en cada casa que poseía, mientras evaluábamos si la amenaza estaba aquí. O mejor aún, la señal. Mis hombres estaban registrando todos los rincones de la casa, excluidos los sótanos, ya que nadie más que Manuel y yo los conocíamos y no queríamos que nadie más se enterara de ese secreto en particular, mientras nosotros comprobábamos los dispositivos electrónicos de mi despacho.

—Sí, Marchetti —respondió secamente Kingston.

—Ignora a mi *Nipote*. Está malhumorado porque la dama lo evadió por segunda vez y ahora se esconde en Rusia.

—¡No se esconde! —espeté, entrecerrando los ojos a ambos—. ¿Quieren ser asesinados por su capo?

—Adelante. —Kingston no se alteró mucho.

—No lo tientes, Kingston, o podría dispararnos. —Manuel se estaba divirtiendo demasiado con esto—. Desafortunadamente, este sobrino mío es un excelente tirador.

—Bueno, puedes dispararnos. —Kingston no parecía regañado en lo más mínimo—. O puedes confiar en mí. Aunque, si quieres una segunda opinión, adelante. No herirás mis sentimientos.

Los tres estábamos en mi despacho. Las cortinas de las grandes ventanas francesas estaban abiertas, gracias a que todas las ventanas de mi *castello* eran a prueba de balas. El jardín de limoneros enanos, viñedos y vistas al mar Tirreno se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Era el único sitio donde me sentía en paz, mi lugar favorito del mundo.

Ahora mismo, sin embargo, era imposible encontrar la paz.

Fui a la licorera. Manuel se sentó en uno de los sillones mientras Kingston tecleaba en su *laptop*. Me serví un vaso de *bourbon*, golpeé con fuerza la botella sobre la bandeja y fui a sentarme detrás de mi escritorio.

Respirando hondo y con calma, intenté mantener la cabeza fría. Pero entre Isla y el infiltrado que vigilaba mi propiedad, deslizando detalles de mis negocios a mis enemigos, sentía que no podía tomarme un respiro. Estos eran los rompecabezas que me molestaban, y necesitaba resolver ambos.

—Quizá deberíamos repasar de nuevo a los empleados —sugirió Manuel—. La mayoría de

los hombres han formado parte de la familia durante generaciones. Sus padres. Sus abuelos. Pero tal vez encontremos un punto débil.

Me presioné el puente de la nariz.

Se me revolvió el estómago. El hecho de que tardáramos tanto en dar con el traidor me decía que no era un soldado despistado o un imbécil descerebrado que hacía esto por dinero. Era algo más importante. Esto *tenía* que resolverse, sobre todo antes de traer a Isla ante mis hombres.

Dejar pasar esto y dejar a este traidor en la sombra podría poner en riesgo todo y a todos los que amaba.

—¿Cuántos hombres tienes en nómina? —preguntó Kingston.

Un soplo sardónico me abandonó.

—Miles. Esto llevará tiempo. —Y quería a Isla como mi esposa en cuanto pusiera un pie fuera de Rusia.

—No necesariamente —razonó Kingston—. Podemos eliminar fácilmente a los individuos que no vienen por aquí. Centrémonos solo en los que van y vienen de *Castello Del Mare*.

Le di vueltas a la cabeza. Una parte de mí quería empezar a torturar a cada uno de mis hombres hasta encontrar al culpable. Alguien estaba ayudando a Donatella y, por tanto, poniendo en peligro la vida de Isla. Fuera quien fuese, debía morir por ello. Amenazaban a toda mi familia: a mis hijos, a mi tío, a mis amigos, a Isla. Maldición si me sentaría a esperar.

—*Va bene* —agregué cuidadosamente—. Pero cualquiera de quien sospechemos debe ser llevado al ala de tortura.

Ya era hora de que volviera a utilizarse. El último hombre que esas paredes habían visto fue Luca DiMauro.

VEINTIUNO

ISLA



Habían pasado casi dos semanas desde que mi hermano trajo a Tatiana a nuestra casa rusa. Illias había desaparecido para ocuparse de unos *negocios*. Ahora que sabía que era el *Pakhan*, sus negocios urgentes tenían sentido. Así que nos dejaba tiempo a Tatiana y a mí para conocernos. Resultó que nos llevábamos muy bien... a pesar de cualquier disgusto que tenía con mi hermano. Las *alegrías* del matrimonio, supuse. Se comportaba como mi hermana, y a veces incluso como mi madre.

Aún no había decidido si me agradaba o no.

En cualquier caso, me alegré por la compañía. Volví a revisar el despacho de mi hermano y no encontré ninguna pista nueva. Busqué en Google el nombre que había encontrado en mi acta de nacimiento, aunque no encontré nada. Ni un solo rastro.

Al menos el castillo ya no era aburrido con Tatiana cerca. La vida se había convertido en una extraña versión del caos. Primero, nos atacaron dos guardias impostores en el garaje. Ella me salvó, me *salvó* la vida, maldición, empujándome al suelo. Luego, un simple *disparo* de la pistola de mi hermano, y todo había terminado. A Tatiana no pareció afectarle en absoluto. Actuó como una perra ruda.

Y todo el tiempo las palabras de Reina resonaban en mis oídos. Mi hermano era el *Pakhan*. En verdad, por fin tenía sentido. Sin embargo, no le dije nada a Illias. No es que estuviera mucho por aquí. Vino, voló con urgencia. Dos semanas de caos con mi cuñada y de conocernos en Rusia, solo para que fingiera mi secuestro y el viaje nos devolviera a París. Ahora era la cuñada de la presunta secuestrada Tatiana... qué trabalenguas.

Sin embargo, necesitaba un favor para descubrir sus propios secretos en relación con su difunto esposo y, al parecer, Enrico Marchetti tenía esa información. Y me salvó la vida, así que aquí estábamos. En un pequeño hotel encantador, aunque tenía un apartamento perfectamente bueno, las dos metidas en una camita.

El Hotel Marignan Champs-Élysées era romántico. Demasiado romántico para compartir habitación.

Giré la cabeza y encontré a Tatiana profundamente dormida. Aunque apenas era noviembre, las luces de Navidad brillaban a través de las ventanas de la Ciudad del Amor, proyectando destellos sobre su cabello rubio. La mujer parecía un ángel cuando dormía. Mientras que yo, con mi cabello rojo, parecía una versión femenina del diablo parada sobre su hombro opuesto. Probablemente podía engañar a la mayoría de la gente, aunque la había visto en acción. Las

apariencias engañaban.

Volviendo mi atención al techo oscuro, me quedé observándolo, incapaz de dormir. Estaba perturbada. Preocupada. Después de escuchar la conversación entre mi hermano y Enrico hacía dos semanas, me preguntaba qué pretendía Enrico. No obstante, si pensaba que lo aceptaría sin más, estaba muy equivocado.

Y luego estaba toda la revelación de que mi hermano y Enrico se conocían, y que mi hermano era aparentemente el *Pakhan*, también conocido como un criminal malvado involucrado en un montón de mierda ilegal. Yo solo tenía un asesinato en mi pasado, pero según Google, los jefes de organizaciones criminales tenían muchos.

¿Qué secretos guardaba mi hermano exactamente? Quizás en vez de intentar averiguarlo, debería dejarlo guardar los suyos para poder enterrar los míos. Bueno, los de mis amigas y los míos. Era muy probable que, si Illias conocía a la familia Marchetti, también conociera a los demás.

Me pasé un mechón de cabello rizado por detrás de la oreja, con los dedos temblando ligeramente. Si Illias se enteraba de lo que habíamos hecho para ayudar a Reina, temía que estallara de furia. Habría una erupción volcánica sin posibilidad de detenerla. Aunque de una cosa estaba segura, Tatiana encontraría la manera de enfriar el temperamento de mi hermano.

No quería ni imaginarme cómo lo calmaría, la verdad. Solté una risita, girándome hacia un lado y mirando las luces parpadeantes de París. La Ciudad del Amor, y siempre parecía encontrarme en hoteles encantadores con amigas.

Agarré el teléfono de la mesita de noche y empecé a escribir un mensaje. Después de todo, no podíamos presentarnos en casa de Enrico y entrar disparando. Tatiana llevaría un arma, pero habíamos acordado que estaría vacía.

Yo: Hola, soy Isla. ¿Puedo verte mañana por la mañana?

En cuanto pulsé enviar, gruñí. «*Debería haberlo hecho más temprano; era más de medianoche*». Me abofeteé mentalmente. ¿Quién enviaba mensajes a mafiosos misteriosos a medianoche? Liges inseguras y necesitadas que querían otra noche de sexo.

El pitido de mi teléfono interrumpió mi monólogo interior.

Enrico: ¿Por qué?

De acuerdo, esa respuesta fue un poco corta y al grano.

Yo: ¿Solo porque sí?

Enrico: Tu último mensaje decía que habías terminado. ¿Debería citarte lo que dijiste?

Por el amor de Dios. Se suponía que los hombres no guardaban rencor.

Enrico: Había filas y filas de dedos del medio.

Yo: No he terminado con tu polla. Podríamos empezar esta noche con algo de sexo telefónico. ¿Alguna vez lo has hecho, viejo?

«¡Dios mío, Isla! ¿Qué estás haciendo?». El plan no era enemistarme con él. Ni tener sexo telefónico mientras Tatiana dormía como una muerta a mi lado.

Mi teléfono sonó antes de que pudiera respirar. Miré el identificador de llamadas. Enrico.

Bueno, al menos sabía lo que funcionaba con él. Así que tendría que usar mi cuerpo para

hacernos entrar mañana.

—¿Hola? —susurré. Mi voz sonó demasiado entrecortada para mi gusto.

—Estás buscando problemas, ¿verdad, *Dolcezza*?

Puse los ojos en blanco en la oscuridad.

—Nunca me he metido en problemas en mi vida. —Una maldita mentira. Reina, Phoenix y yo nos metíamos en líos todo el tiempo. Solo que nunca nos atrapaban—. Entonces, ¿por qué llamas?

—Esta *Piccolina* salvaje con melena pelirroja me ofreció sexo telefónico. Sería un tonto si lo rechazara.

Solté una risita suave, pero enseguida la ahogué.

—¿Qué significa *Piccolina*? —pregunté—. Tienes demasiados apodos italianos para mí.

—Pequeña. —Hizo una pausa antes de responder—. Con una gran y dulce personalidad.

Se me calentaron las mejillas. No podía decidir si era *sexy* o *cursi*. *Definitivamente sexy*.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí, manteniendo la voz baja.

Una risita oscura resonó en la línea.

—No quieres saberlo.

Dejé escapar un suspiro frustrado. ¿Por qué siempre daba por sentado que sabía lo que quería? Definitivamente no lo hacía.

—Sí quiero.

—Me estoy masturbando —gruñó. Mi respiración se entrecortó y la imagen de Enrico desnudo en la cama ardió en mi mente. Podía imaginarme su mano alrededor de aquel grueso miembro, empujando sus caderas. El deseo, crudo y carnal, me arañó las entrañas. No debería imaginármelo. No debería desearlo. Sin embargo, no podía parar.

—Quiero ver —suspiré, con la piel erizada de lujuria—. Podríamos hacer *FaceTime*.

Su respuesta no se hizo esperar.

—Solo si me dejas ver tu coño.

Oh Dios, debería decir que no. No debería pensar en él desnudo en la cama, con sus muslos gruesos y musculosos separados mientras se masturbaba.

—De acuerdo. —Me escuché contestar. No había nada de malo en *FaceTime*. No era como si pudiera tocarme, o pudiera tocarlo y sucumbir a esta atracción que crepitaba incluso a través de nuestros mensajes de texto.

Me levanté de la cama, entré en el pequeño cuarto de baño del hotel y cerré la puerta tras de mí. Pulsé el botón de llamada, el suave timbre se detuvo en seco cuando Enrico contestó casi al instante.

No tenía ni idea de dónde había colocado el teléfono, pero me ofrecía la vista más magnífica de su cuerpo desnudo. Estaba apoyado en los cojines de la cama y sus músculos lisos y rígidos eran una obra de arte. Apoyando los pies en el colchón, sus musculosas piernas se abrieron para ofrecerme una visión perfecta de su longitud. Trabajaba duro, flexionando las caderas y tensando los bíceps mientras se masturbaba.

—Eres tan hermoso —halagué, un suave suspiro escapando de mi garganta. Me lamí los labios, deseando poder saborearlo. Sentir su cuerpo duro contra el mío. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Mi centro se apretó, recordando la sensación de su miembro, cómo me estiraba mientras me llenaba. Era una suerte que no estuviéramos en la misma casa, o estaría tentada a seducirlo. O dejar que me sedujera.

Nuestros ojos se conectaron a través de la pequeña pantalla, la definición de sus abdominales hizo que mis muslos se estremecieran de deseo. Por Dios. Cuando se trataba de él, era una mujer

deseosa.

Sus movimientos se detuvieron.

—Tócate, *Dolcezza*. Sé que deseas mi polla.

—Lo hago —gemí—. Tanto que duele.

Apoyé el teléfono en el espejo, enganché los dedos en mis *shorts* y me los bajé por las piernas.

Su cuerpo se quedó inmóvil, toda su atención centrada en mis movimientos. Parecía contener la respiración.

—Súbete a ese mostrador detrás de ti —ordenó—. Quiero verte el coño. Quiero verte correrte al mismo tiempo que yo.

Su puño volvió a envolver su longitud y empezó a acariciarla lentamente de la raíz a la punta. Cada bombeo me hacía palpar por dentro. Estaba empapada... un desastre necesitado y jadeante.

Me subí a la encimera y, casi al instante, la superficie fría alivió mi piel acalorada. Abrí las piernas y deslicé los dedos entre ellas. Mi clítoris estaba hinchado y el roce de las yemas de mis dedos contra él me produjo un escalofrío.

Aspiró rápidamente, apretando con el puño la cabeza de su miembro.

—*Madonna*, eres tan *sexy* —continuó, moviéndose para apretarse las pelotas—. Un coño tan bonito, rosado y brillante. Todo mío. —Se sentía demasiado bien. Tan sucio. Tan erótico—. A mi *dolcezza* le gusta que la observen, ¿verdad?

Tenía los ojos clavados en mi centro mientras lo veía subir y bajar, los músculos de su antebrazo tensándose, trabajando.

—Sí, me gusta —gemí—. Pero solo por ti.

—*Madre di Dio*. —Jadeó, sus caderas golpeando hacia delante. Volví a frotarme el clítoris, mordiéndome el labio para no gemir.

—Te quiero dentro de mí —suspiré.

La expresión de Enrico se torció como si sintiera un dolor exquisito, y su mano aceleró el paso a lo largo de su erección.

—Separa los labios y muéstrame lo húmeda e hinchada que estás. —Deseosa por complacerlo, separé mis pliegues y lo dejé ver—. Pruébate. Imagina que mi boca está en tu clítoris, lamiéndote ese precioso coño. —Sumergí un dedo en mi humedad y me lo llevé a los labios, chupando la punta y limpiando la excitación.

—¡*Cazzo!* —bramó Enrico, con el cuerpo tenso.

Trabajé mi clítoris más rápido, dándole vueltas y frotándome al ritmo de él, con el placer al alcance de la mano. Gemí y aumenté la velocidad. No recordaba haberme excitado tanto antes. No obstante, mi clítoris ansiaba la fricción y me moví más deprisa, al ritmo de la mano de Enrico. Lo imaginé dentro de mí, su cuerpo pesando sobre mí.

—Se sentiría tan bien si te cogiera ahora mismo, ¿no? —Demonios, ese acento italiano sería mi muerte.

—Sí. —Jadeé, agarrando el mostrador con una mano mientras seguía masturbándome. Un cosquilleo floreció en la base de mi columna vertebral, creciendo y palpitando. Una oleada de placer se abalanzó sobre mí, pero antes quería ver cómo se deshacía. Su puño se cerró con fuerza sobre su pene y sus movimientos se volvieron rápidos y bruscos.

—*Cazzo*, Isla. Sé una buena chica y córrete por mí. —Mi nombre en sus labios fue mi perdición. El orgasmo se abalanzó con la fuerza de un huracán de categoría cinco.

Me corrí en mis dedos al mismo tiempo que gruesos chorros salían de su pene y se

deslizaban por sus abdominales.

Los dos jadeamos, con los músculos temblorosos y las miradas fijas mientras el placer crepitaba a través de la señal de vídeo como un cable en tensión.

—Tengo tantas ganas de probarte —admití en voz baja, con la respiración agitada.

—Mañana —prometió.

Tragué duro, sabiendo que después de mañana, probablemente cortaríamos todos los lazos. Porque lo traicionaría para ayudar a Tatiana.

—Mañana —repetí. Me bajé de la encimera y me puse los *shorts*. Al día siguiente acabaríamos con lo sea que esto fuera, y ese pensamiento fue deprimente—. Buenas noches.

—Buenas noches, *Piccolina*.

Nuestra llamada terminó, pero mi corazón seguía acelerado. Después de lavarme la cara con agua fría con la esperanza de refrescarme, me metí de nuevo en la cama.

Justo cuando dejaba el teléfono en la mesita de noche, volvió a vibrar.

Enrico: Te veo por la mañana. Ponte un vestido. Espero completamente ponerme de rodillas.

Un leve jadeo salió de mis labios. Dios, este hombre y las imágenes que podía pintar en mi cabeza. Era mejor que cualquier música que hubiera hecho. ¿Quizás era mi inspiración?

Enrico Marchetti.

Solo el nombre ya me hacía palpar el corazón. El hombre no era claramente la mejor opción para mí en muchos niveles. Demasiado viejo. Un mentiroso. Un infiel.

Lo único que me quedaba era saber que era un asesino, y estaba segura de que había encontrado un ganador. Y, sin embargo, aquí estaba, anhelándolo como el aire que respiraba.

Me di la vuelta y hundí la cara en la almohada. Necesitaba recuperar la cordura. Y dormir un poco para poder hacer mi papel al día siguiente.

Aparté de mi mente todos los pensamientos lujuriosos y me concentré en la suave música que se oía a lo lejos en esta ciudad que nunca descansaba, dejándome llevar por el suave brillo de la Torre Eiffel bajo la luna.

Observé a mi cuñada a través de mis pesados párpados mientras se ponía sus tacones Louboutin. Tatiana estaba bellísima con un vestido color *champagne* que le llegaba hasta los muslos. Lucía la espalda abierta con los cordones entrecruzados que la unían. No usaba maquillaje y llevaba el cabello recogido en una cola alta. Parecía una mujer con una misión.

Y yo... seguía mi instinto mientras luchaba contra la somnolencia. Y luego estaba mi melena que se negaba a ser domada.

Normalmente, era la *petite*, incluso entre mis amigas. Pero al lado de Tatiana, me sentía incluso más baja que mi metro setenta. Era estúpido, mas me sentía cohibida a su lado. Su seguridad y su altura la hacían destacar, y la parte insegura de mí casi se arrepentía de llevarla con Enrico.

Nunca se daría cuenta de que estoy a su lado.

Pero enseguida me reprimí por semejante mezquindad. En resumen, Enrico no importaba. No era de la familia. Mi hermano y Tatiana lo eran, y a la hora de la verdad, siempre elegiría mi familia.

La vi meter la mano en el bolso y sacar la pistola, comprobando el cargador en busca de la

inexistente munición. Era increíble lo cómoda que se sentía con las armas. La envidiaba.

—¿Estás tramando dominar el mundo? —murmuré, aún en la cama mientras ella parecía lista para salir.

Puso los ojos en blanco, aunque su suave sonrisa lo estropeó.

—No mientras estés en la cama.

—Tienes que relajarte. —Estaba ansiosa de respuestas, pero llegar a casa de Enrico a las seis de la mañana no abriría las puertas.

—Estoy relajada —respondió secamente. Era una mentira total—. ¿Te confirmó Marchetti? —Sonreí con suficiencia, recordando su respuesta.

Enrico: Espero completamente ponerme de rodillas.

Aquel hombre era insaciable cuando se trataba de sexo oral. No sabía si era normal o no, pero me encantaba. Aunque seguía enfadada por su idea de casarse conmigo. Si como no.

—¿Qué?

Debía de estar soñando despierta, porque Tatiana me miró con interés.

—Nada.

Sus hombros se tensaron.

—Entonces, ¿por qué esa mirada de suficiencia? —Dio dos pasos y apoyó las palmas de las manos en la cama, inclinándose sobre mí como una madre dispuesta a infligir un castigo. O un puñado de besos. Se me encogió el corazón. Nunca había experimentado esas cosas con mi madre... Me había perdido tanto—. Será mejor que me lo digas, o te haré cosquillas hasta la muerte.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, lo confirmé.

Entrecerró los suyos a su vez.

—No me estás diciendo algo.

—¿Qué? —Mi tono era demasiado defensivo. Después de todo, no tenía nada que ocultar. Excepto el increíble sexo que tuve con un hombre lleno de secretos—. No es que me cuentes todo.

En las últimas semanas nos habíamos hecho muy amigas. Me caía muy bien y estaba encantada de llamarla familia. Illias era un hermano-padre autoritario y protector, no obstante, Tatiana era el equilibrio perfecto entre cariño y problemas. Podía ver cómo nos haríamos amigas.

—Por tu propio bien.

Soplé haciendo un ruido con la boca en señal de frustración.

—Eso lo decido yo.

—¿Hablaste con él? —preguntó con suspicacia. Sus ojos se entrecerraron aún más y sentí que el calor me subía por las mejillas y que el rubor me traicionaba. Asentí sin decir palabra—. ¿Cuándo? —demandó saber.

—Dios, si fueras mi hermana, sería monja —musité—. No es un buen augurio si tienes una hija. —Su tía favorita la ayudaría. Pero me guardé esas palabras. No podía revelar todos mis planes sobre cómo me convertiría en la tía favorita de sus futuros hijos, ¿verdad?

La expresión de Tatiana se volvió soñadora. Estaba segura de que ya se imaginaba distintas formas de malcriar a sus hijos y matar a cualquiera que se les acercara, pero la sobriedad volvió a sus ojos demasiado pronto.

—¿Cuándo hablaste con él? —repitió.

—Anoche. —Maldije mi cabello rojo y mi piel pálida. Si no hubiera visto el acta de

nacimiento, habría supuesto que mi madre era de ascendencia irlandesa para haberme heredado semejante tez. O escocesa. Sin embargo, Cortes sonaba más español. Jesucristo, ojalá hubiera una forma de detener el rubor.

Los ojos de Tatiana se abrieron de par en par.

—*Oh*, Dios mío. —Realmente estaba llevando esto de cuidar a un nivel completamente nuevo—. Dios mío. ¿Tuviste... tuviste sexo telefónico con él? —Mi cuerpo se calentó—. ¿Mientras dormía? ¿En la cama a tu lado?

—Bueno, tenía que aliviar sus preocupaciones —repliqué—. Lo dejé con una nota diciendo que no quería volver a verlo. Y ahora, estoy pidiendo verlo. Así que...

—Así que jugaste con él —terminó por mí. Sonaba ligeramente impresionada—. ¿Segura que no somos parientes?

Solté una risita.

—Ahora sí. —Aunque, a decir verdad, ¿cómo demonios iba a saberlo? Tenía el nombre de mi madre, pero no tenía ni idea de dónde era. O quién era.

—Ve a arreglarte. Ponte bella, pero no puta. Un poco inocentemente hermosa. —Le puse los ojos en blanco—. Así cuando te *sostenga a punta de arma*, Marchetti soltará todos los secretos en su intento de salvarte.

Le dirigí una mirada dudosa. No estaba segura de que Enrico iría tan lejos como para salvarme.

—Podría sospechar.

—¿Por qué? —Me encogí de hombros.

—No es un hombre tonto.

—Bueno, *duh*. El hombre se esconde detrás de sus marcas de lujo y de alguna manera tiene tiempo para dirigir una gran parte del inframundo. No diría que es tonto. Pero es ciego cuando se trata de ti.

Se me salieron los ojos de las órbitas.

—¿Qué te hace decir eso?

Se encogió de hombros.

—Vi cómo te miraba en el vídeo del desfile de modas.

Se refería al vídeo del desfile de Reina. Lo compartí con ella la semana pasada, quería enseñarle a mis amigas y los diseños de Reina. Lo había visto enseguida entre la multitud, y ahora me sonrojaba de nuevo pensando en cómo me había mirado.

—Maldita sea, das miedo. —Salté de la cama—. Si tan solo te hubiéramos conocido... —Me corté y aparté los ojos de ella. Tenía miedo de que viera los secretos que escondía. Pero la verdad era que deseaba haberla conocido cuando necesitábamos ayuda para deshacernos del cadáver. Y del hombre.

Un escalofrío me recorrió la espalda. No me gustaba pensar en ello, y menos decir su nombre en voz alta. Por el bien de Reina. Por el bien de todas.

Me dirigía hacia el baño cuando la voz de mi cuñada me detuvo.

—¿Isla?

«*Por favor, no hagas preguntas. Por favor, no hagas preguntas*». El cántico sonaba una y otra vez en mi mente.

Miré por encima de mi hombro para encontrarme con sus ojos.

—¿*Hmmm*?

—Si alguna vez tienes problemas o necesitas algo —dijo suavemente, sosteniéndome la mirada—. Y me refiero en serio a cualquier cosa, siempre estoy aquí. Pase lo que pase.

Lo aterrador y asombroso era que estaba segura de que lo decía en serio.

Desaparecí en el baño, cerrando la puerta tras de mí. Era tan tentador decírselo. Pedirle ayuda. Enterramos el cadáver, sin embargo, la posibilidad de que lo descubrieran nos acechaba cada día.

—¿Tatiana?

—¿Sí? —Su voz apagada llegó a través de la puerta cerrada.

—Gracias.

—Quemaré el mundo por ti, *Sestra*.

Me jugaría la vida a que lo decía en serio. Literal y figuradamente. Sería una buena madre para mis sobrinas o sobrinos algún día.

Me ardía el fondo de los ojos. ¿Habría mi madre quemado el mundo por mí?

—Lo mismo digo. —Fue mi respuesta.

Y lo dije en serio.

Más tarde, esa misma mañana, estábamos frente a la enorme casa de Enrico, en el corazón de París. Estaba rodeada por una verja de hierro y tenía todo el aspecto del minicastillo que recordaba de la primera noche.

Tatiana estaba nerviosa. Yo también lo estaba, sobre todo después del sexo por *FaceTime* de la noche anterior. A la luz del día, mi plan no parecía tan inteligente. Pero no había marcha atrás. Sucedió. Fue caliente. Y seguiríamos adelante.

Además, ¿cómo iba a saber que el hombre me llamaría la atención por enviarle emojis de “jódete”? Tatiana asumió que lo tenía envuelto alrededor de mi dedo. Estaba muy equivocada.

—¿Esta es la casa? —indagó Tatiana, con tono incrédulo. Asentí con la cabeza—. ¿A quién pertenecía? ¿A Marie Antoinette?

Me encogí de hombros.

—Ni maldita idea. —La historia no era mi fuerte. De hecho, era un caso perdido en casi todo, excepto en música. Durante un tiempo, mis profesores pensaron que era tonta, aunque no se atrevían a decirle nada a mis hermanos.

Volví a repasar en mi cabeza el plan que habíamos discutido. Tatiana me pondría una pistola descargada en la espalda y amenazaría a Enrico para que hablara de su marido muerto. El plan parecía un poco tonto, teniendo en cuenta que Enrico y yo apenas nos conocíamos. Pero si todo lo demás fallaba, le ofrecería otra noche de sexo si le contaba a mi cuñada lo que necesitaba saber para seguir adelante.

No era un sacrificio horrible. El hombre era bueno en la cama, mis principios estaban distorsionados en este punto, y su esposa me jodió por última vez. Tal vez incluso conseguiría algo de información sobre mi propia madre. Un trato de dos por uno. ¡Buen plan!

Tatiana empezó a agitar las manos y a aflojar las piernas. Casi como si se preparara para un maratón o una pelea. Lo segundo era más probable.

—¿Nerviosa? —inquirí.

—Sí. —No le asustaba admitir sus debilidades. Eso era lo que me agradaba de ella. Te lo decía directamente—. Vamos a hacer esto.

Buscó en su bolso la pistola sin balas. Discutimos durante una hora sobre ese pequeño hecho. Si las cosas se ponían feas, un arma descargada sería inútil, no obstante, se mantuvo firme en ello. Estaba demasiado preocupada por mi seguridad.

—De acuerdo, voy a ponerla contra la parte baja de tu espalda. Con suerte, sus guardias no notarán nada hasta que estemos dentro.

—No tiene guardias —murmuré. Al menos no había visto a ninguno la última vez que estuve aquí.

Después de todo, los secuestradores no solían charlar con sus víctimas. ¿Verdad? Demonios, debería haber visto más películas de esta mierda.

Pero nunca pensé que acabaría en el lado equivocado de la ley.

VEINTIDÓS

ENRICO



Necesitaba sacarme la cabeza de mi trasero.

Me había levantado más temprano de lo habitual, a las cinco de la mañana, y me paseaba ansioso esperando a que llegara Isla, mirando el reloj como un colegial ansioso.

Sacudí la cabeza, asqueado de mí mismo. Era demasiado viejo para comportarme así. La verdad era que Illias tenía motivos para estar preocupado. Todas las mujeres que se habían casado con un Marchetti en las últimas cinco generaciones habían muerto. Bueno, casi todas.

Pero me encargaría de Donatella. Tenía hombres buscándola y acabaría con ella en cuanto la encontraran.

La puerta de mi estudio se abrió y Manuel entró a grandes zancadas.

—Tenemos invitadas.

Mi pecho dio una extraña sacudida que parecía ocurrir cada vez que esa diosa pelirroja estaba cerca, pero entonces las palabras de mi primo se hicieron presentes. *Invitadas*. ¿Más de una?

—¿Quién?

—Tu mujer... —Mierda, eso sonaba tan bien. *Mi mujer*—. Y Tatiana Nikolaev. O, mejor dicho, Konstantin.

Esto último no sonaba bien. Significaba que Illias no estaba muy lejos. ¿A qué demonios estaba jugando Isla? Nunca mencionó venir con su cuñada. No es que le pidiera detalles. Estaba demasiado ansioso por oír su voz... y luego ese sexo telefónico. Parecía que me estaba poniendo más cachondo con la edad, pero solo con Isla.

Activé mi sistema de seguridad y, sin duda, Isla y Tatiana estaban en la esquina de la calle, estudiando mi casa de París a través de la verja. La mayoría de la gente solo tenían vigilados los alrededores de su casa. Fui un paso más y lo amplié a varias manzanas.

Tatiana e Isla discutían algo, movían la boca, y decidí que tal vez había llegado el momento de que la vigilancia del exterior de mi casa incluyera audio porque, joder, quería saber de qué estaban hablando esas dos descaradas.

Observé cómo la mujer de Konstantin agitaba las manos y aflojaba las piernas como si se preparara para correr un maratón. Parecía ligeramente cómica con su vestido, aunque no me reía. Mis ojos estaban fijos en lo que Isla *no* llevaba puesto.

—¿No le dije que se pusiera un maldito vestido? —refunfuñé, ligeramente molesto. Llevaba unos *jeans* ajustados y un suéter verde corto que dejaba al descubierto parte de su vientre. Lo combinó con unos tacones. Los pantalones ceñían sus largas piernas y sus caderas torneadas,

dejándome entrever lo que ahora era inaccesible. Las ondas de su rizada melena pelirroja le llegaban hasta la espalda y enmarcaban su rostro. Incluso a través del vídeo granulado, pude ver su mirada esmeralda, capaz de hacer llorar ángeles y demonios por igual.

Dio, tenía que controlarme.

—¿*Scusi*? —Manuel me miró confuso y agité la mano. A Isla. A mi tío. A mí mismo.

En lugar de centrarme en lo que se traían entre manos estas mujeres, estaba obsesionado con el vestuario que había elegido Isla y en cómo no me permitía acceder fácilmente a su coño. Quizás ese era el problema. La joven era demasiado dulce y me distraía demasiado.

Vi cómo Tatiana metía la mano en el bolso, sacaba una pistola y apuntaba con ella la espalda de Isla. Mi espalda se puso rígida al instante.

—¡Lleva a los chicos a la habitación de seguridad! —bramé, con la furia corriendo por mis venas. Manuel siguió mi mirada hacia la pantalla antes de poner los ojos en blanco.

—Está claro que trabajan juntas, pero claro, me llevaré a los chicos a la habitación de seguridad. No hay razón para dejar que se interpongan en el camino de dos mujeres que están decididas a que las maten. Las principiantes deberían haber investigado bien para darse cuenta de que tenemos cámaras y podemos verlas conspirando.

Agarré el teléfono y ladré órdenes a todos mis guardias.

—Asegúrense de mantener los ojos bien abiertos, pero no se dejen ver. Las dos mujeres que se acercan en este momento... Déjenlas pasar sin que los vean.

Terminé la llamada sin esperar la confirmación.

Manuel salió corriendo de la habitación para llevar a los chicos a donde se lo pedí mientras observaba a las dos mujeres abrirse paso por la calle vacía y dirigirse hacia la verja de hierro. Empujándola con un suave crujido, avanzaron y se encontraron frente a la puerta, para luego desaparecer en el interior de mi casa. Cambié de cámara y di gracias a todos los santos porque el sistema de vigilancia del interior de mi casa tuviera audio.

Lo encendí y vi cómo Isla se dirigía a las escaleras. Al fin y al cabo, ya conocía el camino escaleras arriba y entrar en mi dormitorio desde nuestra primera noche juntos. «*Y fuera de ella*», mi mente se burló. Inmediatamente la hice callar.

—Por favor, dime que no te ordenó que fueras a su recámara. —La voz de Tatiana apenas se escuchaba, aunque estaba claro que no le gustaba que su joven cuñada tuviera nada que ver con alguien como yo.

Isla soltó un suave gemido, pero no contestó mientras seguía subiendo las escaleras. Mi teléfono emitió un zumbido confirmando que mis hijos estaban a salvo, así que salí de mi despacho y me dirigí al pasillo, donde esperaba que las dos mujeres aparecieran en cualquier momento.

Y claro, allí estaban. La atención de Isla no estaba en mí, en su lugar se movió ligeramente, murmurando palabras suaves a Tatiana.

Anuncié mi presencia.

—Debo decir que no esperaba a las dos aquí.

Ambas mujeres se movieron e Isla tropezó hacia delante con un suave gemido.

—*Ouch*.

Sabía que estaban jugando conmigo, pero maldición, oír el dolor de Isla, que era claramente fingido, me revolvía las entrañas. Instintivamente, di un paso adelante para ayudarla, con la pistola fuera de la funda y en mano. Apuntaba a la mujer rubia y pálida a la que le perdoné la vida por Konstantin hace un año.

Habían pasado muchas cosas en el último año. Matamos a Adrian, el anterior marido de

Tatiana. Había estado enviando vídeos incriminatorios a los miembros de la *Omertà*, amenazando con acabar con nuestra organización. Sin embargo, el problema fue... que no se detuvieron una vez que murió.

—Si fuera tú no lo haría —dijo Tatiana con frialdad, sin inmutarse por el hecho de que le estuviera apuntando con una pistola. La mujer tenía coraje, lo podía reconocer—. No, a menos que quieras ver las tripas de Isla esparcidas por todo tu mármol blanco.

Mi movimiento se detuvo, las imágenes del cuerpo de Isla sobre mi suelo de mármol me golpearon con una sensación tan volátil que me robó el maldito aliento.

Por Dios, ¿tanto me había enamorado de una mujer que fácilmente podía alejarse de mí? El momento para esas preguntas no era ahora.

—¿Qué quieres, Tatiana? —Sospechaba que lo sabía. La mujer había estado inquieta desde la muerte de su esposo, buscando respuestas.

Me observó de frente, manteniendo los hombros rectos. Era valiente, pero no tonta. Entendía lo que yo representaba y era inteligente de estar asustada. Al fin y al cabo, había crecido en el bajo mundo.

—Te dije que vendría por ti cuando mataste a mi marido. —Así que recordó su accidente. Bien por ella—. Aquí estoy.

Era tonta por seguir buscando respuestas sobre Adrian en vez de dar gracias a todos los santos por su actual esposo. Solo estaba viva gracias a Konstantin. Respondía por ella, asegurándome que no sabía lo que Adrian nos estaba haciendo a todos. A mí, en cambio, no me gustaba dejar cabos sueltos por esta misma razón.

Le dediqué una fría sonrisa.

—Sin embargo, tu nuevo esposo está vivo. De hecho, acaba de aterrizar en París. Supongo que viene hacia acá.

—Supongo que eso significa que tenemos poco tiempo para acabar con esto, entonces. —La mujer era terca como una mula—. Ni siquiera intentes moverte —le advirtió a Isla, empujando el arma con más fuerza contra la espalda de la misma. No pude evitar que se me formara un gruñido en la garganta, mientras los ojos de Isla brillaban con picardía—. Ahora, Marchetti, a menos que quieras ver tu sangre o la de Isla manchando estos pisos, vas a darme algunas respuestas.

«*Dios me libre de las mujeres locas*». Parecía estar rodeado de ellas.

—¿Eres una asesina a sangre fría? —exclamé, desafiando a Tatiana.

Se encogió de hombros.

—¿No lo son todos los Nikolaev? —Estaba esquivando mi pregunta. Tal vez debería confrontarla por su mierda—. Algo así como tú y los hombres con los que trabajas, ¿eh?

Guardé la pistola, por el momento, y me metí las manos en mis bolsillos. Me apoyé despreocupadamente en la pared mientras estudiaba a ambas mujeres. Si Tatiana quería respuestas, se las daría. Sin embargo, al final de todo, tendría a Isla. Escucharía la historia y mi instinto me advirtió que huiría. Bueno, no habría huida para ella.

—¿Hombres? —inquirí, mirando a mi alrededor—. ¿Qué hombres?

Sus ojos se llenaron de enfado y los entrecerró.

—¡Me importan una mierda tus hombres! —reviró, mirándome fijamente—. Quiero saber qué pasó.

—Pasaron muchas cosas —contesté secamente—. Vas a tener que ser un poco más específica.

—¿Por qué lo mataste? —La compasión llenaba la expresión de Isla, y algo en ella me

molestaba. La quería siempre a mi lado, sin preocuparme por los demás. No obstante, sospechaba que quizás era precisamente eso lo que me atraía de ella. Tenía esa aura inocente, pero también una fuerza—. ¿Qué hizo para encontrarse en tu lista negra?

—¿Segura que quieres saberlo? —pregunté finalmente, dándole una última salida.

Dejó escapar un suspiro frustrado.

—Por eso estoy aquí.

Bueno, si íbamos a hacer eso, podríamos sentarnos. Así que extendí la mano, señalando mi despacho.

—Por favor, entren.

—No voy a entrar en tu dormitorio —se burló—. No estoy aquí para cumplir tus fantasías. Estoy aquí por respuestas.

Un soplo sardónico me abandonó.

—Empiezo a ver por qué Konstantin está tan obsesionado contigo.

Mis ojos parpadearon hacia mi propia obsesión y luego volvieron a Tatiana Konstantin. Mi nuevo dolor en el trasero.

—Última oportunidad, Tatiana —advertí en tono frío—. Ciertas cosas son mejor dejarlas en el pasado.

Me lanzó una mirada sombría.

—Solo dímelo para que nosotras podamos seguir con nuestro camino.

No habría “nosotras” porque Isla se quedaría atrás. *Conmigo*.

—Bien, como quieras —declaré.

VEINTITRÉS

ISLA



Contuve la respiración, observando fascinada el intercambio de Enrico y Tatiana. Me di cuenta de dos cosas. En primer lugar, Enrico parecía completamente indiferente a la belleza de Tatiana, lo que me dio mucha emoción. Me abofeteé mentalmente varias veces, pero eso no me devolvió la razón. En segundo lugar, tenía la sensación de que mi cuñada y yo habíamos perdido la ventaja incluso antes de entrar en casa de Enrico.

Observé fijamente a Enrico, las sombras de sus pómulos afilados le daban un toque letal.

—Dime por qué tuvo que morir. —La voz áspera de Tatiana puso fin al silencio y, por alguna razón, el corazón me retumbó en el pecho. Por ella. O quizás incluso por mí, porque la vehemencia de la mirada de Enrico me revolvía las entrañas.

Miró a Tatiana a los ojos y la oscuridad de su expresión me hizo sentir miedo.

—Su objetivo era atacar a nuestra organización —respondió finalmente.

—¿Qué organización?

Los ojos de Enrico volvieron a mí y cada fibra de mi ser se aquietó mientras sostenía su oscuridad. Del tipo que me aterrorizaba.

—Espinass de *Omertà*. —Se me cortó la respiración. *No, no, no*. Conocía esas tres palabras. Reina las había aprendido cuando estuvo con Amon. Sabía lo que representaban. Y sabía que, si Enrico descubría lo que mis amigas y yo habíamos hecho, estaríamos muertas. Nunca me había desmayado, pero en este momento, temía que pudiera hacerlo—. Y sin saberlo, te arrastró a ello.

Jadeé con incredulidad. Reina insistía en que mataban a cualquiera que amenazara a su organización. Las Espinas de *Omertà* eran minuciosos. Eliminaban las amenazas y no paraban hasta matar a toda su familia.

«*Sin embargo, Tatiana vivía*», susurraba mi mente.

—¿Por qué? —Tatiana exigió saber, y cada fibra en mí quería gritarle que dejara de hacer preguntas.

—Te utilizó para hacer pagar a los Konstantin por matar a sus padres. —Tatiana jadeó y se llevó la mano a la boca—. Los culpó a ellos y a la organización por perderlos. El padre de Adrian era el jardinero de mi viejo. Durante un viaje a New Orleans, mi padre se llevó a su jardinero. Para estudiar botánica. Allí conoció a la madre de Adrian. —Tatiana parecía palidecer con cada palabra que Enrico pronunciaba. Se me encogió el corazón por el dolor que debía de sentir.

—La madre de Illias —repitió Tatiana, con la voz apenas por encima de un susurro.

Esta vez le tocó a Enrico mostrarse confuso. Sus cejas se fruncieron mientras repitió.

—¿La madre de Illias?

Tatiana hizo un gesto con la mano.

—No importa.

Pero Enrico no estaba dispuesto a dejarlo pasar.

—¿Crees que la madre de Adrian y la de Illias son la misma persona?

—Termina tu historia. —La exigencia de Tatiana fue cortante.

Enrico asintió y continuó.

—De todos modos, el jardinero tuvo un hijo y dejó de trabajar para mi padre. Años después, intentó huir con la madre de Illias. Intentó abandonar al viejo *Pakhan*, llevarse a los gemelos y esconderse con el padre de Adrian. No funcionó. Los atraparon y los ejecutaron en el acto.

¿La madre de Illias fue asesinada por nuestro padre? Dos niños pequeños viendo a su madre muerta a balazos. ¿Por qué no me lo habían dicho?

—¿Así que Adrian los convirtió a todos en objetivo como venganza por la muerte de su padre? —le pregunté a Enrico porque Tatiana parecía no tener palabras. Las lágrimas me ardían en los ojos y tragué con fuerza para mantenerlas a raya.

Enrico asintió.

—¿Cómo? —Tatiana curioseó roncamente, con voz temblorosa.

—Excavó en busca de información que podría destruirnos.

—Revisé los vídeos de esa *laptop* —agregó Tatiana. Parpadeé confundida, sin saber de qué estaba hablando. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y su piel impecable brillaba por la humedad—. Tenía cosas de mis hermanos. De otros hombres. Pero nada sobre ti, ni sobre los Konstantin. Ni siquiera de la *Yakuza*.

Mi corazón tamborileaba contra mis costillas. Primero, Espinas de *Omertà*. Ahora la *Yakuza*.

—Está en el chip. —La respuesta de Enrico fue un tanto resignada.

—¿Dónde está el chip? —indagó Tatiana.

Enrico dejó escapar un soplo sardónico, su frígida fachada aterrorizaba.

—Todos esperábamos que *tú* pudieras decírnoslo.

—La *Yakuza* —murmuró Tatiana—. Tal vez...

Pero la voz de Tatiana vaciló cuando Enrico negó con la cabeza.

—Si lo tuvieran, bajarían exigiendo todos nuestros territorios y renunciarían a perseguirte. Ellos tampoco lo tienen.

Tatiana me quitó la pistola de la espalda, suspirando pesadamente. Sus hombros se hundieron cuando me miró.

—¿Qué hay en ese chip?

Enrico se burló suavemente, sacudiendo la cabeza.

—¿De verdad crees que te daría información que podría destruir a mi familia?

Tenía la sospecha de que sabía que podía usarse contra la familia Marchetti. Tenía algo que ver con su esposa muerta que no estaba tan muerta. Pero ¿qué tenía esa gente, o el difunto esposo de Tatiana, que pudiera utilizarse contra mi hermano?

—¿Qué hay ahí que pueda destruir a Illias? —cuestioné mientras el peso del plomo en la boca de mi estómago se hacía más pesado. Mi sexto sentido me alertó, y la forma en que los ojos de Tatiana se abrieron de par en par prometía que la respuesta no sería buena para mí.

Tatiana negó con la cabeza, moviendo los labios en torno a un *no, no, no*.

La respuesta de Enrico fue tan rápida como la hoja del hacha de un verdugo.

—Entre otras cosas, un video de Illias matando a tu madre.

Me tambaleé hacia atrás. El silencio se prolongó. Los ojos de Tatiana se encontraron con los míos y la culpa en ellos gritándome. Su conocimiento me devolvió la mirada con claridad y la comprensión me golpeó como un tsunami, desgarrándolo todo a su paso. Mi hermano mató a mi madre. *Traición*. ¿Cuántas veces me había dicho que murió al dar a luz? ¿Cuántas mentiras me había contado?

—Lo sabías —acusé, con la voz ronca. Me dolía hablar y aún más respirar. El dolor en mi pecho se hinchó hasta que sentí que iba a explotar.

El dolor palpitaba. *Mi hermano mató a mi madre*. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Por qué? No entendía nada.

—Isla... —La voz de Tatiana se quebró, pero no pude sentir ni escuchar nada más allá de mi rabia. Mi furia.

—¿Cómo pudiste no decírmelo? —Se sentía como una doble traición. La de mi hermano. La de ella—. Pensé que éramos... —Amigas. *Hermanas*.

—Lo somos. —Graznó, con sus ojos azul pálido brillando. Pude ver el arrepentimiento en su mirada. Aunque no estaba segura de si era porque lo sentía de verdad o porque la había descubierto.

Pero entonces su expresión se volvió decidida y enderezó los hombros. Me miró a los ojos y en ellos brilló su afecto.

—No puedo darte tu historia. Esa debe contártela tu hermano. Mas te daré mi historia. —La vi tragar un nudo en la garganta—. En los últimos meses encontré un vídeo de mi propia madre cuando revisaba las cosas de mi difunto esposo. Sabía que se había suicidado. Lo que no sabía era que iba a matarme también para vengarse de mi padre por no quererla. Sasha, mi hermano loco, quien entonces tenía diez años, me apartó de ella y me salvó. —Me temblaban los labios y no confiaba en mí misma para decir algo. Lo único que escuchaba una y otra vez eran las palabras de Enrico. «*Illias mató a tu madre*». Las lágrimas corrían por el rostro de Tatiana mientras el dolor me arañaba el pecho. Por ella. Por mí. No lo sabía—. Mis hermanos aún no están enterados de que supe esa verdad. Y no quiero que lo sepan. Por fin son felices. Se lo han ganado, y lo último que quiero es darle más poder a mi madre. Después de todo lo que hizo.

Apreté los dientes, reacia a perdonar de inmediato. Lamentaba que se enterara de la dolorosa verdad, pero a diferencia de la suya, *mi* madre no se suicidó. Mi hermano la mató. ¿Por qué? Necesitaba saber el motivo.

Ladeé la barbilla con obstinación.

—Debería habérmelo dicho.

—Lo siento. —No tenía duda de que lo lamentaba—. Volvamos al hotel. Seguro que ahora está allí esperándonos; podemos hacerlo dar explicaciones.

Sacudí la cabeza. No podía ver a mi hermano ahora. Sabía que diría cosas de las que me arrepentiría más tarde.

—No, voy a quedarme en casa de mis amigas.

—No lo creo. —La voz de Enrico me sobresaltó. Por un momento, olvidé que estaba aquí. Me giré y lo vi apuntándome con una pistola, con expresión sombría. Mis ojos se abrieron de par en par. ¿Qué demonios?

—¿Qué estás haciendo?! —Tatiana gritó—. Suelta el arma antes de que te dispare.

Podría convertirse en una verdadera guerra... si Tatiana tuviera balas en la pistola, pero por suerte no las tenía. La sonrisa que Enrico le dedicó me dijo que lo sabía, y me heló la sangre. Fue tan despiadada y cruel, que mi corazón se agitó con inquietud.

—Antes de que te muevas, estará muerta.

Los ojos de Tatiana se desviaron hacia mí, la preocupación invadiendo sus ojos azules antes de volver a Enrico, para terminar de nuevo en mí. No creía que Enrico fuera a hacerme daño, aunque no estaba dispuesta a jugarle la vida por ello. Pero si alejaba a Tatiana, podría ir a buscar a mi hermano.

No se me escapó la ironía de la situación. Acababa de enterarme de que mi hermano había matado a mi madre, y aun así contaba con él para salvarme.

—E... estoy bien. —Mi inexistente confianza era evidente en mi voz.

—No, no lo estás. —Tatiana entrecerró los ojos hacia Enrico, lanzándole miradas mortales—. Ese *papi psicópata* te tiene a punta de pistola.

Tuvieron que ser los nervios o mi terrible estado de ánimo porque se me escapó una risa ahogada, recordando cómo insistió en que le llamara *papi* la última vez. El comentario de Tatiana hizo que pareciera que había compartido mi experiencia con ella. Si supiera lo que Papi Enrico puede hacer con las manos y con la boca, quizá no se apresuraría tanto a llamarle *papi*.

—Muy chistosa —comentó Enrico, sin gracia.

Hice un gesto con la mano.

—Ya estoy acostumbrada. —No exactamente a que me apuntaran con una pistola, sino a este tira y afloja con Enrico. La confusión apareció en los ojos de mi cuñada—. Tatiana, ve a buscar a mi hermano. ¿De acuerdo?

Tatiana dejó escapar un suspiro frustrado, con los ojos clavados en Enrico.

—Si le haces un solo rasguño, lo que Adrian quería hacerte palidecerá en comparación con lo que te haré a ti.

—¿En serio? —La diversión teñía ahora su voz—. Teniendo en cuenta que te casaste con Illias, también formas parte de nuestra organización. Y eso significa que estás obligada a proteger los intereses de la *Omertà*. Cuando se casó contigo, le avisó a todo el mundo que estás fuera de los límites y bajo nuestra protección.

—¿Ahora ves?, él se olvidó de mencionar eso. —No estaba segura de cómo Tatiana mantenía la calma. Mis palmas estaban húmedas, cada uno de mis poros sudaba—. Y no soy mucho de *todos para uno y uno para todos*, ya sabes. Esa mierda nunca ha sido lo mío, así que no voy a empezar ahora. Además, si esto... —señaló entre Enrico y yo—... significa estar bajo la protección de tu organización, por favor, llévatelo de una maldita vez.

Santo cielo, era tan ruda. Todavía estaba enojada con ella, pero no podía dejar de estar impresionada.

Enrico dejó escapar un suspiro sardónico.

—Ve con tu marido, Tatiana —ordenó—. Me ocuparé de Isla.

La mirada de Tatiana se volvió a encontrar con la mía e intenté transmitirle que estaría a salvo. Que no tenía miedo.

—Sigo enfadada contigo —murmuré—. Pero estaré bien. Ve a buscar a Illias. —Como no se movió, bramé—: ¡Tatiana! Vete. Ahora mismo.

La observé marcharse, rezando no ser una tonta. Pero, al igual que Tatiana, tenía mis propias preguntas, y tenían que ver con mi madre.

VEINTICUATRO

ISLA



Cuando Tatiana se fue, presté toda mi atención a Enrico.

—¿Vas a dispararme? —expresé, inclinando la barbilla hacia su pistola. La guardó en su funda sin decir una palabra mientras mis nervios entraban en cortocircuito. Esperé a que dijera algo, no obstante, permaneció callado. Levantó la mirada y se encontró con la mía, pesada y sin emoción. Parecía tan diferente del hombre que había conocido semanas atrás y que me llevó a su cama en esta misma casa. Ahora estaba frente a mí, con un traje italiano hecho a la medida que favorecía su ancha figura y lo hacía aparentar treinta y tantos años, no cuarenta y cinco. Incluso sus zapatos de cuero gritaban poder. Control. Eran sus rasgos los que te hacían dudar de su edad. Tenso, duro y feroz. Su mandíbula angular hablaba de su seguridad en sí mismo. Una ligera barba cubría su rostro, dándole una mirada dura que coincidía con la de sus ojos. Sentí que lo veía bajo una luz completamente distinta—. ¿Qué quieres, Enrico? —pregunté—. Ahora no estoy de humor para tu mierda y, sinceramente, preferiría no volver a verte.

Fui a esquivarlo cuando sus fuertes dedos me rodearon el codo. Me quedé helada, con la piel abrasada por su contacto. Levanté los ojos, su presencia envolviéndome y su mirada llenándome de miedo. Parecía un dios romano lleno de ira, cuya furia no sobreviviría.

—No irás a ninguna parte.

El corazón se me heló en el pecho, pero me negué a mostrarlo.

Mantén la calma. Inhala. Exhala.

—Pues desde luego no me quedará aquí —reviré, con los oídos zumbándome por tantas emociones. No me cabía duda de que podía aplastarme bajo las suelas de sus zapatos de cuero, mas había llegado a mi límite de mierda por hoy—. No sé a qué estás jugando, Enrico, pero te digo que he terminado.

Se acercó un paso y mi cuerpo se calentó, traicionándome. El corazón me dio un vuelco y luché contra el instinto de inclinarme hacia él. Su fuerte e inconfundible aroma invadió mis pulmones y al instante me vinieron a la mente recuerdos de cuando pasé mi boca por su piel. Era casi como si pudiera saborearlo. Picante. Potente.

Al parecer, lo mío era la autodestrucción.

—¿Haciendo qué, Pequeña?

Mis mejillas se calentaron, pero puse los ojos en blanco.

—De acuerdo, italiano. Ya puedes dejar esa mierda. Y el gato está fuera de la bolsa. He oído tu conversación con mi hermano y, francamente, estoy harta de que me dejes en la oscuridad. Así

que vamos a dejar algo claro, ¿está bien? Jódete.

—Explícate. —El profundo tenor de su voz me erizó la piel, aunque la sonrisa de su rostro era francamente siniestra.

Mi columna vertebral se puso rígida y mi temperamento se encendió.

—Bueno, primero te jodes y luego te largas —siseé con una sonrisa tan dulce que me sorprendió que no se volviera diabético de inmediato—. No necesito nada de tu mierda. Contigo y tu supuesta esposa muerta. Aparentemente, tengo mucha mierda propia.

Esta vez su mirada se intensificó.

—¿Donatella vino a verte?

Lo ignoré.

—¡Quiero saber sobre mi madre! —espeté—. ¿Es verdad lo que ella...?

Mis palabras fueron cortadas por otra voz grave, y un hombre con los mismos ojos oscuros y el mismo cabello oscuro que Enrico apareció de la nada.

—La mierda está pasando afuera.

El hombre empuñaba una pistola y, al instante, el gran cuerpo de Enrico me cobijó como si esperara que alguien empezara a disparar en cualquier momento. Se negaba a soltarme, con la mano aferrada a mi antebrazo. Era ridículo, teniendo en cuenta que él mismo acababa de apuntarme con una pistola.

—¿Quién es, Manuel?

Manuel negó con la cabeza.

—Pensarás que estoy loco, pero es un recuerdo del pasado. Adrian Morozov.

¿El exmarido muerto de Tatiana? ¿El loco maniaco que la usó para vengarse de los Konstantin... de mis hermanos? No podía ser. El tipo estaba muerto.

—Tengo que ir a decírselo a mi hermano —siseé, intentando zafarme del firme agarre de Enrico.

—¿Estás seguro? —reviró, ignorándome y con toda su atención puesta en Manuel—. Vi al hombre siendo ejecutado con mis propios ojos.

Jesucristo. Enrico acaba de admitir ser parte del asesinato de un hombre. Necesitaba salir de aquí. *Ahora.*

—Sí. Lo vi en las cámaras de la calle. —Puse los ojos en blanco. Si el hombre tenía vigilancia en la calle, probablemente nos vio a Tatiana y a mí acercándonos a su casa, discutiendo la mejor manera de apuntarme con la pistola para que pareciera creíble—. Se llevó a Tatiana Konstantin. Luchó con uñas y dientes, pero él la subyugó. La metió en el maletero.

Un grito ahogado salió de mis labios. Adrian, el exmarido muerto, secuestró a mi cuñada. *Qué problema.*

—Enrico, tengo que ir a ayudarla. Decírselo a mi hermano. —Sí, Illias me hizo daño. Mató a mi madre. Sin embargo, eso no significaba que lo dejaría en la oscuridad sobre el peligro que corría su esposa. No quería que le pasara nada. Ella hacía feliz a mi hermano y...

—Está embarazada.

Enrico me ignoró, su atención se centró en Manuel.

—Llévate guardias contigo y neutralízalo. —Estaba bastante segura de que “neutralizarlo” significaba “matarlo”, aunque si se trataba de mi cuñada o de ese horrible ex suyo, la elección era pan comido—. Konstantin no estará muy lejos si tuviera que adivinar.

Los dedos de Enrico, que aún me rodeaban el antebrazo, me empujaron hacia delante. Avanzábamos por el pasillo en lugar de bajar las escaleras.

—¿Qué estás haciendo? —gruñí—. Déjame ir y seguiré mi camino. Quiero ayudar a Tatiana.

—¿Incluso después de su traición? —preguntó, sin vacilar en sus pasos.

—No merece morir por eso. —Intenté darle un codazo en las costillas. Sin éxito—. ¡Ahora déjame *ir!*

—No, esta conversación no ha terminado. —*Oh, sí que lo ha hecho*—. Deja que tu hermano salve a su esposa. Tú eres mi responsabilidad.

Estaba a punto de gritarle cuando se detuvo bruscamente ante una gran puerta de acero.

—¿Qué demonios es esto? —siseé, mis ojos se abrieron de par en par mientras tecleaba un código. Empezó a deslizarse y vi cómo se abría—. Será mejor que no me metas ahí o juro por Dios...

Me callé cuando mis ojos se adaptaron a la escena que tenía delante. Dos adolescentes que se parecían sospechosamente a Enrico estaban sentados, no, la palabra más adecuada era *tumbados*, jugando con sus teléfonos. Levantaron la vista y me eché hacia atrás. Dios, parecían tan oscuros como los de Enrico. Quizás incluso más.

Me volví hacia Enrico y luego hacia los chicos.

Una película que no reconocí se proyectaba en un televisor junto a docenas de *posters* enmarcados. A lo largo de otra pared había un surtido de sillones reclinables y sofás y... ¿era una máquina de palomitas lo que había en la esquina más alejada? Dios mío, ¿qué era esto? ¿Una situación parecida a la de los niños en el ático, pero sustituyendo el ático por una espeluznante habitación reforzada con acero? La inquietud se deslizó a través de mí.

—Es una habitación de seguridad. —¿Qué diablos era una habitación de seguridad? —Estarás dentro hasta que las cosas se calmen —ordenó Enrico. No me moví, demasiado sorprendida de ver a los chicos aquí, encerrados. A lo mejor este tipo estaba loco. Y había tenido sexo con él. *Maravilloso*.

«*Qué buen gusto tienes para los hombres, Isla*».

Enrico dijo algo a los chicos en un italiano apresurado. Por supuesto, no importaba si hablaba despacio. No habría sido capaz de captar ni una sola palabra.

—*Bene, Papà* —respondieron los dos chicos. Parpadeé. Pensé que eso significaba “De acuerdo, papá”, pero ¿qué demonios sabía?

Enrico les hizo un gesto seco con la cabeza y volvió a centrar su atención en mí.

—Entra, Isla —dictaminó Enrico. Negué con la cabeza—. Isla. —Su tono estaba lleno de advertencia.

—No te atrevas... —Me corté, insegura de a qué edad era apropiado empezar a decir palabrotas delante de los niños. Me abofeteé mentalmente. *Duh*, nunca—. No te atrevas a dejarme aquí. Juro por Dios...

No me dejó terminar. Me empujó dentro, pasó la mano por encima de la pantalla exterior y cerró la puerta tras de mí. Y maldita sea si no se cerró tan rápido como un rayo.

Me quedé de pie, inmóvil, con los ojos desviados entre los dos chicos y luego de vuelta al televisor que parecía estar mostrando... una telenovela italiana. *Típico de los italianos*. No habría pensado que a los adolescentes les interesara. Aunque, en su defensa, su atención estaba pegada a los aparatos que tenían en las manos.

Ninguno de los dos parecía preocupado por el hecho de que estuviera aquí. Como si fuera algo normal y corriente.

Podía ser que sí.

Los estudié. Se parecían, aunque no eran gemelos. Uno de ellos parecía mayor. Eran la viva imagen de su padre.

—*Ummm*, ¿cuánto tiempo han estado aquí? —Finalmente interrogué.

Los chicos ni siquiera levantaron la vista de sus teléfonos.

—Veinte minutos más o menos. Tal vez una hora.

De acuerdo, al menos hablaban español. Aunque su sentido del tiempo parecía estar muy lejos a la realidad.

—¿Tienen... tienen que sentarse frecuentemente en esta habitación?

Mi voz salió aguda. Preocupada, incluso. Como, ¿qué demonios haría si lo hicieran? ¿Ir a matar a su padre? No parecía mala idea, pero no estaba muy segura de querer añadir otro asesinato a mi lista. Ya era cómplice de uno, sin embargo, eso era diferente. ¿Qué clase de amiga sería si hubiera abandonado a Reina cuando necesitaba mi ayuda?

Uno de los chicos, el más joven, se encogió de hombros, mientras que el otro ni siquiera se molestó en reconocermelo.

—Cuando pasa algo malo —respondió el pequeño Enrico Jr. en un español perfecto.

—O cuando mamá intenta matarnos —añadió el otro más grande Enrico Junior.

Me quedé helada.

¿Dijo...?

No, debí haberlo entendido mal. Tenía que ser su acento.

—¿Puedes repetirlo? Creo que no lo escuché bien.

Dos pares de ojos oscuros se despegaron de sus teléfonos y se encontraron con los míos.

—Nuestra madre intenta matarnos de vez en cuando —repitió lentamente el mayor, como si hablara con una idiota.

—Está enferma —explicó el otro. Se llevó la mano a la sien y se dio unos golpecitos con el índice—. *Pazza*. —Cuando lo miré sin comprender, añadió—: Loca. Está loca. —¿Qué demonios? ¿Su madre intentaba matarlos? Entonces me di cuenta de que había dicho está, no estaba, como si su madre estuviera viva. No era una barrera lingüística, su español era perfecto, y lo tomé como otra confirmación de que la esposa de Enrico estaba viva. Donatella Marchetti había sido la sombra que me acechaba desde el momento en que pasé aquella increíble noche con Enrico—. ¿Eres americana? —preguntó, con curiosidad en su mirada oscura.

Me quedé mirándolo. ¿Cómo podía un niño pasar tan tranquilamente de mi madre intenta matarnos a eres estadounidense? Todavía estaba aturdida por las revelaciones sobre mi propia madre y apenas podía superarlo.

—Sí, soy estadounidense —repliqué mientras su atención volvía a centrarse en sus teléfonos.

Bajé al suelo y me llevé las rodillas al pecho mientras intentaba pensar qué decir. Su tono despreocupado me había dado justo en el pecho.

—Siento mucho que su madre intentara hacerles daño —musité, sintiendo ese dolor por ellos en lo más profundo de mi pecho a pesar de que no parecían afectados. Tal vez mi pena por ellos era ridícula, ni siquiera los conocía bien, aunque ningún niño debería sentirse indeseado por su madre—. A veces la gente simplemente apesta.

Sus cuerpos se congelaron como si no estuvieran acostumbrados a las condolencias y la compasión. Sin embargo, algo me decía que su padre se encargaba de todo en ese aspecto. Podía ser que fuera bruto y manipulador, pero intuí que sería un buen padre. Un padre cariñoso. Después de todo, no muchos hombres construyen habitaciones de seguridad para proteger a sus hijos. Y por alguna razón, eso me enterneció ante estos chicos.

—¿Tus padres apestan? —curioseó el más joven.

—Nunca los conocí —pronuncié, con la herida aún fresca en el pecho—. Pero antes de contarnos nuestras vidas, necesito saber sus nombres—. Reí por lo bajo. No podía seguir refiriéndome a ellos como Enrico Jr. más joven y más viejo—. Soy Isla Evans.

Compartieron una mirada, comunicándose sin palabras. Al igual que su padre, era difícil leerlos.

—Soy Enzo Marchetti.

—Y yo soy Amadeo Marchetti.

Les sonreí. Tenía la sensación de que ambos crecerían y se convertirían en hombres dominantes como su padre. Era aterrador. No obstante, estaba segura de que las chicas no tardarían en caer rendidas ante ellos.

—Encantada de conocerlos. —Me acerqué y les tendí la mano para estrechársela. Ambos dudaron un segundo. Fue Amadeo quien la tomó primero, luego Enzo le siguió—. Son hermanos, ¿verdad? —Asintieron—. ¿Cuántos años tienen?

—Tengo trece años —respondió Amadeo.

—Tengo catorce años —indicó Enzo—. Algún día seré la cabeza de la familia Marchetti.

Levanté una ceja, sorprendida por el comentario.

—Felicidades, supongo. —Mis ojos se desviaron hacia Amadeo—. ¿Te molesta?

Amadeo se encogió de hombros.

—La verdad es que no. Seré el sicario de nuestra *Famiglia*. —Me quedé boquiabierta y se me salieron los ojos de las órbitas, lo que provocó que ambos soltaran una carcajada—. ¿No estás en la mafia? —inquirió Amadeo.

Me burlé.

—Bueno, de hecho, acabo de enterarme de que mi hermano lo está.

Algo, me di cuenta, que habría sido útil saber cuándo habíamos necesitado encontrar una manera de salir de ese problema hacía todos esos años. Pero no, mis amigas y yo tuvimos que buscar a tientas en Google y Reddit formas *hipotéticas* de deshacernos de un cadáver.

—A veces los hombres mantienen a las mujeres en la oscuridad —explicó Enzo a sabiendas.

—Para protegerte. Es por tu propio bien —añadió Amadeo.

«*Estos pequeños cabrones*», pensé con afecto. Ni siquiera podía echarles en cara su confianza. Habían tenido que crecer en la mafia con una madre que regularmente intentaba matarlos y un padre que era... Buscaba la palabra adecuada, y lo único que se le ocurrió a mi amargado y frustrado cerebro fue *desgraciado mentiroso*. Sí, necesitaban toda la posible confianza en sí mismos.

Ver a estos dos chicos apoyándose mutuamente me hizo pensar en mi propio hermano. Lo amaba y siempre le agradecería todo lo que había hecho por mí mientras crecía, pero debería habérmelo dicho. Advertirme. No era algo que debiera haber aprendido de nadie más. Incluso Tatiana lo sabía. Mierda, ¿por qué tenía que doler tanto? Aún más importante, ¿por qué lo hizo? Pero no iba a encontrar la respuesta a eso sentada en esta habitación.

—No se lo recrimines a tu familia —comentó Enzo—. Nuestro trabajo es proteger a los nuestros.

Me burlé con incredulidad.

—Tranquilos, los dos. No actúen tan petulantes. Las chicas odian eso de los chicos.

Enzo hinchó el pecho.

—Creen que sí, pero las chicas quieren que las manden. —«*De acuerdo, pequeño Enrico*», me burlé en mi cabeza. Lo tenía todo mal, igual que su padre—. ¿Tienes novio?

Mis cejas se alzaron ante su pregunta. O tal vez fue su audacia.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros y me miró.

—Estás guapa. No hermosa exactamente, pero *sexy*. —Cielos, esto se estaba poniendo cada

vez *mejor*—. Tal vez me case contigo.

—Está bien, donjuán. Espera. —Grazné. Jesucristo, ¿qué les pasaba a los italianos? Tal vez era parte del plan de estudios de la escuela primaria enseñar a los niños sobre el arte de la seducción. Bueno, Enzo debía de haberse perdido la clase—. Eres demasiado joven para mí.

—No me importa.

—Apuesto a que no —murmuré—. Por cierto, no creas que no me he dado cuenta de lo que haces.

Algo brilló en la mirada oscura de Enzo y me di cuenta de que sus ojos no eran marrones oscuros como había pensado en un principio. Eran azul oscuro, como un cielo de medianoche. Los de Amadeo se parecían más a los de su padre.

—No sé a qué te refieres. —Enzo palideció, su expresión se volvió indiferente como si no le importara nada. Era su armadura. No sabía mucho de niños, pero apostaba a que escondía todas sus emociones en algún lugar profundo.

—Estás evitando hablar de tu madre —confirmé, manteniendo mi tono suave—. Y crees que coqueteando conmigo me distraerás. —No dijo nada—. ¿Estoy en lo cierto?

Los dos chicos se encogieron de hombros y, por alguna razón, sentí mucha lástima por ellos. Sabía lo que significaba crecer sin el amor de una madre. Y, aunque tenía a mis hermanos, ambos habían estado muy ocupados y no tenían el toque femenino que a menudo observaba en otras chicas de mi edad y sus madres.

—Lo siento —expresé suavemente—. Pero recuerden, su padre los ama. Su familia los ama. —Era más fácil consolarlos que pensar en mis propios problemas. Se merecían el mundo.

—Nuestra madre no es importante —respondió Amadeo.

Incliné la cabeza, estudiándolos.

—Tu madre no está bien mentalmente. Seguro que se preocupa por ti. Siento que hayas tenido que vivirlo —consolé—. Nunca conocí a mi madre, pero es importante para mí. Ni siquiera sé si me quería, pero, aun así, es importante para mí. No te hace débil quererla.

—No le importamos —objetó Enzo con frialdad. Daba miedo, podía ver a su padre en él—. Ella no nos importa.

—¿Lo sabe tu padre? —pregunté en voz baja.

Ambos chicos se encogieron de hombros.

—¿Que intenta matarnos? —inquirió Amadeo. Tragué saliva y asentí lentamente con la cabeza. No creía que pudiera encontrar mi voz—. Sí, *Papà* lo sabe. Nos ha estado protegiendo de ella. —Amadeo ladeó la cabeza, con la mirada pensativa. Parecía mucho mayor que sus trece años en ese momento—. *Papà* dijo que en el fondo ella nos amaba.

—No lo hace —refunfuñó Enzo—. Una madre que ama a sus hijos no quiere matarlos.

Me quedé observándolos, sin palabras. Dos niños solitarios que pronto se convertirían en hombres, pero que siempre estarían buscando razones por las que les faltaba el amor de su madre. Me dolía el corazón por ellos y no sabía cómo hacerlos sentir mejor.

—¿Alguno de ustedes tiene novia? —Curioseé en su lugar, cambiando de tema. No quería seguir hurgando en sus heridas. No era justo para ellos.

Enzo soltó una risita.

—Aria está enamorada de Amadeo.

—¡Cállate, Enzo!

Los dos empezaron a discutir en italiano. Fue bastante entretenido, a pesar de que no entendía ni una palabra.

Sonreí y los interrumpí.

—¿Quién es Aria?

—¡Es una bebé! —siseó Amadeo—. No está enamorada de mí.

—Oh, sí —se burló Enzo—. Quería pelear conmigo para protegerte.

—¿Cuántos años tiene? —indagué con curiosidad.

—Ya tiene siete años —murmuró Amadeo como un niño regañado—. O tal vez ocho. No lo sé.

Enzo se llevó la mano a su espesa melena oscura.

—Tenía cinco años cuando intentó darme una paliza. Niña loca.

Sonreí.

—Bueno, parece que Amadeo es un tipo con suerte, entonces. Si una niña de cinco años quiere luchar por él, imagínate lo que harán las chicas mayores. —Miré a Enzo de reojo—. Quizá quieras tomar nota.

Enzo puso los ojos en blanco.

—Como sea.

Las comisuras de mis labios se levantaron.

—De acuerdo, Enzo. Dime cómo harías para enamorar a una chica. —Amadeo soltó una risita, pero mantuve la mirada fija en el hermano mayor. Daba vibras de mantenerse cerrado y estaba segura de que era porque quería parecer fuerte—. Estoy esperando.

—¿Qué obtengo si te lo digo? —añadió Enzo con valentía, encontrándose con mi mirada—. ¿Una cita contigo?

Me mordí el interior de la mejilla. Imaginaba que la valentía de Enzo lo metía en muchos problemas.

—Claro, por qué no —acepté—. Te llevaré a un concierto.

Los ojos de Enzo brillaron de curiosidad.

—¿En serio? —Asentí. Su expresión se volvió seria, contemplando su respuesta. No necesitaba conocer bien a este chico para comprender que era competitivo y que le gustaba salirse con la suya—. Le tocaría una sonata bajo su balcón.

Enarqué una ceja.

—¿En serio?

—Sí. Sé que papá dice que las chicas se ríen de las cosas románticas, pero creo que a las chicas les gustan esas cosas. Dice que solo les compramos cosas bonitas.

Estaba a punto de abrir la boca para asentir a la lógica de Enzo cuando la puerta mecánica empezó a deslizarse. Me levanté de un salto y me encontré cara a cara con Enrico.

La furia se apoderó de mí cuando recordé el porqué estaba atrapada aquí en primer lugar.

—Tú... tú...

—¡Papà! —Los dos chicos se acercaron a su padre y lo abrazaron mientras permanecí pegada al sitio. No pude evitar fijarme en lo mucho que ambos parecían preocuparse por él. Algo de eso hizo que mi ira hacia él se desvaneciera. Hasta que los ojos oscuros de Enrico se cruzaron con los míos y lo fulminé con la mirada.

Desviando mi atención, me pasé las palmas de las manos por los *jeans*, alisando las arrugas inexistentes. Cuando levanté los ojos, los tres me miraban fijamente.

—Bueno, me voy de aquí. —Me despedí despreocupadamente de los chicos—. Tengo que ponerme al día con la orquesta.

—No.

—No ¿qué? —siseé.

—No irás a ninguna parte. —Las simples palabras que salieron de la boca de Enrico me

hicieron enrojecer.

—Sí, lo haré —protesté entre dientes—. Y la próxima vez que decidas meterme en una habitación sin ventanas, te mataré. —Luego, al darme cuenta de que sus hijos estaban observando cada uno de mis movimientos, añadí rápidamente—: En realidad, no. Pero aprenderá su lección.

—Entonces, ¿tengo la cita? —Enzo no parecía preocupado por si mataría a su padre. Hombres. Chicos. Italianos. Eran una raza diferente.

Le sonreí. Era persistente. «*Probablemente también lo heredó de su padre*», pensé.

—Ganaste una cita, Enzo. Y déjame decirte, las sonatas y el romance te conseguirán más atención femenina que comprarles cosas bonitas a las chicas. Y nunca, *nunca* mientas o la engañes. —Entrecerré los ojos hacia su padre—. A diferencia de algunos hombres, no es demasiado tarde para ti.

VEINTICINCO

ENRICO



Isla era un reto, y a mí me encantaban. Podía sentir sus ojos esmeralda en mi piel y, aunque me observaba fijamente, lo sentía como una suave caricia. No entendía cómo semejante belleza podía estar emparentada con Illias Konstantin. Era dulce, compasiva y tan sensual que algo primario en mis entrañas se tensó.

Era mía. Las estrellas se habían alineado y la habían hecho para mí, y juraba por Dios, pensaba quedármela.

Tal como predije, Konstantin apareció, pero estaba preocupado por el secuestro de Tatiana. Fue tras ella con la información que le proporcioné. Me pidió que mantuviera a Isla a salvo, y lo hice, de la única forma que sabía. El margen para ejecutar mi plan era pequeño, pero menos mal que lo había puesto todo en marcha la noche anterior.

Sería mía, en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad. En la riqueza y en la pobreza. La tendría en mi cama cada noche y en mi mesa cada día.

Los ojos curiosos de mis hijos nos miraban a mí y a mi futura esposa.

—Chicos, ¿nos dejan a mi mujer y a mí unos momentos para hablar? —pregunté, sosteniendo su mirada esmeralda.

—Ah, por eso no quiere ser mi novia —murmuró Enzo decepcionado—. Te vio primero. —Isla puso los ojos en blanco, aunque mi hijo mayor mantuvo la mirada respetuosa. Esperaba sinceramente no tener que competir con mi hijo por el afecto de mi futura esposa—. ¿Y esa cita para el concierto que me prometiste?

Levanté la ceja. Si Isla pensaba que tendría una cita con alguien, incluido mi hijo, se equivocaba. Era mía y me negaba a compartirla. Podía ser su madre hasta donde quisiera, no obstante, todas sus citas me pertenecían.

—Iremos todos en familia —respondí antes de que ella pudiera hacerlo.

—No sé qué estás haciendo, Enrico, pero no soy tu familia —reviró—. Y deja de hacer sufrir a estos pobres chicos con tus delirios. Tienen una madre. Que está viva, por cierto.

—Estoy al tanto de ese detalle —argumenté con calma. No le contaría toda la verdad hasta que fuera mi esposa. Para entonces estaría bajo las mismas reglas que nuestra organización y el lema de *Omertà* se aplicaría a ella también: Silencio por encima de todas las cosas—. Pero serás mi esposa. Después de todo, tuvimos algo de actividad sin protección la última vez.

—¿Qué actividad? —curioseó Amadeo. Desde luego, no iba a explicar que me había follado a esta mujer sin condón. Había tenido una charla sobre sexo seguro con mis hijos y el

preservativo siempre era imprescindible.

Una mancha de vergüenza marcó sus mejillas. Abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla.

Forzó una sonrisa en sus labios, dirigiendo su mirada esmeralda a los chicos.

—Enzo, Amadeo. Ha sido un placer hablar con ustedes mientras estábamos encerrados en esta horrible habitación. Pero ¿podrían darme un minuto para que pueda hablar con su padre e intentar no asesinarlo?

—Quiero quedarme —protestó Amadeo, ansioso de acción.

Los ojos de Enzo se entrecerraron hasta convertirse en rendijas.

—Me agradas, Isla, pero si matas a *Papà*, tendré que ir por ti.

Su tono era serio, su expresión aún más. Algún día llevaría bien a esta familia.

Afortunadamente, Isla no se ofendió y su expresión se suavizó.

—No lo mataré de verdad. —Sus ojos me fulminaron con la mirada, pero en cuanto volvieron a Enzo y Amadeo, su mirada esmeralda se suavizó—. Sin embargo, le diré lo que pienso, y probablemente no le gustará.

Volvía a mirarme con furia, con tormentas bajo sus delicadas cejas rojas. Había algo satisfactorio en saber que podía hacer *arder* a alguien tan dulce como Isla. De deseo. De ira. De pasión.

—Enzo. Amadeo. Vayan con Manuel.

Los dos lanzaron otra mirada curiosa a Isla y se marcharon corriendo. Isla se llevó las manos a la cadera, en una pose llena de descaro y fuego, mientras me observaba con esos ojos verdes.

—Ahora me dirás todo lo que sabes —exigió—. Empezando por mi madre y lo que tengas que decir sobre lo que tu muy *viva esposa*... —Hizo hincapié en las dos últimas palabras, y sonreí pícaramente mientras mi mirada se deslizaba por su cuerpo—. Me ha contado. —Sin poder resistirme, alargué la mano y le pasé el pulgar por la clavícula. Esa piel cremosa que se sonrojaba cuando estaba excitada. O alterada. Intentó apartarme la mano de un golpe, pero la agarré por la muñeca, su suave piel sedosa bajo mis ásperas palmas—. ¡Oh, no! Ya no puedes tocarme.

Ya lo veríamos.

—¿Qué te ha dicho Donatella? —pregunté despreocupadamente.

—Me dijo que mi madre estaba... *está* en uno de tus burdeles. Que es una puta.

Tragó saliva, con el labio inferior tembloroso. Me dolía el pecho, mas lo ignoré. No podía permitirme debilidades. Era extraño... El dolor de los demás nunca me molestaba. Mis hijos eran la excepción, por supuesto, pero por lo demás, me resultaba indiferente. Cuando se trataba de Isla, odiaba verlo en su cara. Quería ser su villano y su salvador. Quería hacerla sonreír y ser el único que la hiciera llorar. No obstante, serían lágrimas de placer, no de dolor.

Incliné la cabeza.

—¿Le crees?

—No juegues conmigo, Enrico —respondió—. Quiero la verdad. La merezco.

Tenía razón. Se merecía la verdad, aunque no era el momento ni el lugar para ello. Primero la quería como mi esposa sin posibilidad de volver atrás. Una vez que fuera mía y no tuviera oportunidad, o intención, de huir de mí, entonces le diría la verdad.

—¿Quieres saber la verdad? —Asintió—. Entonces cástate conmigo y te lo contaré todo.

Observé, fascinado, cómo cambiaba el comportamiento de Isla. Su temperamento se encendió como un volcán en erupción. Algo oscuro parpadeó en sus ojos, y en ese mismo momento me di cuenta de que había mucho más en ella de lo que se veía a simple vista. Había desaparecido la joven sonriente y radiante. En su lugar estaba su ira.

—Casarme contigo —repitió, con desdén—. Estás trastornado, igual que tu esposa. Déjame decirte las razones por las que no me casaré contigo. —Levantó la mano para enumerar cada una de las razones con las uñas con manicura a la francesa—. En primer lugar, *ya* estás casado. Con esa loca que parece realmente fuera de sí. Deberías investigar esa mierda. —No tenía ni idea de que había tenido a Donatella entrando y saliendo de instituciones durante los últimos trece años—. En segundo lugar, eres un infiel mentiroso. Tercero, aparentemente también eres un criminal. Un ser humano repugnante que tiene burdeles. ¡Burdeles! No quiero estar en la misma habitación que tú, y mucho menos casarme contigo.

Enarcó una ceja, desafiándome. Sin embargo, me negué a caer en la trampa. Tendría que jugar bien y ganar a mi novia. Con *chantaje*, naturalmente.

—No tengo burdeles, y te aconsejo encarecidamente que reconsideres tus palabras. A menos que quieras que tus amigas y familiares paguen por tu desobediencia. Particularmente, tu amiga Reina.

Un suave jadeo salió de sus suaves labios rosados y el horror se adueñó de su expresión antes de que se recompusiera y fijara la barbilla con obstinación.

—Puedes pensar que eres el único criminal que conozco, pero te equivocas. Puedo hacer que un lobo más grande y más malo venga por ti.

Le lancé una sonrisa que normalmente aterrorizaba a los hombres que trabajaban para mí.

—Estoy listo para ello, *Piccolina*. Pero no grites lobo cuando veas a tu hermano y amigas heridos.

—No lo harías.

—*Oh*, lo haría.

Su piel cremosa se sonrojó.

—Mi hermano te destruirá —siseó.

—¿Te refieres al que mató a tu madre? —En el momento en que pronuncié las palabras, me arrepentí de ellas, no obstante, ignoré la punzada en el pecho que comprendí que era culpa. Ignoré el dolor que destellaba en sus ojos. No podía permitirme ser débil. Tenía que conseguir su cooperación a toda costa.

Avancé hacia ella, con las suelas de mis zapatos de cuero italiano firmes contra el suelo. Isla empezó a retroceder, pero no me detuve. No hasta que estuvimos pecho con pecho, su espalda a la pared.

En su mirada brillaba el miedo, aunque también había algo más. Deseo. Un hambre igual a la mía. Su pulso palpitaba en la base de su garganta y necesité todo mi autocontrol para no bajar la boca y succionarlo.

Luego, como si recordara que estábamos discutiendo, levantó la barbilla.

—Deja de intentar intimidarme.

Me burlé.

—*Piccolina*, no necesito intimidarte. Ya estás asustada. —El deseo de tocarla se impuso, y llevé el pulgar a la base de su garganta, recorriéndola suavemente. Dios, su olor me volvería loco. Coco mezclado con su excitación. Era embriagador—. Y créeme, puedo hacer una llamada y tener a tus amigas muertas, así de fácil. Empezaré por la más joven y seguiré de ahí.

Se lamió los labios, con el pecho subiendo y bajando.

—¿Estás loco? —Exhaló.

—Sí —admití—. Estoy *Pazzo* por ti.

Y *estaba* tan loco por ella. Estaba dispuesto a empezar una guerra contra su hermano y el cártel brasileño por tenerla. Después de todo, era la *Bratva* desconocida y la princesa del cártel.

Aún no la conocían, pero era cuestión de tiempo que lo supieran. Entonces vendrían por ella, pero como mi esposa, no podrían arrebatármela.

Me observaba fijamente, con ojos ilegibles. Brillaban como esmeraldas bajo el sol. Casi se podía ver cómo sopesaba sus opciones y cómo no le gustaban las conclusiones a las que llegaba.

—Si me caso contigo, no tocarás a mi hermano ni a mis amigas. —Nos miramos fijamente, su aroma se me metió en los pulmones y amenazó con apoderarse de mí. Mi control se tambaleaba y mis impulsos me empujaban a enterrarme dentro de ella, aquí y ahora.

Era el cielo. Yo era el infierno. Juntos éramos el pecado perfecto. ¿Cómo podía no *ver y sentir, eso?*

—Cásate conmigo y estarán a salvo.

Su mirada se desvió hacia mi boca antes de fijarse en mis ojos.

—No tocarás a Reina, independientemente de lo que haya hecho o de lo que hayamos sido cómplices. ¡Júralo!

Su respuesta despertó mi interés. Mi amenaza con respecto a Reina no era más que una táctica. Sabía por Kingston que las chicas se protegían unas a otras, pero en particular a la más joven del grupo. Reina, de solo veintiún años.

—Lo juro. —Maldición, juraría por todo lo santo y lo profano, vivo y no vivo, para conseguir su acuerdo.

—Nos mantendrás a salvo. Promételo.

Dejé escapar un suspiro sardónico entre los dientes y me pasé la mano por la mandíbula. Esto se ponía cada vez más interesante.

—Las mantendré a salvo. —Exhaló un suspiro de alivio, aunque era igual de probable que fuera de resignación. Era difícil saberlo. Su tez estaba ligeramente pálida. Tenían que estar ocultando algo—. Lo prometo. Además, si ustedes no han hecho nada malo, no debería haber nada de qué preocuparse. ¿No es así?

Observé el movimiento de su delgado cuello mientras tragaba saliva. Tenía que ganarme su confianza y su cuerpo, eso era evidente.

—¿Qué sabes? —Le temblaba la voz y también los dedos que trataba desesperadamente de mantener firmes.

Enarqué una ceja, mirándola.

—Sé muchas cosas. ¿Por cuál preguntas en concreto?

Negó con la cabeza.

—No voy a caer en eso. No sabes una mierda, y no te lo voy a decir. —Luego sonrió con fuerza, viéndome con el ceño fruncido. Con su metro setenta, se las arreglaba para parecer más alta. Especialmente cuando esas esmeraldas brillaban como relámpagos sobre un bosquecillo de árboles.

Me encogí de hombros.

—Me lo dirás tarde o temprano. Pero dalo por seguro, Isla, si quieres que tus amigas estén protegidas, aceptarás mi propuesta. Por su bien. Por el bien de tu familia. Por tu bien.

Sacudió la cabeza, exasperada.

—¿Quién en su sano juicio amenaza a alguien para que se case con él? —Estaba claro que no conocía bien a su hermano. Se decía que había secuestrado a Tatiana en la boda de su hermano y se había casado sobre la marcha, literalmente, haciendo que un cura celebrara la ceremonia en el avión.

—Ahora dime en qué se han metido tú y tus amigas. No quiero ver a mi novia acabar en la cárcel.

Su mirada brillaba de ira.

—Si te niegas a darme respuestas hasta después de casarme contigo, haré lo mismo. *Stronzo*.

—Veo que aprendiste algo de italiano. —Lástima que no empezó con una palabra más útil—.

No puedes mantener secretos de mí por mucho tiempo.

Se rio entre dientes.

—Bueno, mira como lo hago. *Papi*.

Mi polla estaba en ese momento dura como una roca, retorciéndose para enterrarse dentro de ella. Joder, nunca había sido mi fetiche, pero de repente necesitaba oírla gritar “Papi” y suplicármelo.

En vez de eso, le di una nalgada. Con fuerza.

Su exuberante boca se entreabrió y un rubor se extendió por su pálida piel.

—Recuerda usar esa boca la próxima vez que te folle. —Hice una pausa cuando puso los ojos en blanco—... Como mi esposa.

VEINTISÉIS

ISLA



S ecuestraron a mi cuñada y yo estaba vestida de novia, tres horas después, a punto de casarme.

Sola. Ojalá mis amigas estuvieran aquí conmigo. Lo habrían hecho más fácil, y al menos alguien podría ver este precioso vestido de novia, matrimonio falso o no.

Se me estrujó el corazón al contemplar mi reflejo en el espejo de cuerpo completo. El vestido de novia era precioso y me quedaba perfecto. Me decía que Enrico lo había planeado. Desde luego, no había comprado un vestido tan exquisito en una tienda. También descarté la posibilidad de que perteneciera a su esposa, *supuestamente muerta*, ya que era más alta que yo y de complexión diferente.

Lo que me llevó al punto final. Había aceptado casarme con él, pero para mantener a salvo a mis amigas y saber la verdad sobre mi madre. El hecho de que ya estuviera casado significaría que el matrimonio sería nulo.

Bingo. Toma eso, hijo de puta guapo papi italiano. Jaque mate.

Volví a fijarme en mi reflejo. Era realmente un vestido de novia de cuento de hadas. Su corpiño sin mangas se ceñía a mi cuerpo, acentuando mis pechos y la diminuta curva de mi cintura. El vestido brillaba bajo la luz que entraba por las grandes ventanas francesas del dormitorio.

El mismo dormitorio al que me llevó aquella primera noche.

Debería haber sabido que jugar con un hombre tan poderoso sería como jugar con fuego. No era el tipo de hombre con el que se tenía una aventura. Era intocable. Era corrupto.

Y la forma en que me miraba hablaba de propiedad. Era *posesivo*.

Dejé escapar un fuerte suspiro. ¿Por qué tenía la sensación de estar preparándome para mi propia perdición?

La puerta de la habitación se abrió y Manuel entró a grandes zancadas. No pude resistirme a poner los ojos en blanco.

—Y aquí viene el guardaespaldas —murmuré.

—Tío.

Arrugué las cejas.

—¿Eh?

Sus ojos se entrecerraron ligeramente en las esquinas.

—No soy su guardaespaldas —aclaró. Tenía la sensación de que no le caía muy bien. Bueno,

qué pena. A mí tampoco me agradaban ninguno de ellos. Bueno, excepto Enzo y Amadeo—. Soy su tío.

Mis ojos lo recorrieron. No parecía mayor que Enrico. Tenía que estar tomándome el pelo. Aunque no importaba, no iba a estar aquí mucho más tiempo.

—En realidad, noticia de última hora. —Me llevé las manos a la cintura y lo fulminé con la mirada—. Eres cómplice de un chantajista.

Se encogió de hombros.

—Haces tu cama; acuéstate en ella.

—¿Qué demonios significa eso? —espeté. Un músculo saltó en su mandíbula—. Solo ligamos. Sé que ustedes son viejos y quizás un poco anticuados, pero “ligar” significa tener sexo una noche y luego cada uno se va por su lado.

Manuelladeó la cabeza y me observó fijamente. No parecía impresionado con mi definición.

—Lo tendré en cuenta. Ahora, vamos a la iglesia.

Me burlé.

—¿Qué tal si me dices lo que sabes de mi madre y no te implico en este chantaje? —No se movió—. Te juro por Dios, Manuel, que los mandaré a ambos a la maldita cárcel. Por homicidio involuntario, o alguna mierda así.

Estaba hablando estupideces, y por lo que parecía, Manuel lo sabía. Pues que me demandara. El derecho y los negocios no eran mi fuerte.

—De acuerdo. Sin embargo, primero te llevaremos a la iglesia.

Nunca había pensado en el matrimonio. ¡Nunca!

No obstante, aquí estaba, en la basílica de Saint-Denis, en la Rue de la Légion D'Honneur, caminando hacia el altar mientras el organista tocaba la tradicional *Marcha nupcial* de Mendelssohn. Era el lugar de entierro de cuarenta y tres reyes y treinta y dos reinas, y de alguna manera Enrico se las arregló para conseguirla para esta farsa de ceremonia. ¿Qué tan fuertes eran las conexiones de Enrico Marchetti, exactamente?

En el altar había un sacerdote que probablemente no tenía ni idea del pecado capital que estaba cometiendo: casar a un hombre ya casado con una joven inocente. De acuerdo, quizá no era tan inocente. Enrico y Manuel estaban de pie frente al viejo sacerdote, mirándome mientras me dirigía al altar. Sola.

Se sentía mal. Se sentía... solitario. Mi hermano debería estar aquí. Mis amigas. Aunque todo esto era falso, quería llorar. Era tan estúpido.

Me quedé observando al hombre cuya mirada no me abandonaba en ningún momento. Tenía que admitir que estaba perfecto con su traje de tres piezas. Todo un magnate italiano adinerado. Como un oscuro rey de la mafia preparándose para corromper a su inocente novia.

Y que Dios me ayudara, a pesar de todo, quería ser corrompida. Era lo único que realmente podía aceptar cuando se trataba de esta falsa ceremonia de boda. Tendría relaciones sexuales, y luego seguiría mi camino como si nada hubiera pasado.

Gran plan.

Tendría sexo, aprendería todos los secretos relacionados con mi madre y luego volvería a mi vida, mi música y mis amigas.

Mis pasos se ralentizaron a medida que me acercaba al altar, pasando junto a las bancas vacías. Enzo y Amadeo estaban sentados en la primera, dos figuras solitarias en una iglesia que

podía albergar al menos a doscientas personas. Mientras tanto, no podía dejar de preocuparme por mis amigas. Por Tatiana. Incluso por mi hermano. Por muy enfadada que estuviera con los dos últimos, los quería a salvo.

Sin embargo, en lugar de llamar a mi hermano y averiguar cómo estaba la situación, me veía aquí. *Casándome*. La preocupación por ambos era como plomo en la boca de mi estómago, negándose a aliviarse. Enrico tampoco tenía más información.

Dejé escapar un pesado suspiro y volví a centrar mi atención en Enrico. Su expresión de obsidiana me arrastró al pozo de oscuridad donde solo existían el pecado, el placer y los impulsos carnales.

Se me puso la piel de gallina cuando me tomó del brazo. Un escalofrío brotó bajo mi piel cuando nos miramos el uno al otro. El sacerdote empezó a recitar bendiciones y, demasiado rápido, llegó el momento de pronunciar nuestros votos sagrados.

Aunque sabía que esta ceremonia era un engaño, la gravedad de lo que estábamos haciendo me golpeó de lleno.

—Cuando estén listos, pueden decir sus votos. —La voz del sacerdote atravesó mis pensamientos.

Sus ojos encontraron primero a Enrico, que ni siquiera dudó y empezó a recitar los suyos con voz clara y profunda, aunque la mantuvo sorprendentemente baja.

—Yo, Enzo Lucian Marchetti, te tomo a ti, Isla Evans, como esposa. Prometo serte fiel en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad. Prometo honrarte por el resto de mis días.

Inhalé con fuerza. ¿Enzo? ¿Qué demonios? ¿Por qué usaba otro nombre y por qué me sonaba familiar? Lo había escuchado antes, estaba segura. ¿Pero dónde? Mi cerebro se negaba a cooperar, aunque eso podía deberse a todas esas palabras que el cura estaba recitando. Jesucristo, ¿era una misa católica u ortodoxa? La segunda se alargaba y alargaba hasta que te encontrabas dormida y roncando en tu asiento. Aunque la primera tampoco era emocionante, había mucho “siéntate, levántate, arrodíllate”, así que adormecerse era imposible.

El sacerdote se aclaró la garganta y apartó mi atención de la información que seguía rebotando en mi cerebro.

Tragué saliva y empecé a recitar mis votos. *Votos falsos*, por supuesto.

—Yo, Isla Evans, te tomo a ti, Enrico... —El sacerdote se aclaró la garganta.

—Enzo Lucian Marchetti —me corrigió el cura. No me gustó. Escuchar de nuevo ese nombre hizo que mi mente cosquilleara con un recuerdo que se negaba a aparecer.

—Para que seas mi esposo. Prometo serte fiel en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad. Por el resto de mi vida.

Santo cielo, realmente había pronunciado las palabras. Todo en este momento parecía demasiado real. ¿En qué me estaba metiendo?

El sacerdote sonrió y centró toda su atención en Enrico.

—¿Enzo Lucian Marchetti, tomas a Isla Evans como tu legítima esposa, para tenerla y conservarla, desde hoy en adelante, en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe?

—Sí, acepto. —No había ni una pizca de duda en su voz. Sus ojos brillaron de satisfacción, probablemente pensando que me tenía atrapada. O que contaba con que no lo delataría por este asunto fraudulento. Incluso usaba un nombre falso. Eso en sí mismo tenía que anular todo este asunto. ¿Cierto?

La atención del sacerdote se dirigió hacia mí.

—¿Isla Evans, tomas a Enzo Lucian Marchetti como tu legítimo esposo, para tenerlo y

conservarlo, de hoy en adelante, en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe?

Sentí que todos me observaban mientras las ruedas de mi mente seguían girando. Estaba justo ahí, si tan solo todos se callaran, retrocedieran y me dejaran *pensar*.

—¿Señorita Evans? —insistió el sacerdote, apresurando mi respuesta. Me moví sobre mis pies y sentí el apretón de Enrico alrededor de mis dedos.

—Sí, acepto. —Las palabras sin aliento escaparon de mis labios sin mi permiso.

Manuel se adelantó con los anillos y dejó que el cura los bendijera antes de entregarme los míos. Qué conveniente que tuviera todo: el vestido, los anillos, el cura, la iglesia. Era un hombre bien preparado.

¿Enrico-Enzo? Estaba confusa sobre cómo llamarlo ahora, me tomó la mano y declaró:

—Te doy este anillo como signo de nuestra unión y fidelidad en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Me quedé mirando aturdida mientras me colocaba en el dedo el precioso anillo *vintage* con esmeraldas y diamantes alrededor de la banda, el frío metal me produjo escalofríos. El anillo encajaba a la perfección.

Cuando llegó mi turno, la mano me temblaba tanto que tuve varios intentos en deslizar la banda en su dedo.

—Los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Antes de que pudiera procesar las palabras, Enrico me agarró el rostro con sus manos y me besó.

Duro. Posesivo.

Su lengua invadió mis labios. Intenté apartarme, pero se negó. Me sujetó la mandíbula y me acarició con la boca hasta que empecé a devolverle el beso. Mi cuerpo se relajó, inclinándose hacia él, y toda mi razón salió de la iglesia.

Parece que fui incapaz de resistirme a este hombre. Fraude o no. Infiel o no.

Para mi desgracia.

VEINTISIETE

ENRICO



Me casé con ella por la iglesia, uniéndola a mí por la eternidad. Manuel tomó unas cuantas fotos de nuestra boda y se aseguraría de que el mundo de *Omertà* supiera que era mía. Isla parecía aturdida, siguiéndonos, extrañamente complaciente. Me hizo sospechar.

—¿Ahora eres nuestra madrastra? —soltó Amadeo.

Intentó sonreír, aunque no lo consiguió.

—¿Qué tal si me llamas Isla?

Enzo sonrió como el alborotador que era.

—Creo que me gusta mamá. O *Matrigna*.

Amadeo se rio entre dientes.

—*Matrigna*. Pero de las buenas.

Isla puso los ojos en blanco.

—Puedes llamarme mamá, pero no contestaré. Y no tengo ni idea de lo que es “*Matrigna*”.

—Madrastra en italiano —replicó Enzo—. *Mia matrigna*. O *mia mamma*.

A los chicos les agradaba; si no, no se burlarían de ella.

Enzo me contó lo que hablaron en la habitación de seguridad. Solo afirmó mi decisión de casarme con ella.

En esos veinte minutos aproximadamente que Isla estuvo en la habitación con ellos, les prestó más atención que la que su propia madre les había dado desde el momento en que nacieron. No era una gran comparación, no obstante, sabía que Isla no se parecía en nada a Donatella. Sabía que protegería a Amadeo y Enzo, así como a nuestros futuros hijos, como la leona que era.

—De acuerdo, chicos. No más bromas. —Rodeé con mi mano la cintura de mi joven esposa—. Ustedes irán con Manuel. Me llevaré al chofer con Isla.

Refunfuñaron y se quejaron, pero siguieron a Manuel hasta su coche. Cuando se marcharon, acompañé a mi mujer a nuestro vehículo y entré detrás de ella.

—*Toma el camino largo hasta la casa* —le ordené a mi chofer en italiano antes de cerrar la división.

Agarré su pequeña cintura y la levanté, trayéndola a mi regazo.

—¡Ay! —chilló, sus pequeñas palmas presionando mis hombros—. ¿Qué estás haciendo?

—Me dejaste sin palabras. —Abrí más las piernas, mi polla ya estaba dura como una piedra

para ella—. Me han dolido las pelotas por ti.

Su piel de porcelana se sonrojó.

—Estoy segura de que tenías una fila de mujeres listas para aliviar ese dolor en tus bolas.

Le di una ligera nalgada, la seda de su vestido de novia me impedía acceder a su piel.

—No quiero a esas mujeres. —Llevé mis manos a su nuca y las cerré en puños alrededor de sus rizos rojo ardiente—. Te quiero a ti. *Mi esposa*.

Encogió sus delgados hombros, balanceando las caderas.

—Entonces, bájame la cremallera del vestido —agregó en un susurro, mirándome con ojos entrecerrados.

—Pequeña, no es el momento adecuado para provocarme.

El sonido de la cremallera envió un eco seductor a través del espacio del auto. El vestido se deslizó por su cuerpo y se acumuló alrededor de su cintura. Mis fosas nasales se encendieron cuando sus pechos quedaron a la vista.

Dio, era tan sexy.

Le quité el vestido por encima de la cabeza y lo dejé caer al suelo de la limusina con un suave sonido. Mi mano recorrió su cadera y luego el interior de sus muslos. Llegué a sus bragas y vi que la tela estaba empapada. Acaricié sobre su centro y escuché su respiración entrecortada.

Cada músculo de mi cuerpo estaba rígido, luchando contra el impulso de inmovilizarla y penetrar en su apretada y caliente entrada. Las calles de la ciudad se veían borrosas a través de la ventana tintada, pero nada de eso importaba. *Nada* importaba, excepto esa mujer sentada en mi regazo.

La necesidad por ella era tan abrumadora, tan animal, que pensé que perdería la cabeza. Quería penetrarla, disparar mi semilla dentro.

Sus pechos estaban en mi cara, su pequeña cintura perfecta bajo mis palmas.

—Quiero respuestas —musitó mientras se inclinaba hacia delante y sus pezones rozaban el material de mi traje. Le di otra palmada en el culo y gimió, apretándose con los muslos mientras se sentaba a horcajadas sobre mí.

—¿No te dije que te pusieras un vestido cuando vinieras a verme?

Sus cejas se fruncieron.

—¿Realmente importa eso ahora?

—Tienes razón. No importa —afirmé. Estirándome en el asiento, tiré de ella conmigo—. Siéntate en mi cara. Ahora mismo.

—¿Qué? —soltó, y le di otra nalgada.

—Última advertencia. Tu coño tiene que estar en mi cara. —Le di una palmada en el culo una vez más para enfatizar—. *Ahora*.

Trepó sobre mi cuerpo, quitándose las bragas como una contorsionista, y ajustó las rodillas hasta colocarse a horcajadas sobre mi cabeza. Podía oler su dulce excitación y se me hacía agua la boca. Tiré de sus caderas hacia abajo hasta que su coño se abalanzó sobre mi cara, ansioso por empezar a trabajar. Mis dedos se clavaron en sus nalgas y sus muslos se apretaron al costado de mi cabeza.

—Maldición —suspiró, con las palmas de las manos apoyadas en la ventana de la limusina para sostenerse.

Me la comí como si estuviera hambriento. Como si fuera mi primera comida en años. Como si fuera la última. Giró las caderas, gimiendo mientras la chupaba y lamía. Estaba tan mojada, su coño hinchado y necesitado mientras la relamía. La acerqué más al borde con mi boca, solo para frenar mi lengua, lamiendo sus jugos.

Dejó escapar un pequeño gruñido frustrado mientras aceleraba sus movimientos, balanceándose adelante y atrás, cogiéndose con mi cara.

—¡Más! —La mujer era tan exigente como yo. Normalmente odiaba ese rasgo en las mujeres, pero con Isla, me encantaba—. Haz que me corra, Enrico, o lo haré yo misma.

Se me escapó una risa oscura cuando pasé la lengua por su clítoris hinchado, arrastré la punta hacia su centro adolorido y la hundí en sus dulces pliegues.

Su espalda se curvó y un fuerte gemido vibró en el pequeño espacio de la limusina. Su respiración se aceleró cuando mi lengua acarició de nuevo su centro, para volver a sumergirse en su interior. No dejaría de chupar y lamer, aunque mi vida dependiera de ello. Como un adicto, cerré los ojos con reverencia y me la comí mientras su suave cuerpo se estremecía.

—¡Diablos, maldición...! ¡Oh...! ¡Voy a...! —Me detuve, levantando los ojos para verla aturdida y observando cada uno de mis movimientos. Soplé aire frío contra su clítoris hinchado y un escalofrío visible recorrió su cuerpo. Clavó los dedos en mi cabello y me sujetó la cabeza contra su cuerpo—. ¿Por qué paraste?

Sonreí satisfecho.

—Ruégame.

Parpadeó, con expresión confusa.

—¿Qué?

—Suplícame que te haga venir. —No necesitaba saber que la haría correrse, aunque se negara a suplicar. Joder, no podría mantenerme alejado de su coño, aunque lo intentara—. Ruégame por mi boca. Por mi lengua. Por mi polla.

Por un momento, pensé que me mandaría a la mierda, mas su hambre de placer debió de pesar más que su razón.

—Por favor, *Papi*. Haz que me corra —gimió, mientras su pálida piel se volvía rosada—. Cógeme con la boca. Dame tu miembro. Dámelo todo.

Mi longitud estaba a punto de estallar al escuchar su voz ronca y quejumbrosa llamándome Papi. Volví a sumergirme en su vagina y me puse manos a la obra.

Le metí dos dedos con brusquedad mientras, al mismo tiempo, atraía su clítoris entre mis labios y succionaba.

Sus dedos se enredaron en mi cabello, su cuerpo se sacudió y tembló mientras se desgarraba. Apenas podía respirar, asfixiado por su hermoso coño. Le mordisqueé el clítoris y se estremeció, desplomándose sobre mí, completamente agotada.

Respirando con dificultad, se apartó de mi cara y se deslizó por mi cuerpo. La observé, con la polla dura dentro del pantalón. Sus brillantes esmeraldas encontraron mi mirada. Se lamió los labios y sus ojos entrecerrados se clavaron en mi entrepierna.

—¿Quieres mi polla? —Asintió con entusiasmo, sus ojos se centraron en mi bulto—. Entonces sácame—. Agarró mi cinturón, empezó a desabrocharlo y luego buscó mi miembro, rodeándolo con sus dedos. Cerré los ojos al sentir su cálida piel—. Méteme dentro de ti, *Dolcezza*.

Alineó mi punta con su entrada y empezó a bajar, rodeándome con su calor húmedo. Incapaz de contenerme, moví las caderas mientras la penetraba. Apoyó una mano en mi pecho y la otra en la ventana.

—Mierda. —Jadeó—. Maldición, maldición, maldición.

Lo saqué, pero volví a meterlo. Estaba tan apretada que me sentía como en el paraíso.

—*Cazzo, tu mi fai sentire così bene.*

Su mirada verde vidriosa de lujuria encontró la mía.

—¿Qué significa eso?

—Significa que me haces sentir muy bien.

—Dios, me haces sentir bien, también, con esa gran polla.

Cazzo, podría hacerme correr con esa boca descarada. La llenaría con mi miembro más tarde, pero por ahora, necesitaba sentir su coño estrangulándome. Empujé hacia arriba mientras arrastraba sus caderas hacia abajo, empalándola por completo. Tuve que cerrar los ojos y apretar los dientes, se sentía tan bien.

—Demonios, Papi —gimoteó.

Mis pelotas se tensaron al instante, la lujuria se disparó directa a mi ingle como un relámpago. La agarré por la nuca y tiré de su cabeza hacia abajo hasta que mi boca llegó a la concha de su oreja.

—¿Tu coño está listo para mí? Porque me he estado conteniendo.

—Oh, Dios —susurró, sus caderas se balanceaban—. Estoy lista.

—Buena chica —halagué, con voz áspera. Enredé sus largos rizos en mi puño y tiré con fuerza, su boca encontró la mía—. Ahora, monta la polla de Papi.

Sujeté su cabeza cerca de mí, mi otra mano en su cadera guiando sus movimientos arriba y abajo. Sus senos rebotaban contra mi pecho, sus caderas se movían, mi miembro entraba y salía de su coño empapado.

—*Mia moglie*. —Mordí su cuello, estropeando su piel perfecta—. *Mia piccola puttarella*.

Cerró los ojos y su coño estranguló mi verga mientras movía las caderas. Le solté el cabello y hundí los dedos en su piel suave. Moví las caderas hacia arriba, perforándola. Con fuerza. Rudo. Sus músculos temblaron. Su centro se tensó y supe que estaba a punto de correrse.

Nunca había conectado con una mujer como lo hacía con Isla. Follaba libremente, disfrutaba del placer con todo su ser y no contenía nada. Era como si estuviera hecha para mí. Cada curva de su cuerpo se amoldaba al mío como si estuviéramos hechos de la misma carne.

Me acerqué a su clítoris con el pulgar y lo rocé ligeramente, provocándola.

—Sí, sí. —Jadeó, deslizando las manos por su melena mientras se inclinaba hacia atrás, sin dejar de mecerse contra mi polla—. Por favor. Por favor, dámelo.

—Di 'Ti prego' y abre los ojos —ordené—. Te daré lo que quieres.

—*Ti prego* —repitió en un respiro.

Con la otra mano, le agarré el pecho y se lo apreté con fuerza. Gimió y su vagina se contrajo en torno a mi miembro. Rodeé y froté su clítoris con el pulgar, y sentí que sus paredes se apretaban, ordeñando mi polla. Se corrió con fuerza, gimiendo *Papi*, y joder, nunca se había sentido nada tan bien.

Mis pelotas se tensaron y nuestros ojos conectaron mientras su cuerpo se estremecía sin control. Mi miembro se hinchó dentro de ella, el orgasmo me recorrió mientras el semen salía disparado hacia su cálido y acogedor coño.

El mundo había dejado de existir por un momento mientras mi clímax se prolongaba, mi miembro moviéndose dentro. Fue mejor que nunca. Siempre se sentía diferente con ella. Y siempre lo sería.

Se desplomó sobre mí, con la respiración agitada.

Todos mis secretos estaban a punto de divulgarse.

Cazzo, esta mujer. Sería mi perdición.

VEINTIOCHO

ISLA



Mi corazón amenazaba con estallar en mi pecho mientras me quitaba de encima de mi esposo.

Jesucristo, nunca pensé que estaría casada, y menos con alguien que claramente operaba dentro de los límites criminales del bajo mundo.

«*Es temporal*», susurraba mi mente. Pero algo en la forma en que mi marido me miraba me decía exactamente lo contrario. Dios, ¿qué había hecho? Por alguna razón, no podía encontrar arrepentimiento en cada latido de mi corazón mientras veía a Enrico limpiarme.

Estaba demasiado abrumada para decir algo mientras me ayudaba con el vestido. Volvió a subir la cremallera y su boca bajó para presionar donde se unían mi cuello y mi hombro.

—¿Te gusta el vestido? —El retumbar de su voz mandó vibraciones por mi cuerpo, excitándome. Después de conocer todos estos detalles perturbadores, debería haberme repugnado. Sin embargo, no era así, y eso fue lo que más me molestó.

—Sí —admití—. Mucho. —Giré la cabeza para encontrarme con su mirada—. ¿Cuánto tiempo llevas planeando todo esto?

Podía perder la cabeza cada vez que me cogía, pero eso no significaba que fingiera que todo estaba bien y enterrara la cabeza en la arena.

—Unas semanas. —Ni siquiera se detuvo a considerar que esto podría ser perturbador para mí escucharlo.

—¿Por qué?

—Porque te quería para mí.

Solté una pesada exhalación mientras el agujero de mi pecho crecía hasta amenazar con consumir todo el calor del orgasmo.

—Me tuviste. Probablemente habría vuelto a acostarme contigo. Así que dime algo real.

Algo en esta lujuria, en *él*, me *aterrorizaba*. Temía que me dejara fría y sola al final de todo.

Varias emociones pasaron por su expresión. ¿Admiración? ¿Inconformidad por haberlo desafiado? No estaba segura.

—Quiero protegerte. —La sinceridad de su voz me tomó por sorpresa.

—¿De qué? ¿De tu esposa?

Su mandíbula se tensó.

—*Tú* eres mi esposa. ¿O ya lo has olvidado?

Tuve que reprimir el resoplido. No sabía a qué estaba jugando, pero tenía que haber una

razón para que hiciera todo esto. Si no iba a decírmelo, lo averiguaría por mi cuenta.

—¿Por qué el cura te llamó Enzo Lucian Marchetti?

Sus hombros se tensaron visiblemente.

—Ese es mi nombre. Mi nombre completo.

Fue en ese preciso momento cuando todo encajó. Había leído el nombre antes. En el obituario. *El obituario de su hermano*. Por lo que recordaba, el artículo contaba la historia de cómo él y Donatella habían muerto el mismo día.

Fruncí el ceño al sentir que mi mente daba vueltas a todas las explicaciones posibles. Si su esposa estaba viva, quizá su hermano también. O...

Me froté la frente, con el comienzo de un dolor de cabeza en las sienes. Ese día había sido demasiado. Empezando por la situación de la falsa prisionera con Tatiana hasta esta farsa de unión. Sí, había tenido sexo, y no había sido... terrible. Para *nada* terrible. De alguna manera, sin embargo, lo bueno no superaba lo malo.

—¿Quién eres? —pregunté, con voz débil.

—Tu esposo.

Me rodeé con los brazos y me alejé. Me había casado con un desconocido. La sospecha, que ahora me daba cuenta de que siempre había estado ahí, empezó a recorrerme la columna. Este hombre podría no ser Enrico Marchetti.

Eran casi las tres de la tarde cuando el coche se detuvo frente a la ya familiar mansión en medio de París. Parecía apropiado que acabáramos donde todo empezó.

Sostuve la mirada de mi marido mientras escuchaba la puerta del conductor abrirse y cerrarse antes de que la nuestra se abriera poco después.

Con agilidad, se deslizó fuera del vehículo y extendió la mano.

—¿Vamos, *mia moglie*?

Vacilante, puse la mano en su palma y me ayudó a salir del auto. Una vez a su lado, con la manos entrelazadas, sentí que el miedo helado se mezclaba con el pavor, y que ambas emociones se deslizaban por mis venas.

Si mis sospechas se confirmaban y este hombre era quien creía que era, mis planes de salir de este matrimonio por un tecnicismo no parecían prometedores.

—¿Has oído alguna noticia sobre mi cuñada? —inquirí, decidiendo centrarme en algo más fácil que el misterio Marchetti.

—No. —Aunque parecían días desde el secuestro de Tatiana, solo había ocurrido esta mañana. —No te preocupes. Tú y tu hermano están a salvo.

—¿Y Tatiana?

Dejó escapar un suspiro sardónico.

—Créeme, tu hermano no dejará que le pase nada a su esposa.

Tenía razón. Illias era una fuerza a tener en cuenta; movería cielo e infierno para mantenerla a salvo.

El estómago se me llenó de nervios cuando entramos en su casa. Suponía que ahora también era *mi casa*. La mano de Enrico, *Enzo*, se posó en mi espalda baja mientras me guiaba por el pasillo de mármol blanco.

Abrió la puerta y me hizo un gesto para que entrara. Mis pasos fueron vacilantes mientras me dirigía de nuevo al interior de la casa en la que Tatiana y yo entramos esa misma mañana con el plan de sacar a la luz todos los secretos. En retrospectiva, podía admitir que fue ridículo.

—Cenaremos temprano —me informó Enrico.

—¿Cuándo vamos a hablar? —exigí una respuesta.

—Más tarde. —La advertencia sonó en su voz, y tuve suficiente sentido común para no presionarlo. En ese momento no. Pero tenía toda la intención de hacerlo. *Más tarde.*

Pasó a una habitación en la que no había estado antes. Una sala, por lo que parecía. Se detuvo delante de una licorera y se sirvió una copa, que se bebió de un trago. Me quedé de pie en medio de la habitación, sin saber qué hacer. Era un territorio nuevo para mí.

Me lamí los labios, repentinamente sedienta.

—¿Puedo tomar un poco de eso, o el licor solo está reservado para ti? —Era su esposa, después de todo. Lo menos que podía hacer era mostrar algunas cualidades de caballero—. Ha sido un día duro para mí también.

Enrico me penetró con su mirada. Se sirvió otra copa de coñac y se la bebió de un trago. Separé los labios, indignada, no obstante, antes de que pudiera decir algo, acortó la distancia que nos separaba y me agarró la nuca. Apretó sus labios contra los míos. Me agarré a su bíceps mientras me devoraba, el sabor del coñac pasando de su boca a la mía, encendiéndome. Este hombre era embriagador.

Cuando se retiró, estaba aturdida, con los dedos agarrados a su chaleco como si mi vida dependiera de ello.

—Ahí están. —La voz de Manuel vino de detrás de mí y me di la vuelta para encontrarme con él y los hijos de Enrico allí de pie. Los ojos de Manuel eran ilegibles, pero los chicos sonreían como si acabaran de asistir en primera fila a una película porno.

Me invadió la vergüenza.

—Tenemos una sorpresa para ti, *Matrigna*.

Gemí.

—Te dije que dejaras de llamarme...

—¡Sorpresa!

El aire abandonó mis pulmones mientras miraba congelada las caras sonrientes. Mis amigas estaban aquí. Reina, Phoenix, Raven, Athena, todas con vestidos rosas a juego.

—¿Cómo... qué.. están...?

Miré a mi esposo, que había venido a mi lado. No sonreía. Su rostro era una máscara fría, sin embargo, algo en su mirada oscura me calentó el corazón. Me rodeó la cadera con la mano, inclinó la cabeza y me susurró al oído:

—Siento que estuviéramos solos en la iglesia. Esto es para ti. Sorpresa, *amore mio*.

La emoción se apoderó de mí y algo en mi pecho se resquebrajó, el calor se coló por mis pliegues. ¿Cómo podía ser tan dulce alguien que había amenazado a mi cuñada y me había obligado a casarme con él?

Le di un beso en la mejilla y, sin decir nada más, fui hacia mis chicas. Una enorme sonrisa adornó mi rostro cuando llegué hasta ellas, apretándolas a todas en un círculo. Nos fundimos en un abrazo desordenado, riendo. Cualquiera diría que hacía meses que no nos veíamos, y no unas semanas.

—Demonios, me estoy asfixiando —objetó Raven, la risa tiñendo su voz.

—Maldición —suspiró Reina—. No puedo creer que estés *casada*.

—Sabía que estabas obsesionada con el pene de Papi. —Me atraganté al escuchar las palabras de Raven.

—Hay niños aquí —protesté, dirigiéndole una mirada mordaz.

—Ups.

Me eché hacia atrás para ver sus caras, haciendo señas y hablando al mismo tiempo.

—*Me alegro mucho de que estén aquí. Ha sido un día infernal.*

Phoenix negó con la cabeza, sus ojos se desviaron detrás de mí mientras señalaba:

—*Ya lo creo. ¿Te obligó a casarte con él?*

—*Algo así, con un poquito de chantaje.* —Respondí sin palabras.

Todas las chicas abrieron los ojos, sus miradas se dirigieron a Enrico, luego a Manuel, a los chicos y de nuevo a Enrico.

—*Al menos es sexy.* —Señó Athena—. *Tener sexo será divertido.*

Raven se rio a carcajadas.

—*Alguien tiene que sacrificarse.*

—*¿Ahora eres madrastra?* —Phoenix preguntó.

La fulminé con la mirada y señé, con movimientos ligeramente erráticos:

—*No digas esa palabra.*

Las chicas soltaron una carcajada, echando la cabeza hacia atrás y riendo, cuando el aclarar de una garganta nos interrumpió.

—También quiero saber lo que dicen —exigió Enzo, ensombreciendo ligeramente su expresión.

—Seguro que están diciendo lo guapos que somos —comentó Amadeo, con una sonrisa lobuna de oreja a oreja.

Las chicas se rieron, sacudiendo la cabeza.

—Señoritas, más vale que tengan cuidado —advertí sonriendo—. Enzo y Amadeo son unos rompecorazones. Las seducirán y luego las dejarán.

—No de inmediato —murmuró Enzo.

Athena y Raven estallaron en más carcajadas.

—Vaya, enamorado —se burló Raven—. Lástima que seas como diez años demasiado joven.

—No nos importan las mayores —anunció Amadeo, sonriendo como si el mundo estuviera a sus pies.

Las chicas se enzarzaron en una alborotada discusión con los chicos mientras Manuel observaba.

Sentí que Enrico deslizaba una mano sobre mi cadera, un tacto posesivo y demandante. Mis entrañas se estremecieron, ansiando ya la sensación de su cálido cuerpo sobre el mío. Nunca había deseado tanto ser consumida. Poseída.

—¿Qué tal una cena de celebración, y podemos continuar la discusión de las mujeres mayores? —sugirió Enrico.

Reina interpretó para Phoenix.

—O podemos hablar de *sugar daddies* —pronunció Athena inexpresiva, con los ojos brillantes.

Riendo, todos nos dirigimos hacia el comedor.

VEINTINUEVE

ENRICO



S abía que Isla tenía espíritu.

Fue algo que noté en cuanto la vi. Brillaba. Sonreía. Era feliz. Al menos, en este momento.

Ramos de rosas rojas y blancas estaban esparcidos por el centro de la mesa. El comedor se había transformado para la cena nupcial. Los cristales del candelabro resplandecían, creando una suave iluminación en la habitación. Las velas creaban una atmósfera romántica, haciendo que el espacio resultara acogedor e íntimo.

Sin embargo, de vez en cuando, Isla suspiraba mientras miraba el teléfono móvil. Estaba preocupada por su hermano y su cuñada. También había estado pendiente de la situación. No había nada nuevo que contar, pero si conocía a Konstantin, protegería a su esposa a costa del mundo entero.

Mi mirada encontró a mi propia esposa. Mi hermosa novia, por chantaje o no.

Quemaría el mundo entero por ella. Destruiría imperios, incluido el mío, si eso significaba conservarla. ¿Cómo era posible pasar de no preocuparme por nadie más que por mis hijos a preocuparme por alguien tan profundamente? Era diferente con Enzo y Amadeo. Me necesitaban. Pero esta mujer no, y, sin embargo, no podía dejarla ir. La verdad era que su hermano podía protegerla. Después de todo, la había mantenido en secreto de la *Omertà* durante los últimos veintitrés años. Nuestra única noche juntos la expuso al inframundo.

Agarré un jarrón de cristal, me enderecé y tendí la mano a mi joven novia.

Miró el jarrón y mi mano con curiosidad.

—¿Qué?

—¡Es hora de romper el cristal! —anunció Manuel—. Por la *buona fortuna*.

Por la expresión en la cara de Isla y de sus amigas, no tenían ni idea de lo que había dicho. Sinceramente, me sorprendió que las chicas Romero no conocieran el término italiano que significa buena suerte. Su familia debía de tenerlas muy protegidas.

—Para la buena suerte —aclaré—. El número de piezas rotas representará el número de años que estaremos felizmente casados.

Isla soltó una risita suave, arrugando su naricita de botón.

—Bueno, por supuesto. Vas a necesitar toda la suerte que puedas tener.

Me tomó de la mano, se levantó y juntos nos dirigimos a la esquina de la habitación.

—Espero que sepas que no voy a limpiar esto —advirtió Isla.

Pude escuchar la risita de Manuel y quise retorcerle el cuello.

—Es el día de tu boda. No se espera que limpies ni cocines hoy.

Puso los ojos en blanco.

—O nunca.

Ambos sujetamos el jarrón y conté.

—Uno, dos, tres. Ahora.

Dejamos caer el cristal y vimos cómo se rompía por todo el suelo de mármol en cientos de trocitos diminutos.

—Bueno, mierda. Parece que te vas a quedar con mi sobrino un buen rato —comentó Manuel.

Me pareció oír a Isla decir:

—Ya veremos.

Volvimos a nuestros asientos y se quitó los tacones. En cuanto empezó el servicio de la cena, Isla volvió a concentrarse en sus amigas.

Manuel se sentó a mi lado mientras mis hijos abandonaban sus asientos para sentarse entre las chicas. Isla tenía razón. Intentaban cautivarlas. Ni siquiera mi esposa se salvaba.

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan ligero. Incluso tan feliz. En este preciso momento, me sentía en paz. Como si el mundo hubiera estado girando solo para llegar a este momento.

Isla se reía y hablaba con sus amigas, todas ellas utilizando el lenguaje de señas americano en beneficio de Phoenix. Enzo y Amadeo intervenían a menudo y mi esposa o Reina se turnaban para hacer señas de lo que decían. Deduje que era porque eran las más competentes.

—*¿Qué se siente ser un hombre casado?* —indagó Manuel en voz baja, cambiando a italiano. Ninguna de las chicas hablaba el idioma. Cada vez que Enzo o Amadeo decían algo en su lengua materna, las chicas sacaban su aplicación de Google Translate y los hacían hablar en ella.

—Bien. Deberías intentarlo.

Manuel negó con la cabeza.

—Vi lo que le hizo a mi hermano. A tu hermano. A nuestros padres. No necesito ese dolor de cabeza. —Durante mucho tiempo, pensé lo mismo. Hasta que la conocí. Ahora, quemaría el mismísimo infierno si eso significaba mantener a Isla conmigo—. ¿Se lo has dicho?

—No —respondí.

—¿Lo harás?

No quería decírselo. Nada de eso. Pero ella ya sospechaba algo.

—¿Por dónde demonios se empieza?

Dejó escapar un suspiro.

—Tal vez por el principio.

Mi cabeza se inclinó hacia un lado para mirarlo.

—A veces actúas como un anciano. —Se rio entre dientes, reclinándose en la silla. Luego, como le gustaba ser el cómico de la familia, se frotó la barriga inexistente y la barbilla—. Ahora actúas como un Santa Claus trastornado.

Hizo un gesto con la mano, desestimando mis insultos.

—Sería el Santa Claus más *sexy* que haya pisado esta tierra.

Puse los ojos en blanco.

—Ya quisieras.

—Veo que tu joven esposa ya se te está pegando —señaló Manuel—. Qué falta de respeto a tus mayores.

—Más vale que tengas cuidado, *Vecchio* —musité, volviendo al español—. O podría

encontrarte una esposa aún más joven.

No me pareció mala idea en absoluto.

TREINTA

ISLA



Intenté mantener a mis amigas cerca todo el tiempo que pude. No porque temiera a la noche de bodas, sino porque temía lo que aprendería. Cada vez que se preparaban para marcharse, las sentaba de nuevo y empezaba otra conversación. Hasta que mi esposo se dio cuenta y le puso fin con una sola expresión sombría.

Con el corazón encogido, les di las buenas noches y las despedí desde la puerta hasta que desaparecieron de mi vista. Reina no dejaba de mirarme con expresión preocupada, y forcé una sonrisa algo tranquilizadora.

Las palabras que señó en ASL para que solo nosotras pudiéramos entender seguían sonando en mi mente: «*No le digas nada del cuerpo. Buscará venganza o se lo dirá a los hermanos Leone. Están obligados por el juramento de Omertà*».

—Juró que nos protegería a todas. —Señé de vuelta.

—No confíes en ellos. —Gesticuló Reina—. *Nunca confíes plenamente en ellos.*

Después de todo, confió ciegamente y mira adónde la había llevado. No podía culparla por su desconfianza, así que asentí. Tendría cuidado con nuestro secreto porque no solo una de nosotras pagaría por esa muerte. Todas lo haríamos. *Las espinas de muerte* envolvieron mis pulmones, clavando sus púas en mí y arrastrándome hacia la oscuridad. Aquel día era difícil de olvidar.

—Enzo, Amadeo, es hora de irse a la cama —declaró Enrico, interrumpiendo mis pensamientos.

Mis músculos se tensaron. Iba a intentar sacarles conversación y retrasar lo inevitable. Estaba ansiosa por más sexo, pero de repente, me aterrorizaba saber la verdad.

—Espero que no hagas dormir a los chicos en la habitación de seguridad. —Me reí—. Deberían ver esa película *Flores en el ático* para que sepan de qué trata esta mierda.

La temperatura a mi alrededor cayó en picada al instante.

—Isla, no quieres poner a prueba los límites de mi paciencia ahora mismo. No creas que no sé qué infiernos estabas haciendo.

La agudeza de su tono me atravesó el pecho. Mi hermano nunca había empleado un tono así conmigo y, la verdad, no había hecho nada drástico para merecerlo de mi esposo.

«*A menos que entendiera ASL*», susurró mi mente.

Sacudí la cabeza. Era imposible que lo entendiera. Así que cuadré los hombros con valentía y fingí inocencia.

—No estoy segura de lo que estás hablando —repliqué, parpadeando rápidamente. Phoenix

siempre decía que era difícil resistirme cuando parpadeaba.

Miró por encima de mi cabeza a su familia, que nos observaban fascinados. Parecía que Enrico no estaba acostumbrado a ser desafiado. Bueno, bienvenido a tu nueva realidad, mi querido esposo.

—¡Váyanse ahora! —bramó. Esperó a que se perdieran de vista antes de clavar su mirada en mí.

—¿Quieres que te castigue?

Jadeé con fingido horror, llevándome la mano al pecho.

—¿Quién? ¿Moi?

Maldita sea, debería haber sido actriz.

Sin embargo, por lo que parecía, no le impresionó. Así que tal vez una carrera como actriz no era una opción inteligente. Me tiró de la mano y casi tropiezo cuando empezó a arrastrarme escaleras arriba.

—Cálmate de una maldita vez —siseé—. Quiero decir, sé que quieres arrastrarme a la cama ya que soy tan jodidamente irresistible, pero no deberías olvidarte de la caballerosidad.

Eso pareció entretenerlo, al menos un poco, mientras sus pasos se ralentizaban.

—Tienes razón, *Amore*. Quiero llevarte a la cama. Llevo horas esperando a que termines de cenar. He estado ansioso por llevar a mi esposa a la cama y cogérmela hasta dejarla sin sentido.

—*Ahhh*, así que este eres tú cuando estás sexualmente frustrado —comenté—. Tomo nota. —¿Por qué seguía antagonizándolo?—. Bueno, tendrás que ponerte en mi agenda para cualquier favor sexual. Prefiero tener sexo solo cuando estoy de humor. —Fingí un bostezo—. Me temo que esta noche no es la noche.

¿Qué me pasaba? Tal vez tenía razón y era una masoquista.

Las comisuras de sus labios se curvaron.

—Eres mi esposa. Te follaré cuando quiera hasta que grites mi nombre y pierdas esa actitud tuya.

El calor inundó cada célula de mi cuerpo y mis muslos temblaron.

—Parece una gran tarea, Papi. Espero que puedas seguir el ritmo.

¡Jesucristo, debía querer que me cogiera más de lo que pensaba!

—No te preocupes, Pequeña. —Ronroneó—. Me suplicarás que pare antes de que salga el sol mañana.

—¿Y si no? ¿Y si es un día nublado? —Mi voz era demasiado jadeante. No me agradaba. Debería sonar insultada, en cambio sonaba excitada. Quizás eso era mejor que enterarme de la verdad que en mis entrañas ya sabía.

—Será un día gloriosamente largo para los dos, entonces —aseguró, su tono oscuro y lleno de promesas pecaminosas—. Porque estaré enterrado profundamente en tu apretado y codicioso coño.

Pues bien. Ese era el plan.

Subimos por la grandiosa escalera de mármol y no pude evitar notar lo diferentes que eran las emociones que bailaban por mis venas. La primera noche que vine, la emoción y la adrenalina me invadieron, anticipando una noche salvaje.

Esta noche, subí las escaleras, aún excitada, pero con el temor gestándose en la boca de mi estómago. Me advertía que había cometido un gran error. No tenía en cuenta que Enrico decía la verdad cuando afirmaba que no estaba casado.

¿Por qué no le creí?

Me había atrapado entre sus espinas y, por la oscura posesión que brillaba en sus ojos, temí

que no me dejaría marchar. Me observaba como si fuera suya y perteneciera a su corrupto imperio, encerrada en una jaula dorada.

No me había dado cuenta de que, a cada paso, mis pies pesaban más y mis movimientos eran más lentos. Mi marido se detuvo a mitad de la escalera que conducía a su *dormitorio* y me echó al hombro como un vikingo.

Se me escapó un chillido ante el repentino movimiento.

—¿Qué estás haciendo? —exclamé, con mis puños golpeando su esculpida espalda—. ¡Bájame!

Ni siquiera se molestó en contestar. A menos que contaras la fuerte nalgada que me dio como respuesta. Grité, mortificada de que sus hijos y Manuel pudieran haberlo escuchado. Le clavé las uñas en la chaqueta e incluso intenté morderlo.

—No es posible que te enfades conmigo por hablar con mis amigas durante la cena de bodas a la que las invitaste —reviré.

Me cargó por los escalones y me llevó por el pasillo como si no pesara nada, antes de abrir de una patada la puerta del dormitorio. Me tiró en la cama, con el trasero rebotando en el colchón como una muñeca de trapo.

Luego, como si no le importara nada, se dirigió a la puerta y la cerró de un golpe.

—¿Cuál es tu maldito problema? —refunfuñé, molesta—. Primero me das pocas opciones para casarme contigo, y ahora te enojas por quién sabe qué. ¿Estás hormonal o qué?

Había puesto mi vida patas arriba en cuestión de un mes. «*Dios mío, cumplimos un mes*». El lado cursi de mí sonrió. Tuve que matar inmediatamente ese lado, porque esto estaba muy lejos de cualquier tipo de felicidad de aniversario.

—¿Sabes qué día es hoy? —Su voz profunda me puso la piel de gallina. Se quitó la chaqueta y la tiró sobre la tumbona. Mis ojos siguieron el movimiento y se encendieron llamas en mi interior. *Era* el mismo sillón que utilizamos aquella primera noche. Debió de leerme el pensamiento, porque una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios—. ¿Quieres que te incline sobre ese sillón otra vez?

Sí.

—No.

Se encogió de hombros.

—Sobre tus manos y rodillas, entonces. —Jesucristo, esta conversación me estaba mareando—. Volviendo a mi pregunta. ¿Sabes qué día es hoy?

Lo miré por debajo de mis pestañas. ¿Por qué parecía una pregunta capciosa?

—¿El día que nos casamos? —respondí con mi propia pregunta.

—Nuestro aniversario de un mes. —Parecía que no solo yo tenía un lado cursi. Sin detenerse a captar mi reacción a sus palabras, siguió quitándose la corbata, sus fuertes dedos agarrándola. Dio un paso, como un jaguar observando a su presa.

Levanté la barbilla y apreté los labios.

—¿Y estás enfadado porque... —moví las cejas con arrogancia —te he dado el mejor sexo de tu vida?

Se rio entre dientes oscuramente.

—He tenido muchas mujeres en mi vida. —Para mi propio horror, un gruñido vibró en mi garganta. Tenía que aprender a controlar algunos de mis impulsos con este hombre—. No te preocupes, *Dolcezza*, ninguna te llega a la suela del zapato. Supe que eras la elegida en cuanto me lanzaste ese beso, y en el momento en que sonó la primera melodía de tu violín, todo se acabó para mí.

Acechó hacia mí, sus ojos ardiendo con algo de lo que no estaba segura de querer ser objeto. A quién quería engañar. Al verlo, mis entrañas se volvieron líquidas de anticipación. El zumbido caliente bajo mi piel me recorrió, calentándome por dentro y vibrando con la necesidad de una liberación que había aprendido que solo él podía darme.

Se acercó a mí y contuve la respiración mientras lo observaba, con el corazón saliéndose del pecho. Bajó lentamente la cremallera de mi vestido. No me había dado cuenta de que había levantado el trasero para facilitarle el acceso hasta que me lo quitó y lo tiró al suelo, con la seda blanca hecha un charco junto a la cama.

Se sentó a mi lado y sus dedos recorrieron mi pierna tan despacio que sentí escalofríos.

—¿Qué secretos guardas? —Ronroneó tan dulcemente que estuve tentada de abrir la boca.

—Primero cuéntame los tuyos —suspiré, separando ligeramente las piernas cuando su mano se posó entre mis muslos.

Su mandíbula se tensó y una sombra cruzó su rostro.

—Voy a aprender todos tus secretos, esposa. Tarde o temprano.

Sonreí mostrándole los dientes. Esperaba que fuera una sonrisa amenazadora y no la sonrisa bonita de la que siempre se burlaban mis amigas.

—Y aprenderé todos los tuyos, esposo. Te lo advierto.

Sostuve su mirada cada vez más oscura con determinación. No me acobardaría. No de él. Ni de nadie.

—Tal vez sí *deseas* el castigo.

Puse los ojos en blanco.

—Adelante. —«*Con tu polla*». Porque cualquier cosa con su miembro sería placer antes de convertirse en dolor. Me negaba a acobardarme ante nadie. Solo les daba munición para pisotearme, y sabía que a mi marido le encantaban los retos. Bueno, ¡a mí también!

Una risita oscura llenó el espacio electrificado que había entre nosotros cuando su mano se aventuró más profundamente entre mis muslos. Rozó con sus dedos mis bragas empapadas y un suave gemido se deslizó por mis labios sin mi permiso.

—Creo que ansías la idea de que te posean —comentó en tono sombrío.

—Tal vez, pero no olvides que también te poseeré. —Sus dedos se deslizaron bajo mis bragas y mi cabeza cayó hacia atrás.

Mis caderas se arquearon ante su contacto.

—Dijiste que hablaríamos.

—Estamos hablando. —Su dedo se deslizó dentro de mis pliegues y jadeé de lo bien que se sentía—. Hablaremos mucho más. Tus gemidos, mis gruñidos. —Sacó el dedo, añadió otro y volvió a introducirlo profundamente. Otro gemido resonó en la habitación, como para demostrar su punto.

Entonces, sin previo aviso, sacó los dedos y su mano se enredó en mis bragas, para arrancármelas.

—Neandertal —murmuré.

No parecía ofendido. Se inclinó hacia delante, su boca rozó mi mejilla y su aliento caliente me hizo cosquillas en la cara.

—Ponte en cuatro patas, mirando hacia la cabecera. —El tenor firme de su voz mandó vibraciones mientras mis muslos se estremecían de excitación. Mis pezones se convirtieron en capullos sensibles que palpitaban y latían al ritmo de mi cuerpo—. Ahora.

Me apresuré a obedecer, aunque mi cerebro estaba demasiado lento. Hasta que no estuve en posición, me di cuenta de que él seguía casi vestido. Arquee la espalda, esperando que pareciera

seductora, y miré por encima del hombro cuando sus dos palmas se posaron en mis nalgas.

—¿No vas a quitarte la ropa? —Mis muslos se apretaron ante las imágenes de su cuerpo desnudo en mi mente. ¡Dios mío! Esto no podía ser... sano. ¿No?

Me rodeó con una mano y me pellizcó un pezón duro, retorciéndolo entre el pulgar y el índice.

—Eres tan exigente, *mia moglie*.

—¿Eh?

—Esposa. *Mia moglie* significa mi esposa.

Solté un gemido entrecortado cuando volvió a pellizcarme el sensible pezón.

—Creo en... la igualdad. —Mi voz sonó distorsionada ante mis propios oídos por el zumbido en ellos—. Los dos deberíamos estar desnudos.

Estaba detrás de mí como un dios prometiendo placer y castigo. Demonios, ¿era enfermizo que quisiera ambas cosas? El interior de mis muslos estaba cubierto de deseo resbaladizo. Debería estar huyendo y gritando de aquel hombre despiadado, pero lo único para lo que reunía fuerzas era para excitarme.

Me dio una fuerte nalgada en el trasero. Luego se inclinó, su pecho contra mi espalda mientras me susurraba al oído.

—Ahora, déjame demostrarte lo que significa el término “mezclar la ensalada” para mi joven esposa. —Me tensé ante la expectativa que me generó la expresión, había escuchado de ella, sabía a lo que se refería.

Me clavó los dientes en el cuello y estaba desesperada por sentir sus manos por todas partes. Mi sexo palpitaba con un dolor que solo él podía aliviar.

Se apartó de mí, no obstante, antes de que pudiera quejarme de la pérdida de su calor, sentí primero sus dedos en mi trasero y luego su lengua. Mi cuerpo se agitó, pero su mano me sujetó, impidiéndome apartarme de su boca hambrienta.

—Ohh... maldición...

Se me quebró la voz mientras me temblaban las piernas y me daba un vuelco el estómago. Nunca había dejado que nadie se acercara a mi entrada trasera, pero en cuanto sentí su lengua allí, la profunda contracción de mi vientre me dijo que me gustaba. Sentí cómo mi excitación empapaba mi sexo mientras la untaba hasta mi culo.

Con cada roce de su lengua, mi vagina palpitaba con una necesidad tan violenta que pensé que estallaría en llamas. La necesidad de liberación me arañaba, suplicando ser liberada.

—Por favor... Oh... Dios... Enrico... —sollocé, con el cuerpo hecho un caos palpitante.

Se detuvo al instante.

—Mi nombre —exigió—. En el dormitorio, gritarás mi nombre.

Parpadeé confundida y luego lo miré por encima del hombro.

—¿Enrico?

—Papi. —Sus dedos me rodearon el cuello, pero el miedo no me ahogó lo suficiente como para huir de él. Ni para querer que dejara de tocarme, de besarme. Me agarró del cabello y tiró de él—. No más Enrico cuando estemos en la habitación.

Ahí estaba mi confirmación. Mis dedos se enroscaron en las sábanas. Estaba tan necesitada de más de lo que me ofrecía que lo llamaría el maldito diablo si eso significaba que seguiríamos adelante.

—¿Por qué no Enzo? —pregunté con voz ronca, aunque en realidad no importaba, ¿verdad? No era Enrico.

—Es mejor que no te acostumbres a llamarme Enzo. Es demasiado arriesgado. —Quería

cuestionarle el por qué. Tenía tantas preguntas, pero sus dedos se clavaron en mi cuero cabelludo, su agarre se volvió despiadado, y las olvidé todas—. Dilo. Quiero *escucharlo* en tus labios.

La parte de mí a la que siempre le había gustado sobrepasar los límites hizo un puchero. Me lamí los labios, agitando los párpados seductoramente.

—De acuerdo, Papi.

Me soltó el cabello y empezó a desabrocharse el chaleco. Pude ver el contorno de su erección a través de los pantalones y mi sexo palpitó de anticipación. La prenda cayó al suelo y pasó a sus gemelos.

Mientras los desabrochaba, sus ojos estaban en mí todo el tiempo. Moví el trasero, casi sin poder respirar mientras lo esperaba. Poco después se quitó la camisa y se me hizo agua la boca al ver todos sus gloriosos músculos a la vista.

Esa piel bronceada. Esos abdominales firmes y esculpidos. Era todo un hombre con las palmas ásperas y el poder apenas contenido. Necesitaba sentir cómo lo perdía.

—¿Vas a cogerme ahora, Papi? —Deseaba tanto ese miembro grueso que diría y haría cualquier cosa para conseguirlo—. ¿O vas a darme nalgadas primero?

La oscuridad brilló en su mirada, arrastrándome hacia aquellos pozos de obsidiana. Se desabrochó el cinturón lentamente, el cuero agitándose en el aire mientras lo sacaba de las trabillas del pantalón. Sujetó el cinturón mientras se quitaba los zapatos y los calcetines, y luego se desabrochó los pantalones. Se los quitó, quedando gloriosamente desnudo.

Claramente el hombre no creía en los bóxers.

—¿Te han dado nalgadas alguna vez? —Su voz estaba tan llena de promesas carnales que apenas podía respirar. La dulce seducción en el tono de su voz y ese acento italiano bastaron para hacerme ver estrellas.

—No.

—¿Te gustaría? —Me retorcí bajo su intenso escrutinio. ¿Qué diablos me pasaba? El hombre me obligó a casarme. Guardaba secretos que involucraban a mi madre. Había tantas mentiras a su alrededor que nos asfixiaría a todos. Y aquí estaba, contemplando la idea de que me nalgueara.

—Sí, pero no uses el cinturón —musité en contra de mi buen juicio. La forma en que sus fosas nasales se encendieron me embriagó. Me agarró la mandíbula con firmeza y me besó con fuerza, brutal y exigente.

Como una flor al sol, me rendí, deseosa de más. Algo en su toque y su posesión había despertado una parte de mí que no sabía que existía.

—Cuenta hasta cinco, *Dolcezza* —gruñó, claramente satisfecho con mi respuesta—. Empezaremos despacio. ¿*Va bene*? —Su boca se acercó a la nalga izquierda y la besó, mordiéndola suavemente—. ¿*Va bene*? —repitió.

—No sé italiano —le recordé.

Me besó la nalga derecha.

—Cuenta hasta cinco. ¿Está bien?

Cerré los ojos brevemente, intentando no imaginarme lo que estaba viendo. Mi trasero al aire, empapado de mi excitación. Pero entonces recordé cómo había besado mi oscuro agujero unos minutos antes con fervor, y me permití relajarme.

—De acuerdo.

Inhaló profundamente.

—Cazzo, hueles tan bien. —Un escalofrío me recorrió la espalda al escuchar su marcado acento. Su áspera palma me acarició suavemente, y algo en mi pecho se movió. Puso una rodilla

en el colchón, entre mis piernas—. ¿Estás lista?

Asentí con la cabeza.

La primera nalgada reverberó en el aire y me ardió la nalga. Respiré hondo. ¡Maldición! Rápidamente llevó su mano a la piel ardiente y la frotó suavemente.

—*Shhh*, te dará placer. *Te lo prometto*. —Luego, recordando que no entendía italiano, añadió —: Te lo prometo. —Sus fuertes manos me sujetaron, manteniendo mi trasero en el aire—. Cuenta, *Dolcezza*.

—Uno. —Jadeé. Otra nalgada—. Dos. —Mi cuerpo se tambaleó hacia delante y mi clítoris palpitó en respuesta mientras mi humedad corría por el interior de mis muslos. Frotó la piel sensible y luego cambió al otro lado. Otra nalgada—. Tres —gemí.

El dolor de las azotes se convirtió en calor. Empujé hacia atrás, frotándome como un gato contra su muslo musculoso, buscando fricción.

—Qué buena chica. —Su mano frotó mi piel, calmando el fuego. El contraste entre su rudeza, su control y su ternura fue mi perdición. Quería más.

—No te detengas.

Me azotó una y otra vez. Se grababa dentro de mí con cada nalgada y lo disfrutaba mucho. Me temblaban las rodillas cuando la sensación estallaba en mi piel con cada una de sus caricias, y me habría desplomado sobre la cama si él no me hubiera sostenido. Mi piel cantaba de placer, cada centímetro palpitaba con la necesidad de sentirlo dentro de mí.

—Por favor, cógeme. Necesito correrme —gemí. Estaba hecha un desastre incoherente, con la piel sensible. Empujé mis caderas hacia su pelvis, haciendo que su punta rozara la entrada de mi trasero. Los dos nos quedamos inmóviles ante la tentación. Giré la cabeza y vi que se agarraba el miembro con los dedos; su mirada ardiente coincidía con el fuego que me lamía la piel.

—*Tu sei mia* —gruñó—. Ahora eres mía. Mi mujer. Mi juguete. Mi todo.

Mi resistencia pereció.

—Sí, sí... sí. —El tono necesitado de mi voz era evidente. Mi voz era jadeante y sensual—. Fóllame de una vez —sollocé.

Al momento siguiente, sentí su dura longitud en mi entrada caliente. Esperé, el palpitar de mi trasero coincidía con el de entre mis muslos.

Se inclinó hasta que sus labios se encontraron con la concha de mi oreja.

—Me gusta oírte suplicar.

Rodeó mi clítoris con el pulgar y lo encontró hinchado. Lo acarició una vez y mi espalda se arqueó hacia él.

—Por favor... por favor. —Jadeé, a punto de arder en llamas—. Te lo suplico, Papi, dame tu polla.

Antes de que pudiera volver a respirar, empujó hasta que estuvo completamente dentro de mí y mis paredes se estiraron alrededor de su cuerpo. Gruñó. Gemí. Mis dedos se aferraron a las sábanas y giré la cabeza en busca de su boca.

Sus labios encontraron los míos y me besó con fuerza.

Soltó mi boca demasiado pronto.

—¿Lista, *Dolcezza*?

—Nací lista.

Entonces empezó a moverse. Me cogió como si me estuviera castigando y recompensando al mismo tiempo. Sus caderas golpeaban mi carne sensible y cruda con cada embestida, su piel golpeaba contra la mía haciendo ruidos obscenos, incitándome aún más al placer.

Sus dedos se clavaron en mis caderas mientras me penetraba con fuerza y rudeza. Implacable. Y que Dios me ayudara, me encantaba. A la mierda el sexo vainilla, esto era tan bueno. Dámelo sucio y duro.

La cama se balanceaba mientras entraba y salía de mi cuerpo. Sus gruñidos eran eróticos. Las palabras que pronunciaba en italiano lo eran aún más.

La cama se balanceaba. El colchón protestó. Mis gritos lo incitaban.

Cada embestida despiadada me dejaba sin aliento. Gruñía con cada arremetida, con el miembro enfundado en mi interior. Empecé a pensar que cada caricia de aquel hombre me volvería más adicta a él y que pronto, muy pronto, sería como masilla en sus manos.

Mi esposo me agarró un puñado de cabello mientras golpeaba ese punto sensible una y otra vez hasta que las lágrimas ardieron en mis ojos.

—Déjame escucharte, *Dolcezza*. Cada sonido que haces es música. Todo mío, joder.

Cuando la primera lágrima rodó por mi cara, me soltó la cabellera y la secó, casi con reverencia, con el dedo. Me acercó el índice a los labios y los abrí con avidez, dejándolo deslizarlo en su interior mientras chupaba con avidez.

Siguió entrando y saliendo de mi cuerpo al mismo ritmo que sus dedos entraban y salían de mi boca.

Su dedo se deslizó desde mi boca hasta mis piernas en busca de mi clítoris. Pellizcó el bulto hinchado al mismo tiempo que abofeteaba mi culo ardiente, y el mundo estalló.

Me pasaron chispas por las venas. Mi cuerpo se convulsionó y todas mis células se apagaron mientras el placer me recorría. Mis oídos zumbaron y mi cerebro se quedó en blanco mientras me dejaba llevar por la intensidad de mi orgasmo.

Mi marido siguió empujando a través de mi sexo apretado hasta que su cuerpo se puso rígido y terminó con un rugido, chorreando líquido caliente dentro de mi canal.

Enrico se retiró de mis pliegues y me desplomé sobre la cama, débil pero saciada por el resplandor del mejor orgasmo de mi vida.

Todavía en la lánguida felicidad postcoital, me sobresalté cuando sentí que unos fuertes brazos me levantaban.

—Vamos a limpiarte.

TREINTA Y UNO

ENRICO



Después de limpiarla, nos estiramos en la cama, aunque la tensión la invadía. Intentó disimularla cerrando sus ojos.

Era egoísta de mi parte, pero no quería dejarla ir. Cuando la tuve en mis brazos, me sentí en paz por primera vez en mucho tiempo. A partir de ese momento, estaría en mi casa, en mi cama. Le daría todo lo que quisiera, menos su libertad. Este matrimonio era para toda la vida y al diablo con todo.

Isla parecía tener siempre algo que decir, sin embargo, permanecía en silencio, con la mejilla apoyada en mi pecho. La tensión entre nosotros, sexual y emocional, había sido nuestra danza desde el día en que nos cruzamos. Con cada toque, se grababa más en la médula de mis huesos, pero yo parecía estar fuera de su sistema inmediatamente después de follar.

Se me oprimió el pecho de frustración.

—¿Estás limpio? —preguntó, sin abrir los ojos—. Considerando que ya no usas condones.

Nunca había sido mi estilo follarme a una mujer sin condón, pero con ella, no quería cogérmela de otra manera. No quería que nada nos separara.

—Estoy limpio. —Acaricié su cadera, su suave piel sedosa bajo mis dedos—. Y un marido no necesita condón con su esposa.

Resopló suavemente, con su aliento rozándome el pecho.

—¿No vas a preguntarme si estoy limpia? —Se movió, levantando la cabeza para mirarme.

Besé la coronilla de su cabeza.

—Estás limpia. —Me fulminó con la mirada y dejé escapar un suspiro—. ¿Cuál es el problema?

Se apartó de mí y ya odiaba la distancia.

—Bueno, ¿por dónde empiezo?

—¿Qué tal por el principio? —desafié, repitiendo las palabras de Manuel de antes.

Suspiró.

—Bien, empecemos por ahí. ¿Quién eres realmente?

—Tu esposo. —Tirando de ella hacia mí, la besé. No pude resistirme. Seguí besándola, mis manos recorrían su cuerpo desnudo hasta que se retorció contra mí. Cuando me aparté, su mirada estaba borrosa y desenfocada—. Siguiendo pregunta.

Parpadeó y me miró.

—¿Por qué el sacerdote te llamó Enzo Lucian?

—Mi nombre de bautizo.
Hizo un ruido con la boca.
—Te desprecio.

Eso era probablemente mejor que amarme. La mantendría viva. No necesitaba que me amara. «*Mentiroso*», susurró una voz, burlándose de mí.

—Despréciame todo lo que quieras. —La subí por mi torso. Sus piernas se separaron y sus rodillas se apoyaron a ambos lados de mí. Mi mano encontró su clítoris y lo rodeó, su excitación manchando mi pecho. Un gemido sonó entre nosotros y mi polla respondió al instante, dispuesta a penetrar de nuevo su caliente sexo. Como si leyera mis pensamientos, un escalofrío recorrió su cuerpo y sus pupilas se dilataron—. Pero tu coño es mío, y le encanta mi polla.

—¡Eres grosero! —soltó en voz baja mientras su excitación cubría mis dedos.

Le acaricié los pliegues con dureza.

—¿De quién es este coño?

Meneó las caderas, apretándose contra mi mano. Joder, verla tan deseosa, necesitando más de mí, igual que necesitaba más de ella, era tan excitante. Me dolían las pelotas.

La deslicé sobre mi cuerpo y, sin previo aviso, la levanté ligeramente para alinear mi miembro en su entrada. Miré hacia donde estábamos conectados y agarré sus caderas con la fuerza suficiente para dejarle moretones. Irradiaba tensión, todos los músculos de mi cuerpo estaban tensos. Entonces penetré profundamente en su húmedo calor.

Su espalda se arqueó y le di una palmada en el trasero.

—¿De quién es este coño? —gruñí otra vez. Cuando se quedó callada, empecé a penetrarla con fuerza, a un ritmo desenfrenado y sin ataduras. Volví a darle una fuerte nalgada y jadeó—. ¿De quién es este coño?

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Tuyo.

Me levanté hasta que estuvimos pecho contra pecho y la hice rebotar sobre mi erección. Una y otra vez, sin darle tregua. Sus gemidos y quejidos eran mejores que los sonidos que hacía con su violín. Me estaba consumiendo.

—¡Oh, Dios!, ¡oh... Dios!

Le di otra nalgada.

—Tu esposo. No Dios.

—¡Sí, sí! —gimoteó—. ¡Más, papi!

Cazzo, se me puso tan dura cuando me llamaba Enrico. Pero cuando me decía *Paparino* (*papi*), estaba listo para eyacular dentro de su coño. Gemí por lo apretada que se sentía. Tenía la cara enrojecida de placer. Deslicé los dedos entre sus nalgas y encontré su agujero. Metí la punta de mi dedo dentro mientras empujaba dentro de ella. Y eso fue todo.

Su orgasmo la desgarró y todo su cuerpo se estremeció. Sus paredes se cerraron en torno a mi miembro y sus uñas se clavaron en mis hombros mientras se estremecía a mi alrededor.

A continuación, mi orgasmo se apoderó de mí, siguiéndola hasta el borde y robándome el aliento mientras el semen salía disparado de mi polla y entraba en su cálido y acogedor coño. La penetré con más fuerza, como un loco en busca de cordura. Como un pecador buscando la salvación, y era la única que podía dármele.

Llegamos juntos al clímax, ambos estremeciéndonos y murmurando sonidos incoherentes. Los suyos, una mezcla de ruso y español. Los míos, una retahíla de sucias palabras en italiano. La estreché contra mi pecho, rodeándola con los brazos, y le acaricié la espalda mientras ella intentaba recuperar el aliento.

El sudor enfriaba nuestra piel y su frente se apoyó en mi hombro. Besé su cabello, su olor a coco era el mejor aroma de esta tierra. Me recordaba a la playa frente a mi casa en Italia. A los veranos despreocupados de cuando era pequeño y corría arriba y abajo por la orilla.

Salí de sus estrechos pliegues y me eché hacia atrás, arrastrándola conmigo. Mi mano se desplazó hacia el sur, acariciando su culo.

—Debes de tener una obsesión con los traseros —murmuró en mi pecho.

—Solo el tuyo.

Moví los dedos entre sus piernas, donde mi semen se mezcló con sus jugos. Le acaricié ligeramente la entrada. Me mordió el hombro mientras sus caderas se agolpaban contra mi dedo, sus gemidos ahogados vibraban contra mi piel a la par que volvía a introducir mi semen en su coño.

Cazzo, estaba obsesionado con algo más que el culo de esta mujer.

Apartando literalmente las manos de su sexo, las llevé a su espalda. Permanecimos en silencio, mientras mis manos recorrían su espalda. Su piel sedosa me aliviaba, la mejor terapia para el caos que llevaba dentro.

Un suave ronquido sonó contra mi pecho y me moví para encontrar el rostro de mi esposa. Sus largas pestañas rojas abanicaban sus mejillas, su expresión serena y su respiración uniforme. La expresión más dulce que jamás había visto y, de repente, quise mantenerla así. Mis pensamientos se desviaron hacia la imagen de nuestro futuro, con niñas correteando por ahí que se parecían a su madre y me tenían envuelto entre sus deditos.

Igual que esta mujer. Demonios, me habían dominado. Se me hizo un nudo en la garganta. ¡Maldición! Era aún peor. *Amaba* a esta mujer.

El miedo me llenó la boca de un sabor amargo.

No podía permitir que esta mujer muriera, a la mierda esa maldición sobre mi familia. Era mía. La haría amarme y la mantendría conmigo hasta mi último aliento.

Esta vez, un hombre Marchetti moriría antes que la mujer que amaba.

TREINTA Y DOS

ISLA



La luz de la mañana me cegó incluso antes de abrir los párpados. Ignorando el día y las responsabilidades, a estas alturas ni siquiera estaba segura de cuáles eran, me puse de lado y enterré la cabeza bajo la almohada. Un dolor punzante estalló en mi trasero y mi cuerpo estaba adolorido en lugares en los que nunca antes lo había estado.

Jesucristo, ¿era posible morir por tener demasiado sexo?

Sentí un cosquilleo en el vientre, como si Enrico, Enzo Lucian, o como se llamara, siguiera dentro de mí. Como si aún me penetrara con una fuerza salvaje, castigándome y recompensándome al mismo tiempo.

Una palma áspera me rozó el trasero, y reconocí el toque, haciendo que la sangre caliente corriera por mis venas. En tan poco tiempo, había llegado a ansiar su presencia. El control y la crueldad que emanaba, así como el poder carnal y salvaje con el que me cogía.

¡Que Dios me ayudara!

Quería la brutalidad salvaje de mi marido en el dormitorio.

Me apretó el trasero, el escozor de la carne me produjo un hormigueo por todo el cuerpo.

—Sé que estás despierta.

—Vete —murmuré, mi cuerpo lo ansiaba incluso en ese momento, a pesar del dolor.

Nalgada. El dolor estalló en mi culo.

—Nunca le digas a tu esposo que se vaya.

Mis ojos se abrieron de golpe y lo observé fijamente.

—*Ouch.*

Enrico se sentó en el borde de la cama, sin apartar la mano de mi cuerpo. Ya estaba vestido con su característico traje negro, la chaqueta abierta, dejándome entrever su chaleco. ¿Por qué le quedaba tan bien el traje? Aunque ni siquiera aquel elegante traje de tres piezas podía ocultar sus duros músculos ni disimular su brutalidad.

—Levántate, dúchate y vístete.

—El matrimonio apesta —refunfuñé, apartándome de él.

Me tiró hacia atrás para que lo mirara y fruncí los labios, molesta.

—¿Qué dijiste?

Sonreí dulcemente.

—Me escuchaste. ¿O tu oído ha disminuido con tu vejez?

Diablos, fue una buena respuesta ingeniosa. Un punto para Isla.

Entrecerró los ojos.

—¿Te apetece que te folle la boca? —Mis muslos se apretaron y el fuego se encendió en cada célula de mi cuerpo. ¡Dios mío! Alguien tenía que echarme agua helada y refrescarme—. Porque me parece que tienes ganas de que te castigue otra vez. Y lo único que disminuirá mi audición, *Piccolina*, serían tus gritos mientras te cojo.

Me dio una nalgada para enfatizar sus palabras, pero antes de que pudiera chillar, sus dedos empezaron a amasar la carne, calmando el ardor.

—Ahora, ¿quieres que te coja la boca o te vas a portar bien?

Hmmm.

Inmediatamente, me abofeteé mentalmente para recuperar algo de cordura.

—Dejaré para otro día que me cojas la boca —musité. Tenía que dejar mis opciones abiertas, ¿no? Me la había chupado, pero yo aún no lo había probado. Me aferraría a todo el poder que pudiera en este *matrimonio*.

—Excelente —añadió, claramente no queriendo mi boca en su miembro. Reto aceptado. Lo haría desearlo. Me rodeó con sus fuertes brazos y me levantó al estilo neandertal, echándome al hombro y llevándome sin esfuerzo al baño.

—Dios, ¿qué te pasa con cargarme como si fuera un saco de papas? —solté, golpeando su espalda que resultó en él golpeando mi trasero—. Jesucristo, deja de tocarme el trasero. Sé que estás obsesionado con él, es un culo bonito, pero vamos. Está sensible de...

Me detuve, las imágenes de la noche anterior rebotaban en mi mente y hacían que mi centro se apretara. *Maravilloso*. Me había convertido en una maníaca sexual.

Entonces, como si pensara lo mismo, su mano libre se acercó a mi trasero y lo frotó suavemente. Afectuosamente.

—Ya te lo he dicho, *Dolcezza*, amo tu culo.

Las palpitaciones de mi corazón me tomaron por sorpresa. La parte inteligente en mí sabía que estaba diciendo que amaba mi trasero y que probablemente quería cogérmelo, pero la parte romántica lo interpretó como *me ama*.

A este paso, necesitaría un médico de cabecera para el fin de semana. Levanté la cabeza y nos vi en el espejo. Yo, desnuda y despeinada. Él, trajeado y con todo el aspecto del *sexy mafioso italiano* que había aprendido que era.

Me bajó suavemente, deslizándose por su cuerpo, el roce de su ropa contra mi piel desnuda haciéndome revivir. Su mirada oscura y brillante encontró la mía y la sostuvo durante segundos que parecieron convertirse en horas. Me observó con un silencio desconcertante: el deseo y la necesidad reflejaban los míos en sus profundidades de obsidiana. Pero había algo más.

Preocupación.

No podía quitarme la sensación de que algo estaba mal.

—¿Está todo bien? —Me oí preguntar—. ¿Están bien tus hijos?

—Sí, nuestros chicos están bien.

Era aterrador ver cómo me metía en su vida sin esfuerzo y me incluía como si siempre hubiera estado destinada a ello. Me agradaban Enzo y Amadeo, sin embargo, pensar en ellos como nuestros hijos... Sí, era un poco exagerado. Eran como una década más jóvenes que yo.

Antes de que pudiera decir algo, me esquivó y abrió la ducha.

—Nos vamos pronto. Alístate.

Se dio la vuelta para marcharse, pero le agarré la manga con fuerza y me negué a soltarlo.

—¿Adónde vamos? —No se movió ni dijo nada, casi como si estuviera debatiendo si

decirme algo o no—. Enrico, si me mantienes en la oscuridad, te juro que prenderé fuego a todo tu mundo.

Enarcó una ceja, luego se llevó la otra mano a la manga y despegó lentamente los dedos que agarraban su costoso traje, estudiándome atentamente como si estuviera determinando si estaba cuerda.

«*Demasiado tarde, semental*», pensé.

Entonces, me sorprendió.

—Si eso te hace feliz, Isla, dejaré que quemes todo mi mundo. Sin embargo, seguirás siendo mi esposa. Me niego a dejarte marchar.

Sus palabras me provocaron un cosquilleo desconocido. No era excitación ni lujuria. Era otra cosa, pero no sabía qué.

—¿Siempre eres tan posesivo? —solté, aunque no había mordacidad en mis palabras.

—No.

No le creí. El hombre era un fanático del control. Despiadado. Estaba bastante segura de que eran sus formas salvajes y obsesivas las que me cautivaban. Tal vez había oscuridad dentro de mí, al igual que mi padre. Igual que mi hermano. Entonces recordé a Tatiana, y la vergüenza me invadió.

—¿Has escuchado algo de mi hermano sobre Tatiana? —Algo parpadeó en sus ojos y me fijé en ello. Era eso. Era esa mirada que no era capaz de precisar. El pavor me invadió—. Dios mío, pasó algo. ¿Verdad? —Lentamente, el pánico burbujeó en mi interior, subiendo a la superficie. Agarré la mano de Enrico entre las mías y apreté—. Ha pasado algo. Lo veo en tus ojos. —Me llevó una mano a la cara y me puse rígida—. ¿Murió él? —Negó con la cabeza—. ¿Ella?

Se me quebró la voz. No hacía mucho que conocía a Tatiana, pero sabía que, si algo le ocurría, destruiría a mi hermano. A pesar de saber que Illias había matado a mi madre, no le desearía eso. Estaba enojada, pero no lo odiaba.

—Está viva. —El aliento que había estado conteniendo se escapó de mis pulmones—. Aunque está en el hospital. —Antes de que pudiera abrir la boca y exigirle que me llevara con ella, dijo—: Iremos a Rusia para que puedas estar con tu hermano y con ella.

Las lágrimas ardían en el fondo de mis ojos.

—¿Nosotros?

Me tembló el labio y se me apretó el corazón. No esperaba que quisiera ir a ver si mi hermano y su esposa estaban bien. No creía que le importara, aunque estaba claro que conocía a mi hermano.

—Sí, *nosotros*, Isla. —Me acarició la mejilla, con una mirada feroz y posesiva—. Dondequiera que vayas, iré. Donde yo vaya, irás. Ahora somos uno. Si lloras, lloro. Si sonríes, sonrío. Si te enfureces, me enfurezco.

Ahí estaba otra vez. Las palpitaciones de mi corazón.

—¿Por qué Rusia? Estaba aquí en París conmigo.

Se encogió de hombros.

—Consiguió volver a Rusia. —Sabía que no se explicaría—. Y no vas a ir sola. No me arriesgaré a perder a mi nueva novia el primer día de mi matrimonio.

Puse los ojos en blanco. Me conocía demasiado bien mientras no sabía nada de él. ¿Cómo podía confiar si guardaba secretos? Aunque tuve la tentación de decirle que había cumplido mi palabra.

—No confío en ti —declaré, manteniendo la guardia alta—. Me obligaste a casarme contigo. Me ocultas secretos y me dejas en la oscuridad. No puedo confiar en ti.

¿Lo estaba convenciendo a él o a mí misma?

Debió de leer algo en mi cara, porque se pasó los dedos por el cabello, tirando de los gruesos mechones.

—Me ganaré tu confianza —juró—. Pero no me disculparé por arreglar este matrimonio. Estás hecha para mí y ambos lo sabemos. —Negué con la cabeza, ignorando el sentimiento de decepción. La opresión de mi pecho volvió a lanzar llamaradas de advertencia—. Cuando crea que estás preparada para saber los secretos, los compartiré contigo.

En eso se equivocaba. No era solo decisión suya, y le gustara o no, desentrañaría esos secretos y los sacaría a la luz.

Esposo o no.

TREINTA Y TRES

ENRICO



Cuando Kingston me llamó con la noticia, supe que tendría que dejar que Isla se fuera con su cuñada y estar allí para su hermano.

Si no, se arrepentiría.

Pero a la mierda si la dejaba ir sola. Kingston se esforzó por convencerme de que ningún Marchetti debía poner un pie en Rusia, sobre todo con Sofia Volkov haciendo de las suyas, mas no le hice caso. Sabía que iría, así que no estaba seguro de por qué malgastaba saliva.

No podía exigir que Kingston nos acompañara. Conocía sus límites y Rusia lo era. Así que tomé la mejor decisión posible. Llamé a Kian y a su equipo para que se reunieran con nosotros en Moscú.

Kingston no andaba desencaminado cuando dijo que entrar en Rusia era como entrar en la guarida de Sofia Volkov. Sin embargo, tenía que hacerlo. Por Isla. Empezaríamos este matrimonio de la manera correcta, y si su hermano la necesitaba, allí iría.

Kian y sus hombres nos darían protección. Por supuesto, Manuel nos acompañaría. Era el único hombre en quien confiaba explícitamente. Kingston lo seguía de cerca.

—¿Estás seguro de que meter a su familia brasileña tan pronto es prudente en estos momentos? —Manuel me estudió, preocupado. La misma inquietud que sentía se reflejaba en sus ojos.

Estábamos sentados en el despacho, esperando a que mis hijos y mi esposa se prepararan. Dormir hasta tarde era algo que ya tenían en común.

—Kian Cortes *no* es su jodido hermano. —Si el jefe del cártel brasileño fuera su único pariente vivo por parte de madre, la escondería de él a toda costa. Pero Kian era otra historia. Era un hombre honorable, y todo el mundo sabía que no estaba de acuerdo con su hermano. Era la razón por la que se separó y se mantuvo alejado de su familia—. Tenemos amenazas que vienen a nosotros desde todos los ángulos. Si algo nos pasara a ti o a mí, Isla necesitaría la mayor protección posible.

—¿Crees que esa protección se extenderá también a los chicos? —comentó Manuel.

Incliné la cabeza pensativo.

—Solo si Isla los acepta. Kian no tiene lealtades con la línea Marchetti, aparte de su sobrina. Si exige protección para ellos, no dudo de que Kian los protegerá.

Manuel dejó escapar un suspiro sardónico.

—Puede que la chica aún no lo sepa, pero ya los ha aceptado. —Cazzo, la idea de que Isla

formara parte de la vida de mis chicos hizo que se me oprimiera el pecho. Hizo que mis sentimientos por ella se dispararan—. Puede que tengas razón, *Nipote*. Relacionarla con Kian Cortes es una decisión inteligente. Tendrá su poder y el de Konstantin detrás de ella si las cosas se ponen feas.

La puerta se abrió de golpe y mis hijos entraron furiosos, cesando toda conversación.

—*Papà*, ¿es verdad? —Enzo exigió saber, su voz cada vez más grave. Amadeo no se quedaba atrás. Crecían demasiado rápido—. ¿Vamos a un país hostil?

—*Allora*, chicos. En primer lugar, Rusia es el país natal de Isla. Allí es donde nació.

Las mejillas de mi hijo mayor se enrojecieron un poco. Le agradaba Isla. No le gustaba su conexión rusa.

—Es americana. Nos lo dijo ella misma.

Amadeo golpeó a su hermano mayor en la espalda.

—Idiota, nos mintió.

—No mintió —corregí a mi hijo menor—. Es americana. Creció en California. Fue a la escuela allí, no obstante, nació en Rusia. Su hermano es el *Pakhan* y ambos mostrarán respeto. ¿*Capisce*?

Los dos compartieron miradas.

—¿Así que es una princesa de la mafia? —preguntó Enzo.

—Maldita sea, *Papà*. Te fuiste a lo grande —bromeó Amadeo, sonriendo como un tiburón. Estaba bastante seguro de que mi hijo menor también tenía la impulsividad de mi hermano. Enzo y Amadeo parecían alternar rasgos según la ocasión—. Va a ser imposible superarlo. Pero lo intentaremos. Tal vez consigamos algún culo de la realeza.

¡*Dios mío!* Tendría que empezar a hablar seriamente con ellos sobre protección para que no acabáramos con montones de pequeños bastardos Marchetti, incluso, antes de que yo consiguiera dejar embarazada a mi propia esposa.

—Ninguno de los dos va a andarse follando a ningún culo. —Mantuve mi expresión severa y mi tono en reprimenda—. Iremos a Rusia. La cuñada de Isla está en el hospital. Su hermano la necesita y nos necesitará a nosotros. ¿Pueden hacer eso por ella?

Sus expresiones se tornaron sobrias y asintieron al unísono.

—*Sì, Papà*.

Enzo se movió incómodo sobre sus pies, dudando antes de pronunciar sus siguientes palabras. No le gustaba mostrar sus emociones.

—Cuando estábamos en la habitación de seguridad, nos consoló sobre que Donatella intentara matarnos —afirmó, con la voz entrecortada. Hacía tiempo que ambos habían empezado a referirse a ella como *Donatella* en lugar de *madre*—. Dijo que a veces la gente apesta, pero que no era culpa nuestra.

Asentí con la cabeza.

—*È vero*. —*Es verdad*—. Son buenos chicos y me hacen sentir muy orgulloso de ustedes. Donatella está perdida. En su mente y su odio.

Estuvieron de acuerdo. Me esforcé tanto por protegerlos de su enfermedad mental. Odiaba que tuvieran que saber que su madre los quería muertos. Sin embargo, cuando ella casi lo logra, cuando tenían siete y ocho años, tuve que confesar. No podía dejarlos ciegos y vulnerables ante su madre.

—Isla es demasiado suave —afirmó Amadeo con naturalidad—. Es peligroso. Donatella se aprovechará de eso.

Estuve de acuerdo con mi hijo. Isla era suave, pero también percibí fuerza y coraje en ella.

Desde luego, no tuvo reparos en confrontarme, y eso me dio esperanzas. Había algunas mujeres que no eran conscientes de los peligros que las acechaban. Mi instinto me decía que Isla no era una de ellas.

—Es nuestro trabajo vigilarla —dije—. Somos una familia y nos cuidamos los unos a los otros. ¿Sì?

Unos pasos suaves sonaron detrás de mí y los cuatro compartimos miradas con el acuerdo implícito.

Isla apareció en la puerta, vestida con unos *jeans* que abrazaban sus curvas y un suéter de cachemira morado que le colgaba del hombro y dejaba entrever el contorno de sus pechos. Llevaba unos *flats* negros. Prácticos para el largo viaje que nos esperaba.

Madonna, estaba impresionante. Como un ángel caído dispuesto a seducir al diablo. Podía desfilarse desnuda, con el vestido más impresionante o en harapos, y siempre me dejaba sin aliento.

—¿Sabías que tu armario está repleto de ropa de mujer, toda con las etiquetas todavía puestas y en sus bolsas? —comentó. Saludó a los chicos y le hizo un gesto de asentimiento a Manuel—. O tienes muchas invitadas que no tienen ropa, o planeaste mi secuestro.

Dejé escapar un suspiro sardónico. Realmente le gustaba presionarme.

—No es secuestro si viniste a mi casa por voluntad propia.

Mientras esperaba a que saliera de Rusia, abastecí la ropa para ella en todas las casas que solía frecuentar. Moría de ganas de ver su reacción ante su armario en Italia.

Dejó escapar un suspiro sardónico.

—De visita.

—*Papas. Patatas.*

Ladeó una ceja.

—Wow, estoy impresionada. No sabía que los italianos supieran expresiones en español.

—Te sorprendería lo que sé. —Sonreí con complicidad y sus mejillas enrojecieron.

Al parecer, decidió ignorarme y centrar su atención en mis hijos.

—Oigan, chicos, me gustan sus *minidisfraces* de Enrico. ¿No estarán más cómodos viajando en *jeans*?

Enzo se encogió de hombros.

—Los hombres de verdad llevan traje. Y las mujeres de verdad llevan vestidos que enseñan las piernas.

Madonna santa. Tendría que hablar con Enzo sobre lanzar ese tipo de comentarios a mi esposa.

—Enzo, así no se le habla a una dama —espeté—. Especialmente a tu madrastra.

Isla levantó la palma de la mano y entrecerró los ojos hacia Enzo, que estaba a punto de decir algo.

—De acuerdo. Establezcamos algunas reglas básicas. —Empezó a decir con severidad, y mi polla se puso rígida en mis pantalones. Por el amor de Dios. Esta mujer podría recitar la Biblia y se me pondría dura—. Tienes que conocer a una chica, no sus piernas. Vamos a gatear antes de empezar a caminar.

Los cuatro la miramos sin comprender. ¿Quién demonios estaba hablando de gatear? Aunque a mí no me importaría que mi mujer se arrastrara hasta mí, desnuda, llevando solo tacones.

Una aclarada de garganta me sacó de mi fantasía. Todos me miraban fijamente.

—¿Qué? —bramé, molesto por distraerme tan fácilmente. Normalmente mi concentración era enfocada como un láser—. No olviden que soy el *Capo* aquí. Así que vayan al punto.

—Cálmate, *Nipote*. Nadie te estaba retando. Tu esposa te hizo una pregunta.

Cazzo, no la oí decir nada después de gatear.

—Repite tu pregunta, *Piccolina*.

Su mirada brilló con ese fuego verde que tanto me gustaba, pero esta vez contuve mi respuesta corporal.

—Deja de llamarme así —demandó, con la voz exudando enfado—. Te pregunté si vamos a ir *todos* a Rusia. —Cuando asentí, continuó—: De acuerdo. Entonces necesitamos un plan. Primero, deja de meternos a tus hijos y a mí en esto de ser madre. Acabamos de conocernos y necesitamos familiarizarnos. ¿*Capisce*? —Manuel ahogó una carcajada, y cuando puse mis ojos en él, se pasó una mano por la boca en un pobre intento de ocultar su diversión—. Segundo, Illias los matará a ti y a tu familia si se entera del matrimonio, así que lo mantendremos en secreto.

Mi mirada se ensombreció, transmitiendo mi negativa a ocultar nuestro matrimonio, y el hecho de que era mía, a nadie, y mucho menos a su hermano.

—No. —Era mía, y necesitaba que el mundo lo supiera—. Además, no sabía que yo te importaba lo suficiente como para protegerme.

Me fulminó con la mirada y se llevó las manos a las caderas mientras ampliaba su postura.

—Sí. Aunque me parece bien dejar que ambos se enfrenten y que gane el mejor, no me parece bien que Enzo y Amadeo queden atrapados en medio del fuego.

Hice una pausa. Joder, Manuel tenía razón. Ya les había tomado cariño y ya estaba pensando en su seguridad. No me extrañaba que fuera tan fácil amarla. Los ojos de mi tío se clavaron en mí y se aclaró la garganta, advirtiéndome de que mis sentimientos sin duda alguna se estaban pintando en mis facciones. Por supuesto, Isla se lo tomó a mal y le lanzó una mirada culpable, pero sin remordimientos.

—Lo siento, Manuel, pero ya estás grandecito y estás del lado de Enrico. Así que estás por tu cuenta.

Enzo y Amadeo se echaron a reír a carcajadas. Como hacía tiempo que no escuchaba.

—Le agradamos más que tú, *Papà*, y tú, *Zio* Manuel. —A Amadeo realmente le gustaba provocarme. Si no estuviera tan emocionado con la idea de que ella tenía su seguridad en consideración, podría haberle gruñido.

—¿Algo más, *Piccolina*? —le pregunté, manteniendo la voz uniforme.

—Sí. Illias va a estar angustiado por Tatiana. Así que no lo molestes. Este puede ser tu territorio, pero Rusia es el mío.

¡Ahí estaba! La princesa de la mafia rusa que intuí todo el tiempo.

—*D'accordo*. —Escuché mi réplica—. Por ahora, lo haremos a tu manera. Cuando lleguemos a Italia, lo haremos a la mía.

TREINTA Y CUATRO

ISLA



—E sto es ridículo.

Enrico y yo discutimos en el estacionamiento del hospital, los dos encerrados en el Land Rover blindado. Se negó a dejarme subir sola; me negué a ir con él.

Cinco de los hombres de Enrico estaban en los dos coches detrás de nosotros. Al parecer, otro equipo de seguridad vendría más tarde. Manuel y los chicos estaban de vuelta en el hotel con su propia seguridad. La obsesión de Enrico por la seguridad era diez veces mayor que la de Konstantin.

—Es ridículo —concordó—. Pero no lo sería si entráramos juntos.

—Acordaste que no daríamos la noticia de este matrimonio a mi hermano aquí.

—Y pienso cumplirlo, pero no acepté que vagaras sola por el hospital.

Solté un gruñido frustrado.

—Si vamos juntos, no es mejor. Perderá la cabeza si te ve conmigo.

La mandíbula de Enrico se tensó y escuché rechinar sus muelas.

—Esto no es negociable. O voy contigo o no vas. —Abrí la boca para protestar cuando me cortó—: Conociendo a tu hermano, probablemente esté atado a la cama de Tatiana. Te acompañaré a su habitación del hospital y me quedaré afuera.

Respiré hondo y exhalé lentamente. Mi temperamento protestaba por su forma idiota de controlar, sin embargo, reconocía la terquedad cuando la veía. Había admirado muchas veces la misma expresión en las caras de mis hermanos cuando eran pequeños. No iba a ceder.

—De acuerdo —murmuré, acercándome al pomo de la puerta—. Sinceramente, no sé por qué alguna vez encontré tu trasero atractivo. Ni siquiera cumples tus promesas.

Un segundo estaba tirando de la manija de la puerta y al siguiente una mano me agarró por el cuello y tiró de mí hacia atrás.

—No me presiones, Isla. —Los ojos oscuros de Enrico brillaban como los pozos del infierno—. Este puede ser tu hogar, y tu hermano puede ser el *Pakhan*, pero aún hay amenazas acechando. No voy a perderte por ellas. A pesar de tu actitud malcriada, *Piccolina*.

¿Acaba de... acaba de llamarme malcriada?

Acorté la distancia y le mordí el labio. Con *fuerza*. Demonios, incluso cuando estaba enfadada con él, sabía bien. El ligero sabor a cobre tocó mis labios.

—No soy una malcriada —musité, nuestros labios rozándose—. Eres un idiota. Es como si quisieras *tratar* de empezar una guerra con mi hermano.

Su boca se estrelló contra mis labios adoloridos en un beso contundente. Metió la lengua y la hizo girar contra la mía, arrancándome un gemido. Chupé su lengua con avidez, con los muslos temblando con necesidad.

Por Dios. Esta lujuria y atracción entre nosotros tenía que extinguirse eventualmente. ¿Verdad? No lo entendía. Por alguna razón, crecía en lugar de desvanecerse.

Se alejó. Demasiado rápido.

Parpadeé, desorientada, mientras él parecía completamente sereno. *Desgraciado.*

—Si eso es lo que hace falta para retenerte, Isla, iré a la guerra. —Su voz era fría, enviando una escalofriante sensación de pavor por mi espina dorsal—. Acabaré con todas las malditas alianzas comerciales que mi padre y mi abuelo construyeron para mantenerte conmigo. Me lo *darás* todo. *Todo.*

¿Era desquiciado o romántico? Maldición, si lo sabía. El corazón me dio un vuelco y se me apretó el pecho. No sabía si era ira, odio o... algo más.

—¿Quién eres? —inquirí, mi voz apenas un susurro—. ¿Cómo puedes pedirme que te dé todo, cuando no me has dado nada?

No fue hasta que dije esas palabras que me di cuenta de lo que me retenía. Quería desnudarme mientras permanecía completamente vestido. Me dejaría vulnerable, pero él seguiría teniendo su escudo.

Era joven. Quizás incluso ingenua, en algunos casos. No obstante, sabía que debía ser una calle de doble sentido. Nos estudiamos atentamente, cada uno midiendo al otro. O tal vez ambos preparados para una batalla de voluntades. Era difícil leer a ese hombre. Guardaba sus pensamientos y emociones bajo llave.

Contuve la respiración mientras esperaba a que dijera algo. Cualquier cosa. Cuando no lo hizo, mi estómago se hundió de decepción.

—Voy arriba a estar con mi hermano —pronuncié, rompiendo por fin el silencio—. Ven o no, no me importa, pero mantente fuera de la habitación de Tatiana.

Levantó una ceja ante mi tono sarcástico, pero no hizo ningún comentario. En lugar de eso, ambos salimos del vehículo y sus guardaespaldas se apresuraron a avanzar. No esperé a que mi marido me acompañara hasta la entrada del hospital, pero me alcanzó igualmente.

Su mano se posó en la parte baja de mi espalda mientras me acercaba más a él.

—Lo siento, *Piccolina* —me murmuró al oído—. Después del hospital, hablaremos.

Mi corazón se estremeció en mi pecho y giré la cabeza para encontrarme con su mirada. Ya había dicho eso mismo antes y no lo había cumplido.

Como si pudiera leerme la mente, añadió:

—*Te lo prometto.* En la tumba de mi hermano. En la tumba de mis padres.

Con esa promesa, quité su mano de mi espalda y la sostuve el resto del camino hasta la habitación de Tatiana.

Enrico cumplió su palabra.

Permaneció en el pasillo mientras entraba en la habitación de Tatiana, aunque sabía que hacer eso lo mataba. Me dedicó una sonrisa tranquilizadora, pero tenía las manos tan apretadas que los nudillos se le pusieron blancos.

—Si me necesitas, mándame un mensaje —avisé, poniéndome de puntillas y apretando un beso en sus labios—. Zumbará en el bolsillo de mi trasero.

Sus labios se curvaron en una sonrisa, moldeándose contra los míos.

—Sabes que me encanta tu culo.

—Lo sé.

Otro beso.

—Asegúrate de salir, *Dolcezza*. O arrasaré este hospital hasta que te encuentre.

Puse los ojos en blanco.

—Los italianos son tan intensos. —Aunque empecé a pensar que solo era él. Este hombre—. Volveré a ti. Siempre.

Sus ojos brillaron como diamantes negros. No sabía por qué había pronunciado esas palabras, pero me di cuenta de que lo decía en serio. No sabía cómo las cosas habían cambiado tan rápidamente. Tal vez fue el sexo, tal vez fue esa loca obsesión que vi acechando en su mirada, o tal vez fue esa simple disculpa de hacía unos minutos. Nadie tenía que decirme que ese hombre nunca se disculpaba, pero lo hizo por mí porque sabía que lo necesitaba.

—*Va bene*. Ve con tu hermano. —Instó—. Estaré aquí.

Asentí y me volví hacia la puerta, donde mi cuñada parecía luchar por su vida, con mi hermano a su lado. No había hablado con él ni lo había visto desde que salí del castillo con Tatiana. Dios, parecía que aquello hacía siglos que pasó, cuando solo había pasado hace unos cuantos días.

Muchas cosas habían cambiado. Me enteré de que mi hermano mató a mi madre. Me casé. Tatiana estaba herida. Todo en el lapso de unos pocos días.

Empujé la puerta y me fijé en el anillo de boda que llevaba en la mano izquierda. Conseguí quitármelo discretamente y metérmelo en el bolsillo, antes de abrir la puerta y entrar, rezando para que Enrico no me hubiera visto hacerlo. El italiano loco no estaría contento, pero ni modo.

Los ojos de todos se clavaron en mí al instante, algunos echaron mano a sus pistolas, claramente visibles bajo sus chaquetas. Tantos ojos azul pálido como los de Tatiana. Tenían que ser los hermanos que mencionó.

Jesucristo, eran enormes. Altos y fornidos como luchadores de MMA.

Mis pasos vacilaron y estuve a punto de retroceder, cuando una voz familiar me detuvo.

—Isla. —Mis ojos se fijaron en Illias. Tenía un aspecto horrible. Ojeras. Ropa ensangrentada. Y una barba desaliñada le estropeaba las mejillas y la mandíbula.

El sonido de la máquina que controlaba el pulso coincidía con mis propios latidos. *Bip. Bip. Bip.*

Illias se levantó de un salto y corrió hacia mí mientras yo cerraba rápidamente la puerta, manteniendo a Enrico fuera de su vista.

—Vine a ver cómo estaba Tatiana.

Más grande que Dios. Así es como siempre había pensado de mi hermano mayor. Lo amaba, de verdad, pero no pude evitar que mi instinto se encendiera y diera un paso atrás cuando se acercó a mí.

—No.

—¿Qué pasa?

—Sé lo que hiciste —siseé con voz ronca, con el corazón retumbando con fuerza. Amenazaba con romperme las costillas.

En sus ojos brilló el reconocimiento y sus hombros se encogieron.

—Me preguntaba cuánto tardarías en saberlo. ¿Quién te lo dijo?

Tatiana fue secuestrada cuando me enteré y no tuve tiempo de decírselo. Demonios, no quería que se enfadara. No me gustaba ver a este hombre más grande que la vida cansado y roto.

Sabía que debía fingir que no sabía la verdad, mas no podía.

Cuadré mis hombros. No se trataba de mí. Se trataba de Tatiana. Estaría aquí por mi hermano, pero eso no significaba que fingiría que todo estaba bien.

—No importa quién me lo haya dicho. Lo sé y no te perdono, Illias —agregué, manteniendo la voz uniforme, aunque me temblaban las manos—. Toda mi vida te he preguntado por ella y me has mentado. Una y otra vez. Ahora no hablaremos de eso. —Incliné la barbilla hacia la cama donde yacía inmóvil el cuerpo de Tatiana, con el rostro demasiado pálido—. Estoy aquí por ella. —La mirada negra como el carbón de mi hermano mayor destelló de dolor—. Y por ti —añadí, suavizando la voz—. Te amo y quiero que seas feliz. Pero no voy a fingir que no sé que mataste a mi madre. —Mi voz se quebró por las emociones que intenté mantener a raya. No iba a llorar en ese momento mientras Tatiana luchaba por su vida—. Cuando todo esto acabe y Tatiana esté sana y salva, quiero respuestas. Y me las vas a dar. ¿Entendido?

La tensión se deslizaba por el aire. Parecía que todo el mundo había dejado de respirar y sus ojos estaban clavados en nosotros. Los de todos menos los de Tatiana.

—¿Dónde está mi hermanita? —musitó Illias, con algo parecido al orgullo brillando en sus ojos. Pero tenía que estar equivocada. No podía... no, me *negaba* a creer que hubiera matado a mi madre por venganza. Él no era así. No obstante, en algún momento empecé a preguntarme quién era realmente Illias Konstantin. Y ya estaba harta de que me trataran como si no pudiera manejar la verdad.

—Creció de una maldita vez —respondí en voz baja—. Y sucedió casi de la noche a la mañana. Ahora, dime, ¿cómo está Tatiana? Los bebés... —Tragué saliva. No quería hacer la pregunta dolorosa—. ¿Va a estar bien?

—Está estable —contestó, con la voz quebrada—. Por algún milagro, los bebés también.

Sonreí, agarré su mano entre las mías y la apreté.

—Es fuerte. Saldrá adelante. Aunque solo sea por los bebés.

Mis ojos parpadearon hacia el otro lado de la habitación, hacia las tres grandes figuras de ojos azul claro y cabello amarillo pálido. Del mismo tono que el de Tatiana.

—Vaya genes —murmuré en voz baja, observándolos fijamente. Los tatuajes que cubrían su piel bastaban para asustar a un hombre, no digamos a una mujer. Sin embargo, aquí estaba yo, con los pies firmemente plantados. Quizás era más Konstantin que Evans. «*O Cortes*», no pude evitar pensar.

«*Bueno, ahora eres una Marchetti*», susurró mi mente. A este paso, acabaría con una crisis de identidad.

—Hola —los saludé. Era de mala educación verlos fijamente, pero no podía apartar los ojos de ellos.

Mi hermano siguió mi mirada y sacudió la cabeza, casi como si se hubiera olvidado de que estaban aquí.

—Son los hermanos de Tatiana —anunció, confirmando mis sospechas—. Vasili Nikolaev. —Mis ojos parpadearon hacia su gran mano, con tatuajes en cada uno de sus dedos que gritaban peligro.

—Encantada de conocerlo, señor N...

—Vasili. —Me cortó—. Solo Vasili. Después de todo, ahora somos familia.

Uh-oh.

—Alexei. —El hombre asintió, y juré que la temperatura de la habitación descendió unos grados. No me extrañaba que Tatiana dijera que sus hermanos daban más miedo que Illias—. Y Sasha. Este último siempre está metido en problemas, así que mantente alejada de él.

—¿Por qué eso hace que me den ganas de ir a hablar con él? —refunfuñé.

Sasha sonrió.

—Porque tienes más sentido común que tu hermano.

Dejé escapar una risa estrangulada. Apostaría mi vida a que Sasha era el miembro medio trastornado de esa familia.

—¿Son todos luchadores de MMA o algo así? —Una mirada en blanco. Entendí eso como un no—. Mafiosos, entonces, ¿eh?

—Isla, no te quiero cerca de ese tipo de vida —gruñó Illias—. Tarde o temprano, todos acaban muertos.

Mantuve la mirada fija en el hermano de Tatiana mientras respondía.

—Todo el mundo acaba muerto, hermano. ¿O debería llamarte *mi Pakhan*?, ya que eso es lo que eres.

Percibí la tensión que se desprendía de mi hermano mayor en olas que podrían haber provocado un tsunami. Lo ignoré. Tendría que dejar de protegerme. En cuanto supiera que me había casado con Enrico Marchetti, se daría cuenta de que estaba en esta vida y no podría juzgarme por ello.

—Demonios, ¿te lo dijo Tatiana?

—No.

Un gruñido vibró.

—Marchetti. Ese maldito desgraciado. Si te puso un dedo encima...

Levanté la mano y lo detuve.

—Equivocado otra vez. —Aunque el hombre me había puesto mucho más que un dedo encima—. Como he dicho, hablaremos más tarde. Ahora, ¿qué puedo hacer para ayudar?

Todos los hombres me vieron confundidos.

—¿Con la mafia? —curioseó Sasha con suspicacia.

Puse los ojos en blanco.

—Con Tatiana.

Una ronda de respiraciones de alivio recorrió la habitación y no pude evitar poner los ojos en blanco.

—Tiene una herida de cuchillo en el abdomen. —Jadeé, mis ojos se desviaron hacia el vientre plano de Tatiana. Era un milagro que siguiera embarazada—. El doctor Sergei dijo que teníamos que esperar —murmuró Illias, volviendo a su silla y tomando la mano de Tatiana entre las suyas.

—¿No deberías ducharte o cambiarte de ropa? —En el momento en que pronuncié esas palabras, quise darme una patada. Si salía de esta habitación, vería a Enrico. No necesitábamos conflictos ahora.

—Cuando se despierte.

O se mentía a sí mismo o me mentía, porque todos los presentes sabían que permanecería a su lado hasta que se la llevara a casa.

TREINTA Y CINCO

ENRICO



Esperé frente a la habitación del hospital durante horas en una de esas malditas sillas. Esperaría días si fuera necesario.

Excepto que odiaba los hospitales, y no por los muebles incómodos que ofrecían a las visitas. Mientras Isla estaba al otro lado de la pared con su familia, tuve tiempo de sobra para recordar a mi familia y el origen de mi odio hacia estos espacios estériles.

Mi madre murió en uno.

Mamma se reía, sus ojos oscuros brillaban de alegría. La brisa le revolvía el cabello como un halo oscuro. El sonido de las olas cabalgaba con el viento.

Padre y mi hermano construían un castillo de piedra que se inundaba con cada ola. Sus risas corrían a través de la brisa. Era un día perfecto.

En cuanto el pensamiento salió de mi cabeza, un fuerte estruendo resonó en el aire.

Mi mirada se desvió a izquierda y derecha, buscando el origen del ruido. Cuando mis ojos volvieron a mi madre, me fijé en su vestido blanco que ahora estaba manchado de rojo. Su rostro, que hacía un momento brillaba de felicidad, ahora mostraba horror.

Sus rodillas tocaron la arena y me encontré a su lado, con mis propias rodillas golpeando las rocas. Atrapé la cabeza de mi madre antes de que cayera al suelo.

—Mamma. —Se me quebró la voz. La cual no sonaba como la mía. Estaba llena de angustia. De terror. La sangre de mi madre me manchó las manos, empapándome los dedos y goteando en el suelo.

Entonces un grito de sufrimiento atravesó el aire. Lo sentí en lo más profundo de mi alma. Estaba lleno de agonía. Lleno de dolor, reflejando lo que sentía en mi alma.

Era de mi padre. Nuestro día empezó en la playa y acabó en el hospital.

Después de todo, el día no resultó tan perfecto.

Mi abuela también murió en el hospital. Mi padre fue tiroteado en un callejón, saliendo de un club que teníamos. Y mi hermano... Bueno, murió en el jardín de mi casa.

Me aparté del recuerdo para centrarme en el presente.

Ignoré la opresión en el pecho mientras tecleaba enérgicamente en mi teléfono. Comprobé cómo se encontraban Manuel y mis hijos. Estaban a salvo. Me puse en contacto con Kian, quien

accedió a reunirse conmigo en el vestíbulo del hotel St. Regis Nikolskaya. Habíamos reservado todas las *suites* de las dos últimas plantas para garantizar la máxima seguridad.

La puerta de la habitación de Tatiana se abrió y sentí alivio al ver salir a Isla. Me levanté de un salto y me puse a su altura. Nuestros guardaespaldas también estaban de pie, merodeando por la parte de atrás.

—¿Cómo está?

La mano de Isla se deslizó entre las mías y giró el cuello, con aquellos hermosos y brillantes verdes clavados en mi mirada.

—Todavía no ha despertado —murmuró—. Me siento inútil ahí sentada. Illias es un desastre. Apreté su mano en señal de consuelo.

—Puedo entenderlo. Mi padre era un desastre cuando mi madre luchó por su vida.

—¿También fue atacada? —Asentí—. Lo siento, Enrico. Debe haber sido duro para tu familia.

Esta era la parte que Amadeo calificaba de demasiado blanda, pero se equivocaba. Isla tenía la mezcla justa de compasión y fuerza. Terquedad y sumisión. Podía ser que Konstantin la resguardara y protegiera, pero eso formaba parte de su ADN.

—Lo fue, *Piccolina* —admití—. Pero eso fue hace muchos años. ¿Quieres quedarte más tiempo, o volvemos al hotel?

—Volvamos al hotel, aunque me gustaría volver mañana si te parece bien. Sé que se recuperará, y quiero estar aquí para ello.

—Entonces estaremos aquí.

Escudriñé los alrededores mientras nos dirigíamos hacia el letrero de salida y tomábamos las escaleras que conducían al estacionamiento. Dos de mis hombres estaban delante de nosotros y otros dos detrás. Deslizó su mano en la mía, su palma pequeña en la mía, pero tan correcta. Mi pecho se calentó y apreté suavemente su mano.

Empezaba a confiar. ¿La verdad la alejaría de mí?

Diez minutos después, salimos del estacionamiento con mis guardias siguiéndonos.

Mantuve la mano de Isla entre las mías y, cuando tenía que cambiar de marcha, ponía su mano en mi muslo. El hecho de que la dejara allí y esperara a que volviera a tomarla hizo que tantas emociones rebotaran en mi pecho.

Cazzo, estaba enamorado de mi mujer. Y cuanto más caía, más fuerte crecía el miedo a ver morir ante mis ojos a otra persona a la que amaba.

—Isla, lo que voy a decirte tiene que quedar entre nosotros. —Empecé. Sentí cómo su mano se tensaba sobre mi muslo y sus uñas se clavaban en mi carne.

—Ya es hora de que confíes en mí.

Dejé escapar un fuerte suspiro. Joder, no estaba preparado para decirle que su madre había sido arrastrada a uno de los burdeles de mi padre. No quería perderla. Necesitaba su amor antes de poder decírselo. Lo ansiaba. Pero el miedo a verla morir, al igual que todas las mujeres que habían amado a un hombre Marchetti, estaba enterrado en lo más profundo de mi corazón y en la médula de mis huesos.

—Empezaré con mi historia. —Agarré el volante y la goma que lo recubría crujió en señal de protesta—. Cuando lleguemos al hotel, compartiré lo que sé de la tuya. —Una parte, al menos.

—Entonces quedará entre nosotros —prometió, observándome seriamente—. Lo juro.

—Maldición, ¿por dónde empiezo? —murmuré.

—Donde quieras. O si te ayuda, puedo hacer preguntas. —Ofreció. Otra vez esa suavidad. No era tonta, y después de oír al cura referirse a mí por mi nombre de nacimiento, supe que lo

sospechaba. Lo sabía, pero necesitaba mi confirmación.

—Hace catorce años, cuando Enzo era un bebé y su hermano aún crecía en el vientre de su madre, murió mi hermano. —Dios, parecía que había sido hace siglos, pero al mismo tiempo como si fuera el día anterior—. Mi hermano mayor.

Su trago sonó fuerte en el pequeño espacio.

—Enrico Marchetti murió. —Ahí estaba mi inteligente esposa—. Entonces eso significa que tú eres realmente el hermano muerto.

—Sí, Enzo Lucian Marchetti.

Me tensé, esperando a que retirara la mano. Nunca lo hizo.

—Por eso dijiste que no estabas casado.

Una respiración sardónica me tiró del pecho. Era algo peculiar e inesperado en lo que concentrarse.

—Donatella era la esposa de mi hermano. Se despreciaban mutuamente.

—¿Y los chicos?

—Enrico lo llamó una follada de odio —murmuré—. Donatella lo llamó violación. Demonios, no tengo idea de qué pasó, pero los chicos son inocentes en todo esto.

Me apretó la mano.

—Lo son. Y no dejaremos que les pase nada. —No me extrañaba que me enamorara de ella. ¿Cómo podría no hacerlo?—. ¿Supongo que no lo saben?

No lo hacían. Nunca me atrevería a decirles algo así. No después de haber experimentado el odio y el rechazo de su madre. Por el amor de Dios, había estado tratando de asesinarlos desde que nacieron.

—Son *mis* hijos. —Mi voz salió más aguda de lo que pretendía—. Nunca dejaré que Donatella los tenga. Tuve que amarrarla mientras estaba embarazada de Amadeo para que no le hiciera daño al bebé. No supe hasta que mi hermano murió que hizo lo mismo mientras estaba embarazada de Enzo.

—Jesucristo.

—No sé qué pasó entre Donatella y mi hermano. Fui cercano a él cuando crecíamos, pero cuando ocupó el puesto de nuestro padre en la *Omertà*, nuestros caminos no se cruzaron tanto. Yo llevaba la parte legítima del negocio Marchetti. Mi hermano llevaba todos los negocios de la *Omertà*. Sabía lo que hacía, pero me mantenía en mi lado. Excepto que Enrico seguía metiéndome en su mierda. Era impulsivo. Yo era estratégico. No obstante, Enrico era inteligente, y ambos sabíamos que, si algo le pasaba antes de que Enzo y Amadeo se hicieran hombres, nuestros enemigos llegarían a nuestra puerta. Acabarían con toda nuestra familia por nuestro asiento en la mesa.

Sus delicadas cejas se fruncieron.

—¿Qué mesa?

—Como una de las cinco familias italianas de la *Omertà*. La codicia y el poder son motivadores irresistibles. —Isa permaneció en silencio, escuchando atentamente—. Mi hermano y yo pusimos una cláusula cuando nació el pequeño Enzo tras la muerte de nuestro *Papà*. Si Enrico moría, yo asumiría su identidad.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no pudiste hacerte cargo como su hermano?

—Porque rechacé mi sangre, mi juramento y posición ante todos los miembros de la *Omertà*, no formaría parte de ese mundo mientras mi padre viviera. Por consecuencia, la responsabilidad habría recaído en el bebé Enzo, que estaba a punto de cumplir un año.

—Así que te convertiste en él. —Su susurro era apenas audible—. ¿No podrías haberlo

rechazado por toda tu familia y por Enzo? —Ella sabía la respuesta, pero era mucho para asimilar—. No puedo creer que nadie te reconociera.

—La gente a menudo no podía distinguarnos. Lo único que realmente nos diferenciaba eran nuestros temperamentos.

—Pero ¿ni siquiera Donatella? —Su voz áspera tembló—. ¿No se dio cuenta de que no eres su esposo?

Sacudí la cabeza.

—Mi hermano y Donatella no compartían habitaciones. Apenas se hablaban. Ella tomaba medicamentos y drogas. A veces ni siquiera podía reconocer a su propio marido. Era fácil engañarla, además, su inestabilidad mental siempre estaba ahí. Estuvo entrando y saliendo de psiquiátricos durante todo su matrimonio. Después supimos que fue así casi toda su vida.

—Esto parece una telenovela —dijo por lo bajo—. La cabeza me da vueltas. —Era comprensible—. Simplemente no puedo entender cómo lo lograste.

Me encogí de hombros.

—No fue tan difícil. Afirmamos que el cuerpo de Enzo estaba en ese vehículo. Ayudó que Enrico condujera mi coche, aunque eso fue lo que al final le costó la vida. Mi auto no era a prueba de balas. El suyo sí.

Esto de hablar en el coche no estaba nada mal. No me extraña que la gente dijera que era terapéutico. Maldición, si no quería derramar mi alma. Pero solo con ella, mi esposa.

Cambié de carril, reconociendo la salida a nuestro hotel.

—¿Qué hay de la muerte de Donatella? —inquirió, todavía mirándome con incredulidad—. ¿Cómo lograste convencer a la gente de que estaba muerta?

—Se suponía que iba en el carro con mi hermano. Él volvía con ella del psiquiátrico, pero siendo la maldita lunática que es, saltó del vehículo en marcha. Según mi tío, que seguía el coche de mi hermano, no fue demasiado pronto, porque en el siguiente momento fueron emboscados por los Callahan. —Cuando me miró sin comprender, aclaré—: Los irlandeses de New York. —Respiré hondo y luego exhalé. Tardé mucho en enterarme de que fue el padre de Luca DiMauro quien les tendió la trampa—. Murió en el jardín de mi casa. Antes de que nuestros *soldati*... —Isla frunció el ceño al escuchar mi vocabulario italiano y clarifiqué—: Antes de que nuestros *soldados* pudieran ver quién de los dos estaba muerto, metí el cadáver de mi hermano en el coche y le prendí fuego. Le dijimos a todo el mundo que Donatella también estaba dentro.

—Wow, Enrico. Esto es mucho. —Luego sacudió la cabeza—. ¿Se supone que debo llamarte Enrico? La cabeza me da vueltas.

Levanté su mano y rocé con mis labios sus nudillos.

—Es mejor que nos quedemos con Enrico. Pero en el dormitorio...

Suspiró, aunque sus ojos brillaban con esa picardía que vi la primera noche cuando me sopló un beso.

—Supongo que tendré que llamarte *Papi*.

Se me escapó una carcajada estrangulada, y la tensión me fue abandonando poco a poco. Sin embargo, en lugar de sentir alivio, se me puso dura como una piedra. Estaba claro que a mi polla le encantaba que me llamara papi. Por Dios.

—Me gusta, *Dolcezza*. Me gusta mucho.

Se sentó más derecha y se inclinó hacia mí, dándome un beso en la mejilla.

—Supongo que tendremos que enseñarles a todos que no se metan con nosotros ¿verdad?

Mis labios se elevaron en una sonrisa.

—Así es. Nadie se mete con nosotros. Y menos con mi reina.

TREINTA Y SEIS

ISLA



Reflexioné sobre toda la información que Enrico me dio durante el resto del camino. Había que reconocer que no esperaba una explicación así. No estaba segura de lo que esperaba, pero no era eso.

—¿Cuántos años tienes? —solté. Si no era su hermano mayor, era más joven.

—Cuarenta y tres.

—*Oh*.

Enrico dejó salir un suspiro divertido.

—Sí, sigo siendo mucho mayor que tú. —Asentí con la cabeza en acuerdo. No me doblaba la edad, así que suponía que era una mejora. Su mano se posó en la parte interior de mi muslo, apretando ligeramente—. Sigo siendo tu esposo cuando tu coño estrangula mi polla. Cuando tu trasero se frota contra mi miembro, invitándome a entrar, aunque te niegues a decir las palabras.

Mis mejillas enrojecieron ante las imágenes explícitas que aquellas palabras pintaban en mi cabeza. Cielos, la química entre nosotros crepitaba y zumbaba con una corriente tan fuerte que la pequeña chispa amenazaba con explotar.

Atrapé su mano, que se acercaba a mi entrada caliente. Incluso a través de mis *jeans*, su toque me quemaba. La agarré y enredé mis dedos con los suyos.

—Gracias por decírmelo. —La sorpresa brilló en sus ojos—. No es insignificante, y tu voluntad de compartirlo significa todo. Que no me dejen a oscuras y me tome por sorpresa. —Mis hombros se tensaron y tragué saliva—. Como cuando me enteré de que mi hermano mató a mi madre.

Su sorpresa se transformó en culpa. Después de todo, fue Enrico quien sacó esas palabras a la luz.

—No era la forma correcta de que te enteraras. —Dejando nuestros dedos entrelazados, movió mi brazo a su muslo musculoso y lo mantuvo allí.

—Tienes razón —asentí—. Mi hermano debería habérmelo dicho una de las millones de veces que se lo pregunté. —La mandíbula de Enrico se tensó—. Sé que no es malo ni cruel... entonces, ¿por qué lo haría? —A mi marido le palpó una vena del cuello—. ¿Lo sabes?

Me lanzó una mirada.

—No, *Piccolina*. Pero estoy de acuerdo contigo. Konstantin no es innecesariamente cruel.

Nos detuvimos y me di cuenta de que habíamos vuelto al hotel. Rápidamente, saltó del coche y vino a abrirme la puerta, adelantándose al *valet*. El cual me miraba como si estuviera desnuda.

Enrico le tiró las llaves.

—Yo me encargo de mi esposa. Estaciona el vehículo.

La sorpresa parpadeó en la cara del *valet*. Era la primera vez que miraba a mi esposo e inmediatamente retrocedió al ver la expresión sombría de este.

—Sí, señor.

El *valet* no me dedicó ni una mirada más.

Sostuve mi mano en la de Enrico, por tercera vez en el día, y me deleité en aquel sencillo acto. Era algo natural, como si lleváramos años haciéndolo.

Entramos en el hotel cuando una voz llamó a Enrico.

Ambos giramos la cabeza al unísono para encontrar a un hombre alto allí de pie. Un hombre apuesto, de cincuenta y tantos años.

—Ah, Cortes. Gracias por venir.

El hombre se acercó a nosotros. Su barba gris plateada hizo que la voz de soprano de Athena entonara en mi cabeza las palabras:

«*Mira este zorrito, zorrito, zorro plateado, papi ven*».

Mis *flats* no hacían ruido contra el suelo de mármol. Había luces de ambiente por todas partes, probablemente para prepararse para las festividades. El vestíbulo bullía de vida. Pero a los ojos del hombre no podía importarle menos lo que decoraba el lujoso *lobby*. Todo podía brillar, mas sus ojos estaban clavados en mí.

Me pareció ver un destello de reconocimiento en ellos, sin embargo, tenía que estar equivocada. Nunca había visto a ese hombre. La inquietud zumbó en el centro de mi corazón. No entendía muy bien por qué, pero algo en aquel hombre me tenía tensa.

Solo me di cuenta cuando nos detuvimos. *Cortes*. Este hombre tenía el mismo apellido que mi madre, y el mismo nombre que el padre de Louisa Maria Cortes. Me negué a creer que fuera una coincidencia.

—*Piccolina*, ¿estás bien? —La voz de Enrico sonaba distante. Distorsionada, lejana. Como si estuviera en el fondo del mar—. Isla, mírame.

Tragándome un nudo en la garganta, me encontré con los ojos de mi esposo.

—Sí, estoy bien. ¿Por qué?

Se inclinó, su boca rozó el lóbulo de mi oreja y me erizó la piel.

—Tus uñas se están clavando en mi mano.

Bajé los ojos y me encontré con los nudillos blancos, las uñas enterradas en su piel.

—Lo siento —murmuré, forzando mi agarre a soltarse—. Lo siento mucho.

Me estudió durante un momento antes de volver su atención al hombre cuyos ojos estaban puestos en mí.

—Kian, esta es mi esposa. Isla. —La voz de Enrico era formal. Casi oscura—. Isla, este es nuestro jefe de seguridad aquí en Rusia. Kian Cortes. Garantizará tu seguridad a toda costa.

La tensión se filtró por mis venas, mis músculos se anudaron.

—¿Quién eres? —Necesitaba saber quién era en relación con mi madre—. ¿Y quién eres para Louisa Maria Cortes?

De repente, el hombre sonrió cálidamente, sin apartar los ojos de mí.

—Soy... *era*... su hermano.

Mis ojos se movieron entre los hombres.

—Así que eres mi...

—Tío. —Sacudió la cabeza, con la incredulidad claramente reflejada en sus ojos—. Eres el vivo retrato de mi hermanita; apenas puedo creerlo. Creía que... —Se le quebró la voz y se aclaró

la garganta—. Cuando Marchetti me llamó antes y me dio detalles sobre este encargo, no me atrevía a creerlo.

Se me quedó la respiración entrecortada. Enrico sabía que era mi tío y lo llamó. Estaba cumpliendo su promesa. Mi corazón se aceleró ante aquel gesto. Enrico me acercó más a él, bajó la mano por mi espalda y la posó en mi cadera.

—Seré mejor cumpliendo mis promesas, *Amore* —me susurró al oído—. *Te lo prometto*.

Me invadió la emoción. Estudié a mi marido, sus anchos hombros estirando la fina tela de su traje. Las emociones florecieron. Frágiles y nuevas, pero fuertes.

—Gracias —repliqué con voz ronca. Quería demostrarle exactamente lo agradecida que estaba, no obstante, primero tenía que hablar con ese hombre. Mi tío. Era increíble incluso pensarlo.

Dirigí mi atención a Kian, que esperaba pacientemente. No nos parecíamos. Era bajita; él, alto.

—¿Tienes el cabello rojo? —solté—. ¿O lo tenías?

Sacudió la cabeza y se metió las manos en los bolsillos.

—Louisa era la única que era pelirroja.

Inhalé un suspiro tembloroso.

—Illias, mi hermano, dice lo mismo. —El desprecio brilló en los ojos de Kian. Le pulsaba por todos los poros, caliente y pesado. Me acerqué un paso a Kian, me enderecé y lo miré fijamente—. No le harás daño. Es mi hermano. El único que me queda.

Un soplo sardónico lo abandonó.

—En apariencia eres la hija de tu madre, pero veo que tienes el temple de un Konstantin. —Mientras debatía si lo decía como un cumplido o como un insulto, las comisuras de sus labios se levantaron—. Eso probablemente sea bueno.

Tenía muchas preguntas. Quería saberlo todo, aunque al mismo tiempo temía la verdad.

—Tengo una sala de reuniones reservada para nosotros —informó Enrico—. Vamos a discutir esto en privado.

Los huéspedes se apresuraban a nuestro alrededor mientras nos dirigíamos al fondo del vestíbulo y a un salón. En cuanto la puerta se cerró, empezaron a llover las preguntas.

—Quiero saberlo todo —pronuncié, incapaz de contenerme más.

«*El tío Kian*», qué extraño pensar en él de ese modo, extendió la mano, indicándonos que nos sentáramos. Enrico y yo tomamos asiento en un sofá, mientras Kian se acomodaba en la silla con total confianza. Me estudió, y fue entonces cuando lo vi. Su oscuridad. Sus fantasmas.

El silencio se extendió. La historia nos perseguía. Pero de alguna manera me dejó en la oscuridad. Solo Enrico y Kian sabían lo que se avecinaba.

—Estoy esperando —le recordé, la paciencia nunca había sido mi fuerte.

Kian no pareció ofendido por mi tono. Al contrario, parecía bastante divertido.

—Tu madre nunca contestó desafiante. —No me estaba reprendiendo. Ni siquiera parecía disgustado. No obstante, había una presencia letal en él que era innegable—. Eso terminó siendo su perdición.

—¿Qué quieres decir?

Su mirada se desvió hacia mi esposo y me invadió la ira.

—Esto me concierne a mí y a la historia de mi madre, así que no mires a Enrico.

La mano de mi marido se posó alrededor de mis hombros y sus dedos acariciaron mi cuello. El toque era reconfortante. Suave. Parecía imperturbable por mi tono agudo, su postura relajada y su tacto alimentaban mi propia seguridad.

Kian soltó una risita incrédula.

—Muy bien, Isla. Solo me preguntaba qué es lo que ya sabes.

—Nada. —Mi tono reflejaba exasperación y frustración—. No sé nada, pero quiero saberlo todo.

—Pero sabías quién era yo —razonó Kian.

Me burlé en voz baja.

—Porque husmeé en el escritorio de Illias como una maldita criminal y encontré mi acta de nacimiento y la de mi madre. —Por el rabillo del ojo, capté la sonrisa de Enrico. Hice un gesto indiferente con la mano—. Sí, sí. Mi hermano y mi esposo también son delincuentes. Soy nueva en esto. —Luego centré mi atención en Kian—. ¿Eres un criminal? Busqué el nombre de mi madre, pero no encontré nada, como era de esperar. Lo mismo pasó cuando escribí los nombres de sus padres.

—Tu abuelo era el jefe del cártel brasileño. —Las palabras de Kian parecieron el lanzamiento de una bomba, pero no perdió ni un segundo al continuar—: Cuando murió, pasó a mi hermano mayor.

—¿Tengo otro tío? —Las palabras se me escaparon de golpe.

Esta vez Enrico se tensó, y lo sentí con cada fibra de mi cuerpo.

—Nunca te acerques a él.

Ladeé una ceja ante su petición.

—¿Por qué?

—Porque fue mi hermano quien ayudó a nuestro padre a vender a tu madre —respondió Kian, y mi cabeza giró en su dirección. El rostro de mi tío permaneció estoico, inmutable, mas su mirada se volvió fría y oscura.

Respirando hondo, me encontré preguntando:

—¿Vendida?

Kian apretó la mandíbula. Su oscuridad cubría la habitación, peligrosa y envolvente. Era tan densa que podía olerla. Incluso saborearla. El cuerpo de Kian parecía crecer, la ira se desprendía de él en oleadas.

—Sí, vendida. A un burdel Marchetti.

Y ahí estaba. Ahí estaba, maldición. En un rincón de mi mente, noté el lenguaje corporal de Enrico, su mano se aquietó en la nuca.

Donatella Marchetti estaba loca, sin embargo, lo bastante cuerda como para echármelo en cara. Sabía que yo estaba en la oscuridad. Una vez más. Me senté rígida mientras me hervía la sangre. Luché contra las ganas de lanzar algo al otro lado de la habitación. De gritar como una loca.

—¿Vendida? —repetí, con la voz distorsionada por el zumbido en mis oídos—. No lo entiendo.

Kian dirigió una mirada a Enrico y luego a mí.

—Mi viejo y el padre de Enrico tenían un acuerdo comercial. Cuando nuestra familia fue responsable de la pérdida de un cargamento de Marchetti, mi hermana fue entregada para saldar la deuda. —La mandíbula de Kian se tensó, su expresión se volvió estruendosa—. Tenía dieciséis años.

Un grito ahogado salió de mis pulmones. Dieciséis años. Demasiado joven.

—¿Por qué no lo detuviste?

—No estaba en el país en ese momento —contestó entre dientes—. Cuando me enteré, fui tras ella. Pero llegué demasiado tarde. Busqué en burdel tras burdel, solo para enterarme de que

había muerto. Nunca supe de ti. Si hubiera... —No terminó la frase. En lugar de eso, se pasó la mano por su cabello plateado. Me dolía el corazón, cada respiración me perforaba el pecho al saber que mi madre debía de haber sufrido. Por fin se había revelado la verdad, y era fea. Era oscura. Amenazaba con hundirme—. Tus hermanos... ¿fueron buenos contigo?

La mandíbula de Kian se apretó y, de pronto, supe que aquel hombre sería tan protector como Illias. Lo agradecía, pero no quería que me asfixiara.

—Mucho. —Me incliné y tomé su mano entre las mías—. No podría haber pedido una vida mejor. Illias siempre estuvo ahí para mí. —Dejé escapar una risa seca—. Incluso cuando no quería que estuviera. Estaba ahí como una sombra, ahuyentando a todos los fantasmas.

Eso pareció apaciguar a Kian y me dedicó una sonrisa deslumbrante que lo hacía parecer mucho más joven.

—Me hace feliz escuchar eso —comentó suavemente—. Haría muy feliz a tu madre. —Se me retorció el pecho al pensar en la mujer que nunca había conocido. ¿Estaría orgullosa de mí?

—De vuelta a tus otros primos Cortes, Isla. Tienes que mantenerte alejada del resto de la familia Cortes. De mi hermano en particular. Es mejor que sigan pensando que no existes.

Exhalé un suspiro tembloroso y una lágrima rodó por mi mejilla. Enrico me acercó más a él y, a pesar del papel que su propio padre había desempeñado en la caída de mi madre, no pude encontrar mi furia. Todo había empezado con mi abuelo, que había vendido a su propia hija.

—De acuerdo —confirmé con voz áspera.

—¿Lo dices en serio, *Dolcezza*? —preguntó Enrico—. No puedo tenerte en peligro. Kian es un buen hombre, pero su hermano no. Un padre decente no envía a su hija a un burdel para pagar su deuda. Arreglamos matrimonios. Hacemos alianzas, sin embargo, nunca usamos a nuestras mujeres para algo tan bajo.

Tragando saliva, asentí con la cabeza. Si mi otro tío y mi abuelo no tuvieron reparos en hacerle daño a mi madre, desde luego no sentirían ningún apego por mí.

Los dedos de Enrico volvieron a masajearme los hombros, a tocarme, casi como si necesitara el consuelo tanto como yo.

—Si alguna vez necesitas ayuda o quieres salir de esta vida... —Kian no se molestó en mirar a Enrico, pero a juzgar por el gruñido bajo de mi esposo, sabía lo que pretendía decir—. Solo tienes que decirlo y vendré por ti. No importa dónde. No importa cuándo. Iré contra todos para mantenerte a salvo si es necesario.

Volví a inclinarme hacia el toque de Enrico, ya fuera para consolarlo o para asegurarme de que no arremetiera contra mi recién descubierto tío.

—Gracias. En serio te lo agradezco. —Los dedos de Enrico volvieron a recorrer mi piel—. Pero estoy a salvo donde estoy.

Y lo decía en serio. Si necesitara que me rescataran, no sería una damisela en apuros. Lucharía con uñas y dientes y recurriría a mis nuevas alianzas. Pero, ante todo, dependería de mí misma.

—¿Cómo murió tu madre? —La pregunta de Kian cortó el aire.

Mi columna vertebral se tensó y la tensión se filtró en mis huesos. Instintivamente, sabía que, si le decía a Kian que mi hermano había matado a su hermanita, iría contra él. No perdonaba a Illias, mas no podía condenar a muerte a mi hermano. Cuando Tatiana estuviera viva y sana, le sacaría la verdad a rastras. Aunque fuera lo último que hiciera.

—Parto —mentí en su lugar.

Al fin y al cabo, uno cuidaba de su familia. Tal vez era más Konstantin que Cortes.

TREINTA Y SIETE

ENRICO



Dos horas más tarde, llegamos a uno de los restaurantes Konstantin. Isla tenía una sorpresa para los chicos y se negó a quedarse dentro de la seguridad del hotel. Rápidamente me estaba dando cuenta de que era incapaz de negarme a ninguno de los deseos de mi esposa.

Se había cambiado los *jeans* por un precioso *top* negro sin tirantes y una falda de tul, tacones Christian Louboutin y un bolso *vintage*. Se veía increíble, por supuesto, pero pensaba que estaba igual de hermosa en *jeans* y una camiseta.

Mientras esperábamos a la camarera, que se movía por el concurrido restaurante, no le quité los ojos de encima mientras susurraba en voz baja con los chicos. Kian estaba de pie al otro lado de ella, sus ojos volvían frecuentemente a mi esposa. No me sorprendió que la reconociera en cuanto la vio. Por las fotos que había visto, los rasgos físicos entre Isla y Louisa Maria Cortes eran muy marcados. Podrían haber sido gemelas.

—¿*Ha salido bien?* —inquirió Manuel, hablando en italiano.

Ciertamente *fue*, aunque no estaba seguro de si bien o no. Isla apenas había dicho algo importante desde que Kian le contó la verdad sobre su madre. Esperé, anticipé, que explotara al confirmar que su madre había acabado en uno de los burdeles de mi familia.

En cambio, no lo había comentado.

Volvimos a nuestra habitación, los chicos ya estaban vestidos y esperándonos. Isla les había prometido una noche de fiesta, y estaban listos. Estaba tan tentado de enviarlos de vuelta a su habitación. Necesitaba saber qué pasaba por su mente brillante.

—*Tan bien como podría* —respondí en el mismo idioma.

—*Kian ya es protector* —comentó Manuel, ciñéndose a nuestra lengua materna—. Me sorprende que no haya intentado darle una salida de esta vida.

—*Lo hizo.* —Mi tono era seco. En realidad, aún me sorprendía que rechazara a su tío. Quedaba por ver si era para vengarse de mí o para dar bienvenida a nuestra vida juntos.

Era parte de la familia Marchetti, le gustara o no. Hablé en serio con lo que dije en nuestro viaje desde el hospital. Nadie se metía con mi familia. Y nadie se metería con mi esposa. Familia o no. Amigo o enemigo. Era mía para atesorarla. Para follarla. Para amarla.

De acuerdo, no empezamos con el mejor pie. *Cazzo*, ojalá estuviera embarazada de mí. Eso aseguraría su compromiso, por lo menos.

—Dios mío. —Los ojos de la *hostess* se abrieron de par en par al ver a mi mujer y me puse rígido, dispuesto a echar mano a mi pistola—. ¿De verdad eres tú? ¿La hermana menor de Illias?

—Hola, señora Pavlov. Encantada de verla de nuevo.

La primera la abrazó.

—Nunca pensé que volvería a verte. Has crecido.

Isla se rio.

—No mucho más alta, me temo.

—Pero sigues siendo hermosa.

Isla inclinó la barbilla hacia mí.

—Este es mi... —Esperé, conteniendo la respiración. Maldición, si me llamaba su amigo, no creía que fuera capaz de mantener la calma. Se aclaró la garganta y continuó—. Mi esposo, Enrico.

—Encantado de conocerte.

Isla continuó:

—Su tío, Manuel. Mi tío, Kian. Y estos son nuestros chicos. —Joder, ¿era posible enamorarme aún más de mi esposa? Parecía que sí—. Enzo y Amadeo. —Sus ojos parpadearon hacia todos nosotros—. Todos, ella es la señora Pavlov.

Todos murmuraron sus respuestas mientras la anfitriona aplaudía emocionada.

—¿Están casados? —Isla asintió—. Espera a que se lo cuente a mi marido. Juró que te casarías con ese violín.

—El violín se negó a pronunciar el “sí, acepto”, así que el cura lo calificó de unión inválida —bromeó Isla.

A Enzo y Amadeo les hizo gracia y se rieron a carcajadas.

La anfitriona nos condujo a la mesa, mirando por encima del hombro a Isla y sonriendo.

—Me alegro de volver a verte, Isla. Aún recuerdo cuando tu hermano te traía a tomar el postre cuando eras pequeña. —Se detuvo ante la mesa, apartada del resto del restaurante—. Y ahora tienes tu propia familia. Y eres la mejor violinista que ha visto el mundo.

Isla rio suavemente.

—Seguramente no la mejor que el mundo ha visto.

Una expresión severa se dibujó en el rostro de la anfitriona.

—La mejor —afirmó, decidida—. No te molestes con la modestia. —Isla puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar que apareciera una sonrisa en su cara—. Cuando sea la hora del postre, ¿te traigo tu favorito?

Mi esposa sonrió.

—Si hay extra, sí, por favor. También para los chicos. Quiero que lo prueben. —Isla lanzó una mirada a Enzo y Amadeo—. A menos que tengan miedo.

Los dos chicos pusieron los ojos en blanco.

—No tenemos miedo, aunque los postres italianos son de primera. Los rusos... no tanto.

Acerqué una silla a mi esposa y tomó asiento, con los ojos brillantes como esmeraldas.

—Ya veremos. —Me miró en busca de confirmación y asentí. Se inclinó hacia Enzo y Amadeo, susurrando en tono de conspiración—. Por cierto, tenemos una sorpresa para los dos.

—Cuéntanos. Adesso —exigió Enzo. Ahora.

—Las mujeres odian que las manden. —Amadeo le clavó el hombro a su hermano mayor—. Di *per favore*. Por favor.

Enzo fulminó con la mirada a su hermano pequeño.

—A las chicas les gusta que las manden.

—Quizá chicas, pero no mujeres —comentó Kian secamente—. Y mi sobrina no es tuya para que la mandes.

Enzo dejó escapar un fuerte suspiro.

—Sinceramente, no entiendo qué está pasando.

—¿Quieres tu sorpresa o no? —demandó Isla, desviando su atención de su recién descubierto pariente. No había tenido ocasión de hablar con ambos sobre la conexión de Isla con el cártel brasileño y advertirles de que lo mantuvieran entre nosotros.

—Cuéntanos —respondió Amadeo por su hermano. —*Per favore*, Isla.

Isla sonrió, aplaudiendo con entusiasmo.

—Después de cenar, iremos a la ópera.

El horror en las caras de los chicos era cómico.

—¿Ópera? —preguntó Enzo, cuya expresión indicaba claramente que prefería ahogarse en aguas heladas infestadas de osos polares que escuchar ópera.

Isla se echó a reír.

—Están dando un concierto en la ópera. No te preocupes, no te haré escuchar a una soprano cantando ópera. No, a menos que cante Athena.

—Gracias, maldición.

—Enzo —advertimos Isla y yo al mismo tiempo. La mirada de mi esposa encontró la mía durante un parpadeo de un segundo, y luego volvió a nuestro hijo—. No maldigas. Si no puedo maldecir, tú tampoco.

De acuerdo, no era exactamente la reprimenda que esperaba, pero le seguí la corriente.

—Lo dejaré para la próxima —dijo Manuel—. Una vez salí con una cantante de ópera. Me trae recuerdos.

—Zio Manuel ha tenido muchas novias —explicó Enzo con seriedad.

—Es bueno saberlo —contestó Isla—. ¿Y tú, tío Kian? ¿Tuviste muchas novias?

Me estremecí ante su pregunta. Kian era famoso por su privacidad. Todos en el bajo mundo lo sabían.

—No.

—¿Nunca te casaste?

—No.

Isla puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, entonces. No eres parlanchín. ¿Quieres venir con nosotros a la ópera?

—Estoy con Manuel, paso. —Compartió una mirada conmigo y luego añadió—: Tengo a Darius y Astor asignados a ti.

—*Bene*. —Aquellos dos eran eficientes y se fundían en las sombras a la perfección. Sin pensarlo, levanté la mano y acaricié con los nudillos la suave piel de su antebrazo. Dondequiera que tocaba a esta mujer, era suave. No se apartó, así que lo tomé como una buena señal.

—¿Son mis primos? —preguntó Isla con curiosidad, mirando hacia donde la tocaba. Con ella siempre era complicado y a la vez tan sencillo. O te mostraba todas sus emociones o las contenía. Estaba deseando conocer sus dos facetas.

—No —respondió Kian—. Y ni siquiera sabrás que están cerca.

Volvió a centrar su atención en los chicos.

—Entonces, ¿qué dicen? ¿Es una cita? —Enzo y Amadeo murmuraron su acuerdo, teniendo claramente diferentes ideas de lo que era una cita—. Maravilloso. Puede ser una tradición. Mi hermano también solía llevarme allí para nuestras citas.

—Está claro que él no sabe lo que es la diversión —murmuró Amadeo en voz baja, pero todos ignoramos su comentario.

La cena fue sorprendentemente agradable. Tuve que admitir que era uno de los mejores

platillos rusos que había probado en mi vida y, había que reconocerlo, no me gustaba mucho la cocina rusa. Los chicos fueron unos perfectos caballeros y elogiaron a Isla por su elección de platillos.

—¿Y tú, Kian? —Se volvió hacia su tío—. ¿Es la cocina rusa mejor que la brasileña?

Kian sonrió y me di cuenta de que en todas las veces que escuché hablar de él o lo había visto, nunca lo vi sonreír. Hasta ese momento.

—La cocina brasileña está influenciada por múltiples culturas. Es muy diversa. Te gustará.

Isla sonrió y miró a los chicos como preguntándoles, *¿qué les parece?*

—La comida italiana es la mejor —declaró Enzo. No se le podía quitar lo italiano ni a golpes. Me hizo sentir tan orgulloso.

—¿Qué tal si para la próxima salida familiar los llevo a todos a un auténtico restaurante brasileño? —recomendó Kian—. Pero no en Rusia.

—¿Entonces dónde? ¿Italia?

Kian se rio entre dientes.

—No, Italia no. Y Brasil tampoco. No hasta que tu otro tío esté fuera del juego. —«Traducción: *no hasta que lo mate*»—. Hay un restaurante brasileño muy bueno en Washington, D.C., y otro en New York. Podemos elegir uno de esos dos.

—New York. —La respuesta de Isla fue inmediata. Ladeé una ceja y se encogió de hombros—. ¿Qué? Illias siempre me mantuvo alejada de la Gran Manzana. Quiero ir.

Se burló Amadeo.

—¿Quieres decir que nunca te escabulliste a espaldas de tu hermano? Yo lo habría hecho...

Mi mujer entrecerró los ojos y sus palabras se interrumpieron. No pude evitar una sonrisa.

—Era la niña perfecta, nunca hice nada a sus espaldas.

—Me cuesta creerlo —murmuró Manuel antes de darse cuenta de que lo había dicho en voz alta y en español. Isla lo observó, desafiándolo—. *Ma dai*. —Vamos—. Tú y tus amigas... Tienen escrito *problemas* por todas partes.

Las mejillas de Isla se sonrojaron.

—Éramos unas santas.

—Por un día, tal vez —replicó Manuel secamente.

—No escuchan a su tío, chicos. —Decidió ignorar a Manuel—. Pregúntenle a mi hermano. A las chicas y a mí nunca nos atraparon haciendo nada malo.

Las carcajadas estallaron en la mesa.

—Ahí está la palabra clave —musitó Kian—. Nunca las atraparon.

Isla parpadeó inocentemente, aunque no contestó. En su lugar, una sonrisa tímida jugueteó alrededor de sus labios, y supe que los hijos que tendríamos algún día, además de Enzo y Amadeo, nos harían la vida complicada.

Sin embargo, mi esposa y yo iríamos dos pasos por delante de ellos.

TREINTA Y OCHO

ISLA



La cena fue agradable.

Entre saber quién y qué era mi madre y el hecho de que la metieran en uno de los burdeles propiedad del corrupto imperio Marchetti, mis pensamientos se arremolinaban de horror.

No fue una píldora fácil de tragar. Permaneció en un rincón de mi mente, evocando muchas emociones, tanto buenas como malas.

¿Y si no era una Konstantin? ¿Cómo podían saber quién era mi padre si trabajaba en un burdel? Tenía tantas preguntas para mi hermano y para mi esposo. Y una vez que tuviera mis respuestas, establecería algunas reglas básicas.

Estaba harta de ser la última en conocer detalles de mi propia vida.

Vi cómo Enzo y Amadeo probaban el postre ruso. *Ptichye moloko* era como el caramelo de coco ruso *Raffaello* y se deshacía en la boca. Era un sencillo, pero perfecto *soufflé* de leche recubierto de chocolate. Era un obsequio especial que Illias y Maxim solían darme. Este último me solía colar una porción extra mientras Illias refunfuñaba que era un manjar y que había que saborearlo, no atiborrarse.

Maxim y yo lo ignorábamos.

—¿Y? —les pregunté a todos—. ¿Qué les parece?

Por supuesto, fue Enzo quien contestó.

—No es tan bueno como *Raffaello*... —«Ese pequeño idiota italiano», pensé con cariño. Se encogió de hombros con indiferencia—. Pero me gusta. Está bien.

Agarró otro cubo.

—Si solo está bien, ¿por qué tomas otra ración? —se quejó Amadeo con la boca llena—. Déjalo para alguien más.

—Te estoy salvando de engordar —replicó Enzo mientras se metía un trozo en la boca.

—¿Qué tal si los salvo a todos de engordar? —Le pegué en la mano mientras tomaba su tercera ración—. Y me lo como todo.

Enrico soltó una risita.

—No me extraña que seas tan dulce.

Me observaba como si quisiera comerme, y pude sentir cómo se derrumbaban todas mis interrogantes y mis límites. Esos ojos oscuros que parpadeaban con lujuria. Esa sexy voz italiana.

Puse los ojos en blanco. A él. A mí misma.

Había consultado mi teléfono varias veces a lo largo de la cena. El estado de salud de Tatiana no había cambiado. A pesar de la advertencia de Illias, había intercambiado números con Sasha Nikolaev. Dijo que me mantendría informada. Su hermano Alexei era demasiado aterrador y su otro hermano, Vasili, demasiado serio. Me dejó con el hermano desquiciado. Al menos, así era como los percibía.

Dios, realmente esperaba que Tatiana saliera adelante. Tenía que hacerlo, por el bien de mi hermano y de los bebés.

Terminamos el postre y salimos del restaurante. Enrico, detrás de mí, nos quedamos atrás mientras Enzo y Amadeo entraban en el coche que nos esperaba. De repente, vi un movimiento por el rabillo del ojo. Giré la cabeza y mis ojos se abrieron de par en par.

Cabello blanco perfectamente peinado en un delicado moño. Diamantes alrededor del cuello, relucientes, y su frágil cuerpo envuelto en un abrigo de piel. Pero eran los ojos, vacíos y fríos, los que de algún modo seguían ardiendo. Igual que la maldita loca de su novia. Se paró en la esquina de la calle, y me pregunté si Donatella también estaría por allí.

Una pizca de miedo me recorrió la espalda cuando sus labios se movieron. Fue entonces cuando me fijé en el tipo que estaba a su lado. Lo reconocí por mi encuentro en el bar hace unas semanas, era el guardaespaldas de su hija. Ambos se dieron la vuelta.

—¿Qué pasa? —Los tres hombres, Enrico, Kian y Manuel, hicieron la pregunta al mismo tiempo, siguiendo mi mirada al otro lado de la calle.

—Esa mujer del abrigo de piel —musité—. La he visto antes.

—¿Qué mujer? —La nota oscura de la voz de Enrico no se me escapó.

—Estaba con... —Me corté, mis ojos se desviaron hacia los chicos. No quería que supieran que su madre me estaba acosando. Quería protegerlos. Así que negué con la cabeza—. Te lo contaré más tarde.

Enrico compartió una mirada con Kian y Manuel. Kian agachó la cabeza y me besó la mejilla.

—Voy a echar un vistazo.

Tragué saliva. Podía ser que acabara de conocerlo, sin embargo, no quería que le pasara nada.

—Ten cuidado. Creo... creo que no está del todo bien.

Asintió con la cabeza.

—¿Sabes su nombre?

Me detuve un momento mientras intentaba recordar, y luego sacudí la cabeza. Habían pasado tantas cosas desde aquella noche.

—Hmmm. —Recordé las pocas palabras que la escuché pronunciar en el club—. Sofia. No creo que sea rusa. Daba órdenes en español, aunque estaba en un club ruso.

—Cazzo, espero que no sea ella. —Fue Enrico quien habló.

—¿Quién? —Cuando Enrico se quedó callado, lo fulminé con la mirada, con la ira hirviéndome en la sangre—. Será mejor que no empieces otra vez con esta mierda, Enrico —advertí, con voz tranquila—. O habrá un infierno que pagar.

Me observó a los ojos, con los dientes rechinando.

—Voy a seguir la pista. —Kian llamó, cortando nuestro concurso de miradas—. Ustedes resuelvan esta mierda. Pero estoy de acuerdo con mi sobrina. Es mejor que sea consciente del peligro que estar ciega ante él.

¡Por fin, demonios! El primer hombre que no actuaba como si las mujeres fueran incapaces de cuidar de sí mismas. Echó a correr, sus ojos se desviaron hacia dos hombres rubios en la

distancia y... ¡mierda! Tenían que ser dioses griegos. ¡Santos cielos!

Actuando por instinto, agarré mi teléfono y estaba a punto de tomarles una foto para enviársela a mis amigas cuando Enrico me detuvo.

—¿Qué estás haciendo?

Parpadeé.

—¿Tomando una foto?

Sus cejas se fruncieron mientras miraba a su alrededor.

—¿De qué?

Sonreí tímidamente.

—De esos dos guapos. —Un gruñido vibró a mi alrededor y lo sentí en los huesos—. Es para mis amigas.

—No causa problemas, ¿eh? —dijo Manuel, inclinando la barbilla hacia el coche—. Entren antes de que tenga que empujarlos.

—Bueno, que esté casada no significa que esté ciega —murmuré en voz baja mientras me deslizaba en el asiento junto a Amadeo—. Además, estás actuando todo macho y te niegas a mantener mi cerebro ocupado.

Enrico tomó asiento a mi lado, su musculoso muslo se apoyó en el mío, provocando que mi libido respondiera al instante. Como si supiera el efecto que tenía en mí, su boca se elevó, robándome el aliento de mis pulmones. Dios, era una mujer deseosa y codiciosa cuando se trataba de mi esposo.

«Al menos es mío», pensé. *Mío*. La palabra me golpeó como un tren. De repente me di cuenta de que había elegido a Enrico y quería que fuera mío para siempre. «Te has enamorado del hombre», reflexioné, sintiendo que mi corazón aumentaba de tamaño.

Dios mío. Me había enamorado de mi marido. ¿Cómo sucedió eso?

—Sofia Volkov —contestó Enrico, negándose a reconocer mi afirmación anterior mientras luchaba con la idea de que me había enamorado—. Se cree la *Pakhan*. *Pazza* ni siquiera se acerca a la descripción de la locura de Sofia Volkov.

Los dioses griegos olvidados y mi amor en suspenso, ladeé la cabeza, considerando sus palabras.

—Es ella, entonces. —Tomé la mano de mi esposo—. Es la misma mujer del club.

Sus cejas se alzaron.

—¿El mismo club desde donde enviaste ese vídeo, moviendo el trasero y cantando esas letras repugnantes?

Sonreí.

—Sí, pero Phoenix lo envió. Ella tenía mi teléfono.

—¿Podemos ver el video, *Papà*? —preguntó Amadeo.

Me reí suavemente.

—En tus sueños, amigo. Eres menor de edad.

—*Oh*, ahora tenemos que verlo —insistió Enzo, con los ojos brillantes y desafiantes. Me recordó mucho a mi esposo en ese momento. Podía ser que no fuera su padre biológico, pero no había duda de que eran sus hijos.

Enrico ignoró a ambos, su atención en mí.

—¿Por qué estás tan segura de que era ella?

Dejé escapar un suspiro exasperado.

—Porque alguien la llamó Sofia y luego *Pakhan* unos instantes después. —Agarró su teléfono y empezó a escribir. Rápido. Eficaz. Con una mirada que prometía retribución y pronta

ejecución—. ¿Qué estás haciendo?

—Esa es la cara de enojo de *Papà* —explicó Enzo.

—Bien, es bueno saberlo. Tomaré nota.

Enrico levantó la cabeza y me clavó su oscura mirada.

—¿Sabes lo peligrosa que es esa mujer? —siseó, con la vena de la garganta palpitándole—. Podría haberte capturado. Hacerte daño. —La voz de Enrico se quebró y el arrepentimiento me invadió al instante.

Le agarré la mano.

—Escapamos de ella. No sabía quién era. Ni siquiera le habría dedicado una segunda mirada si no hubiera visto... —Tragué saliva, dirigiendo una mirada a los chicos—. No creo que sepa quién soy.

—Hablares más tarde.

Tres horas más tarde, estábamos de vuelta en el hotel. Los chicos estaban en su *suite*. Enrico estaba en la ducha. Y yo estaba sentada en el borde de la cama en ropa interior.

Quienquiera que empacó mi ropa debía de tener un maravilloso sentido del humor, porque era lo único que tenía para dormir. El ridículo *babydoll* apenas me cubría el trasero, y eso era mucho decir teniendo en cuenta que tenía una tanga a juego.

—¿Cómo demonios se supone que voy a tener una conversación seria llevando esto? —murmuré en voz baja, mirando mi reflejo en el espejo.

Me levanté y caminé por el suelo hasta la maleta de Enrico.

—Ajá.

Tomé el dobladillo de mi *babydoll*, me lo pasé por la cabeza y me puse su camisa.

Encontré mi reflejo en el espejo y asentí satisfecha. Me llegaba hasta las rodillas, pero al menos mi trasero no estaba en plena exhibición.

—Me gusta. —La voz de Enrico me sobresaltó y nuestras miradas se cruzaron en el espejo. Estaba desnudo, salvo por la toalla que le rodeaba la cintura, y su enorme cuerpo brillaba por la ducha.

Un dolor palpitó entre mis muslos y tragué saliva. Con fuerza. Un escalofrío me recorrió y me erizó la piel. Sentía la humedad entre las piernas, el palpitante que me instaba a ir hacia él y exigirle que aliviara esa necesidad.

Me abofeteé mentalmente. Me había cubierto el trasero, pero no me había asegurado de que Enrico también estuviera cubierto. Así que ahora estaba mirando su cuerpo tentador mientras mi boca salivaba. *Maravilloso*.

—Ponte algo de ropa. —Requerí, con la voz entrecortada.

La sonrisa apareció en su apuesto rostro, haciéndolo parecer más joven de sus cuarenta y tres años.

—Llevo algo puesto —indicó con su voz grave, provocando cosas en mí.

Desvié mis ojos. Era más fuerte que la respuesta de mi cuerpo. Hablaríamos y luego, si se portaba bien, cogeríamos.

Sí, buen plan.

—¿Desde cuándo sabes lo de mi madre? —Podría ir directo al grano.

No tuve que mirarlo para saber que se puso tenso. La temperatura de la habitación bajó unos grados y contuve la respiración mientras esperaba.

—Lo supe después de irme de tu apartamento, el día que me hiciste esos horribles sándwiches de pepino.

Cuando lo miré, vi la verdad en su mirada. Ya no sonreía, el arrepentimiento era evidente en su rostro.

Tragué saliva.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Se acercó a mí y se detuvo a unos centímetros de distancia. Su aroma me envolvió, fuerte y masculino, y mi cuerpo se estremeció al sentirlo tan familiar. Me invadió la lujuria, pero me negué a ceder.

Para que esto funcionara, tenía que ser una asociación. Equitativa.

Todos estos hombres tenían que parar de dejarme en la oscuridad. Era jodido que Donatella supiera del pasado de mi madre y yo no.

—Quería que nos casáramos primero para no perderte. —Su confesión me tomó por sorpresa. A juzgar por la expresión seria de su rostro, no estaba bromeando.

—¿Por qué no me lo dijiste justo después de la boda?

La mirada de Enrico se ensombreció.

—Demonios, Isla. ¿De verdad no lo sabes?

La esperanza, o algo parecido, centelleó en mi pecho.

—Quiero que me lo digas.

—Porque quiero tu amor, no tu odio. —Me acarició las mejillas, con sus dedos firmes mientras inclinaba su alto cuerpo y me daba un beso en la punta de la nariz—. Ni siquiera sabía que me estaba enamorando de ti hasta que fue demasiado tarde. Temo perderte. Por tu hermano. Por tu tío. Parece que eres capaz de dejarme sin pensarlo dos veces mientras yo solo pienso en ti. En mi polla. En mi casa. En mi cama.

«*Se estaba enamorando de mí*», mi corazón cantaba. Estaba claro que tenía que reevaluar mis prioridades.

—No quiero secretos entre nosotros. —Su pulgar rozó mi labio inferior y mi boca se separó por voluntad propia. Metió la yema del dedo y lo mordí suavemente. Retiró el dedo de mis labios—. No debería de ser tomada por sorpresa por Donatella diciéndome de mi madre en un burdel Marchetti. —Toda su postura se tensó y la ira rodó de él en oleadas—. No es diferente a que Illias me oculte secretos. He terminado con esa mierda.

—¿Cómo sabe Donatella lo de tu madre?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero es lo que dijo.

—¿Cuándo?

—Fue uno o dos días después de que fueras a mi apartamento. —Soltó una retahíla de maldiciones en italiano mientras lo miraba confusa—. Todo ha sucedido a la vez. Se han revelado tantos secretos que no he podido seguir el ritmo. No es que lo olvidara. —La expresión de Enrico se volvió pensativa, como si estuviera meditando algo—. ¿Qué estás pensando?

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Me enteré de lo de tu madre después de dejarte aquel día en el apartamento —refunfuñó—. Lo que significa que el traidor está entre mi círculo íntimo. Solo un puñado de personas tuvo acceso a esa información.

Tragué saliva.

—No puede ser Manuel, ¿verdad?

Sacudió la cabeza.

—No. Ha estado conmigo en las buenas y en las malas. Es el único italiano que conoce mi verdadera identidad. No necesita esta información para hacerme daño. —Ese era un buen punto—. A Kingston no le importaría tanto como para usarla.

—¿Entonces quién?

La frustración era evidente en su rostro.

—No lo sé, pero lo averiguaré.

Saqué la lengua y le lamí el pulgar.

—Entonces, ¿tenemos un acuerdo?

Sus ojos se convirtieron en charcos oscuros.

—No más mantenerte en la oscuridad.

Asentí con la cabeza.

—Nada de mentir. Nada de protegerme de la verdad, aunque pueda doler. —Pude ver cómo se le encendía la vena protectora de macho alfa, pero la ignoré—. Si hacemos esto, lo hacemos juntos, Enrico. Me apunto, pero solo si somos socios, si hay igualdad de condiciones.

Dejó escapar un suspiro incrédulo.

—Empiezo a ver al Konstantin que hay en ti. —Una punzada de miedo me atravesó el pecho y se fijó en eso de inmediato—. ¿Qué pasa? —Me mordí el labio inferior, sintiéndome estúpida por expresar mi preocupación—. Isla, si hacemos esto como socios, va en ambas direcciones.

Claro que me diría eso.

Suspiré.

—Estaba pensando en lo del burdel. —Mi voz era un suave murmullo.

—No tengo ninguno. Acabé con todo eso en cuanto me hice cargo.

Fue un alivio oírlo. Al menos era un criminal con moral. Era todo lo que podía pedir.

—Si mi madre era... —Dios, ni siquiera podía pronunciar la palabra—. ¿Cómo sé que Illias y yo compartimos un padre?

Mi esposo me sostuvo la mirada, con un destello de comprensión en su expresión.

—El viejo Konstantin habría estado bastante seguro de que eras suya para llevarse a tu madre. No lo conocí, pero por lo que he escuchado, no era un desgraciado de corazón blando que se preocupara por un problema a menos que tuviera una relación directa con él. —Seguía sin estar convencida y Enrico podía verlo en mi cara—. Se lo sacaremos a tu hermano.

Se me escapó una risa estrangulada.

—Eso suena como una amenaza. No quiero que le hagan daño.

Sonrió con picardía.

—De acuerdo, socia. Entonces no le haremos daño. Podemos drogarlo.

—Eso tampoco —lo regañé suavemente—. ¿Entonces tenemos un trato? —Asintió sin dudarlo—. Hacemos esto juntos. No más secretos. —Esto último no era exactamente justo, ya que tenía un secreto del tamaño de una tumba mal cavada que le estaba ocultando, así que añadí rápidamente—: No más secretos que tengan que ver con nosotros y nuestra familia.

No hacía falta ser un genio para ver que se dio cuenta que ocultaba algo. Aunque a su favor, no preguntó.

—Trato hecho, *Piccolina*.

—Gracias —murmuré, poniéndome de puntillas y rozando mis labios con los suyos.

Era todo el estímulo que necesitaba. Su boca tomó la mía en un beso contundente. Nos besamos como dos almas hambrientas. Como dos humanos que por fin se habían encontrado tras toda una vida de búsqueda. Me besó con abandono, su lengua bailó con la mía. Dejé que me devorara entera, deleitándose con mis gemidos y quejidos.

Mi esposo me besó con una desesperación igual a la mía, despojándome de todo pensamiento. Mis dedos se clavaron en su pecho, arañándolo como si fuera mi salvavidas. Tal vez lo era.

Pero entonces me acordé. Tenía que decírselo. Me aparté de él, respirando agitadamente.

—También me estoy enamorando de ti —confesé, con la respiración agitada—. No lo sabía. No reconocí las señales. Puede que seas obsesivo, pero también yo lo soy. Eres mío y solo mío. Si me das eso, seré solo tuya.

Además, mi corazón ya había salido de mi pecho y se había unido al suyo. Cantaba ante las caricias persistentes y las palabras suaves, hinchándose de felicidad por la cercanía entre nosotros.

—Me tienes, *Dolcezza*. —Ni siquiera dudó, y mi corazón se calentó con tantas emociones en carne viva. Le quité la toalla de la cintura y la lancé al otro lado de la habitación—. Soy tuyo y solo tuyo.

Eso era todo lo que quería, y necesitaba, oír.

Así que hice lo único que nunca había hecho. Me puse de rodillas.

TREINTA Y NUEVE

ISLA



—Quiero chuparte la polla —musité, encontrándome con su mirada que ardía más que las llamas del infierno—. Nunca lo he hecho antes, así que tendrás que guiarme.

—Cazzo, *Piccolina*. Harás que me corra incluso antes de que tus labios me toquen.

Las palabras me derritieron por dentro y mis muslos se apretaron, desesperados por un dolor que solo él podía aliviar.

Esto se sintió inesperadamente poderoso.

—Quiero ver tus pechos mientras me chupas la verga.

Su mano agarró el cuello de la camisa que llevaba y, con un movimiento rápido, me la arrancó, haciendo volar los botones por toda la habitación. La camisa se deslizó por mis hombros y cayó al suelo, dejando libres mis senos. Su pecho subía y bajaba rápidamente mientras dejaba que mis dedos recorrieran su cuerpo.

Dios, quería hacerlo sentir bien. Quería dárselo todo y quitárselo todo al mismo tiempo.

Deslicé la mano por su suave longitud, arriba y abajo, masturbándolo. La mirada de Enrico se ensombreció, arrastrándome a su oscuridad, que ahora también formaba parte de mí. Agarré su miembro grueso y duro, y se me hizo agua la boca al ver el premen brillando en la punta.

—Me encanta tu polla —agregué suavemente.

—Muéstrame cuánto. Métela en tu boca. Ahora.

Me incliné hacia él, lamí el premen de la punta y me la metí en la boca.

Un profundo gemido se escapó de sus labios y me invadió una extraña sensación de poder. Mis muslos se apretaron mientras mi propia excitación palpitaba en mi adolorido sexo. Su sabor cálido y salado se deslizó por mi lengua y cerré los ojos mientras un gemido vibraba en mi garganta.

Enrico hundió sus dedos fuertes y delgados en mi cabello y me tiró de él.

—No me quites los ojos de encima, *Dolcezza*. —Su voz era un gruñido áspero. Me encantaba su tono mandón. Su dominio—. Buena chica. —Mi clítoris palpitó cuando me elogió—. Ahora quítame las manos de encima.

Arrugué las cejas, confundida. Puede que no hubiera hecho una mamada antes, sin embargo, estaba bastante segura de que se suponía que había que tocar el pene. Me agarró el cabello con más fuerza.

—Ahora, *Dolcezza*, o te cogeré la garganta a profundidad antes de que estés lista.

Mierda, ¿por qué eso me excitó aún más?

Bajé las manos al regazo y dejé que tomara el control. Empezó a entrar y salir de mi boca, cada vez con más fuerza.

—Eso es —elogió—. Tu boca es el paraíso. *Cristo santo*, quiero arruinarte. —Gemí, con la excitación resbalando por el interior de mis muslos. Sacó su miembro y lo metió hasta el fondo de mi garganta. Mi reflejo nauseabundo se activó y mis palmas se sostuvieron a sus muslos esculpidos.

—Lo estás haciendo muy bien. —Su expresión era suave, la reverencia brillaba en sus ojos mientras observaba mi boca—. No te ahogaré. Déjame entrar. Hasta el fondo.

Sus manos me sujetaron mientras me sacaba su longitud para volver a meterlo.

—Eres mi buena chica —gruñó, entrando y saliendo de mi boca—. *Mia moglie. Tu sei perfetta*.

No tenía ni maldita idea de lo que significaba, pero el tono orgulloso fue mi perdición. Quería complacerlo. Quería hacerlo sentir bien.

Se echó hacia atrás, solo para volver a entrar. Me golpeó el fondo de la garganta y las lágrimas ardieron en mis ojos, rodando una a una por mis mejillas. Gimió. Gruñó.

Me ardían los pulmones. Sacó su longitud e inhalé profundamente.

—¿Estás bien? —Asentí con la cabeza. Me esparció las lágrimas en las mejillas con su pulgar—. ¿Quieres parar?

—Ni se te ocurra.

Era todo el permiso que necesitaba. Volvió a penetrarme sin piedad, hasta el fondo. Entraba y salía de mi boca con un ritmo enloquecido, perdiendo lentamente el control.

Tuve arcadas. Gemí. Mis uñas se clavaron en sus muslos, pero, por suerte, parecía haber olvidado su orden de apartar mis manos de él.

—Quiero bañarte con mi semen —gruñó, mientras usaba mi boca como si fuera su juguete—. Marcar tu piel. Para que todos sepan que eres mía.

Asentí con la cabeza, pero el gesto apenas estaba ahí. Se retiró y me dejó un poco de aire antes de volver a penetrarme.

—Mira tus pezones —gruñó—. Te gusta esto.

Otra escasa inclinación de cabeza.

Mis muslos se tensaron. La saliva me caía por la barbilla.

Me cogió la boca como si me estuviera castigando. Recompensándome. Entrando y saliendo, empujando más profundo con un gruñido hasta que pude sentir que estaba cerca. Murmuraba palabras en italiano, gimiendo. Seguía y seguía, robándome el aliento.

—Abre más la boca —gruñó, y obedecí al instante. Su agarre de mi melena era casi doloroso, pero lo acepté. Porque esto era para él—. *Mía*. —Embestida—. *Mía*.

Gemí y se corrió con un rugido, sobre mis labios, lengua y garganta. Tragué todo lo que pude y su semen corrió por mi barbilla. Me sacó el miembro de la boca, con los dedos aún enredados en mi cabello. Jadeé, permaneciendo arrodillada. El dolor entre mis piernas era insoportable. Me pesaban los pechos y ansiaba que me los tocara.

Pasó su pulgar por mi barbilla, recogiendo semen y untándolo en mis labios. Saqué la lengua con avidez y le chupé el dedo.

—¿De quién es esta boca?

—Tuya.

Me soltó el cabello y me ayudó a ponerme en pie.

—Buena chica. —Se inclinó y me lamó el labio inferior, luego lo mordió suavemente—. Ahora voy a recompensarte.

Un escalofrío me recorrió, todo mi cuerpo zumbaba de expectación.
—Adelante, esposo.

CUARENTA ENRICO



Dos horas después, con los cuerpos empapados en sudor, abracé a mi esposa. Se estiró en la cama, acurrucándose contra mí, mientras su respiración volvía lentamente a la normalidad.

Besé la coronilla de su cabeza, dejando que su aroma a coco me envolviera.

Suspiró, casi con aire soñador.

—Para tener cuarenta años, tienes la resistencia de un veinteañero.

Le di una nalgada.

—Solo trato de seguirle el ritmo a mi esposa.

Se apartó ligeramente para verme.

—¿Seguirme el ritmo? Estoy intentando seguir el tuyo. Me temo que, si seguimos así, me dará un infarto cuando tenga treinta años. Estás en muy buena forma. Odio el ejercicio. —Ladeó la cabeza antes de añadir—: Bueno, excepto el sexo contigo. Aunque no creo que eso se pueda considerar ejercicio.

Me reí entre dientes.

—Sí se considera. Así que tendremos mucho sexo.

Puso los ojos en blanco, pero no tenía ningún mérito. Apoyó la mejilla en mi pecho y puso su mano justo debajo de mi corazón, que tamborileaba solo para ella. Había evitado los apegos durante años, y este me sorprendió.

Sin embargo, ahora que la tenía, temía perderla. Como mi padre perdió a mi madre. Como mi abuelo perdió a mi abuela.

Pasé los dedos por su delgado hombro y sus suaves rizos rozaron mis nudillos.

—Dime lo que viste en el club —pedí—. La noche que viste a Sofia Volkov.

Dejó escapar un fuerte suspiro.

—Me dirigía al baño cuando oí un ruido. Me picó la curiosidad y vi a dos mujeres. Una estaba haciéndole sexo oral a la otra. Estaba a punto de retirarme cuando ambas fijaron su atención en mí, y me di cuenta de que la que estaba de rodillas era Donatella.

Me tensé. Era imposible que la hubiera escuchado bien.

—¿Donatella con Sofia? —Asintió, y tomé sus hombros entre mis palmas—. ¿Estás segura?

Exhalando un suspiro exasperado, dijo:

—Sí, estoy segura. Donatella se estaba comiendo el... ya sabes qué de Sofia. No es algo que se olvide de ver.

—*Puttana*.

Puso los ojos en blanco.

—Bueno, cada uno a lo suyo. No puedes culpar a alguien por a quién se la quiera chupar. Me quejé.

—Me importa una mierda a quién se la chupe Donatella. No obstante, que trabaje con Sofia Volkov es malo. Muy, muy malo.

Suspiró.

—Sí, que trabaje con cualquiera es malo. —Se movió para que su cuerpo cubriera el mío, sus pechos presionándose contra mi torso y sus muslos a horcajadas sobre mí. Por supuesto, mi polla se endureció al instante. A este paso, nunca terminaríamos esta conversación—. En fin, me largué y vinieron detrás de mí, pero entonces me topé con esta joven. Hizo que tanto Sofia como Donatella se detuvieran. Creo que era la hija de Sofia.

Sacudí la cabeza.

—No, no puede ser. Su única hija está muerta y no sería joven a estas alturas.

Se encogió de hombros.

—Bueno, te digo lo que la joven me dijo. Se disculpó por su madre, diciendo que era una paranoica.

—*Dio mio* —murmuré—. Esta podría ser nuestra oportunidad. Si tiene una hija, Sofia es vulnerable.

Las delicadas cejas rojas de Isla se fruncieron.

—No creo que debas usar a su hija en su contra.

—No le haremos daño, sin embargo, quizá podamos utilizarla para acabar con su madre. — Cuando parecía que Isla iba a protestar de nuevo, la callé presionando un beso en sus labios—. Sofia ha arruinado numerosas vidas. Hay que detenerla.

—Estoy de acuerdo, pero no lastimes a su hija.

—*Te lo prometto* —juré.

Se movió, apretando su coño contra mi dura longitud, y solté un gemido estrangulado.

—Isla, a menos que quieras que te folle duro otra vez, te sugiero que dejes de moverte.

Mi esposa me dedicó una dulce sonrisa.

—Dijiste que el sexo sería mi ejercicio. Necesito estar en buena forma.

Con un movimiento rápido, la puse boca arriba y la penetré con facilidad, mientras la llenaba hasta la empuñadura. Gimió, envolviéndome con sus delgadas piernas. Gemí. *Cazzo*, se sentía como en casa.

—*Oh*, sí... —Se arqueó fuera de la cama, las plantas de sus pies se clavaron en la parte posterior de mis muslos.

—A este ritmo, tendremos un bebé el año que viene —gruñí mientras me retiraba lentamente, para volver a introducirme en su cuerpo con profundas y largas embestidas.

—Espera —suspiró, sus ojos se clavaron en los míos—. ¿Qué dijiste?

Mis manos recorrían su cuerpo. Apretando. Agarrando. Necesitaba esta conexión con ella como si fuera mi oxígeno.

—Quiero tener hijos contigo.

Me rodeó el cuello con los brazos.

—No.

Me quedé quieto.

—¿No?

—No voy a tener un bebé mientras la loca de Donatella vaga por esta tierra, intentando matarme.

—Te protegería y al bebé.

Negó con la cabeza.

—No es negociable. Además, estoy en anticonceptivos. —Se dio un golpecito en el hombro

—. Tengo un año más.

Solté una retahíla de maldiciones en italiano.

—¿Un maldito año?

Empezó a moverse contra mí, gimiendo suavemente.

—Sí. —Me miró a través de los párpados entrecerrados, sus ojos brillaban como esmeraldas

—. Cuando desaparezca la amenaza de Donatella, podremos hablar de los bebés y de quitarme el implante. Ni un momento antes.

—*Va bene*. Trato hecho.

Luego me tomé mi tiempo para penetrar en su cuerpo, moviendo las caderas y dejando que sintiera cada caricia, cada roce. Tenía los labios entreabiertos y gemía cada vez más fuerte con cada brutal embestida. Mis manos estaban hambrientas de ella, tocándola por todas partes. Agarrándola, sintiéndola.

La besé con el mismo ritmo de mis embestidas, succionándole la lengua.

—¡*Oh... Oh... Dios...!* —Jadeaba, aferrándose a mí, su canal estrangulando mi verga mientras llegaba al éxtasis, clamando por mí.

Sus suaves gemidos y su sexo apretado me hicieron llegar al orgasmo poco después. Con fuerza. Me hizo sentir placer, ordeñándome la polla. Hundí la cabeza en su cabello y mis gemidos resonaron mientras chorros de mi semen goteaban por todo su cálido y acogedor coño.

Se aferró a mí mientras mis embestidas se volvían superficiales.

—Te amo.

Sus palabras me estremecieron. Fue como un sueño hecho realidad.

—Por ti, Isla, empezaría mil guerras. —Besé sus labios con avidez—. Y negociaría un millón de tratados de paz. Solo por volver a escuchar esas palabras.

Me mordisqueó el labio.

—Puedes tenerlas gratis. Las palabras y mi amor. —Su agarre se estrechó alrededor de mi cuello y buscó mis ojos—. Pero si cojes con otra mujer, te cortaré la verga y te la meteré por el trasero.

Me reí entre dientes.

—Trato hecho, entonces. Te amo, *Dolcezza*. Siempre y para siempre. Y por Dios, a finales de este año, estaremos intentando tener un bebé.

Sonrió.

—Me quitaré el implante en cuanto ella salga de nuestras vidas.

Ahora todo lo que tenía que hacer era acabar con Donatella de una vez por todas.

CUARENTA Y UNO

ISLA



Bip. Bip. Bip.

Al día siguiente estaba de nuevo en la habitación de Tatiana, escuchando el sonido de su ritmo cardíaco. Era extraño lo tranquilizador que resultaba porque significaba que estaba viva y respiraba. Y mientras tanto, mi marido me esperaba afuera.

Mi hermano no se había movido de su sitio, e incluso cuando el médico vino a verla, se negó a alejarse demasiado. Era como si necesitara fuerzas y solo Tatiana pudiera dárselas.

El doctor había repetido varias veces, *los bebés están sanos y salvos*, pero me preocupaba que, si Tatiana no salía adelante, mi hermano tampoco lo haría. Cuidaría de mis sobrinos, sospechaba que la familia Nikolaev también, pero se convertiría en otro círculo vicioso. Dos niños más que crecerían sin padres simplemente no funcionarían.

—No puedo creer que vaya a tener gemelos —soltó Sasha de la nada, con su corpulento cuerpo que parecía cómicamente grande en la única silla de la esquina.

El doctor Sergei, el hombre bajo la nómina de mi hermano, realizó otra sonografía, principalmente para dar tranquilidad a los cuatro hombres de la sala. Los hermanos Nikolaev se negaron a marcharse hasta que su hermanita despertara, y algo en su unida familia me recordó mi propia relación con mis hermanos. Bueno, con Illias, ya que Maxim había muerto.

—No es tan sorprendente —agregué, con dolor en mi alma por Maxim—. Después de todo, mis hermanos eran gemelos. A menos que lo hayas olvidado.

—No lo olvidamos —gruñó Sasha—. Intentó matar a mi esposa.

El rostro maltrecho de mi hermano pasó por mi mente y la bala en su cráneo me llenó de rabia.

—¡Necesitaba ayuda! —espeté—. No una bala en el cráneo. —Si Maxim había amenazado a la mujer de Sasha, sospechaba que había sido la familia Nikolaev quien había acabado con él. No eran de los que se tomaban ninguna amenaza a la ligera—. ¿Quién de ustedes lo hizo? —¿Cómo podía Illias soportar que estos hombres estuvieran aquí? Más importante aún, ¿por qué estaría de acuerdo con ello? La familia lo era todo para mi hermano. Sin embargo, no estaba vengando a Maxim—. ¿Quizás les gustaría una bala en su pequeño cerebro? —desafió.

De acuerdo, no era la mejor manera de hablarle a tu cuñado, pero no pude evitarlo. Sasha, el hermano desquiciado, me miró con expresión sombría. Pues que se joda. Podía defenderme y él no me asustaba. Me pareció escuchar a Vasili sisearle algo en voz baja a Sasha, pero mis oídos zumbaban fuertemente por la adrenalina.

Fue el doctor Sergei quien rompió la tensión.

—Los gemelos suelen ser por la parte de la madre. Como pueden ver, es posible tener sorpresas.

—Quizá consigamos vencer a esos Morrelli que se reproducen como conejos después de todo —comentó Sasha. No tenía ni idea de lo que quería decir y no pregunté. Sinceramente, no me importaba.

—¿No tienes una esposa con la que volver? —Illias le reviró a Sasha—. Ya sabes, la que secuestraste.

—Está en el hotel. No me iré hasta que Tatiana despierte.

Los hombros de mi hermano se desplomaron. Tal vez estaba aliviado, o tal vez se hubiera dado por vencido. En cualquier caso, se hizo el silencio y, con cada *pitido* de la máquina, aumentaba mi preocupación. Con el aumento de la conexión con el bajo mundo, me preocupaba que el cadáver que descuartizamos años atrás volviera para atormentarnos.

La agitación me picaba bajo la piel al sentirme tan inadecuada. Obviamente, los hombres de esta sala habían cometido crímenes. No obstante, sabían lo que hacían. Mis amigas y yo no. Google no era una buena guía cuando se trataba de encubrir un asesinato. Reina insistía en que, si salía a la luz, ella sería la culpable, mas eso tampoco me gustaba. Ya había sufrido demasiado.

Se oyó un pitido y todos miraron hacia el médico.

—Ups, demasiado lejos —refunfuñó el doctor Sergei, a lo que siguió inmediatamente una ronda de respiraciones de alivio.

Debí de perder la cabeza, porque me escuché soltar:

—Cuando un cuerpo fue rebanado en trozos, ¿se puede identificar su ADN?

Mantuve un tono coloquial, aunque cada fibra de mí se retorció. Mis dedos ansiaban jugar con la alianza que llevaba en el dedo, pero la había vuelto a esconder en el bolsillo para que Illias no hiciera preguntas. Nunca me había conocido como una chica de joyas. De hecho, rara vez las llevaba.

—No sé si es una pregunta apropiada —replicó el Dr. Sergei, con una mirada de reprimenda. Bueno, no era su vida la que pendía de un hilo—. Les daré un poco de privacidad. —A continuación, se dirigió a Illias—. Nada de cambios. Los bebés están bien. Los signos vitales de la madre son buenos. Ahora solo esperamos que tu esposa despierte.

Se dirigió hacia la puerta, dejándome con la atención de todos. De acuerdo, seguro que a cualquier otra persona que estuviera sentada en esta habitación de hospital le parecería algo totalmente fuera de lugar, pero ¿cómo podía explicar que esta pregunta me acechaba todos los días? Si mi hermano y mis cuñados se negaban a compartir información, tendría que buscar otra forma de averiguarlo. No hacer nada y que aquellos trozos nos persiguieran el resto de nuestras vidas era inaceptable.

Alexei me miraba con la boca entreabierta. Mi hermano se limitó a negar con la cabeza y siguió acariciando la mano de Tatiana.

Fue Vasili, con sus ojos pálidos clavados en mí y haciéndome sentir demasiado a la vista, quien acabó respondiendo a mi pregunta y convirtiéndose en mi hermano Nikolaev favorito.

—No soy un experto en ADN... —Mentira, este hombre sabía lo que hacía—. Sin embargo, descuartizar un cuerpo no eliminará su identidad. A menos que lo hayas quemado hasta las cenizas.

Lo estudié, pensativa, bastante decepcionada conmigo misma por no haber pensado en eso.

—Quemar el cuerpo, ¿eh? —Confirmaron sus hermanos, asintiendo con la cabeza—. Hmmm, es bueno saberlo.

—Solo asegúrate de que no quede nada de él —comentó Sasha—. Quémalo hasta las cenizas, luego deshazte de ellas.

Mi hermano les gritó a los hermanos Nikolaev, pero los ignoré a todos, sin prestar atención a sus palabras. Eran como mujeres viejas, discutiendo una y otra vez.

—Tiene que saber —declaró Sasha, defendiéndose—. Después de todo, es una Konstantin. Dejé escapar un suspiro sardónico.

—Matar está en nuestra sangre, ¿no es así, hermano?

Sasha no tenía ni idea de lo ciertas que eran esas palabras. Agarré el teléfono y escribí un críptico mensaje a mis amigas:

Yo: Lo quemaremos hasta reducirlo a cenizas y nos desharemos de él.

Sabía que no necesitaría dar más detalles: sabrían exactamente a qué me refería.

CUARENTA Y DOS

ISLA



Dos días después, estábamos en una zona de aterrizaje aislada en un aeropuerto de las afueras de Moscú. Volvíamos a casa, a Italia. Al menos los demás seguían llamándolo hogar. Quedaba por ver qué sería para mí.

Una jaula dorada. O un hogar feliz. De lo primero, escaparía. Lo segundo, lo adoptaría.

—Te va a gustar Italia —afirmó Enzo con entusiasmo.

—Tendrás que probar nuestros postres —pronunció Amadeo—. *Gelato*. —Sabía que eso significaba *helado* gracias a Rosetta Stone. Amadeo y Enzo me ayudaron a descargar la aplicación y a configurarla. Era muy útil, pero, para mi sospecha, no tenía ninguna mala palabra en italiano—. *Cannoli*. *Tiramisù*. *Panna cotta*.

Solté una carcajada estrangulada.

—Me voy a convertir en un barco con todos esos postres.

Mi esposo me dirigió una mirada sonriente.

—Vamos a hacer más ejercicio.

Mis mejillas se encendieron al saber exactamente lo que quería decir. Si nos “ejercitábamos” más de lo que ya lo hacíamos, nunca saldríamos de nuestro dormitorio. Nunca había creído que la adicción al sexo existiera hasta ese momento. Por suerte, parecía que a los dos nos afectaba. ¡Gracias a Dios!

—*Andiamo*. —*Vamos*. Enrico me dio una nalgada juguetona y el escozor me recordó la forma en que me folló anoche. Inclineda sobre la cama, con la cara presionada contra la almohada y el trasero al aire para que me azotara. Mis muslos temblaban y mi excitación empapaba mis bragas en respuesta, lista para una repetición. A ese paso, toda mi ropa interior se estropearía—. El avión nos espera.

—¿Ese avión tiene dormitorio? —pregunté en voz baja para que solo me oyera Enrico.

La forma en que sus ojos se oscurecieron me dijo que le gustaba la idea.

—Así es, *amore mio*. —Inclinó la cabeza y me susurró al oído—: ¿Tu coño quiere mi polla mientras ascendemos o descendemos, *Dolcezza*? Tú eliges.

Se me pusieron los ojos vidriosos. Me encantaban sus apodos cariñosos. Cada uno de ellos. Pero *Dolcezza* seguía siendo mi favorito. Fue el primero por el que me llamó.

—Mi elección, ¿eh? Eres el mejor novio... —Se aclaró la garganta, su expresión se volvió ligeramente más oscura, e inmediatamente me corregí—: El mejor *esposo* que he tenido.

—Que yo sepa, soy el único marido que has tenido —respondió secamente, mordiéndome el

lóbulo de la oreja para castigarme. Lo único que consiguió fue excitarme aún más—. El único que tendrás, *Moglie*. —Al hombre le encantaba llamarme esposa—. Recuérdalo.

Sonreí dulcemente mientras mi interior se estremecía con tantas emociones. Nunca pensé que me casaría, y menos tan joven. Pero tenía que admitir que el matrimonio tenía muchas ventajas. Mucho, mucho sexo. Un italiano *sexy*. Palabras dulces y sucias. La vida era bastante buena.

—Soy la única esposa que has tenido —agregué—. Y la única esposa que tendrás. Recuérdalo, *Marito* —pronuncié con orgullo la palabra que había aprendido ese día temprano. *Esposo*. Sus ojos brillaron de satisfacción, ardiendo de calor. Incliné la cabeza para ahogarme en aquellas profundidades oscuras y brillantes.

—Me encanta cuando hablas italiano. —Luego me empujó hacia las escaleras del avión como si no pudiera esperar a meterme dentro—. Voy a recompensarte en cuanto despegue el avión.

Una risa estrangulada vibró en mi garganta. El hombre era insaciable. Sin embargo, yo también lo era.

El avión de Enrico estaba listo para despegar, el ruido del motor viajaba por el aire. Giulio, Manuel y los chicos llevaban el equipaje mientras subía las escaleras de la cabina con la mano de mi marido en la parte baja de la espalda.

Observó por encima del hombro y dijo algo en italiano. Manuel soltó una risita, pero Enzo y Amadeo me miraron, frunciendo el ceño y asintiendo. Parecían casi preocupados.

En cuanto entramos, nos llevó a la parte trasera de la cabina.

—Enrico —protesté, aunque débilmente—. Los chicos están aquí. No podemos...

—Les dije que te sentías mal.

Se me sonrojaron las mejillas. No me extrañaba que Manuel se riera. Pero antes de que pudiera seguir reflexionando, estábamos en la parte trasera del avión y la puerta se cerraba tras nosotros.

Mi esposo me dio la vuelta mientras me acariciaba la mejilla con su mano callosa, observándome con cariñosa satisfacción. Me di cuenta de que lo disfrutaba mucho. Y algo de eso hizo que mi corazón se agitara, como las frágiles alas de una mariposa.

—Quítate la ropa.

Su tono autoritario me hizo estremecer. Ese hombre estaba resultando ser todo lo que no sabía que quería o necesitaba. Era más de lo que jamás había pensado. No sabía cómo sucedió, pero se había convertido en una parte esencial de mí.

Fue aterrador y emocionante. Excitante y alucinante.

Sosteniendo su mirada, empecé a despojarme de las prendas. Mis zapatos. Mi vestido. Todo, hasta que quedé sin nada adelante de él.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo desnudo, ardiendo en ellos la lujuria.

—Tu turno —ordené con voz ronca. No hizo falta decírselo dos veces. Se quitó la chaqueta antes de desabrocharse la camisa. Se bajó los pantalones de las caderas y se quitó los zapatos y los calcetines. Mis muslos se apretaron al ver aquel magnífico cuerpo.

—Realmente no crees en los bóxers.

Su labio se curvó con una mirada tan feroz y dominante que me temblaron las rodillas.

—No los necesito con mi esposa. —Agarró mi mano izquierda y rozó con el pulgar el anillo de boda que me marcaba como suya—. Quiero cubrir tus pechos con mi semen. Ver cómo brilla tu piel. Marcarte con mis dientes para que todo el mundo sepa que eres mía.

Mierda, ¿por qué sonaba tan bien? Extendió la mano y me pellizcó un pezón.

—Hazlo, entonces.

Su erección se hinchó en respuesta. La vista era magnífica. Casi obscena. Definitivamente erótica.

—Súbete a la cama —demandó, y obedecí rápidamente mientras él buscaba el pequeño armario que había junto a la cama. Metió la mano y sacó un frasco de lubricante.

Espera, ¿qué?

Al instante me moví sobre mis codos.

—¿Con quién has usado eso?

Enrico hizo una pausa, con la mandíbula desencajada, mientras lo arrojaba sobre la cama.

—Es nuevo. Hice que lo trajeran aquí mientras esperábamos a que mejorara el estado de Tatiana.

Me relajé al instante y curvé los labios en una sonrisa seductora.

—¿Así que has estado planeando esto todo el tiempo?

—Tengo que seguirle el ritmo a mi joven y traviesa esposa. —Me reí, pero no se inmutó—. Leí tu libro.

Fruncí las cejas.

—¿Qué libro?

—El romance sucio que tienes en tu Kindle.

Casi me ahogo, el calor recorriendo cada centímetro de mi cuerpo.

—¿Has husmeado en mi Kindle?

Se encogió de hombros, completamente despreocupado por mi derecho a la intimidad.

—Estaba abierto de par en par.

—No es *mi* libro.

La mirada que me echó decía que no me creía. Aunque no importaba. Era el libro que escribió Athena, y como ahora me consideraba una experta sexual, porque tenía por marido a un ardiente papi italiano, me rogó que leyera sus escenas de sexo.

—Ven aquí. —Señaló el borde de la cama donde estaba de pie—. Vamos a actuarlo de todos modos. Cualquier cosa y todo lo sucio que mi esposa sueñe, lo vamos a hacer. Así que cuando leas esos libros, solo pensarás en mí.

Dios, era posesivo. Pero no importaba. Porque estaba de acuerdo. De hecho, podría pedirle a Athena que me enviara todas sus sucias escenas de sexo a partir de ahora. Dejaría mi Kindle abierto de par en par si era necesario.

Rodé sobre mis manos y rodillas, luego me arrastré hacia él, fijando mis ojos en los suyos oscuros. Siguió mis movimientos como un depredador, ansioso por devorarme. Una vez frente a él, acorté la distancia, apretando mis labios contra los suyos.

—Puedo oler tu excitación, mi sucia *piccolina*.

—Y puedo sentir tu miembro duro empujando contra mi vientre, mi sucio papi italiano. —Entonces, como para probar mi punto, envolví mi pequeña mano alrededor de su dura longitud. Siempre me sorprendía verlo tan grande. Hacía que mis entrañas se apretaran, necesitando sentirlo dentro de mí.

Esta loca atracción nunca dejaba de sorprenderme.

Me besó con fuerza, brutal y exigente, haciendo que mi cuerpo se relajara para él. En el fondo, me encantaba su dominio. Su control. Aunque hasta cierto punto. Y solo en el dormitorio.

Me empujó y mi espalda chocó contra el colchón. Al instante estaba sobre mí, abriéndome las piernas y acercando su boca a mí, comiéndome como un hombre hambriento en busca de sustento. Mis manos se aferraron a su espeso cabello oscuro, arqueando mis caderas y meciéndome contra su boca.

Palpitaba con la necesidad de correrme. El calor húmedo de su boca hizo arder todo mi cuerpo. Gemí. Grité. Me retorcí contra su firme agarre. La lujuria sin sentido bailaba por mis venas y bajé una mano a mi muslo, entrelazando mis dedos con los suyos.

Las chispas ardían cada vez más, amenazando con convertirme en cenizas. Jadeé y mis músculos se tensaron mientras el placer crecía y crecía. De repente, la presión explotó.

Me corrí tan fuerte que me zumbaron los oídos. Luché por respirar, una lánguida sensación tirando de cada fibra en mí.

Abrí los ojos y lo encontré dándome un suave beso en la punta de mi nariz.

—Nunca me cansaré de escuchar tus gemidos. Hasta mi último aliento.

Mi corazón temblaba. Mi alma cantaba. Demonios, no me estaba enamorando de este hombre. Ya lo estaba. Tan enamorada.

—Quiero más —murmuré—. Márcame con tu semen.

—*Madonna*, mujer. Harás que me corra como un adolescente —gruñó con voz áspera.

Agarró el frasco de lubricante y gateó sobre mi cuerpo hasta que sus rodillas quedaron a horcajadas sobre mí y su pene descansó entre mis pechos. Abrió el tapón, vertió el líquido frío sobre mis senos y, sin que nadie se lo pidiera, me los froté para que resbalaran y pudiera penetrarlos.

Después de todo, eso fue lo que ocurrió en el libro.

Hice ademán de frotármelo despacio, pellizcándome los pezones y sosteniéndole la mirada.

—¿Puedo poner un poco en tu miembro también? —Ofrecí.

—Sí. —Su voz era gutural, áspera. Sus ojos eran oscuros como el carbón. Me eché un poco de lubricante en la palma de mi mano y cubrí su erección.

—¿Está esto bien?

Asintió con la cabeza.

—Junta los pechos. Apriétalos.

Comprimí mis senos alrededor de su miembro y su cabeza se echó hacia atrás, un gemido salió de sus labios. Era fascinante verlo. Tan erótico que pensé que volvería a tener un orgasmo, aquí y ahora. Volvió a mirarme fijamente, mientras mis pechos oprimían su longitud. Sus caderas empezaron a moverse, sus esculpidos músculos abdominales a flexionarse.

Me pellizqué los pezones y jadeé mientras la electricidad me recorría las venas. Mi sexo palpitaba y eché la cabeza hacia atrás mientras la alegría me inundaba. Mientras tanto, sus caderas seguían empujando entre mis senos.

—¡Mírame cuando te folle los senos! —ordenó, y obedecí al instante.

El fuego de sus ojos brillaba con más intensidad mientras las llamas me lamían la piel. Me acarició el clítoris. Los sonidos húmedos y resbaladizos mezclados con mis gemidos desesperados hacían que la escena que estábamos representando fuera francamente sucia.

Luego, *una bofetada*. Me dio una ligera bofetada en la vagina y el fuego estalló en mi interior. Mis ojos se pusieron en blanco y mi espalda se arqueó sobre la cama. Mi cuerpo cantó de placer y un segundo orgasmo me atravesó con una destrucción violenta y brutal.

Siguió detrás de mí con un rugido, rociando chorros calientes de semen por todos mis senos, mi cuello y mi barbilla. Recogió un poco con el dedo y me lo untó en los labios.

Mi lengua salió disparada, lamiendo su dedo.

—Delicioso.

La mirada salvaje de sus ojos me arrancó el alma y observé en silencio cómo cubría mi piel con su semen. Me sentí marcada.

Como suya.

Sin embargo, ya lo era.

Una hora más tarde, después de que me limpiara y me ayudara a vestirme, volvimos a la cabina principal y tomamos asiento.

—Sabes que no necesitamos cinturones de seguridad mientras estamos en el aire —señalé suavemente.

Me ignoró mientras me abrochaba y luego se sentó e hizo lo mismo.

Los chicos dormían en el sofá mientras Manuel leía un periódico y yo hacía lo posible por no mirarlo. Me ardía la piel al imaginar qué ruidos obscenos podría haber escuchado.

La azafata nos recibió con una brillante sonrisa y una bandeja de fruta fresca y quesos. También bebidas. Acepté un vaso de agua mineral y murmuré gracias mientras dejaba que mis ojos recorrieran el avión.

Illias tenía un avión privado, así que estaba acostumbrada al lujo, pero el avión de Enrico era único. Los asientos de felpa color caramelo estaban hechos a la medida. Los muebles estaban impecables y relucientes. Los asientos y sofás eran cómodos y lujosos. Incluso había una sección convertida en comedor, con una mesa y sillas tapizadas alrededor.

La boca de mi marido se acercó a mi frente, presionándola con un suave beso.

—Descansa un poco, *Piccolina*. Debes estar cansada.

Asentí con la cabeza.

—Así es.

Enrico jugueteó con los ajustes del asiento hasta que ambos asientos quedaron en una cómoda posición reclinada.

—Eres un hombre insaciable —murmuré somnolienta, acercándome y apoyando la cabeza en su pecho.

Se rio entre dientes.

—Y he encontrado mi igual contigo. —Era verdad.

Sus fuertes y relajantes latidos hacían que se me cayeran los párpados, pero el sueño no me encontraba. Le dejé creer que dormía mientras me relajaba en su abrazo.

Mi respiración debió de calmarse lo suficiente para que Enrico y Manuel pensaran que estaba dormida, porque Manuel empezó a hablar.

—*Che palle* —pronunció Manuel con voz débil—. Tienes que volver a concentrarte, Enrico.

—Todavía no lo he perdido —contestó Enrico en un tono plano—. ¿Alguna novedad de Kingston? ¿Ha sido capaz de rastrear a Donatella?

—No hay rastro de Donatella, pero parece creer que está en Rusia.

Obvio, estaría en Rusia si era la novia de Sofia Volkov.

—Eso tiene sentido —dijo Enrico pensativo.

—¿Por qué tendría sentido? —El tono de Manuel indicaba claramente que pensaba que Enrico estaba equivocado—. Donatella no tiene ningún vínculo con Rusia.

Te equivocas, amigo.

—Ahora sí. —Manuel esperó a que Enrico continuara—: Donatella y Sofia tienen una *relación*. —Hizo hincapié en la última palabra.

—¿*Che*?

—Parece que Donatella juega ahora para el otro equipo —explicó Enrico—. Pero nada de eso importa. —Me moría por ver la expresión de la cara de Manuel—. Si encontramos a

Donatella, encontraremos a Sofia. Y viceversa. Además, me he enterado de que Sofia Volkov tiene otra hija. Isla se encontró con ella en un club en Moscú. Haz que Kingston hackee la vigilancia del club. Quiero información sobre ella. ¿Por qué no sabíamos que tenía otra hija?

Tuve que luchar contra el impulso de abrir los ojos y maldecir a mi esposo. ¿No le había dicho que no fuera tras ella?

—No podía tener otra hija. Solo tuvo una, Winter Volkov, se casó con el viejo Brennan y murió al dar a luz. —No tenía ni maldita idea de quién era esa gente—. Después de todo, fue la razón por la que Sofia empezó esta guerra contra todos en el bajo mundo.

—Y tomó el poder para sí misma —señaló Enrico—. Tal vez esta hija secreta es la razón de ello.

—¿Dónde te has enterado? —preguntó Manuel. Los dedos de Enrico jugaban con un mechón de mi cabello, retorciéndolo una y otra vez.

—Isla se encontró con Sofia y Donatella en una posición comprometedoramente cuando estaba en Moscú con sus amigas. Allí vio a la hija de Sofia. —Se hizo el silencio y contuve la respiración, tentada de mirar a través de mis pestañas—. ¿No es cierto, *Piccolina*?

Maldito sea.

Abrí lentamente los ojos y me encontré con que los dos hombres me observaban, así que me senté.

—¿Qué me delató? —curioseé, molesta.

—Roncas cuando duermes —dijo Enrico.

Resoplé con indignidad.

—No ronco.

Enrico soltó una risita.

—Es un ronquido adorable. Suave y bonito.

Arrugué la nariz.

—No ronco —repetí.

—Por supuesto que no, *Amore*. —Claramente, solo me estaba aplacando—. Ahora hablemos de la hija de Sofia.

Tensé mi barbilla obstinadamente.

—Creí que habíamos acordado que no la involucrarías en esto.

—Nos dará una ventaja.

Crucé los brazos sobre mi pecho.

—No tendrás ninguna ayuda de mi parte para hacer eso.

—Isla, ahora no es el momento de ser terca.

—Lo prometiste, ¿recuerdas? —le recordé antes de agudizar la voz—. *Te lo prometto*. —Imité su voz y su acento—. Un hombre es tan bueno como su palabra.

—Cumpló mis promesas, *Moglie*. —Su tono se volvió gélido y su expresión estruendosa—. Harías bien en recordar que soy la cabeza de la familia Marchetti y que la seguridad de *nuestra* familia está por encima de cualquier maldito extraño.

Se me desencajó la mandíbula y la rabia brotó en mi pecho como si hubiera encendido un fósforo.

—Déjame adivinar —siseé entre dientes—. Porque tu vida es mucho más importante que la suya.

—No he dicho eso.

Pero había algo en todo esto que no me cuadraba. Si podía usar esa información contra Sofia Volkov, ¿podría él utilizar lo que Reina había hecho contra *ella* también? Demonios, si me diera

oportunidad de averiguarlo.

Las palabras que los hombres de Nikolaev me dijeron antes en el hospital zumbaban en mis oídos una y otra vez.

Quema el cuerpo y desecha las cenizas si quieres borrar todo rastro de un cadáver.

Me daba arcadas la idea de desenterrar un cuerpo descuartizado. Pero tendríamos que hacerlo si queríamos asegurarnos de que nada pudiera inculpar a Reina de aquel asesinato. Porque no confiaba en que mi esposo lo hiciera.

Abrí la boca para decir algo cuando la voz del piloto sonó por los altavoces.

—Hemos comenzado nuestro descenso. Por favor, abróchense los cinturones.

Me acerqué a Enzo y le di un codazo para que se despertara. Dio un manotazo en el aire.

—Despierten y pónganse los cinturones.

No se movió, así que lo empujé con más fuerza. Me miró a través de un párpado abierto.

—*Ma dai*, Isla. Vuelve a dormirte.

Sacudí la cabeza. ¿Me escucharía algún miembro de la familia Marchetti?

—Siéntate derecho y ponte el cinturón de seguridad. ¡Ahora! —declaré con voz severa y clara agitación.

Los dos hermanos se incorporaron. Parpadearon, aún somnolientos.

—¿Qué mier...? —Amadeo no llegó a terminar la frase, al notar que los ojos de su padre se entrecerraban con advertencia.

Como ni Enzo ni Amadeo se movieron para ponerse el cinturón, repetí:

—Chicos, pónganse el cinturón.

Me miraron confusos.

—¿Por qué?

Parpadeé y miré a mi marido, que se quedó sentado en su asiento, observando todo el intercambio como si fuera una película. ¿Por qué me puso a mí el cinturón de seguridad y a ellos los dejó volar sin abrochárselo?

—Por seguridad —murmuré—. Ahora sean buenos y pónganselos. O tendré que castigarlos.

Me quedé inmóvil. Luego me llevé la mano a la frente. Dios, ahora sonaba como Reina, regañándolos. Eso no serviría de nada.

Suspiré.

—Por favor, solo pónganselos.

Para mi sorpresa, ambos hicieron lo que les pedí sin decir ni una palabra más.

Enrico se inclinó y susurró.

—Nuestra conversación no ha terminado.

Hundí los dedos en el cuero acolchado, con el corazón acelerado. Me volví para mirarlo, inclinando la barbilla.

—No estoy segura de que haya mucho más que decir. Si no puedes cumplir la promesa que me hiciste, ¿cómo puedo confiar en que cumplas alguna de las demás?

Tenía la mandíbula apretada. Sabía que no le gustaba que lo interrogaran. Qué lástima. Expresó que tomaríamos decisiones juntos, y esto no lo era.

—Como sea —añadí, girándome para mirar hacia el otro lado. Extendió la mano y me agarró la mandíbula, asegurándose de que me quedara mirándolo.

—No, no lo que sea. —Su tono era oscuro, de advertencia—. Prometí que no le haríamos daño. Pero encontraremos la forma de llegar hasta su madre, y puede que tengamos que hacerlo a través de ella. No podemos permitirnos el lujo de no hacerlo.

—¿Por qué? ¿Quién es ella, aparte de alguien demente?

Pasaron dos latidos.

—Es la mujer que fácilmente puede dar a conocer *todos* nuestros secretos.

Me quedé paralizada, comprendiendo por fin a qué se refería.

—Creía que habías dicho que solo dos personas... —Me aclaré la garganta, lanzando una mirada a los chicos. Ninguno de ellos nos prestaba atención—. Lo sabían.

—Así es, pero con esta nueva *relación* de la que has sido testigo —continuó refiriéndose a Donatella—, no podemos arriesgarnos a que saque conclusiones.

De acuerdo, cuando lo decía así, tenía sentido. Excepto que el plomo en la boca de mi estómago se negaba a aliviarse. Podía estar haciendo lo correcto por su familia, pero no por esa joven.

A la hora de la verdad, ¿haría lo correcto por mis amigas y por mí? ¿O nos sacrificaría también por su familia?

—¿Estás bien?

Mi atención se centró en Enrico.

—Sí, ¿por qué?

—Te pusiste blanca como una sábana.

Mis labios se separaron, y las peores palabras salieron.

—¿Sabías que, si quemas un cuerpo, no puedes rastrear el ADN?

El espeso silencio se hizo tan ensordecedor que, una vez más, todo el mundo me observaba fijamente. La tensión me lamió la piel y se me heló la sangre. Oh. Mi. Dios. ¿Cómo había *vuelto a salir* esa mierda de mi boca?

—¿Vas a quemar un cadáver? —preguntó Enzo, con curiosidad en sus ojos.

Me burlé, débilmente.

—No, claro que no.

Y mientras tanto, reflexionaba sobre los detalles de un plan que tenía que funcionar.

La propiedad Marchetti no era nada como la imaginaba. Estaba deslumbrada.

El trayecto en vehículo iba por carreteras sinuosas con enormes montañas a lo lejos, hasta que llegamos a un amplio camino bordeado a ambos lados por viñedos que se extendían a lo largo de kilómetros. Los trabajadores estaban afuera, recogiendo fruta y trabajando los campos, con sus cajas rebosantes de productos.

Al final de la serpenteante carretera había una puerta con guardias que, en cuanto vieron acercarse el coche, nos hicieron señas para que pasáramos. Más allá, la tierra se extendía hasta un amplio espacio abierto donde se alzaba un verdadero castillo.

—Bienvenida a nuestra casa —señaló Enrico, recostándose en los asientos de cuero del auto, con las piernas abiertas y todo su porte relajado—. *Castello Del Mare*.

Cuando nos detuvimos, la puerta se abrió y Enrico salió de un salto, tendiéndome la mano.

En cuanto salí del vehículo, dejé que mis ojos recorrieran el horizonte. Hileras e hileras de limoneros y olivos. Y más allá de todo, un mar azul claro.

—Dios mío —suspiré—. Esto es...

El olor a mar, limones, higos y uvas flotaba en el aire. El sonido suave y rítmico de las olas formaban la melodía más hermosa al chocar contra la orilla. El tipo de sinfonía que te hacía sentir invencible. Quería capturarla con las cuerdas de mi violín.

Enzo y Amadeo salieron del coche y entraron corriendo en la casa.

—¿Qué dices? —Enrico me acercó la cara y apretó su boca contra la mía—. ¿Podrías vivir aquí, *amore mio*?

El sol parpadeaba sus rayos sobre el horizonte. El aire salado del océano. El olor ácido y rico de la tierra, el mar y la fruta... Sabía que me encantaría estar aquí.

—Esto es el paraíso en la tierra —comenté, radiante—. Solo falta una cosa.

Su mirada desprendía un calor con una intensidad que encendía un interruptor dentro de mí, haciéndome desearlo. Pero no era solo la lujuria de sus ojos lo que me hacía arder. Era la suavidad y la adoración de sus profundidades de obsidiana lo que hizo que me derritiera.

—Lo que sea. —Me dio un beso en la frente—. Haré que suceda.

—Mi violín.

Me moría de ganas de tocar el violín con el sonido de las olas rompiendo contra la orilla.

CUARENTA Y TRES

ISLA/ENRICO



A la mañana siguiente, salí de nuestro lujoso dormitorio y fui en busca de la cocina. No fue difícil encontrarla. Me limité a seguir el murmullo de charlas, risas y el olor a comida. El relajante sonido de las olas viajaba por el aire y podía escucharse incluso desde dentro, haciéndote sentir como si estuvieras en el paraíso.

Entré en la espaciosa y moderna cocina y la encontré llena de vida. Enrico estaba allí. Manuel. Algunos otros hombres que no había visto antes. Enzo y Amadeo. Y una mujer mayor con el pelo gris plateado.

Me vio y sus ojos se iluminaron de alegría.

—*Ciao, Bella.*

Se abalanzó sobre mí, sus pies sorprendentemente suaves contra la baldosa mientras se me acercaba y me tiraba para abrazarme.

—*Umm... ciao.*

La mujer era incluso más baja que yo, y mi estatura no era nada envidiable. Miré por encima de su cabeza a mi esposo y los chicos.

Enzo y Amadeo sonrieron.

—Esa es *Zia* Ludovica.

—La mejor cocinera de toda Italia —añadió Manuel.

Enrico dijo unas palabras en italiano y me di cuenta de que estaba traduciendo, porque *Zia* Ludovica soltó un grito y agitó la mano.

—*¿Caffè, Bella?*

Asentí con la cabeza.

—*Sì. Grazie.*

Me llevó a sentarme junto a Enrico, puso mi mano sobre la suya y la acarició cariñosamente.

—A *Zia* le gusta alimentar a todo el mundo —explicó Enrico—. Es hermana de mi madre y vivió mucho tiempo en Sudamérica.

—Hasta que me trajo aquí cuando murió su esposa —interrumpió *Zia* en un español muy entrecortado mientras se persignaba. No se me escapó la mirada de Manuel. Fue sutil, pero estaba claro que no le gustaba ninguna referencia a Donatella. Eso hizo que me cayera aún mejor —. Ahora *mangia, mangia.*

Sabía que eso significaba comer, así que sonreí.

—Menos mal que me gusta comer.

Enzo rio suavemente.

—Si comes como *Zia* quiere que comas, no cabrás por ninguna puerta en un mes.

Amadeo y él se levantaron de un salto y se agacharon para agarrar sus mochilas.

—¿Van a ir a la escuela?

—Sì.

Me levanté.

—Puedo llevarlos. —Los dos se rieron, como si acabara de soltar un chiste. Fruncí el ceño—.

¿Qué?

—No somos bebés.

Me encogí de hombros.

—Lo sé. Sin embargo, me da la oportunidad de ver la zona y su colegio. Además, siempre quise que alguien me acompañara a la escuela.

—Está demasiado lejos para ir caminando —comentó Amadeo razonablemente.

Me encogí de hombros.

—De acuerdo, entonces los llevaremos en coche al colegio. Para mí fue diferente no vivir en casa e ir a la escuela. El internado tenía algunas ventajas, pero esa no era una de ellas. —Los dos dudaron, miraron a su padre y luego a mí. Vi a Enrico—. ¿Está... eso bien?

La mano de Enrico se acercó a la parte baja de mi espalda.

—*Allora*, los llevaremos a la escuela.

—¿Les parece bien? —les pregunté a los chicos.

—Pero no nos acompañes dentro —comentó Amadeo—. Nos hará parecer débiles.

Puse los ojos en blanco, pero antes de que pudiera comentar algo, Enzo se me adelantó.

—A menos que pretendas ser nuestra novia.

Resoplé.

—En tus sueños, amigo.

Metiéndome un *croissant* en la boca y agarrando otro, dije con voz apagada:

—Listo. —Miré a *Zia* y sonreí—. *Grazie per...* —Levanté el *croissant* que aún tenía en la mano—. Están deliciosos.

Su rostro arrugado se iluminó y se apresuró hacia la elaborada máquina de café, sirviéndome una vaso para café con tapa.

—*Per la strada*.

El aroma me llegó y cerré los ojos, inhalando profundamente.

—*Ahhh*, café.

Los labios de mi esposo bajaron hasta mi oído.

—Cuidado o me pondrás celoso de ese café.

Lo miré a través de las pestañas.

—Nadie puede reemplazar a mi café.

Me dio una nalgada.

—Ya veremos. Vamos a llevar a los chicos al colegio.

Salimos del castillo, donde nos esperaba una SUV blindada. Me di cuenta de que la seguridad que Enrico tenía aquí era reforzada. En París se notaba menos, o quizás allí no necesitaba seguridad.

—¿Viene Manuel? —pregunté, fijándome en varios guardias. Uno de ellos llevaba una gorra de béisbol bien colocada sobre la frente, lo que dificultaba verle la cara.

—No, tiene otras cosas de las que ocuparse. —Parecía extraño, ya que siempre estaba cuando toda la familia se encontraba reunida. Mas no lo cuestioné. En lugar de eso, metí a los chicos en

el coche y me senté en la parte de atrás con Enrico.

—¿Podemos abrir las ventanas? —En cuanto solté la pregunta, me quejé de mi estupidez. El objetivo del todoterreno blindado era evitar que nos dispararan, no abrir las ventanillas y dejar que cualquiera apuntara—. Olvídalo —murmuré antes de que alguien pudiera responder.

—Te acostumbrarás —dijo Enzo, algo en sus ojos me decía que lo entendía.

Me recosté en el asiento. Creía que nunca me acostumbraría a tener la necesidad de esconderme tras los muros del *castello* de Enrico. O a conducir en un vehículo blindado.

—¿En qué grado están? —inquirí en su lugar, centrándome en ellos—. Supongo que debería saberlo.

—Secundaria —respondieron al mismo tiempo—. Noveno y décimo grado americano —terminó Amadeo.

—¿Ya están pensando en la universidad? —Sus expresiones me dijeron que no—. Deberían. Los años universitarios son algo que todo el mundo debería vivir al menos una vez.

El socarrón aliento de Enrico llamó mi atención.

—¿Conoces a alguien que lo haya hecho dos veces?

Me encogí de hombros.

—He oído hablar de algunas personas que lo hicieron dos veces, sí. Se lo pasaron tan bien la primera vez que quisieron repetirlo.

—O quizá reprobaron y tuvieron que volver —desafió.

Puse los ojos en blanco.

—No importa. Solo digo que es una buena experiencia. —Entrecerré los ojos hacia mi esposo—. ¿No fuiste a la universidad?

—Universidad, sí.

—¡Ves! —exclamé—. No me digas que no fueron los mejores años de tu vida.

Enrico se encogió de hombros.

—Estuvieron bien.

Me quedé boquiabierta.

—¿Solo bien?

Su mirada encontró la mía.

—Casi me da miedo preguntarte qué hiciste durante tus años universitarios para apasionarte tanto.

Sonreí con suficiencia.

—Deberías. —Ignorando la curiosidad y el desafío que brillaban en los ojos de Enrico, volví a centrarme en mis hijastros—. Si me dicen qué les gusta, podemos organizar algunas visitas a los campus. Aún hay tiempo, pero les daría una idea de que se trata.

Durante el resto del viaje de quince minutos, hicimos una lista de universidades en Italia, Europa y Estados Unidos que parecían encajar bien. Los próximos tres años serían muy ajetreados.

El coche se detuvo y un guardia abrió la puerta. Sería él quien se quedaría, los seguiría todo el día y luego los llevaría a casa.

Enzo fue a salir del vehículo primero.

—*Ciao*, Isla.

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, me dio un beso en la mejilla. Amadeo estaba justo detrás de él e hizo lo mismo.

Parpadeé confundida y me giré para encontrar a mi marido.

—¿Qué fue eso?

—Les agradas —replicó, acercándome más a él. Tan cerca que casi estaba en su regazo—. Los aceptaste, así que ellos te aceptan a ti.

Parpadeé.

—Así de fácil.

—Así de fácil, *Amore*.

De repente, ser madrastra sonaba mucho más tentador.

El auto volvió a ponerse en marcha y suspiré contra él, inhalando aquel aroma masculino y cítrico.

—Hueles como tus jardines —murmuré—. Limones y mar, *tan bien*.

Su pecho vibró.

—Las mujeres huelen a jardín. Los hombres no.

Me encogí de hombros.

—Tal vez como la tierra, entonces. No lo sé. Solo sé que me gusta.

Apreté sus labios contra mi sien.

—Me encanta tu aroma. Cocos y dulces, mi *dolcezza*. —Ahogué un bostezo. Toda la emoción de los últimos días se había apoderado de mí—. Tengo una sorpresa para ti —avisó—. A menos que quieras ir a casa a descansar.

Eso me animó al instante.

—No estoy cansada. Quiero mi sorpresa. —Sonrió, quitándose al menos cinco años de encima. No pude resistir llevar mi palma a su rostro—. Pareces mucho más joven cuando sonríes. Deberías hacerlo más.

Giró la cara y me besó el centro de mi palma.

—Contigo sonrío más que nunca.

ENRICO

Cuando Giulio finalmente se detuvo, abrí la puerta y salí.

Extendí la mano e Isla me miró a través de sus espesas y largas pestañas.

—¿Es aquí donde está mi sorpresa?

Mis hombres se apresuraron a rodearme para asegurarse de que no era un blanco abierto. Sin embargo, se trataba de una parada espontánea y nadie sabía dónde iba a llevar a Isla, así que no me preocupaba un ataque sorpresa.

Sus dedos se encontraron con los míos.

—Primero comeremos *gelato*. Y luego tendremos tu sorpresa.

Parpadeó.

—¿*Gelato* a las nueve de la mañana?

Asentí con la cabeza.

—Nunca es demasiado temprano para un *gelato*.

La acerqué más a mí y le rodeé la cintura con el brazo mientras paseábamos hasta la tienda cercana. Había algunos clientes tomando café, pero aparte de eso, estaba vacía. El dueño estaba sacando los contenedores recién hechos, así que esperamos a que salieran todos los sabores antes de que Isla se decidiera por el sabor *tutti frutti*.

—¡*Hmmm*, este es el mejor helado! —exclamó en el momento en que la cuchara tocó su lengua—. Creo que he muerto y he ido al cielo del *gelato*.

El dueño sonrió ante sus elogios. Isla sonreía y reía, diciéndole al dueño que quería probarlos

todos. Él estaba más que feliz de permitírselo. Ella se rio y se lamió los labios, chillando de placer.

—Siempre que usted quiera helado, preparo uno nuevo y se lo envío —dijo el propietario.

Los ojos de Isla encontraron los míos, brillantes como los bosques más verdes. Era agradable verla relajada. Contenta.

Su felicidad me llegó hasta los huesos y fue como una medicina para mi alma.

—Podemos contratarlo para entregas semanales —recomendé.

—¡Oh, sí, sí! —aceptó con entusiasmo—. ¿Podemos tenerlo a diario?

—Claro que sí, *Amore*.

Chilló de alegría, con su pequeño cuerpo rebotando arriba y abajo.

—Eres el mejor esposo. No me importa lo que digan.

Me reí entre dientes.

—Dame sus nombres y me encargaré de ellos.

Agitó la cuchara en el aire.

—No importa. Porque todo el mundo se equivoca.

Dirigí una mirada divertida al dueño y le dije en italiano que organizara las entregas con mi personal. Si mi mujer quería helado a domicilio, por Dios que lo tendría.

Con mi mano entre las suyas, salimos de la tienda y nos dirigimos a la acera. Roma a finales de noviembre era lo mejor. No había turistas corriendo para ver todos los monumentos, y los lugareños estaban ocupados con sus vidas. Era como si estuviéramos solos en el mundo mi mujer y yo.

Caminamos por la acera y la vi lamer el gelato de sus labios, dándome demasiadas ideas inapropiadas para un lugar público. Agarró otra cucharada y me la ofreció.

—¿Segura que quieres compartir? —me burlé de ella. La verdad es que no era de comer mucho dulce, pero de ninguna manera rechazaría lo que me ofrecía.

—Contigo, siempre. —Demonios, cuando se ponía así de dulce, lo único que quería era llevármela a casa y enterrarme dentro de ella. Escuchar sus gemidos y, aún más, sus palabras de amor.

Cuando llegamos a nuestro destino, el helado se había acabado y nuestros paladares dulces estaban saciados. *Por el momento*.

—Aquí es a donde vamos —informé despreocupadamente mientras tiraba su vaso vacío a un bote de basura cercano.

Se giró para mirar el escaparate lleno de instrumentos. Era la tienda de instrumentos más famosa de Roma, a la que acudían músicos de todo el mundo por su exquisito trabajo.

—¿Una tienda de música? —preguntó, frunciendo sus delicadas cejas—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—*Andiamo*. —*Vamos*. Abrí la puerta y la guíe adentro—. No hagas demasiadas preguntas.

Su mano volvió a encontrar la mía y nuestros dedos se entrelazaron. Por un instante, sus pasos vacilaron y respiró hondo, cerrando los ojos.

—Dios, me encanta el olor de las tiendas y los instrumentos viejos. Es el mejor afrodisíaco.

Me dedicó una sonrisa secreta y supe exactamente lo que mi esposa estaba pensando. Lo mismo que yo.

—Soy tu mejor afrodisíaco, *Dolcezza* —le recordé, presionando mi boca sobre sus suaves labios. Sabía a helado—. No lo olvides —comenté mientras le daba una nalgada juguetona.

—*Signore* Marchetti.

El dueño de la tienda nos observó a los dos. El anciano, cabello gris, barba canosa y gafas en

la nariz, sonrió y sus pequeños ojos se movieron entre nosotros.

—*Signore* Paganini, gracias por recibarnos tan temprano —lo saludé.

Los ojos de Isla se posaron con curiosidad en el dueño de la tienda.

—Paganini. Como en... ¿Niccolò Paganini?

El anciano sonrió.

—Ese era mi tatarabuelo.

—¡No!

—Sì, lo era.

Isla aplaudió.

—¿Y usted? —indagó, dando dos pasos para acercársele—. ¿Qué toca? ¿O compone?

El *Signore* Paganini se rio de buen humor.

—Solo escucho. Me temo que ese gen me saltó.

A mi mujer se le cayó la cara de decepción.

—Qué lástima.

El rostro del anciano se torció en confusión, y le expliqué en italiano que era solo una expresión.

—¡No importa! —exclamó *Signore* Paganini—. Te he oído tocar. Y tengo justo lo que necesitas.

El viejo se escabulló y esperamos mientras mi sangre bombeaba con adrenalina. No podía esperar a ver la expresión de su cara cuando lo viera. El *Signore* Paganini volvió enseguida con un maletín.

—*Per te*.

Cuando me miró confusa, traduje.

—Para ti, *Amore*. Tu regalo de bodas.

Negó con la cabeza.

—Pero no te he traído nada.

—Lo hiciste —le aseguré—. Más de lo que nunca sabrás. Ahora hazme un hombre aún más feliz y abre tu regalo.

Lentamente, Isla tomó el maletín y lo colocó sobre la mesa cercana. Sus dedos temblaban ligeramente al abrirlo, y un grito ahogado llenó el aire. Su boca se abrió y cerró varias veces antes de que salieran las palabras.

—No lo entiendo —suspiró.

—Es un violín que perteneció a Niccolò Paganini —pronuncié suavemente—. Sé lo mucho que amas tus violines y esta era la forma más rápida de conseguirte uno.

—Y estoy agradecida. De verdad. Pero no puedo quedarme sin mi violín —murmuró—. Es una parte de mí, y sería como sustituir una de mis extremidades.

Era lógico. Todo lo que había oído sobre los músicos me decía que era así.

—Aun así, vamos a llevarnos este, no te preocupes, haré que traigan tu otro violín.

Sus ojos pasaron de mí al *Signore* Paganini y luego volvieron a mí.

—Pero... pero... es demasiado. No podría. —Encontró la mirada del *Signore* Paganini. —Esto pertenece a tu familia. No puedo llevarme algo tan significativo.

El *Signore* Paganini sonrió.

—Tu marido lo compró, es tuyo. —Sus ojos se abrieron de par en par y giró la cabeza en mi dirección.

—¿Por qué? —Jadeó, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Tengo muchos instrumentos. Y este... no podría. Es demasiado.

—Es mi regalo, *Amore*. No me rechazarás. ¿O sí?

Al *Signore* Paganini le debió de preocupar que le pidiera que me devolviera los dos millones si lo rechazaba, porque intervino.

—No se lo vendería a cualquiera, *Signora* Marchetti. En sus hermosas manos, el instrumento volverá a hacer música.

Sus delicados dedos recorrieron las vetas de madera del violín. Se notaba que lo deseaba, pero algo se lo impedía. Le hice un gesto al *Signore* Paganini para que nos diera un minuto y desapareció en la parte de atrás.

—¿Qué pasa? —pregunté, acercándome por detrás y rodeándole la cintura con mis manos. No perdí de vista el escaparate de cristal que teníamos enfrente para asegurarme de que no venía ninguna amenaza por detrás. Ciertos hábitos eran difíciles de dejar—. ¿No te gusta?

—Me encanta —musitó—. Es que no me siento cómoda recibiendo un regalo tan caro sin tener uno que darte a cambio —admitió en voz baja.

Me acerqué más y mordisqueé el lóbulo de su oreja.

—Me has dado más de lo que puedo pagarte, *Piccolina*. —Levantó su trasero, rozándolo contra mi pelvis—. Pero si insistes, puedes darme mi regalo esta noche. En nuestro dormitorio.

Observé fascinado cómo un rubor subía por su cuello, tiñendo de rosa su piel de porcelana. Giró la cara y sus labios encontraron los míos.

—Déjame adivinar, *Marito* —murmuré, sus labios moviéndose contra los míos. Demonios, me encantaba cuando me llamaba esposo—. Quieres jugar con mi trasero.

Mi polla respondió inmediatamente, poniéndose dura como una roca y empujando contra sus nalgas.

—Si estás dispuesta —gruñí, dolorosamente excitado.

Se echó hacia atrás y su pequeño cuerpo se pegó a mí. Me miraba con tanta confianza en los ojos que el corazón se me retorció en el pecho. Preferiría cortarme la verga antes que romper esa confianza o ver resentimiento en su mirada.

—Agarra el violín, *Amore*, y dime cómo se siente.

Lo tomó con reverencia, como si temiera que se rompiera, y se lo puso en el hombro. La expresión de asombro de su rostro y el brillo de sus ojos eran adictivos. Me recordaba a su mirada cuando se corría alrededor de mi polla.

—Dios, ¡es tan perfecto! —elogió efusivamente—. Tengo miedo incluso de tocarlo.

—Lo tocarás, ¿no? —animó el *Signore* Paganini, volviendo para unírseos en el momento perfecto.

Isla asintió, agarró el arco y, en el momento en que la primera nota salió de la cuerda, mi pecho se estremeció por su belleza. Paganini debió de sentir lo mismo, porque la observaba con una expresión hipnotizada.

Mi esposa tenía razón. Cuando sostenía un violín, estaba en paz. Lo vi aquel día en la Filarmónica de París, pero de cerca era aún más hipnotizante. Casi desgarrador.

La última nota abandonó las cuerdas, y fue como si se hubiera despertado. Paganini se limpió discretamente una lágrima de la mejilla, y me di cuenta de que era el hombre vivo más afortunado.

—¿Así que te gusta? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Me encanta. —Se giró hacia mí, se puso de puntillas y apretó sus labios contra los míos—. Y te amo. Muchas gracias.

—*Prego, amore mio*. —Mi nariz rozó ligeramente la suya—. Voy a necesitar oír tus palabras de amor al menos veinticuatro veces al día.

Frunció el ceño.

—Eso es extrañamente específico. ¿Por qué tantas?

—Una vez por cada hora del día.

Sonrió, radiante.

—Trato hecho. Ahora vamos a casa.

Cuando la llevé a casa, me arrastró hasta los acantilados y tocó su nuevo violín mientras las olas rompían contra la costa.

Era lo más feliz que me había sentido nunca.

CUARENTA Y CUATRO

ISLA



O frecerle mi culo mientras estábamos en la tienda de música, sonaba perfecto, pero ahora que la noche había descendido, los nervios bailaban a través de mí.

Vestida con una falda corta que apenas me cubría el trasero, medias hasta la rodilla y una blusa blanca que me había ceñido a la cintura para dejar al descubierto mi vientre plano, iba vestida para complacer a mi marido. Me había recogido el cabello en coletas altas y me había puesto tacones altos en los pies.

¿Dónde podría haber encontrado un atuendo tan escandaloso? Bueno, no fue fácil. Tuve que mandarle un mensaje a Enzo para que le robara uno a una de sus amigas del colegio. Cuando me preguntó para qué lo necesitaba, le dije que era para caridad. No era exactamente el punto culminante de ser madrastra.

Así que aquí estaba, pareciendo una colegiala muy vulgar.

Me paseé por la habitación, esperando a que Enrico subiera al dormitorio. Las puertas francesas que daban al balcón estaban abiertas y la brisa traía el sonido de las olas.

Agarré el teléfono móvil y, al abrirlo, encontré otro mensaje de Illias, junto con varios de mis amigas. Mi corazón se retorció, como siempre últimamente, cuando pensaba en mi hermano. Quería comprender. Quería perdonar. Sin embargo, sin respuestas, me sentía incapaz de seguir adelante.

Mi dedo se posó sobre su nombre y abrí el mensaje.

Illias: Isla, por favor, ven a casa. Tatiana está aquí. Somos familia.

El mensaje fue enviado hacía seis horas.

Illias: Al menos hazme saber que estás bien.

Hubo diez más como ese. El último se sintió como el filo de una espada en mi alma.

Illias: Lamento no habértelo dicho, pero, por favor, confía en mí.

También lo hice por ti. Sí, egoístamente, no quería perderte, aunque tampoco quería que te atormentara el pasado. Como a Maxim. Como a mí.

Era un mensaje que decía demasiado y no lo suficiente. Mi hermano había guardado esos secretos para protegerme, pero en el proceso me había hecho aún más daño.

Escribí un mensaje rápido.

Yo: Te amo. Estoy a salvo. Siempre serás mi hermano. Dame tiempo para aceptarlo.

Era todo lo que tenía por el momento.

La puerta del dormitorio se abrió y mi esposo entró caminando como un hombre de negocios antes de detenerse bruscamente. Su expresión parpadeó con algo oscuro y excitante, su mirada recorrió perezosamente mi cuerpo y volvió a subir, encontrándose con mis ojos.

—¿Cuál es el motivo, *Dolcezza*? —La aspereza de su voz y la mirada de sus ojos me hicieron sentir escalofríos.

—¿Presentando mi culo...? —Respiré, con el corazón martilleándome contra el pecho. Tenía que estar loca. Todavía no había conocido a ninguna mujer a la que le gustara que le cogieran el culo. Athena incluso se negaba a escribir sobre ello en sus novelas obscenas, ya que no tenía experiencia personal al respecto—. Pero si no me gusta, acabamos enseguida con eso —añadí.

Una mujer necesitaba un plan de escape.

Cerró la puerta tras de sí y merodeó por la habitación, sus pasos acortando la distancia.

—Trato hecho. —Extendió la mano y me acarició la mandíbula con los nudillos—. ¿Dónde conseguiste semejante atuendo, *Moglie*?

Sonreí con suficiencia.

—Tengo mis maneras. —Le tomé la mano y se la llevé al trozo de carne que mis medias hasta la rodilla dejaban al descubierto—. ¿Quieres ver mis bragas?

—Prefiero verte sin ellas —gruñó, sus dedos ya subían y subían hasta llegar a mis pliegues. No llevaba bragas bajo la falda ridículamente corta.

—Deseo concedido —susurré, con los muslos temblando de necesidad.

Su otra mano se acercó a mi cabello y lo apretó en su puño, tirando e inclinando mi cabeza hacia atrás.

—¿Cómo he tenido tanta suerte?

—Me chantajeaste—le recordé—. Ahora quítate la ropa. Si vamos a hacer esto, quiero al menos admirar tu cuerpo desnudo.

Se rio y dio un paso atrás, quitándose el chaleco. Luego de eso su camisa. Subí la palma de la mano y recorrí con los dedos su pecho esculpido. Se deshizo de los zapatos y los calcetines, se bajó los pantalones y me di cuenta. Se está *desnudando como un colegial ansioso*. Su impaciencia me hizo sentir poderosa, con valor.

Una vez desnudo, acarició su gruesa longitud y mi cerebro sufrió un cortocircuito.

—¿Puedo probarte un poco? —le pregunté.

Retrocedió cinco pasos, observándome como si estuviera a punto de devorarme. Destruirme. Solo para recomponerme.

—Solo si gateas hasta mí. —Me quedé boquiabierta y su risita oscura llenó la habitación. Respiraba entrecortadamente, con el corazón apretado por la excitación—. Después de quitarte la falda y la blusa.

Mis manos ya estaban obedeciendo antes de que mi cerebro registrara lo que hacía. ¿Qué demonios me estaba pasando?

Estaba a punto de quitarme los tacones cuando su voz me detuvo.

—No te quites los tacones ni las medias, chica mala.

Sin dejar de mirarlo, me quité la falda y la dejé caer al suelo sin hacer ruido. Luego hice lo mismo con la blusa. Al igual que la falta de bragas, tampoco llevaba sujetador. Se me puso la

piel de gallina cuando otra brisa entró por la ventana, refrescando mi acalorada piel.

Me arrodillé y lentamente, como un gato acechando a su presa, empecé a gatear. El frío suelo de madera me producía escalofríos. Esto era degradante. Humillante. Y, por alguna razón, nunca me había excitado tanto.

Me vi en el espejo de cuerpo entero y me detuve. Sin nada más que las medias hasta la rodilla, los tacones y las coletas, la escena parecía tan sucia como esperaba.

Mi respiración se agitó y la humedad resbaló por el interior de mis muslos cuando empecé a gatear de nuevo. Nunca había estado tan caliente. Cuando llegué junto a mi marido, la excitación goteaba por ambas piernas, impregnando el aire.

—¡Buena chica! —elogió cuando me detuve a sus pies y levanté la vista.

Me empuñó el pelo con una mano y me lamí los labios anticipándome a la salida de su pene, grueso y duro, listo para mí. Abrí la boca. La cabeza hinchada goteaba presemen, y en el momento en que golpeó mi lengua, tararé mi aprobación.

Con impaciencia, me lo metí en la boca, llevándomelo tan dentro de la garganta como pude.

—¡Cazzo! —gritó, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos de placer.

Lamí y chupé su erección como si mi vida dependiera de ello. Sus gruñidos y gemidos eran música para mis oídos. Su agarre de mis coletas se tensó hasta el punto del dolor mientras empujaba su miembro más profundamente hasta que llegó al fondo de mi garganta.

Gemí. Sus muslos temblaban. Luego se retiró.

—Sobre el colchón. Manos y rodillas.

Era ridículo lo rápido que lo obedecía. Me importaba una mierda, estaba hambrienta de más placer.

Se acercó a la mesita de noche y sacó un objeto alargado.

—¿Qué es eso?

—Lubricante. Tócate —gruñó—. Frótate el clítoris y dime cómo se siente.

Deslicé la mano entre mis piernas y me acaricié.

—Bien —gemí—. Tan, tan bien. —Se me cerraron los párpados al ver cómo sus manos, fuertes y venosas, abrían el lubricante y derramaban un poco. Se me apretaron las entrañas al imaginar esos dedos, ahora brillantes, dentro de mí.

Gemí, moviendo las caderas. Sus fosas nasales se encendieron, diciéndome que le gustaba lo que estaba viendo.

Se arrastró por la cama, acercándoseme por detrás.

—Abre las piernas.

Obedecí, sin dejar de dar vueltas alrededor de mi clítoris. Gemidos y sonidos de piel húmeda, mi coño mojado y su miembro duro y lubricado, eran como una orquesta erótica, que hacía notas con nuestros gemidos y gruñidos.

Volvió a agarrar el lubricante, lo untó en su pene y, en el siguiente suspiro, sentí su punta acariciando mi entrada trasera, moviéndolo alrededor. Luego hizo presión y la cabeza se introdujo en mi interior.

Siseé. Él gruñó.

Me acarició la espalda. Susurrando palabras en italiano que no entendía.

—Lo estás haciendo muy bien, *Amore*. Relájate. —Lo intenté, de verdad, pero mi cuerpo se negó—. ¿Quieres que pare?

Algo en su cuidado, en su preocupación, me tenía decidida a darle todo el placer. Quería ser su mundo. Poseer cada una de sus caricias. Cada mirada. Lo quería todo.

—Isla, ¿quieres que me detenga? —repitió, su voz en un gruñido áspero.

—No.

Empujó más adentro hasta que el ardor empezó a disminuir, y luego lo hizo aún más. Me sentía tan llena. Se sentía sucio. Pero a la vez era tan bueno. Era demasiado. No era suficiente.

Se me hinchó el pecho. Me lamí los labios, excitada como nunca. Enrico empezó a moverse, lentamente, meciéndose hacia delante y hacia atrás. Luego me rodeó y sustituyó mi dedo por el suyo mientras me acariciaba el clítoris. Todo mi cuerpo ardía y sentía un hormigueo.

—Oh, Dios... ¡Oh, Dios! —Jadeé, con la respiración agitada como si estuviera corriendo un maratón. El sudor me recorría la piel a medida que aumentaba la presión.

Su palma alisó la piel de mi espalda, bajó por mi trasero y volvió a mi espalda.

—*Madre di Dio*, te sientes tan bien. Estás hecha para mí. Cada centímetro tuyo. Incluso tu culo.

Dios, su boca sucia. Sus sucias acciones. Parecía que me gustaban todas.

—¡Más! —exigí.

Se enderezó, me agarró las caderas con ambas manos y me penetró. Jadeé. Luego se introdujo hasta el fondo, sus caderas se amoldaron a mis nalgas.

—¿Está esto bien, cariño?

Asentí, incapaz de encontrar las palabras. Mi cuerpo cantaba. Mi vagina se apretó, sintiéndose vacía. Como si pudiera leerme la mente, me rodeó con una mano mientras dejaba la otra en mi cadera e introdujo sus dedos en mi entrada.

Eché la cabeza hacia atrás y empezó a cogerme de verdad. Los golpes de piel contra piel resonaban, los sonidos eróticos llenaban el espacio silencioso junto con la aspereza del océano más allá de los acantilados.

El empuje de su miembro en mi culo y sus dedos en mi vagina sincronizados, no podía hacer otra cosa que aguantarlo. Dejé que tomara las riendas mientras sus gruñidos se mezclaban con mis jadeos. Se retiró lentamente, solo para hundirse más. Para llenarme.

—Puedo sentir tu coño apretándose alrededor de mis dedos —gruñó—. Dime a quién pertenece este culo.

—A ti.

—¿Y este coño? —gemí, al parecer no le contesté lo bastante rápido, porque retiró los dedos y me dio una palmada en el centro. El cosquilleo aumentó de tal manera que pude sentirlo hasta en los dedos de los pies—. ¿Y este coño, *Amore*? ¿A quién pertenece?

—¡A ti!

—Buena chica. Ahora juega con tu clítoris y haz que te corras.

No tuvo que decírmelo dos veces. Metí la mano entre las piernas y rodeé el sensible nódulo mientras Enrico penetraba en mi trasero nalgueándome una y otra vez. El calor se extendía. Todo lo que tocaba estaba resbaladizo por la excitación.

Era demasiado. Me corrí con fuerza, mi grito resonó en la habitación mientras me estremecía. El orgasmo me inundó como una tormenta en la costa. Me enrolló las coletas en un puño y tiró de ellas para volver a colocarme sobre su pene y montarme, mientras me apretaba a su alrededor. Sus embestidas se volvieron descoordinadas, espasmódicas. Sus gruñidos se hicieron más ásperos. Entonces se corrió dentro de mí, con su miembro agitándose mientras me revolcaba.

Cuando terminó, no podíamos movernos. Ambos yacíamos jadeantes, agarrados como si fuéramos la balsa salvavidas del otro.

Me acercó la boca a la nuca, me besó y murmuró palabras suaves que no entendí, pero que me dieron calor.

Tras unos largos instantes, me besó la espalda y se retiró. Me estremecí, pensando de pronto

que cogerme el culo era algo mucho más apetecible de lo que me había imaginado.

Mi esposo me estrechó entre sus brazos y apretó su boca contra la mía. Cuando habló, su voz era tierna y suave.

—Vamos a limpiarte y a remojarte en la bañera. Te aliviará el dolor.

Mientras me llevaba en brazos al cuarto de baño, apoyé la cabeza en su hombro, confiando en que me cuidaría.

CUARENTA Y CINCO ISLA



Había pasado una semana desde que llegamos a Italia.

Había caído en una rutina con mi esposo y su familia. *Nuestra familia*. Desde fuera, parecíamos una familia perfectamente normal. Grande. Cariñosa. Incluso divertida. Aunque enterrado en algún lugar de todo ello también estaba la crueldad.

Era la última semana de noviembre y, a pesar de la inminente llegada del invierno, el tiempo era bastante agradable, con temperaturas que oscilaban entre los quince grados centígrados. El sol brillaba con fuerza y las previsiones prometían muchos días más como este.

—Si hubiera sabido que aquí hacía tanto calor en invierno, hace tiempo que me habría mudado a Italia. —Enzo y Amadeo me estaban enseñando el yate de Enrico. El barco era increíble, lujoso por donde lo vieras. Miré por encima del hombro—. ¿Crees que tu padre me dejará usar el bote para fiestas?

Compartieron una mirada y luego sonrieron con picardía.

—Si dice que no, te ayudaremos a tomarlo —dijo Enzo, con un tono lleno de problemas.

Sonreí.

—Perfecto. —Saqué el teléfono móvil del bolsillo de los pantalones de mezclilla y tomé una foto de la cubierta inferior del yate, después escribí un mensaje rápido a mis mejores amigas.

Yo: La próxima fiesta, seremos nosotras. En este desgastado barquito.

Las respuestas fueron instantáneas. En forma de GIF. Emojis. Y palabras inapropiadas para los oídos de los adolescentes.

—Pero te ayudaremos a robar el barco si nos invitas a tu fiesta —añadió Amadeo, desviando mi atención de todos los zumbidos de los mensajes de texto.

—Entendido. Pero una advertencia, serán los únicos hombres.

Juré que se les hinchó el pecho y que se pararon aún más altos. Parecía que habían crecido más en las pocas semanas que hacía que los conocía. Pronto me sobrepasarían.

—¿Hay algo más que ver? —les pregunté. Me habían enseñado todas las habitaciones y sus *suites* privadas, los salones, el comedor y la dirección general del despacho de Enrico.

Ambos se encogieron de hombros.

—La piscina de la cubierta superior. —Tuve que reprimir un grito ahogado. Caray, esta cosa tenía que ser un *super* mega yate.

—Bueno, entonces, vamos a ver eso y tomar el sol.

La cubierta de la piscina estaba vacía, aparte de nosotros tres y algunos miembros del personal. Me pregunté dónde estaba todo el mundo. Había muchos más miembros de la tripulación cuando llegamos a bordo. En cuanto dejamos la costa, Enrico recibió una llamada. Veinte minutos después, aterrizó un helicóptero y quienquiera que hubiera subido a bordo se apresuró a entrar con él en *la ufficio*.

—¿Viene seguido por aquí? —les pregunté mientras todos nos sentábamos en las tumbonas e inclinaba la cara hacia el sol.

—No muy a menudo. *Papà* trabaja todo el tiempo.

—Quizá podamos convencerlo de que trabaje menos.

—Tal vez. —Enzo no parecía convencido.

—O quizá podamos venir los tres si *Papà* está trabajando —sugirió Amadeo.

—En las raras ocasiones en que no pueda venir, tal vez —acepté—. Pero intentaremos hacer más cosas juntos.

—Ojalá nuestra madre fuera como tú. —Las palabras de Amadeo me golpearon justo en el pecho. La soledad se entrelazaba con sus palabras, y la sentía como si fuera la mía.

Pensé qué decir, cómo ofrecer consuelo, y lo único que se me ocurrió fue la verdad. Mi propia historia.

—Nunca conocí a mi madre —dije, con la voz baja—. Pero siempre me pregunté por ella. Mi hermano me dijo que murió al darme a luz. Eso me entristece. Pensar que mi nacimiento significó su muerte. —Respiré hondo y exhalé lentamente—. Mi hermano es un buen hombre. Un buen hermano. Siempre ha cuidado de mí. Pero me enteré de que... —Se me quebró la voz y se me hizo un nudo en la garganta, pero me obligué a seguir. Estos chicos tenían que saber que no eran los únicos que se enfrentaban a cosas difíciles—. Me enteré de que mató a mi madre. No sé por qué, pero en el fondo sé que es un buen hombre.

Giré la cabeza para encontrarme con las miradas de los chicos.

—Quizá ocurrió algo que lo hizo estallar. No lo sé, y puede que nunca lo sepa. No lo he perdonado, no obstante, sigo amándolo y sé que me ama. Tal vez su madre los ame, pero su locura, o lo que sea que *la hizo* enloquecer, la hace actuar desde un lugar que no tiene nada que ver con ninguno de los dos.

El silencio descendió y se extendió. Uno cómodo. Tal vez incluso un poco triste. La verdad estaba en lo no dicho. Pasó un rato antes de que uno de nosotros encontrara las palabras para hablar.

—No, Isla. Nuestra madre nos odia. Ha intentado matarnos más de una vez. —El tono uniforme de la voz de Amadeo casi me rompió el corazón.

Me removí en el asiento y les tomé las manos.

—Se lo pierde si lo hace. Tu papá los ama y yo también. Somos familia y estamos unidos.

—¿Tu hermano todavía se preocupa por ti? —preguntó Enzo.

Asentí con la cabeza.

—Así es. He recibido unas dos docenas de mensajes suyos exigiendo que hablemos y que vuelva a casa.

—Pero estás en casa —protestó Amadeo.

Sonreí.

—Aún no sabe que me casé con tu padre. Y sé que Illias y yo tenemos que hablar, pero una parte de mí está enfadada porque me ha mantenido en la oscuridad.

—¿Lo perdonarás? —Enzo me observó, con los hombros tensos—. A tu hermano.

—Depende de la información que me oculte —respondí con sinceridad—. Lo amaré siempre,

pero eso no significa que pueda perdonarlo. Al menos no hasta que conozca la historia completa. Si lo hubiera sabido entonces.

Una hora más tarde, me cansé de saltar cada vez que oía un leve ruido, así que fui en busca de mi marido que, resultó ser, era un adicto al trabajo en toda la regla. A diferencia de mí, que había ignorado a mis maestros.

Realmente esperaba que me perdonaran. Nunca había desaparecido así, pero tampoco me habían chantajeado para casarme. Ni tampoco me había casado felizmente y coaccionado con mucho, mucho sexo.

En cualquier situación, todo eso no venía al caso.

Al acercarme a *il ufficio*, oí la voz retumbante de mi esposo. Parecía enfadado. Tal vez incluso molesto, y por un momento me quedé parada, insegura de si debía interrumpir o simplemente volver a la cubierta superior.

—Nunca se te escapa nadie, Ghost. —La voz de Enrico estaba cargada de frustración—. Kingston. Maldita sea, estoy acostumbrado a llamarte Ghost. En cualquier caso, ahora me dices que Donatella ha vuelto a Italia. ¿Cómo demonios voy a tomarme eso?

¿Donatella estaba en Italia? Mierda, eso no auguraba nada bueno ni para los chicos ni para mí.

—De cualquier maldita manera que quieras. —Kingston, quienquiera que fuese, no parecía fatigado en absoluto—. Me pediste que me encargara de Donatella. Nunca dijiste que se había acostado con Sofia.

—¿Por qué demonios debería importar? —rugió—. Acaba con ella. Con las dos.

Un aliento sardónico vibró a través de la puerta.

—Todas las malditas organizaciones del bajo mundo quieren a Sofia Volkov muerta, pero ¿crees que podré acabar con ella por arte de magia?

—Eso son más palabras de las que quería oír —gruñó Enrico.

—*Nipote*, tienes que calmarle. —La voz de Manuel estaba llena de razón—. Hemos reforzado la seguridad. Ninguna de ellas se acercará.

—¿Estás dispuesto a jugarte la vida? —Enrico estaba furioso—. Porque yo no. Todavía no tenemos al infiltrado. Podría estar en este barco por lo que sabemos.

¿Un espía? Mierda, Enrico tenía un topo en su organización. Eso significaba peligro para todos nosotros. ¿Por qué no había dicho nada? Tal vez Illias...

Me detuve a mí misma. Durante décadas, mi hermano era la persona a la que acudía cuando tenía un problema. Era hora de que me ocupara de mis problemas y de mi familia yo sola. Sin recurrir a mi hermano mayor.

Llamé a la puerta y entré en el despacho de Enrico. Si había una oficina móvil que desear, era la suya. Mobiliario lujoso y cristales del suelo al techo en tres lados, con nada más que el mar azul extendiéndose durante kilómetros.

Mis ojos se desviaron hacia el desconocido, Ghost o Kingston, como quiera que se llamara y, por instinto de conservación, di un paso atrás. Me encontré con un hombre alto cuyos ojos oscuros contenían un escalofrío casi inquietante en sus profundidades. Cabello oscuro. Piel aceitunada y expresión dura. Tatuajes llamativos.

Enrico se puso en pie.

—Isla, ¿qué pasa?

Mis ojos se clavaron en su amigo mientras le respondía a mi marido.

—¿Vamos a cenar juntos?

Había algo inquietante en la mirada del desconocido. Algo roto o cruel que acechaba en sus ojos y que me recordaba a algo, pero no podía precisar a qué.

—Sí, lo intentaré. ¿Puedes hacer que pongan un plato extra, por favor? —Asentí—. Este es mi amigo, Kingston.

Arrugué las cejas. ¿Kingston, no Ghost? Quizá era un nombre en clave.

—Kingston —repetí. Entonces recordé mis modales y le tendí la mano—. Encantada de conocerte.

Pasó un segundo antes de que la aceptara y me quedé mirando fascinada sus dedos entintados. Sería guapo si no tuviera algo tan inquietante.

—El placer es todo mío.

Su voz era grave, con un toque de acento en sus palabras. Pero no podía ubicarlo.

—Eres... ¿ruso?

Su expresión se ensombreció hasta convertirse en una furia equiparable solo a las más oscuras profundidades del océano. Retrocedí un paso, sin saber qué había hecho o dicho para ofenderlo.

Enrico estaba a mi lado en un abrir y cerrar de ojos.

—*Amore mio*, Kingston es americano.

La mirada de advertencia que Enrico lanzó a Kingston no se me escapó.

—Oh. —El acento de Kingston definitivamente no era americano, pero no quise insistir. Realmente no me importaba, pero claramente, a Kingston sí. La mano de mi esposo me rodeó la cintura, tirando de mí más cerca—. Lo siento —me disculpé—. Crecí en California.

Kingston no contestó, sino que me clavó una mirada que no hace mucho me habría hecho acobardarme.

—¿A qué hora es la cena? —preguntó Manuel, interrumpiendo la mirada.

Me encogí de hombros.

—¿Cómo podría saberlo? —Manuel puso los ojos en blanco—. ¿Qué? —desafié—. ¿Te parezco una mujer que pasa el tiempo en la cocina?

En nuestro pequeño apartamento, mis amigas y yo pasábamos el rato en la cocina. Bebíamos vino y preparábamos comida, pero ninguna de nosotras era buena cocinera.

—Deberías probarlo alguna vez —refunfuñó secamente.

—También deberías —contesté—. Quizá puedas empezar hoy.

Enrico soltó un suspiro divertido.

—No te burles de Manuel, cariño. Ve a decirle al personal que ponga un plato extra. Enseguida salimos.

Volví a mirar a Kingston y asentí.

—Nos vemos en la cena, entonces. Estamos en la cubierta superior.

Me dirigí a la cocina para transmitir el mensaje y luego volví a la cubierta superior, donde Enzo y Amadeo estaban sentados en el mismo sitio en el cual los había dejado. Ambos llevaban gafas de sol y parecían futuros playboys italianos.

Me recosté en la tumbona, crucé las piernas y volví la cabeza hacia ellos.

—¿Saben quién es Ghost? —pregunté despreocupadamente.

—Es el ejecutor de la *Omertà* —respondió Enzo—. Y el mejor rastreador.

—Nadie puede escaparse de él —añadió Amadeo.

Nadie más que Donatella y Sofia, aparentemente.

CUARENTA Y SEIS

ENRICO



El sol acababa de caer sobre los viñedos frente a las ventanas de mi despacho. La vista era magnífica, pero nunca me había gustado tanto como desde que Isla se mudó. La vida era mejor con ella. Las vistas eran más hermosas con ella. La casa estaba más llena con ella.

Lo único malo era Donatella suelta y la voz fuerte y rabiosa del hermano de Isla amenazando con hacer estallar el altavoz.

—¿Te casaste con mi hermana?! —La voz de Illias rugió por la línea, y no había ninguna posibilidad de que todo el primer piso no lo hubiera escuchado.

—Lo hice.

No tenía sentido negarlo. Era mejor para él saber que ahora era mía. Sinceramente, me sorprendió que tardara tanto en enterarse de la noticia. De hecho, tuve que empujar el dato a través de los rumores. Así de absorto estaba Illias con su propia esposa.

—¡Te voy a matar, Marchetti! ¡Eres hombre muerto! —bramó. Estaba siendo demasiado dramático.

—No debería sorprenderte —dije, reclinándome en la silla. Manuel no dejaba de lanzarme miradas preocupadas. Por supuesto, no quería que me enemistara con el *Pakhan*—. Suelo conseguir lo que quiero.

—Es mi hermana.

—Y ahora también es mi esposa.

—Voy a matarte con mis propias manos. Forzaste a Isla a entrar en tu jodida y maldita familia. Es imposible que quiera estar contigo. —La punzada en mi pecho era incómoda. No me gustaron para nada sus palabras. Tenía suerte de estar al otro lado del mundo, o le habría pegado un tiro—. ¡Ponla al teléfono ahora! —demandó.

Mis oídos zumbaban con mi propia furia, pero me negué a dejar que me dominara. En lugar de eso, recordé las palabras que me dijo en Rusia, hace ya más de una semana. *También me estoy enamorando de ti. Te amo*. La mantendría a salvo y conmigo hasta mi último aliento, porque la alternativa era insoportable.

—Recuérdame, Konstantin. ¿Cómo te casaste con tu mujer? —Cambié de táctica. El hijo de puta no podía reclamarme. No después de secuestrar a su propia novia.

—¡No es lo mismo! —reviró.

—Tienes razón —acepté—. No es lo mismo. Tú secuestraste a tu novia. Yo simplemente tuve una conversación con la mía, y luego ella caminó hacia el altar por su propia voluntad.

Incluso se puso el vestido sola.

«*Con un poco de persuasión*», añadió en silencio. Sin embargo, no necesitaba saberlo.

—¿Te has vuelto loco? —Realmente deseaba que el desgraciado lo aceptara. Su hermanita era mía ahora. Mi esposa. Mi vida. Y nunca dejaría que me la quitara—. Todas las mujeres que se casan en tu familia son asesinadas. —Debió de golpear el escritorio con su puño, porque por el altavoz se oyó un traqueteo—. Voy por ella, Marchetti. Y le darás la anulación.

—Por supuesto que no. —Fue mi turno de golpear la mesa con mi puño—. Intenta quitármela e iré por todo lo *que* amas.

Terminé la llamada, con la sangre ardiendo y clavándome la palabra *mía* en el pecho.

Me importaba una mierda que supiera lo mucho que su hermana significaba para mí, o hasta dónde llegaría para mantenerla conmigo. Era mi debilidad. Caminaría hasta el maldito infierno por ella.

—Eso no fue prudente. —Manuel habló por primera vez desde que sonó el teléfono.

Apreté los dientes.

—¡Me importa un carajo!

Manuel me miró con el ceño fruncido.

—Konstantin empezará una guerra. —Se sujetó el puente de la nariz con los dedos, de repente parecía tan cansado como yo—. No podemos ir a la guerra por esto. Ya tenemos demasiada mierda encima.

Tenía razón, pero no me importaba. Si la perdía, todos los años de sacrificios y de vivir en el bajo mundo serían en vano. Yo me la merecía.

—Iré a la guerra por *ella*. Nada de esto... todos los putos sacrificios fueron para nada, si no puedo tenerla.

El terror ante la posibilidad de perderla me retorció el pecho de dolor.

Manuel me estudió, con expresión sombría.

—Entonces piensa en la *Omertà* —sugirió—. Las cinco familias italianas. Los reyes. Estamos ampliando alianzas con los griegos, los irlandeses. ¿Estarán a tu lado contra Konstantin? ¿O caeremos todos?

—Harán lo que les diga.

Agosti, Romero y Dante Leone me apoyarían. Amon daría la espalda, ahora que Reina estaba prometida a su hermano. La familia DiMauro me apuñalaría antes que ayudarme. Los Callahan se pondrían del lado de DiMauro. Aun así, las probabilidades no eran terribles.

Manuel se pasó la mano por el cabello.

—Dios me libre de un Marchetti obsesionado con una mujer. —Sacudió la cabeza—. Desde que la conociste, preocuparme por ti se ha convertido en mi trabajo a tiempo completo.

—Una vez que Donatella sea eliminada, puedes tomarte unas largas vacaciones. Tal vez te enamores y entonces podré antagonizarte.

Me hizo un gesto con el dedo medio.

—Nunca sucederá.

Sonreí.

—Nunca digas nunca. —Luego me puse serio—. ¿Hemos revisado a todos los hombres y sus antecedentes?

Manuel se recostó en su silla y se pellizcó el puente de la nariz.

—Lo hemos hecho. Dos veces. No encuentro ninguna conexión con nadie fuera de nuestra familia.

Me rechinaron los dientes.

—Tiene que haber una.

—De acuerdo, pero por mi maldita vida, no puedo encontrarla.

La frustración me arañó el pecho.

—Estamos demasiado cerca. ¿Le hemos pedido a Kingston que los revise todos?

Asintió con la cabeza.

—Le entregué la lista esta mañana. La está revisando. Esperemos que tenga más suerte que nosotros.

—Lo hará.

Tenía que hacerlo. Todo dependía de descubrir la identidad del infiltrado.

CUARENTA Y SIETE

ISLA



La tensión crecía en el aire, incluso en el castillo. No se me escapó que Enrico había vuelto a reforzar la seguridad. Dobló el número de guardias. Impidió que los chicos fueran a la escuela. No estaban nada contentos, y no podía culparlos.

Me hizo preguntarme si mi vida habría sido así, una amenaza constante, si Konstantin no me hubiera enviado a un internado.

Sonó mi teléfono y eché un vistazo a la pantalla. La sorpresa me invadió al ver el nombre de mi cuñada.

Sin pensarlo, contesté.

—Hola, Tatiana.

Un suspiro de alivio recorrió la línea.

—Me preocupaba que no contestaras. —Me quedé callada, con la interrogante de por qué no me había pasado por la cabeza el no contestarle. Estaba enfadada con ella, ¿verdad? Pero no realmente. Estaba del lado de su marido, como debía ser, y no podía culparla por ello. Sí, me había ocultado un gran secreto, sin embargo, no le correspondía contarme la historia de mi madre.

—Siempre responderé a tu llamada —repliqué finalmente.

—¿Pero no la de tu hermano? —Había una pizca de tristeza en su voz que me apuñaló el corazón—. Te quiere mucho.

Solté un fuerte suspiro.

—Y también lo quiero. Pero no puedo fingir que no mató a mi madre.

—¿Y si te dijera que lo hizo por una buena razón?

Sacudí la cabeza.

—Te pones de su parte. Y eso está bien. Sin embargo, no aceptaré eso como explicación. Suspiró.

—No pensé que lo harías.

Era mejor cambiar de tema.

—¿Cómo te sientes? ¿Cómo se están cocinando los gemelos?

Se rio entre dientes.

—Ni siquiera han nacido y ya me están agotando.

—Ah, las alegrías de la maternidad.

Siguió el silencio y esperé, con la tensión creciendo.

—Escuché que ahora eres madrastra.

Y ahí estaba.

—Sí, supongo que sí.

—¿Cómo va eso?

Me froté la frente, insegura de estar preparada para esta conversación.

—Enzo y Amadeo son buenos chicos. Me caen bien y me han aceptado igual que yo a ellos.

—¿Y el *sugar daddy*? ¿*Paparino*?

Se me escapó una risa ahogada. Deja que Tatiana rompa la tensión con algo así.

—¿*Paparino*? —Me reí—. ¿Dónde demonios has oído ese término?

Su risita recorrió la línea.

—Lo busqué, pero por el amor de Dios, no se lo digas a tu hermano. Se volvería loco.

Sonreí.

—Ahora hay un incentivo para decírselo.

—Eres la peor —me regañó.

—Y me tenías tan preocupada cuando estabas en el hospital —pronuncié, y toda la diversión se esfumó de repente—. Estaba tan intranquila. Por ti. Por mi hermano. Por los bebés.

—Lo sé, lo siento.

Se me apretó el pecho al recordar cómo yacía en la cama del hospital, Illias fuera de sí.

—¿Encontraste todas las respuestas?

—Lo hice —dijo con voz ronca.

—¿Te trajo paz? —¿*Me traerá paz saber lo de mi madre*?

Dejó escapar un suspiro.

—Tener a tu hermano a mi lado y a los bebés dentro de mi vientre me trajo paz —admitió—. Hay ciertas cosas que desearía no saber, pero también sé que me habría vuelto loca preguntándomelo el resto de mi vida.

—Así que lo entiendes. —Ciertamente sonaba como si lo hiciera.

—Lo comprendo. Solo que no creo que te dé las respuestas que necesitas.

—Necesito la verdad —espeté, con tono cortante—. Mi padre sacó a mi madre de un burdel. ¿Cómo puedo saber siquiera si Illias es mi hermano?

Se oyó un jadeo agudo. A lo mejor creía que no sabía tanto.

—Es tu hermano —afirmó—. Eres su hermana a la que él ha criado. Te ama, y con lazos de sangre o sin ellos, siempre te amará. ¿Por qué crees que está de camino a Italia?

Me tensé.

—¿Qué?

—Ya lo conoces —agregó exasperada—. Está convencido de que Marchetti te obligó a casarte con él.

Más o menos, pero eso no importaba en ese momento.

—¿Cuándo partió? —Demonios, mi hermano podría estar abajo, asesinando a mi esposo, y yo ni me enteraría.

—Salimos hace una hora. —Tenía que decírselo a Enrico.

—¿*Salimos*? ¿Te trae con él? —Parecía muy improbable.

—Estamos en el avión —murmuró—. Está durmiendo atrás, así que me escabullí para avisarte.

—Gracias —suspiré. Realmente deseaba que Illias hubiera sido quien me llamara para preguntarme si estaba bien irrumpir en mi matrimonio—. Te debo una.

—No, no lo haces. A la familia no se le debe nada.

Sonreí.

—Familia —musité—. Me gusta cómo suena eso.

—A mí también.

—Por cierto, ¿cómo se enteró? —Sabía que las chicas no habrían compartido la noticia con él.

—Tu marido quería asegurarse de que Illias entendiera que ahora eras suya.

Solté una carcajada incrédula. De algún modo, no me sorprendió en absoluto.

Me quedé dormida esperando a Enrico. Tenía que ocuparse de un cargamento urgente. O algo así.

Cuando me desperté pasada la medianoche, bajé las escaleras siguiendo la poca luz en el oscuro *castello*. Encontré a Enrico sentado en su sillón, con una copa en la mano y una botella de coñac a su lado. Con las cejas fruncidas, miraba por la ventana abierta hacia la oscuridad. No debió de oírme entrar.

La chaqueta y la corbata de mi marido estaban tiradas sobre el reposabrazos de la silla, pero seguía llevando el chaleco. Los botones superiores de su camisa y los puños estaban desabrochados, lo que me permitió ver sus fuertes antebrazos.

Lo observé durante unos latidos, hipnotizada por cómo había cambiado mi vida. Hacía dos meses, vivía en el departamento con mis amigas, guardando un secreto y viviendo para los breves momentos en el escenario. Y ahora... todo parecía ser superado por este hombre y nuestros hijos. Sí, *nuestros* hijos. Se habían metido en mi corazón y se habían convertido en parte de mí. Igual que mis mejores amigas.

Las echaba de menos y me moría de ganas de volver a verlas. Las charlas en grupo eran divertidas, aunque no era lo mismo que tenerlas en la habitación conmigo. Reina estaba navegando a los hermanos Leone con manos delicadas. Phoenix se había vuelto más callada en nuestros *chats* de grupo. Raven estaba... bueno, igual. Y Athena se dedicó de lleno a escribir sus obscenidades.

—¿Me estás evitando? —indagué mientras entraba de lleno en la habitación.

Sus ojos me encontraron.

—No.

Había preocupación grabada en las líneas de su rostro y lo odiaba. Deseaba que la amenaza de Donatella quedara atrás y que descubrieran al infiltrado. Así podríamos vivir por fin. Centrarnos en nosotros y en nuestra familia.

Cerré la puerta con un suave chasquido y sentí que Enrico me observaba mientras me acercaba a él.

—Te preocupas demasiado.

Sacudió la cabeza.

—Hay mucho de qué preocuparse.

—¿Como que venga mi hermano? —Me detuve frente a él. Parecía cansado, pero su sorpresa al saber que Illias venía era evidente.

—¿Cómo lo sabes? —Su tono era agudo, la sospecha en su mirada real. Demasiado real—. ¿Lo llamaste para que viniera a buscarte?

Sacudí la cabeza. Normalmente, me enfadaría por tener tan poca fe en mí, pero parecía demasiado preocupado. ¿Era por la posibilidad de que lo dejara?

—Tatiana me llamó y me avisó —informé—. Me quedaré. A menos que no me quieras aquí.

Dejó el vaso sobre la mesa con un suave golpe. Subió sus manos para agarrarme las nalgas, ya que los *shorts* apenas me cubrían la curva de mi trasero. Sus dedos se clavaron en mi suave piel.

—Siempre te querré, *Dolcezza*.

Una suave sonrisa curvó mis labios.

—Bien, porque ahora estás atrapado conmigo.

Una risita retumbante llenó el espacio entre nosotros.

—No es exactamente una dificultad.

Sonreí.

—Dices eso ahora, espera a que se desate el infierno.

Me arrodillé entre sus piernas y abrí la hebilla de su cinturón. Luego le bajé la cremallera, y el sonido hizo un eco seductor en la habitación.

Froté mi mejilla contra su ya dura longitud mientras la expectación recorría mi espalda. Rodeé su miembro con la mano y lo lamí de la base a la punta.

Soltó un gruñido y me observó con ojos oscuros y nebulosos, entrecerrados. El deseo me estaba hundiendo y no quería salir a respirar.

Mi mirada encontró su vaso en la mesa auxiliar y lo agarré. Tomé un cubito de hielo en la boca, lo chupé y le di vueltas antes de dejarlo caer de nuevo en el vaso.

Volví a meterme su dura longitud en la boca, mis fríos labios arrancaron unos ruidos susurrantes de mi marido.

—*Ahh, cazzo.*

Echó la cabeza hacia atrás, pero no por mucho tiempo. Volvió a inclinarla hacia abajo para poder verme. Lo lamí y se me escaparon unos cuantos sonidos jadeantes.

El calor floreció en mi estómago, bajando en una ola que me hizo apretar los muslos. Lo metí más profundamente en mi boca, centímetro a centímetro, usando la lengua para acariciar su corona. Me tomé mi tiempo, degusté su sabor. Luego lo introduje más profundamente en mi boca, acercando mi mirada entrecerrada y llena de lujuria a la suya.

Sus manos se acercaron a mi cara, sujetándola mientras se deslizaba lentamente más adentro. Tenía lágrimas en mis ojos. No podía respirar cuando llegó al fondo de mi garganta, pero me quedé quieta, dejando que me cogiera la boca.

Quería que me utilizara. Quería darle todo lo que necesitaba. Porque lo amaba. Me encantaban los sonidos que hacía cuando estaba cerca, los gruñidos bajos y las respiraciones agudas. Sus dedos encontraron mi cabello y lo agarraron, como si le preocupara que me detuviera.

Sus musculosos muslos temblaban bajo el costoso tejido de sus pantalones Armani.

—Te tragarás hasta la última gota. —Parpadeé en señal de reconocimiento, adorando el brillo posesivo de sus ojos un segundo antes de correrse—. Sí, nena. —Ronroneó, tensándose mientras se corría con un pequeño estremecimiento, con sus ojos cerrados.

Tragué saliva y me lamí los labios, y mi piel se calentó cuando sus ojos volvieron a mirarme. Mantuve su longitud en mi boca mientras se retorció con las últimas réplicas de su orgasmo, acariciándole ligeramente las pelotas y chupando solo con suavidad. Mi propia lujuria pesaba entre mis piernas, pero la ignoré. Esto era para él.

Me tomó la mejilla y acercó nuestros rostros. Cuando encontró su boca con la mía, nuestras lenguas se deslizaron juntas. Clavé los dedos en su cabellera y lo besé más profundamente mientras un gemido burbujeaba en mi garganta.

—¿Cómo es que te casaste conmigo y, de repente, estoy de rodillas para ti? —bromeé, mordiéndole el labio—. Al menos antes de decir “sí, acepto” eras tú el que debía de estar de rodillas.

Se rio. Con una carcajada profunda y plena. Me encantaba su risa. Me llenaba de tanto calor como sus besos.

—Tendré que compensarlo, ¿eh? —No contesté, en lugar de eso volví a besarlo. Húmedo. Caliente. Necesitándolo como necesitaba aire para respirar.

Con un movimiento rápido, me puso a horcajadas sobre él. Su mano se deslizó entre mis piernas y me metió dos dedos.

—Estás empapada —gruñó contra mis labios. Deslizó sus dedos dentro y fuera de mí, extendiendo mi excitación—. Mi turno —dijo con voz áspera.

Gemí de anticipación, moviéndome contra su mano, cuando el timbre de un teléfono cortó el aire.

Se quedó quieto, con una tensión palpable que lo recorrió y que a su vez me puso en alerta. Se apartó y el dolor entre mis piernas protestó, aunque lo ignoré. En lugar de eso, lo vi agarrar el teléfono, que no había visto, y contestar la llamada.

—Sì.

Desde la otra línea llegaban palabras apresuradas en italiano. Era urgente. Por la expresión sombría de la cara de Enrico, algo malo estaba pasando. Mi marido se quedó callado un rato antes de que la frustración se encendiera en sus ojos.

—Ya voy.

Colgó y se hizo el silencio en la habitación.

—No puede ser Illias —murmuré, ligeramente decepcionada de que se fuera.

Me pasó una mano por la mejilla.

—No lo es. —Esperé mientras me acariciaba el rostro y me besaba de nuevo—. Sofia Volkov ha sido localizada. La tienen acorralada. Tengo que irme.

Todavía en su regazo, lo besé con fuerza, saboreando cada lamida y cada presión de nuestros labios. Se volvió gentil. Suave. Como si fuera nuestro último beso.

Se levantó, mis piernas aún lo rodeaban, y me sentó en la silla que acababa de ocupar.

—Quédate en el *castello* hasta que vuelva.

Asentí y lo vi salir por la puerta, sin darme cuenta de que nos había dejado en la boca del lobo.

CUARENTA Y OCHO

ISLA



Cuando mi marido se fue, me dirigí a nuestro dormitorio. No obstante, el sueño me evadió. Miraba al techo, despierta, con la esperanza de que Enrico volviera al amanecer. No creía que estuviera paranoica, pero juraba que escuchaba voces susurrando y empezaba a asustarme.

Un fuerte golpe me hizo levantarme de un salto y mirar a mi alrededor. Contuve la respiración mientras escuchaba, pero solo hubo silencio. La pesadez en la boca del estómago me advirtió de que algo estaba mal.

Sin embargo, no podía quedarme quieta y esperar. Sin saber si Enzo y Amadeo estaban profundamente dormidos en sus habitaciones, me escabullí de la cama y decidí ir a comprobarlo. A lo mejor Enrico había vuelto a casa y las voces que oía eran de él y de Manuel. Me puse la bata, que me cubriría más que la sedosa pijama, y salí de la habitación.

Un reloj en algún lugar dio las tres y me hizo sobresaltarme contra la pared, cortándome la respiración. Con la mano en el pecho, intenté calmar los latidos de mi corazón. Justo entonces, me pareció oír una voz. O tal vez una risa. Baja. Reprimida. Antinatural.

Sentí escalofríos, casi como si alguien me hubiera tocado.

—¿Quién está ahí? —grité en un susurro.

Un gemido. Un gorgoteo.

Mi sexto sentido se disparó y corrí hacia las habitaciones de Enzo y Amadeo que estaban en el ala opuesta de este *castello*. Mientras corría, manteniendo mis pasos en silencio, maldije por no tenerlos más cerca. Algo no estaba bien y estaban demasiado lejos.

Ignorando mi miedo, me apresuré hacia sus dormitorios. Abrí la puerta de un tirón y corrí hacia la cama de Enzo. Lo sacudí con fuerza.

—Despierta —siseé.

Gimió y le tapé la boca. Sus ojos se abrieron de golpe y nuestras miradas se encontraron.

—*Shhhh* —murmuré—. Hay alguien aquí. Levántate.

Parpadeó un par de veces y enseguida saltó de la cama. Corrimos hacia la puerta contigua del dormitorio de Amadeo.

Bang.

Caí sobre mis rodillas y agité a Amadeo frenéticamente, con el pánico creciendo en mi interior a cada segundo que pasaba. Abrió los ojos de golpe.

—*Ma che cazzo.*

Le puse un dedo en su boca.

—Creo que hay alguien en la casa —susurré—. Vámonos.

Se le quitó el sueño de los ojos, saltó rápidamente de la cama y agarró el teléfono. Su expresión se volvió inexpresiva, pero sabía que en el fondo temía que fuera su madre la que viniera a terminar el trabajo. Se me oprimió el pecho y me costó respirar.

—Guía el camino, Enzo —murmuré—. Estaré justo detrás de ti.

Enzo y Amadeo compartieron una mirada.

—Deberías estar adelante —razonó Enzo.

—No recuerdo dónde está la habitación de seguridad —mentí. Estaba loco si pensaba que lo dejaría ser mi guardia. Me acerqué sigilosamente a la puerta y miré a ambos lados. El pasillo estaba despejado—. Ahora deja de perder el tiempo. Voy detrás de ti.

Temblando de ansiedad, los tres nos tambaleamos por el pasillo. Los guardias no aparecían por ninguna parte. Hasta que llegamos al final del pasillo, al final de las escaleras, donde yacía un cuerpo sangrando. Agarré a los dos chicos.

—Déjame ver si no hay moros en la costa —ordené en un susurro. Ambos negaron con la cabeza, pero los ignoré y los empujé detrás de mí. Me temblaban las manos mientras me tambaleaba hacia el cuerpo. Me arrodillé para comprobar si tenía pulso. No lo había.

Mirando a mi alrededor, observé cada rincón oscuro mientras contenía la respiración.

Nos arrastramos escaleras abajo, los dos chicos a mi espalda, y mantuvimos nuestros pies descalzos en silencio contra el mármol. Enzo me guio hacia la parte trasera de la casa.

—Habitación de seguridad —indicó.

Asentí, siguiendo su mirada. Estaba al otro lado del pasillo. Tan cerca, pero a la vez tan lejos.

—Ve a abrir la puerta —mascullé. Enzo y Amadeo se dirigieron hacia ella cuando vi la luz bajo la puerta de la sala. Escuché voces susurrantes.

La puerta se abrió y me quedé helada. Miré fijamente a los ojos del hombre que había visto en Rusia, custodiando a la hija de Sofia Volkov. Sin embargo, ahora estaba aquí. ¿Cómo era posible? ¿Cómo había entrado en la casa?

Di un paso atrás. Unos ojos oscuros y amenazadores seguían cada uno de mis movimientos y su boca se torcía en un gruñido.

Sin pensarlo, me di la vuelta y salí corriendo. Era demasiado tarde. Una mano me agarró del brazo y le clavé el codo en sus costillas. Ni siquiera se movió. Entonces le di una patada. Gruñó y retrocedí tambaleándome, desesperada por escapar, por proteger a los chicos.

Donatella apareció detrás de él, sus ojos desorbitados se encontraron con los míos. Mi respiración se volvió errática. Mi corazón latía dolorosamente. El oxígeno abandonó mis pulmones.

—Hola, puta. ¿Conoces a mi primo Giulio? —Eché la cabeza hacia atrás y se rio de mi sorpresa—. No te preocupes, no serás la única sorprendida.

Sin pensarlo dos veces, corrí hacia la habitación de seguridad. Pero era demasiado tarde, y lo sabía. Podía sentirlo en el hielo que recorría por mis venas y me mordía el corazón.

Me ardían los músculos. No me gustaba correr. De hecho, odiaba cualquier tipo de ejercicio físico, aparte del sexo. Escuché golpes detrás y adelante de mí, acercándose. Las cabezas oscuras de Amadeo y Enzo aparecieron frente a mí.

Amadeo miró por encima del hombro.

—No mires atrás. Solo corre.

Me ardían los pulmones. Avanzaban, alejándose cada vez más de mí. Enzo dio una palmada en el teclado y la puerta se abrió.

Antes de que pudiera dar ni tres pasos, me empujaron hacia delante. Actuando por instinto, pateé y clavé el codo en el pesado cuerpo que tenía detrás. Unos dedos me agarraron del cabello y me golpearon la cabeza contra el suelo. Un zumbido resonó en mis oídos.

Lo ignoré mientras se me revolvía el estómago. Un sabor metálico me llenó la boca.

—¡Cierra la puerta! —grité con todas mis fuerzas. Me agité y pataleé, luchando contra él con todas mis fuerzas.

Enzo no se movió. Amadeo tampoco. Ambos contuvieron la respiración, esperando.

—¡No!, ¡puedes lograrlo! —exclamó Enzo.

Estaba equivocado. Sentí el aliento de Giulio en la nuca y eché la cabeza hacia atrás. Vi estrellas.

—¡Cierra la maldita puerta, Enzo! ¡Ahora! —Apenas había soltado la palabra cuando una mano grande y áspera me tiró del cabello y me alejó de ellos. Me ardía el cuero cabelludo, me dolía todo y se me llenaron los ojos de lágrimas. Donatella me esquivó y se dirigió hacia los chicos—. Por favor, Enzo. Cierra la puerta.

Fue Amadeo quien finalmente apretó el botón y la puerta se cerró antes de que Donatella pudiera llegar hasta ellos.

Seguí forcejeando contra Giulio, mas fue inútil. Me tiró los brazos a la espalda y me los ató con una brida antes de echarme por encima de su hombro.

CUARENTA Y NUEVE

ENRICO



Supe que algo estaba mal en cuanto vi la cara de Manuel. Llevábamos horas en este puto almacén, torturando al último hombre en pie que supuestamente trabajaba para Sofia Volkov. Si lo hacía, no sabía una mierda.

—Kingston encontró al infiltrado —informó. Se me retorcieron las entrañas. Un mal presentimiento me invadió.

—¿Quién?

Pasó un latido.

—Giulio. Es el maldito primo de Donatella.

Una niebla roja cubrió mi cerebro. Un miedo sin precedentes recorrió mis venas.

—Isla. —Tragué en seco—. Los chicos.

En ese momento sonó un teléfono. No era el mío. Lo había dejado en el coche. Era el de Manuel. Lo miró y se puso rígido.

—¿Sí? —respondió. Siguió el silencio—. *¿Stai bene? ¿Tuo fratello?*

Colgó.

—El *castello* fue atacado. Se la llevaron.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó. La rabia me atravesó, desgarrándome por dentro. Era lo que se debía sentir cuando te clavaban un cuchillo. Tres simples palabras, “se la llevaron”, me destrozaron más que cualquier pistola o cuchillo.

—¿Los chicos? —Mi voz no era la mía.

—En la habitación de seguridad. Fue Enzo quien llamó.

Emociones que había enterrado en lo más profundo de mi ser durante décadas salieron a la superficie. Rostros de mi madre y mi hermano asesinados. Historias de una abuela asesinada. Cinco generaciones y *contando*.

—¿Cómo demonios pasó esto?! —reviré—. Llévame a casa, ¡joder!

Devolví mi atención al tipo que tenía delante. No sabía nada porque era un maldito cebo. Y caímos en la trampa. Saqué mi pistola, se la puse en el cráneo y apreté el gatillo.

El viaje de vuelta a casa fue tenso. Me pareció más largo que un vuelo alrededor del mundo. Nadie hablaba.

Una vez en casa, saqué las imágenes de vigilancia. La vi luchando contra Donatella y Giulio. Los vi mientras ponían sus manos sobre *mi esposa*.

—¡Demonios! —bramé, mi puño voló por los aires y golpeó la pared. La piedra apenas se

movió, pero el dolor en los nudillos me quemaba—. ¡Maldición!

No podía pensar, la ira era tan rápida y violenta que me dejaba sin aliento. Con un rugido, arranqué todos los aparatos electrónicos del escritorio y los tiré al suelo, donde crujieron y se hicieron pedazos. Por el rabillo del ojo vi a mis hijos entrar en la habitación, pero estaba demasiado ocupado volcando el escritorio con ambas manos y lanzando la silla al otro lado de la habitación. Los marcos de cristal se hicieron añicos.

Mis ojos se posaron en la silla donde me había sentado cuando recibí la llamada y me abalancé sobre ella, arrojándola contra la puerta.

Estaba empeñado en destruir todo a mi paso.

Me quitaron a la mujer que amaba. Mi esposa. Mi amor. *Mi vida*.

No debería haberla abandonado. Debería haberla protegido. Me llevé la mano al cabello, tirando con fuerza de los mechones. Sentía que me estaba desmoronando. Tenía que recuperarla, o no quedarían más que pedazos.

La puerta del despacho se abrió y Manuel y yo desenfundamos nuestras armas. Luego agarré a mis hijos y los empujé detrás de mí.

Konstantin estaba en la puerta con su mano derecha, Boris.

—¿Dónde *diablos* está mi hermana?

Manuel bajó su arma, pero mantuve la mía apuntando al hermano de mi novia. Quería atacar. Furia. Destruir.

Sin embargo, sabía que nada de eso aliviaría este dolor. Porque yo tenía la culpa. La había puesto en el radar de Donatella. Había fallado en identificar al infiltrado. Le había fallado.

Por favor, Dios mío. No me la quites. Por favor, llévame y déjala vivir.

Perder a Isla me destrozaría. Lo sabía. Donatella lo sabía. El mundo lo sabía.

—*Papà*, ¿es ese el hermano de Isla? —Enzo rompió el silencio, atrayendo la mirada de Konstantin hacia él.

La neblina empezó a despejarse lentamente, impulsándome a pensar de nuevo. Me enderecé las mancuernas, con las manos temblando. La imagen de mi esposa horas atrás en este mismo despacho se repitió en mi mente.

—*Sì, figlio mio*.

—¿Dónde está mi hermana? —repitió.

—Se la llevaron —respondió Manuel vagamente.

—Giulio, nuestro guardia, es un traidor —siseó Amadeo—. Él y... —Sus palabras vacilaron, sabiendo que nunca podría compartir que su madre estaba viva—. Se la llevó.

—¿Él y quién? —gruñó mi cuñado—. Dímelo ahora o juro por Dios que quemaré este maldito lugar hasta los cimientos.

Miré el reloj y luego dirigí una mirada a Manuel.

—Necesitaremos a Kingston. A Kian también. Hackea la vigilancia de la ciudad. Sigue el coche en el que llegaron.

Manuel miró la *laptop* destrozada y el equipo tirado por el suelo, pero en su favor no dijo nada, simplemente llamó a uno de nuestros informáticos para que le trajeran un equipo nuevo.

—Enzo, Amadeo —murmuré, frotándome los ojos con los dedos—. Vayan a la habitación de seguridad hasta que averigüemos cómo ha entrado el enemigo en la propiedad.

—Pero...

—Sin peros. —Mantuve mi voz firme—. No puedo preocuparme por su seguridad y la de su madre.

Me quedé helado y ellos también. Era la primera vez que llamaba a Isla su madre en su cara.

—De acuerdo, *Papà* —aceptó Amadeo.

—Pero si podemos ayudar, nos lo dirás —añadió Enzo.

Una vez que los metí en la habitación de seguridad, volví al despacho, donde Konstantin estaba de pie, con expresión sombría.

—Voy a sacar a mi hermana y a llevarla a casa. *Conmigo*.

Exhalé un profundo suspiro, con la sangre hirviéndome, pero sin dejar que me encendiera.

—Konstantin, hemos trabajado juntos mucho tiempo, y por respeto a esos años, no te mataré. —El hecho de necesitar su ayuda me molestaba, pero haría cualquier cosa para salvar a mi esposa—. No me vas a quitar a mi esposa —advertí—. No obstante, aceptaré tu ayuda, y si la traes de vuelta, mi imperio es tuyo.

En el bajo mundo, solo éramos tan buenos como nuestra fuerza, poder, y nuestro honor. Sabía que mantendría mi palabra.

—No quiero tu imperio —respondió—. Si Isla quiere quedarse contigo, estaré de acuerdo. Ahora dime qué necesitas.

Recuperaría a mi esposa, aunque empezara una guerra.

CINCUENTA

ISLA



Podía oír voces. Distorsionadas. Apenas audibles. Como si estuviera bajo el agua. ¿Estaba en el fondo del mar?

Me pasé la lengua por el labio inferior, pero el movimiento me costó un esfuerzo considerable. La lengua se me pegaba al paladar seco. Me costaba tragar. Las pupilas se movían detrás de mis párpados, pero no tenía fuerzas para abrirlos.

Pestañeando una y dos veces, por fin el mundo se enfocó. La bruma se disipó. Empecé a percibir lo que me rodeaba. Una habitación vacía. Una tenue luz entraba por la ventana.

La cabeza me latía con fuerza. Me dolían los músculos.

Fui a moverme, pero no pude, y el pánico se instaló en mis huesos. Empecé a patear, y la silla a la que estaba atada se balanceó de un lado a otro. Las náuseas me golpearon con fuerza, provocándome arcadas. Solo entonces sentí el ruido, que sonaba cada vez que me movía. Intenté moverme de nuevo, con los grilletes enterrándose en mis muñecas.

Inhalando profundamente y bajando la mirada, intenté levantar el brazo encadenado. No pude. Estaba atada a la silla y las cadenas se me clavaban en las costillas. Las punzadas se intensificaron.

Cada azote de mi cabeza me provocaba un mareo.

—*Oh*, qué bien. La bella durmiente está despierta. —Volví la cabeza, mis ojos se abrieron de par en par cuando vi una cámara sentada en un trípode detrás de mí. Peor aún era la mujer que había detrás.

Donatella.

El miedo me envolvió la garganta y un sabor acre permaneció en mi lengua. Planeaba grabar mi muerte.

—No la llamaría una belleza. —Me sobresalté al escuchar la voz que venía de mi izquierda y los ojos casi se me salieron de las órbitas. La mujer del club, Sofia Volkov, intervino. Su tono era plano, sus ojos fríos como piedras—. Al menos no por mucho tiempo. —Mi cabeza tembló violentamente. ¿Qué quería decir con eso?—. Tu hermano y Marchetti serán destruidos con esto. Dos pájaros de un tiro.

Donatella cacareó como la lunática que era; aunque empecé a pensar que su compañera no estaba muy lejos de la demencia.

—Te dije que valdría la pena matarla.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. No por mí, sino por él. Por mi esposo. Por Enzo y

Amadeo.

Me quedé observando entre las dos locas. ¿Qué era este lugar? ¿Cuánto tiempo llevaba fuera?

Mi respiración se aceleró y mi corazón retumbó con tanta fuerza que palpitó. *Tum tun. Tu tum. Tu tum.*

Sentí que estaba a punto de desmayarme. El zumbido en mis oídos se intensificó.

Me obligué a respirar con calma. Necesitaba pensar. Mantener la cordura.

—Donatella, no deberías hacer esto. —No estaba lista para morir. Tenía tantas cosas que hacer, por las que vivir. Tantas cosas que había dejado sin decir con mi esposo—. Piensa en tus hijos.

Me costaba hablar. La lengua me pesaba, al igual que las extremidades, probablemente debido a las drogas que me habían administrado. Tampoco es que pudiera moverme, teniendo en cuenta que estaba encadenada a la maldita *silla*.

—No hay nada que pensar —declaró mientras se me acercaba despreocupadamente, abriendo la tapa de una botella de agua y me la salpicó en la cara—. Siempre los he querido muertos. Pero ahora, mantendremos vivo a mi hijo mayor. Una vez que mate a mi marido... —Tuve que refrenar mis facciones «*la estúpida zorra ni siquiera se había dado cuenta de que no era su esposo*»—. Nos haremos cargo del negocio Marchetti y lo convertiremos en algo mejor.

Jesucristo, la mujer deliraba. ¿Y qué quería decir con mi hijo mayor? ¿Qué planeaba hacer con Amadeo? Pero entonces me detuve. No tendría oportunidad de hacerle nada a ninguno de los dos. No eran sus hijos. No los crío. Todo lo que hizo fue hacerles daño.

—Donatella, no le cuentes demasiados de nuestros planes —dijo Sofia con voz fría. Sus gélidos ojos se encontraron con los míos y continuó—: Y para que quede claro, se refiere a tu marido. Acabaremos con él.

Parpadeé confundida. Casi sonaba como si supiera que *Enrico* no era Enrico.

La primera parecía imperturbable.

—No es como si fuera a salir viva de esto.

—¿Cómo es que ustedes se conocen? —Respiré, esperando ganar algo de tiempo. Sinceramente, me importaba un demonio cómo se habían conocido y mucho menos cómo habían terminado en una relación.

Fue Sofia quien contestó.

—Me interné en una clínica hace años. Imagina mi sorpresa cuando me encontré con la difunta Donatella Marchetti.

Puse los ojos en blanco.

—Bueno, al menos sabías que te faltaban tornillos en la cabeza e intentaste buscar ayuda. Deberías haberte quedado allí, de verdad.

Un segundo la estaba mirando y al siguiente mi cabeza se echó hacia atrás, mi mejilla estalló de dolor. Juré que vi estrellas por segunda vez aquella noche... ¿Noche? ¿Semana? No tenía ni idea. Sentí un sabor metálico que me inundaba la boca. Para ser una vieja, era sorprendentemente fuerte.

Tenía que salir de aquí. Si era mi tiempo de morir, no podía ser con dos malditas lunáticas en una habitación fría y oscura.

Ignorando a Sofia, volví mi atención a su compañera más débil.

—¿Por qué haces esto, Donatella? —Su mirada me revolvió el estómago—. Esta zorra solo te está utilizando. Estás ciega si no puedes verlo.

Se abalanzó sobre mí y su mano volvió a chocar con mi mejilla. Las cadenas sonaron y mi

cabeza se giró hacia un lado.

—¡Porque los Marchetti le robaron a mi familia! —chilló como la loca que era.

—¿Robar qué? —pregunté, con el labio palpitante y un líquido caliente resbalando por mi barbilla. *Sangre*—. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Se paró frente a mí, el olor de su fuerte perfume me dio náuseas.

—Robaron el negocio de mi familia. —Enarqué las cejas. Su explicación no tenía sentido. Los negocios Marchetti existían desde hacía mucho tiempo—. Hace cinco generaciones.

—Cinco generaciones —repetí estupefacta—. ¿Cómo?

—Robaron el negocio de mi familia hace cincuenta años. Burdeles. Drogas. Todo. Habíamos prosperado. Éramos la familia más poderosa de Europa. Pero entonces los Marchetti nos echaron, como los pendejos astutos y traicioneros que eran y siguen siendo. Robaron nuestros negocios y obligaron a mi familia a trabajar para ellos. Ahora hay cinco familias italianas en la mesa y ninguna es nuestra. Es una vergüenza.

Parpadeé.

—¿Hace cincuenta años?

—¿No has estado escuchando? —exclamó, y retrocedí. Excepto que no había a donde ir.

—Tu familia ha guardado rencor desde hace cincuenta años —solté, el concepto sonaba ridículo. Quizá toda su familia estaba loca—. ¿No crees que es hora de dejarlo ir?

—A Giulio y a mi nos deben un asiento en la mesa.

—¿Qué mesa? —Agitó la mano como si fuera demasiado tonta para entender—. ¿Qué maldita mesa? —siseé.

—La mesa de la *Omertà*.

La gente estaba realmente obsesionada con el poder.

—¿Y qué harías una vez en esa mesa? —pregunté.

Eso debió tomarla por sorpresa, porque sus ojos se desviaron hacia Sofia. No pude contener la risa cuando caí en cuenta. Era Sofia Volkov quien estaba orquestando todo.

—La familia de Donatella sufrió —pronunció Sofia, con una voz tan molesta. Dudaba sinceramente de que le importaran Donatella o su familia—. Matar a todas las mujeres que se casaron con la familia no fue suficiente. Les quitaremos todo su imperio, y el hijo de Donatella nos ayudará.

La furia me invadió, asfixiándome. Pataleé contra mis ataduras y la silla se levantó del suelo para volver a caer.

—No tocarás a Enzo. Nunca te hará caso. Odia tu maldito trasero lunático. Por todo lo que le has hecho a él y a Amadeo.

Eso me valió otra bofetada en la mejilla. Luego un puñetazo.

Los tacones de Sofia chasqueaban en el suelo de cemento mientras se acercaba. Se movía como una serpiente y sus ojos muertos me helaban el alma.

Vio por encima del hombro.

—Giulio, enciende la cámara.

Clic.

Sofia sacó un cuchillo, un cuchillo de carnicero, y se lo entregó a Donatella. Un brillo enfermo y oscuro brilló en los ojos de ambas y, de repente, el miedo se apoderó de mi garganta, ahogándome. Con la mirada perdida, Sofia vio cómo Donatella me cortaba la piel. El hombro me ardía mientras la sangre caliente se deslizaba hacia abajo.

Me mordí el labio, negándome a que oyera mis gritos. Me negué a darle ningún sonido.

Le siguió otro corte. La hoja se arrastró por mis hombros. Por mi bíceps. Tuvo que sentir mi

implante anticonceptivo allí. Su hoja se detuvo sobre él, sus ojos se iluminaron con una excitación enferma.

—¿Qué has encontrado? —inquirió Sofia, su voz enviando escalofríos a mi alma.

—La putita tiene un implante anticonceptivo. —Donatella empujó la hoja en mi carne, y me mordí el labio. *Corte. Corte*—. Si tan solo su madre fuera tan inteligente. Probablemente por eso Illias le disparó.

Me ardían los ojos. Respiraba entrecortadamente y el líquido caliente no tardó en cubrirme todo el brazo.

—¿Quieres ver el vídeo? —curioseó Sofia despreocupadamente, como si me estuviera ofreciendo opciones de éxitos taquilleros—. El exmarido de Tatiana compartió algunas grabaciones conmigo. Aprendí algo interesante de cada uno de esos vídeos.

—¡Jódete! —No caería en su juego. Podía irse al infierno y pudrirse allí.

Se rio entre dientes.

—¿Qué? ¿No quieres saber quién es realmente tu esposo? —Apreté los labios, negándome a contestar. Se me hizo un nudo en la garganta—. No obstante, puedo decir por la expresión de tu cara que ya lo sabes. —Y Sofia también. Sabía el secreto de mi esposo. Se volvió hacia Donatella—. Córdala en rodajas.

Entonces empezó el dolor. Se prolongó y prolongó, y encontré un rincón en mi mente al que retirarme.

No lloraría. No lloraría. Me negaba a llorar, maldición.

CINCUENTA Y UNO

ENRICO



D os malditos días.

No había comido. No me había duchado. Ni siquiera había dormido. El tiempo se alargaba, y mi corazón se rompía cada vez que latía sin ella.

Mi mente seguía imaginando cada escenario. Lo que le estaban haciendo. ¿Romperían su espíritu? ¿Su mente? ¿Su fortaleza que tanto amaba?

—Los túneles subterráneos —señaló Manuel, llamando la atención de Illias, Kian y la mía—. Así es como se filtraron en la casa sin ser detectados.

El comedor se había convertido en una sala de vigilancia. Mi despacho no era lo bastante grande y habíamos estado explorando la ciudad centímetro a centímetro en busca de cualquier indicio donde Donatella pudiera estar escondiéndola.

Me levanté de la silla y sus patas rozaron la madera.

—Imposible.

Manuel me pasó la grabación y la vi, conteniendo la respiración. Me arañaba el pecho, exigiendo que castigara a alguien, a quien fuera. Kingston también estaba aquí, hackeando todas las redes de Italia. Lo necesitaba para encontrar a Isla.

Tal como afirmaba Manuel, Donatella y Giulio se habían colado en la casa a través de túneles subterráneos que solo los hombres Marchetti conocían. *A menos que mi hermano lo compartiera con Donatella*. No habría sido tan estúpido. ¿O sí?

—¡Quiero ese túnel sellado! —bramé.

Manuel dio la orden mientras mi propio teléfono vibraba en la mano. *Número desconocido*. Dejé de respirar, el pavor en la boca del estómago se expandió.

Abrí el mensaje y se me paró el corazón. Me quedé paralizado.

Mi esposa estaba encadenada a una silla, con el cuerpo maltratado y ensangrentado. Las lágrimas corrían por su rostro mientras Donatella la cortaba, riéndose a la cámara con cada corte que le propinaba. El terror en la mirada de Isla me destripó, pero no emitió ningún sonido.

Tenía el labio partido.

—¿Dónde demonios están? —rugí—. No debería ser tan difícil localizarlos. Quiero las cabezas de Giulio y Donatella clavadas en estacas—. Mis manos temblaban, mis ojos fijos en la pantalla congelada que mostraba el estado ensangrentado de mi mujer—. Tenemos que encontrarla.

Konstantin me arrebató el teléfono de las manos. Apretó la mandíbula al ver el vídeo, con la

expresión sombría de Kian no muy lejos.

—Tengo algo —anunció Kingston.

Estaba en su cara en un abrir y cerrar de ojos. No fue inteligente. Kingston odiaba a cualquiera que se le acercara demasiado, pero era un desastre como para preocuparme por sus sentimientos.

—¿Qué? ¿Dónde?

Señaló el monitor del ordenador.

—Aquí.

Me quedé observando el punto rojo parpadeante.

—Ese es uno de mis almacenes.

—Esa es la fuente del mensaje que acabas de recibir. —Acercó el *zoom*, la imagen se convirtió en una transmisión en directo y pequeños puntos rojos se movían alrededor del edificio —. Eso es un sensor de calor. Hay cuerpos en él. A menos que sean tus hombres.

—Iré.

La mano de Manuel se acercó a mi hombro.

—No. Si entras ahí, podrías caer en una trampa.

Me quité su mano.

—Me importa una mierda. Iré.

Konstantin habló a continuación:

—Hacemos esto bien, o podrías terminar muerto. Entonces mi esposa e Isla tendrán mis pelotas. —Estaba demasiado cansado para preguntar qué demonios significaba eso—. Tenemos que coordinarnos.

Me metí las manos en el cabello por enésima vez. Me sorprendió que me quedara algo en el cuero cabelludo. Lo único que sabía era que me estaba desmoronando. Tenía que recuperarla. Tenía que arrancar la piel de Donatella de sus huesos. Cortar a Giulio trozo a trozo y dárselos de comer a los malditos tiburones mientras miraba hasta que no quedara nada de él.

Inhalé profundamente y exhalé.

—De acuerdo, hagamos un plan.

Manuel compartió una mirada con Kingston antes de volver a vernos a Konstantin y a mí.

—*Nipote*. Konstantin. —Me dirigió sus ojos llenos de lástima, lo cual me hizo hervir de rabia —. Tienen que prepararse para lo peor. Ella...

—¡Saldrá de esto! —rugí—. Ella es fuerte.

El puro terror ante la idea de cualquier otra posibilidad hizo que mi corazón dejara de latir.

El trayecto desde mi complejo hasta el almacén de Roma era demasiado largo. Quería utilizar helicópteros, pero nos escucharían llegar desde kilómetros de distancia, así que los teníamos a la espera por si los necesitábamos. Las imágenes del vídeo seguían reproduciéndose en mi mente. En ese estado, ella no sería capaz de correr.

Sacudí la cabeza. No podía pensar en eso. Necesitaba tener la mente despejada y en el juego para poder sacar a mi esposa. La necesitaba viva. Los minutos pasaban con agonizante lentitud.

Tenía el estómago hecho un nudo. Mi cerebro estaba en un ciclo interminable de “y si...”. Me aterrorizaba la posibilidad de no llegar a Isla a tiempo.

—Ya casi llegamos —avisó Konstantin, y por fin volví a centrarme en la carretera que teníamos adelante.

—Estamos unos kilómetros fuera del radio —añadió Kian, estudiando el mapa por satélite en su pantalla. No había hablado mucho desde que llegó, pero sabía que estaba reviviendo la pérdida de su hermana. Sin embargo, no encontraba las palabras para consolarlo. En cambio, estaba en mi propio infierno, luchando contra mi propia pesadilla.

No había ninguna autopista alrededor. Estábamos en una carretera secundaria desierta. El coche se detuvo y el motor se apagó.

—Nos bajamos aquí y hacemos el resto del camino a pie —explicó Manuel.

Salimos todos y nos pusimos en marcha. Tardamos quince minutos a pie en abrirnos paso entre los árboles que rodeaban mi almacén. Este lugar era aislado con el único propósito de contrabandear mis cargamentos. Ni en un millón de años habría pensado que se usaría para traer a mi esposa aquí. Para torturarla.

En silencio, accedimos al lugar. Kingston, que seguía en mi *castello*, vigilaba a mis hijos mientras nos guiaba vía satélite. Podríamos haber entrado disparando, mas nos habríamos arriesgado a tener víctimas, Isla incluida. En lugar de eso, exploramos el lugar y, una vez despejado, asentí con la cabeza.

Era hora.

—¿Cómo vamos a entrar? —Konstantin preguntó.

Levanté una granada. *Volar la puerta, asaltar el edificio.*

—A las tres.

Y entonces empezó.

CINCUENTA Y DOS

ISLA



Mi pijama estaba empapada en sangre, pegada a mi piel. La mayor parte estaba seca, pero cada movimiento seguía causándome un dolor inconmensurable.

Me sentía mareada. Hacía días que no comía nada. No recordaba la última vez que había bebido una gota de agua. Tenía los labios agrietados. Me dolía cada centímetro. En más de una ocasión, mi mente divagó, incapaz de seguir adelante.

No con los vídeos de mi hermano ejecutando a mi madre. No con mi marido metiendo a su hermano muerto en el auto y prendiéndole fuego. Por suerte, Donatella nunca se dio cuenta de que era el hermano mayor, el verdadero Enrico Marchetti, el que se había hecho cenizas. Pero Sofia lo sabía. No lo dijo explícitamente, pero definitivamente lo sabía.

—Tu cuñada interfirió en mis planes —pronunció Sofia con voz fría—. Ahora pagarás por ello.

Tenía que hacer que siguieran hablando. Sabía que mi esposo y mi hermano vendrían por mí. Solo tenía que aguantar un poco más.

—¿Cómo se le escapó a Enrico la conexión entre tú y Giulio? —inquirí hacia Donatella. Si conocía a mi esposo, habría sido muy minucioso investigando a su guardaespaldas.

Se rio.

—Giulio es cuatro veces pariente de una hija ilegítima de uno de mis tatarabuelos. La única razón por la que sobrevivió es porque nadie sabía nada de su madre. —Me fulminó con la mirada—. La familia Marchetti prácticamente acabó con nuestro linaje —gruñó.

—Y, sin embargo, aquí estás —comenté secamente, saboreando la sangre en mi lengua—. Por desgracia.

—Somos como las malas hierbas. Fuertes e indestructibles. —La comparación era pésima. Todo lo que necesitabas era un poco de herbicida.

—Me aseguraré de conseguir Roundup —murmuré en voz baja, refiriéndome al herbicida y sintiéndome mareada.

Su mirada me decía que no sabía qué era aquello, pero estaba demasiado ocupada aferrándose a estar consciente. Pero entonces sonó el teléfono de alguien y, al momento siguiente, Sofia susurró algo a su compañero y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? —Donatella exigió saber, su voz aguda. Me pareció que se había vuelto dependiente de la mujer. *Patética*.

—Solo afuera —respondió Sofia sin mirar atrás—. Encárgate de ella.

Y se fue, con sus tacones chasqueando contra el mármol. *Clic. Clic. Clic.*

—Necesito ir al baño —pedí con voz ronca. Me habían dejado usar una cubeta algunas veces, pero dudaba que me lo permitieran ahora. Me di cuenta de que Donatella estaba nerviosa aquí sola.

—Orínate encima.

Esa maldita perra. Quería arremeter contra ella y arrancarle los ojos del cráneo.

—Te-tengo que cagar.

Soltó una retahíla de maldiciones en italiano, se acercó a la mesa y tomó las llaves de mis cadenas. Las abrió y cayeron sobre el cemento con un traqueteo que sentí en los dientes.

—Giulio, llévala al baño. Apesta como un cerdo.

Apreté los dientes, tragándome las palabras que quería escupir. Giulio me jaló del asiento y escuché un chasquido en mi hombro. El dolor se apoderó de mí, oscureciéndome la vista hasta que creí que me desmayaría.

Me arrastró hasta el baño vacío y sucio y me metió dentro.

—Dos minutos.

Mis rodillas golpearon el suelo de cemento y traté de pensar en un plan. No tenía que ir al baño, obviamente. Los idiotas lo habrían sabido, ya que hacía días que no me daban de comer.

Mi mirada recorrió el baño de cemento, buscando cualquier cosa que pudiera utilizar como arma. Cualquier cosa que pudiera usar para defenderme. No podía dejar que me encadenaran de nuevo.

Me levanté con las piernas temblorosas. Me sentía débil, agotada, y sabía que mi cuerpo no podía aguantar mucho más. Me agarré al mostrador amarillento mientras me levantaba.

Desesperadamente, busqué entre los artículos. Jabón. Papel higiénico. Cristales rotos.

—Cristales rotos —musité.

Lo agarré, lo apreté con la palma de la mano y sentí cómo empezaba a gotear un líquido caliente. Ignoré el dolor mientras me dirigía a la puerta tambaleándome, con los pies descalzos, ensangrentados y silenciosos contra el suelo de cemento. La puerta del baño estaba entreabierta y me asomé. Giulio y Donatella repetían el vídeo de mi tortura y se reían. *Se reían*, maldición.

La rabia me hizo enrojecer, fortaleciendo mi determinación.

Me abalancé y la punta del cristal roto atravesó el globo ocular de Donatella. La tiré al suelo, apuñalándola una y otra vez. Giulio intentó apartarme de ella, pero era demasiado tarde. Le había quitado los dos ojos. Su sangre empapó mis palmas mientras resonaban sus aullidos. Su cara estaba irreconocible, un desastre pastoso donde antes estaban sus ojos. La adrenalina que corría por mis venas fue lo que me impulsó a atacar. Después de horas, semanas y días acechándome y atormentándome, el alivio salió de mí como un géiser.

De repente, me levantaron del cuerpo descuartizado de Donatella. Intenté liberarme, pataleando y gritando, no obstante, mis fuerzas flaqueaban.

Mi espalda golpeó el frío y sucio suelo y me robó el aliento. El ruido de mi ropa ensangrentada siendo rasgada llenó la habitación. Me desgarraba la piel, los cortes me ardían. «Dios, ¿iba a violarme además de todo lo que me habían hecho?».

Grité mientras sonaba una explosión en alguna parte, pero no sabía si significaba que algo mejor o peor estaba por llegar.

La puerta se abrió de golpe, pero antes de que pudiera ver qué nueva pesadilla se avecinaba, Giulio me agarró del cabello y tiró de mi cabeza hacia arriba solo para golpearla contra el cemento.

Y fui arrastrada a la oscuridad.

CINCUENTA Y TRES

MANUEL



B^{ang.} Y luego el silencio. Un silencio ensordecedor que te decía que nada volvería a ser lo mismo.

La bala de Enrico atravesó el cráneo de Giulio. Pero eso no era lo que nos tenía a todos congelados sobre nuestros pasos.

Era el cuerpo pequeño y maltratado de Isla en el suelo, junto al cuerpo de una Donatella mutilada. Se me heló la sangre al verlo. La ropa ensangrentada de Isla estaba desgarrada, tirada en el suelo sucio. Decenas de horribles heridas marcaban su piel, algunas con costras, otras sangrando. La sangre se acumulaba a su alrededor. No podía encontrar un trozo de piel que no estuviera afectado.

Enrico se encontró de rodillas, acunando su cuerpo roto contra su pecho. Su aullido de dolor me destrozó el alma. Era la razón por la que nunca había querido casarme. Nunca quería dejarme vulnerable al amor.

Vi a mi sobrino quebrarse ante mis ojos.

Nunca lo había visto así. Ni cuando murió su hermano. Ni cuando murió su madre. Ni cuando murió su padre.

Sin embargo, ahora lo veía romperse en mil pedazos.

Era el jefe de la familia Marchetti. Cambió las reglas de la *Omertà*, hizo a todas las familias iguales, mas fue quien empezó a cambiar la organización con su visión. Era despiadado, pero siempre fue justo.

En toda mi vida, nunca había visto llorar a mi sobrino. No obstante, en ese momento lloraba mientras abrazaba a su esposa. La mecía de un lado a otro, rodeándola con sus brazos.

Me quedé helado, a pocos metros de ellos. Mis ojos se desviaron hacia Isla y sentí una dolorosa opresión en el pecho. Parecía tan débil, tan pequeña.

Illias pasó corriendo a mi lado, cayendo de rodillas junto a su hermana.

—Isla. —Graznó—. Dios mío. Isla, abre los ojos. —Mientras tanto, Enrico seguía meciéndola, abrazándola con fuerza—. Enrico, dámela.

—¡Aléjate de mi esposa! —siseó, negándose a moverse.

—Sobrino —lo llamé. Podían emboscarnos en cualquier momento. Boris, la mano derecha de Illias, y Kian buscaban señales de Sofia. No tenía ni idea de cómo se las arreglaba esa zorra para escabullirse—. Tenemos que irnos.

Illias se despojó de la chaqueta y luego la envolvió alrededor del cuerpo magullado de su hermana tanto como pudo con Enrico de por medio. Sonó un gemido suave y adolorido, pero sus ojos no llegaron a abrirse.

—Enrico, tenemos que llevarla al hospital —soltó Illias, con los dedos temblorosos mientras se inclinaba hacia delante, apartándole el cabello de la cara. Dios mío, ¿qué le habían hecho? Se me revolvió el estómago cuando su hermano le puso un dedo en el cuello. Dejó escapar un suspiro tembloroso y levantó la cabeza. Los ojos le brillaban con lágrimas—. Su pulso es constante pero lento. —Su mano se tensó sobre el hombro de Enrico. Solo había una forma de sacarlo de su aturdimiento.

—Enrico, vivirá, pero tenemos que llevarla al hospital. *Ahora* —dije en voz baja.

Kian regresó en ese momento.

—No hay señales de Sofia. Tenemos que ponernos en marcha. Un helicóptero está esperando para llevarse a Isla.

Enrico levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos. Se me paró el corazón por un segundo al ver su mirada salvaje. Recordé el día del funeral de su hermano. Se había quedado inmóvil, sabiendo que su vida había cambiado para siempre. De la noche a la mañana, se había convertido en su hermano. Se convirtió en padre. Se convirtió en el jefe de la mafia italiana. Había sido capaz de soportar lo inimaginable.

Sin embargo, ahora temía que estuviera realmente perdido si Isla no sobrevivía. Podía sentir su dolor en lo más profundo de mi alma como si fuera el mío propio.

—Isla no está a salvo aquí —declaró Illias en voz baja.

Eso hizo que Enrico se moviera. Un suspiro colectivo llenó el espacio. Mi sobrino movió a Isla entre sus brazos y se levantó lentamente. La mantenía apretada contra su pecho, con su melena roja, normalmente brillante, enmarañada y apagada. Ensangrentada. Illias también se levantó.

Enrico volvió a mirar a su mujer y su expresión se suavizó.

—No... no puedo perderla. —Se atragantó con esas palabras, atrayendo su frágil cuerpo contra su pecho.

—No lo harás —aseguré con voz ronca.

—Isla es fuerte. Siempre ha sido una sobreviviente desde... —La voz de Illias se quebró y tragó saliva—. Nuestra prioridad es ponerla a salvo.

Respirando hondo, Enrico asintió y sus dedos rozaron suavemente su mejilla. La trataba con una delicadeza de la que nunca lo había creído capaz.

—Vamos —indicó. Illias y yo asentimos y salimos de allí rápidamente.

—Me adelantaré y me aseguraré de que no haya moros en la costa —señaló Illias, sacando la pistola de su funda—. Manuel, cúbrele las espaldas.

—Lo tengo.

Con Enrico e Isla entre nosotros, salimos del almacén. No fue hasta que subimos al helicóptero y nos elevaron en el aire que todos soltamos una pesada bocanada de aire. Enrico se sentó en el asiento trasero con Isla en su regazo. La envolvía con la chaqueta. Illias y yo nos sentamos frente a él.

Mis ojos se desviaron hacia mi sobrino, que era más como un hermano para mí, viéndolo apartar el cabello de la frente de su esposa con dedos temblorosos.

—Se va a poner bien —afirmó Illias a través de mis auriculares, mirando a su hermana, con los puños apretados a su lado.

Esperaba que tuviera razón.

Ella mantenía cuerdo a Enrico. Le dio una razón para seguir adelante.

CINCUENTA Y CUATRO

ENRICO



Había pasado un día entero. Había traído el hospital a casa; no confiaba en nadie para vigilarla. No la perdería de vista.

Me flaqueaban las rodillas y aún más el alma. Todo en los últimos días me había tambaleado, me había dado un *déjà vu* de la muerte de mi madre. De cuando dio su último suspiro. Me negué a dejar que mi esposa tomara su último aliento. No antes de que yo tomara el mío.

La ira me asfixiaba: contra el traidor, el destino... el mundo. Pero la escondí en algún lugar profundo. No podía perder el control. Tenía que estar aquí para Isla. Tenía que cuidarla.

El médico indicó una conmoción cerebral leve. Le había hecho una multitud de tomografías para asegurarse de que no tenía ninguna hemorragia interna. Estaba bien, aunque su cuerpo estaba maltratado. Su piel estaba llena de cortes, todos los cuales había que limpiar para asegurarse de que no se formara ninguna infección. No sabía cómo había sobrevivido, pero lo hizo. Illias tenía razón. Mi esposa era tan fuerte.

Sonó un gemido de dolor, y me levanté de un salto de la silla y acorté la pequeña distancia que nos separaba. La acuné entre mis brazos, probablemente asfixiándola, sin embargo, no pude evitarlo. Necesitaba consolarla tanto como yo necesitaba su consuelo. Y su respiración, su pecho elevándose contra el mío, era lo único que importaba.

Su cuerpo sufrió un espasmo y la comisura del labio se le llenó de sangre fresca, que había mordido con fuerza para ahogar sus gritos. Había visto los vídeos y se me heló la sangre. Un hombre más débil podría haberse roto. Mas no mi Isla. Se negó a darles su voz. Sus gritos. Probablemente por eso no habían dado el siguiente paso de la tortura. Donatella tenía una jodida fascinación por los gritos. Estaba decidida a sacar de quicio a mi mujer, pero no conocía a Isla como yo.

—Todo está bien, *Piccolina* —susurré, con la voz temblorosa—. Estoy aquí. Aférrate a mí.

Parecía ayudar cuando hablaba con ella. Así que seguí susurrando planes para nuestro futuro. Para nuestra familia. Para los viajes que haríamos juntos. Cualquier cosa. Era un maldito tonto.

La puerta se abrió con un suave susurro detrás de mí, y no necesité darme la vuelta para saber que eran Illias o Kian. Manuel no soportaba ver a Isla, ni a mí, así. Enzo y Amadeo solo venían cuando sabían que no habría nadie más que yo.

—¿Cómo está? —Kian rompió el silencio que se extendía junto al pitido de la máquina. El médico seguía intentando convencerme de que el corazón de Isla era fuerte. De que lo superaría.

—Sin cambios. —La voz no era mía. Demonios, mi cuerpo y mis pensamientos no eran míos. Era como si estuvieran a la deriva, junto con Isla en algún lugar de este universo, negándose a despertar.

—Deberías ducharte. —Illias habló—. Cuando despierte, necesitará tu fortaleza.

—Vete a la mierda, Konstantin. —Si pensaba que la dejaría, aunque fuera por un minuto, estaba loco.

Su mano se acercó a mi hombro, apretando.

—Confía en mí, Marchetti. No querrá verte así. El baño está ahí mismo. Date una ducha rápida. Maldición, deja la puerta abierta si hace falta. Kian y yo la vigilarémos.

—No la moveremos —declaró Kian, con voz sombría—. Te doy mi palabra. Y si se agita, te iremos a buscar.

Eso fue lo que finalmente me hizo moverme. Cuando encontré mi reflejo en el espejo, me di cuenta de por qué insistían en que me duchara. La sangre aún manchaba mi ropa. Mi barba incipiente se estaba convirtiendo en una completa.

Abrí la ducha, me despojé rápidamente de la ropa y me metí en ella. Estaba quitándome el jabón cuando se abrió la puerta del baño.

—Joder, Marchetti, trae tu trasero aquí.

Tardé dos segundos en envolverme con una toalla y llegar junto a la cama de Isla. Se convulsionaba en la cama, gimiendo. Las vendas blancas de sus brazos empezaron a ponerse rojas. Kian y su hermano intentaron mantenerla quieta, pero cuanto más lo intentaban, más temblaba.

Apartándolos de mi camino, agarré su pequeño cuerpo y la acuné.

—*Piccolina* —murmuré, acercándola a mi pecho. Se quedó inmóvil. Cuando giró la cabeza y apoyó la cara en mi pecho, me pareció escuchar cómo se partía mi corazón—. No pasa nada. Estás a salvo.

—¿Eres tú? —Eran las primeras palabras que pronunciaba desde el rescate. Su voz era áspera.

—Soy yo —confirmé, mi voz salió estrangulada—. Duerme y mejórate.

—No te vayas.

Las lágrimas me escocían los ojos. Me temblaban los dedos al apartarle los rizos pelirrojos de su frente.

—Nunca. Nunca te dejaré.

Había pasado una semana.

Estábamos tendidos en nuestra cama, en nuestro dormitorio, recién salidos de la ducha, con los cuerpos aún húmedos. A ella no parecía importarle y, desde luego, a mí tampoco. Me envolvió en su aroma como un capullo, haciéndome sentir vivo de nuevo. Excepto que seguía ocultándose su cuerpo, llevando ropa holgada que le cubría la mayor parte de la piel.

Estaba volviendo lentamente a sí misma. A mí. Olía como mi mujer. A coco y a playa. Excepto por los fantasmas que parecían acechar en su expresión cada vez que la sorprendía perdida en su cabeza.

Las olas chocaban contra la costa y las gaviotas graznaban en el horizonte. El sonido acabó por adormecerla, con la boca apretada en una fina línea y la cabeza contra mi pecho. Mi fuerte y hermosa esposa.

Pude ver su fuerza renovada en el color de sus mejillas. En la desaparición de sus moretones. En la curación de sus cortes. No obstante, su mente seguía sufriendo. Tenía pesadillas. Se aferraba a mí mientras luchaba contra sus demonios, y me destripaba haberle fallado también en eso.

Quería mantenerla a salvo de la oscuridad de este mundo. Sin embargo, me sentí impotente mientras se agitaba en mis brazos.

Todo lo que podía hacer era susurrarle palabras suaves. Cualquier cosa para ayudar a aliviar sus miedos.

Sonó un suave golpe antes de que se abriera la puerta. Aparecieron las cabezas morenas de mis hijos y les hice señas para que entraran. Visitaban a Isla todos los días. A veces la encontraban despierta y otras, como ese momento, dormida.

—¿Está mejor, *Papà*? —La voz de Enzo estaba llena de angustia. Sentía que le había fallado. Se culpaba por no haber esperado a que llegara a la habitación de seguridad.

—Lo está —aseguré suavemente—. Preguntó antes por ustedes.

A Amadeo se le iluminaron los ojos.

—¿*Davvero*?

Asentí con la cabeza.

—*Sì*.

—¿No nos odia? —indagó Amadeo, la expresión vulnerable de su rostro coincidía con su voz.

Abrí la boca para contestar cuando la suave voz de Isla respondió en su lugar.

—Jamás. *Nunca* podría odiarlos.

Los tres la miramos, con la mejilla apoyada en mi pecho. Se movió y me apresuré a ayudarla, odiando ver cualquier signo de dolor en su rostro.

—Gracias —murmuré, dedicándome una sonrisa capaz de ponerme de rodillas.

—Por supuesto, *Amore*.

Sus ojos encontraron a Enzo y Amadeo, su pequeña mano, todavía algo magullada, tendida hacia ellos. Ambos cuidaron de no hacerle daño.

—Te abandonamos con ellos. Debes odiarnos.

Sacudió la cabeza.

—Nunca te odiaré —repitió, con una voz sorprendentemente firme teniendo en cuenta su estado—. Hiciste exactamente lo que te dije y eso me llenó de orgullo. Si te hubieran atrapado a ti también, no lo habría podido superar.

—Pero... —El rostro de Enzo se retorció de agonía. Siempre el protector. Mis dos hijos lo eran.

—Pero nada —lo regañó suavemente—. Escuchaste. Es todo lo que una madre puede pedir.

Todos nos quedamos paralizados, y vi cómo los cuellos de mis hijos se movían y sus ojos oscuros brillaban con lágrimas que intentaban contener con todas sus fuerzas.

—¿Todavía quieres ser nuestra madre? —susurró Amadeo, con el labio temblándole ligeramente—. ¿A pesar de que Donatella te hizo daño?

Los ojos de Isla se entrecerraron, pero sus labios se curvaron en una suave sonrisa.

—Soy su madre y ustedes son mis hijos. No me importa que ella les haya dado la vida. Hace falta mucho más que eso para ser madre. —Amadeo se secó la cara con el dorso de la mano, desesperado por ocultar sus lágrimas—. Ahora denme un abrazo o verán lo que hace una *rusa-americana-italiana* loca.

Señaló un lugar a nuestro lado y nuestros hijos no dudaron. Mi esposa tendría para siempre a

los hombres Marchetti en su control.

—Gracias —articulé.

—*Siempre*. —No me molesté en corregirle que había vuelto a su idioma original y no al italiano. Lo único que importaba era que estaba volviendo. Para todos nosotros.

CINCUENTA Y CINCO

ISLA



Habían pasado dos semanas, y cada vez que el médico venía a visitarme, Enrico rondaba. Se negaba a marcharse mientras el doctor me examinaba. Estaba poniendo nervioso al pobre hombre, pero no parecía importarle. El médico se puso un par de guantes de látex y empezó a pinchar. Cuando llegó a mi bíceps, frunció el ceño.

—¿Está todo bien? —Enrico preguntó, la alerta en su voz haciendo saltar al doctor.

—Se está curando bien —respondió vagamente el médico.

—¿Pero?

Sus cejas pobladas y su mirada preocupada se encontraron con la mía.

—Un implante ya no será posible. Aquí no.

—Oh.

La columna de Enrico se puso rígida, pero permaneció callado.

—¿Necesitas ser...?

Al doctor le costaban las palabras y su rostro palidecía. Entonces me di cuenta. Pensó que me habían violado.

—Nadie me tocó —murmuré—. No de esa manera.

—Bene. —El médico se secó la frente con una mano temblorosa—. Si necesitas anticonceptivos, házmelo saber.

Tragué saliva y sacudí la cabeza. La idea de sentir un bisturí o cualquier cosa clavada en mí me hacía tambalear. Había una inyección o unas pastillas que podía tomar en su lugar, pero no me había olvidado de la conversación con Enrico.

Cuando Donatella esté muerta.

La perra estaba muerta. No es que quisiera empezar a buscar quedarme embarazada. Tenía otras cosas más importantes de las que preocuparme. Como seguir adelante. Poner mi cabeza en orden. Extinguir las pesadillas que me atormentaban.

Cuando el doctor se fue, me volví para mirar a Enrico. Había una persona con la que había evitado hablar. Un miembro de la familia que se quedó, esperando a que estuviera lista, y estuvo allí desde el principio.

Me levanté lentamente de la cama, con los cortes del cuerpo todavía adoloridos. Aún no me había atrevido verme al espejo. Me lo tomaría con calma. Paso a paso.

Me dirigí a la gran ventana, donde la impresionante vista se extendía por kilómetros, pero mi mirada se fijó en la forma alta y oscura con la mujer rubia. Mi hermano y Tatiana.

—¿Enrico?

—Sí, *Amore*.

Me giré para observar al hombre que me había sacado de la oscuridad cada día de las últimas semanas. Era su voz, su olor lo que me mantenía aferrada a la luz. Sí, odiaba a esa zorra de Donatella, pero no quería que me consumiera. Quería seguir adelante.

—Era la familia de Donatella —comenté débilmente—. Estaban matando a las esposas de los Marchetti. Por venganza. Tu familia, *nuestra familia*, no está maldita.

La sorpresa brilló en sus ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Donatella lo admitió —repliqué con voz áspera—. Ni siquiera estoy segura de si estaba tan loca o más consumida por la venganza. Obsesionada con ella. —Inhalé hondo y continué—: Y creo que Sofia sabe o sospecha tu verdadera identidad. No se lo confirmé —indiqué, sacudiendo la cabeza—. No le dije nada.

Su frente se apoyó en la mía.

—Donatella ya no está. No te preocupes por Sofia. La atraparemos, y entonces pagará por sus pecados. Solo quiero que tú y nuestra familia estén a salvo.

Dejé escapar un suspiro. No podía estar más de acuerdo, pero nuestra familia incluía a mi hermano, y ya era hora de que despejara esas aguas.

—Quiero hablar con mi hermano —pedí—. A solas. —Sus hombros se tensaron. Sabía que era imposible que permaneciera pegado a mi lado. Manuel me había visitado. Estaba hecho una mierda. Necesitaba ayuda, necesitaba a Enrico de vuelta, pero no quería pedirle eso a mi esposo, sabiendo que ya había sacrificado mucho—. Podrías ir a ver a Manuel.

Enrico levantó la cabeza.

—Él está bien.

—Lo sé, pero necesita tu ayuda. Quizás Enzo también pueda ayudar. —Ladeó la cabeza pensativo—. También puedo ayudar. Tengo mucho tiempo libre.

Sacudió la cabeza.

—Tú y la mafia no van de la mano.

Puse los ojos en blanco.

—Eso es algo sexista —protesté. No obstante, en mi caso no estaba en desacuerdo—. Aunque me refería a que podría ayudarlos con los negocios legítimos. Las casas de moda. Al fin y al cabo, conozco a una prometedora diseñadora de modas —expuse, recordándole a Reina.

—No me digas —murmuró—. Ella y tus amigas casi hacen explotar mi teléfono.

—Lo siento. —Habían estado llamándome a mi teléfono, también, y era una buena distracción. Les aseguré que estaba bien, física y mentalmente, y que ahora estaba a salvo. Por supuesto, como mis chicas siendo chicas, insistieron en que me pusiera mejor para que pudiera contarles las cosas raras que estaba haciendo con mi esposo. Aunque todavía no tenía nada que contarles, sabía que pronto volveríamos a nuestra conexión física. Pero era demasiado pronto, y no estaba preparada para ver mi cuerpo, y mucho menos para que Enrico lo viera.

Mi marido cruzó la habitación en cinco largas zancadas y me estrechó en un abrazo, presionando sus labios sobre mi frente.

—No te preocupes. Me gusta que se preocupen por ti. Las invitaremos dentro de unas semanas y podrán usar mi yate. ¿Sí?

Sonreí.

—Eso estaría bien. Al menos no tenemos que robar el yate.

Se rio entre dientes.

—Los chicos me dijeron que te ayudarían a hacerlo. De alguna manera no me sorprende.
—Saben quién dirige este espectáculo.
Sus ojos miraron por encima de mi cabeza.
—Eres mi espectáculo, Isla. Mi mundo. Sin ti, todo esto sería una carga. Contigo, es una vida que vale la pena vivir.

Veinte minutos después, la puerta se abrió y mi hermano entró en la habitación como una fuerza de la naturaleza.

La expresión de su rostro cuando ejecutó a mi madre en el vídeo que Donatella me había hecho ver una y otra vez me perseguía. No era cruel ni despiadada. Estaba llena de angustia. De dolor.

—Te ves mejor, *Sestra*.

No se acercó y algo en la expresión cautelosa de sus ojos me desgarró. Lo amaba. No sabía por qué había matado a mi madre, pero sabía que me amaba. Se preocupaba por mí.

—Pareces cansado —señalé—. ¿El embarazo de Tatiana te está agotando o soy yo?

Se pasó la mano por el cabello oscuro.

—Las dos cosas.

Sonreí, tomando asiento junto a la ventana.

—¿Quieres sentarte?

—¿Está bien si me acerco a ti?

—Siempre. —Se me quebró la voz. Estaba al otro lado de la habitación en un abrir y cerrar de ojos—. Illias, no quiero que nos distancieemos.

—¿Pero?

—Pero como tu hermana, necesito saber por qué. Necesito saber cómo puedes estar tan seguro de que somos hermanos. —Mis dedos se retorcieron en mi regazo—. Si mi madre era... —Seguía siendo incapaz de pronunciar la palabra—. Necesito respuestas. No quiero que me protejas de nada que creas que no puedo manejar. Lo quiero todo. Lo Bueno, lo malo, lo triste, lo feliz.

Tomó mis manos entre las suyas y las estrechó entre sus cálidas palmas.

—No puedo evitarlo. Mi primer instinto es protegerte.

Dejé escapar un suspiro sardónico.

—Inténtalo, por favor.

Asintió con la cabeza.

—Lo haré, pero no prometo nada. No me gusta verte sufrir.

Tendría que acostumbrarse. Tenía la sensación de que la vida en el bajo mundo estaba llena de dolor, pero mientras tuviera a mi familia, sería capaz de soportarlo todo.

—Háblame de mi madre —indagué por lo bajo—. ¿Cómo sabes que somos hermanos si ella era...?

Dios, no podía decir la palabra. Ni siquiera podía pensarla.

—Sencillo —contestó, sin dejar de agarrarme las manos—. No me importa si eres mi hermana biológica o no. Eres mi familia. No me importó. Naciste bajo mi techo. Ayudé a tu madre durante el embarazo y el parto. *Eres* mi hermana y nadie nos quitará eso jamás, que Dios me ayude. Ciertamente no ningún maldito ADN.

No lo habría entendido hacía uno o dos meses. Sin embargo, en ese instante sí. Solo gracias a

Enrico y a los chicos.

—Me parece justo —afirmé, sorprendiéndolo a juzgar por su expresión—. ¿Y por qué... por qué la mataste?

La misma expresión que vi en el vídeo destelló en sus ojos oscuros antes de enmascararla rápidamente.

—Eso no puedo decírtelo.

—¿No puedes o no quieres?

—Isla...

—No, Illias —protesté, quitando mis manos de las suyas—. Necesito saberlo.

—Por favor, no me lo pidas. Cada fibra de mí grita para protegerte, y me estás pidiendo que te haga daño.

Mis hombros se desplomaron. Lo sospechaba. Incluso lo temía. No quería pensar en ello, pero ¿cómo no hacerlo cuando tenía las pruebas delante de mí?

—Ella no me quería —murmuré, resignada—. ¿In...intentó matarme? —No tuvo que decir nada. La respuesta estaba escrita en su rostro. No obstante, el pequeño destello de esperanza se negaba a extinguirse. Necesitaba oír esas palabras en voz alta—. Por favor, Illias. Cuéntamelo todo. Mi mente está conjurando los peores escenarios posibles.

Me apretó los dedos con fuerza. Era una prueba de su propia incomodidad.

—Te contaré todo y cualquier otra cosa, pero no puedo contarte esto. —Se me retorcieron las entrañas—. Quiero que sepas que, si sus circunstancias hubieran sido otras, te habría amado. Fue maltratada, torturada y pasó por quién sabe qué antes de que padre la trajera a casa. No estaba bien de la cabeza. Ni para ella ni para ti.

—¿Qué le pasó a padre? —pregunté en voz baja, haciendo una pausa en el tema de mi madre. Mi mente corría a diestra y siniestra, queriendo saber cómo estaba todo conectado—. Mató a tu madre.

Una expresión sombría pasó por el rostro de mi hermano.

—Lo maté. —De alguna manera no me sorprendió—. Estaba a punto de volver a hacerle daño a tu madre y yo había llegado a mi límite. Estaba embarazada de ti y algo me hizo enloquecer. No podía permitir que la violara más. Así que acabé con él.

Solté un fuerte suspiro. Había tantos secretos en nuestra familia.

—No le importaba si vivía o moría —musité.

—Tal vez, pero tu madre lo habría hecho si no la hubieran maltratado tanto mental y físicamente. Pude verlo en sus ojos. En tus ojos. Te habría amado si la vida no la hubiera golpeado tanto.

«Lo habría hecho, pero no lo hizo».

—¿Quién me dio mi nombre? —Me oí preguntar. Las madres que aman a sus hijos les ponían nombre. Enrico nombró a Amadeo cuando nació porque Donatella se negó a reconocerlo.

Un latido de silencio. A juzgar por la expresión sombría de su rostro, estaba a punto de mentirme, pero decidió no hacerlo.

—Yo fui. Te sostuve cuando naciste. Vi tu primera sonrisa. Tus primeros pasos. Tu primer diente. Eres tan hija mía como mi hermanita. Puede que no te haya dado la vida, pero te he criado.

—Te equivocas, Illias —dije con voz ronca. La mirada de Illias encontró la mía—. Tú me diste la vida.

Mi madre no habría quemado el mundo por mí. Habría quemado el mundo conmigo dentro. Resultó que la respuesta dolía más de lo que hubiera imaginado. Su vida se truncó, pero en el

fondo sabía que me habría amado si hubiera tenido la oportunidad. Como dijo Illias.

Entonces me vinieron a la mente las palabras de Tatiana. Había encontrado una razón para seguir adelante y yo también lo haría.

Mi familia. Mis amigas. Mi esposo. Esas eran mis razones.

CINCUENTA Y SEIS

ISLA



Cuatro semanas después

Me desperté acunada contra un pecho cálido, unos brazos fuertes me rodeaban con dureza. Parpadeando con fuerza contra la luz del sol, escuché los latidos del corazón de mi esposo y me sentí reconfortada. Me hacía sentir segura, querida y amada. A pesar de que lo había mantenido a distancia, porque todavía no estaba preparada para intimar con él.

Me abrazaba por la noche y me susurraba palabras en italiano que me calmaban.

Inhalé su aroma en mis pulmones y me moví suavemente. Con cuidado de no despertarlo, me aparté de él y salí de la cama. Por un momento, me quedé junto al poste de la cama, observándolo dormir. Tenía el pecho desnudo y una piel aceitunada, hermosa e intacta. Incluso dormido, era un hombre imponente. Sus cejas se fruncían, casi como si se preocupara incluso mientras dormía.

Manteniendo mis pasos suaves, me dirigí al baño. Necesitaba descansar todo lo que pudiera. Se había quedado despierto tantas noches, cuidándome.

Entré en el lujoso cuarto de baño, con las baldosas italianas frías bajo mis pies. La habitación estaba iluminada por la ventana del suelo al techo que enmarcaba el mar. Su belleza no me conmovió. Solo me provocaba.

En la gran ducha aún quedaba la ropa desechada de Enrico de más temprano, o fue ayer, cuando me ayudó a bañarme. Había sido tan paciente, tan comprensivo.

Quizás ya no me quería. Yo no me quería.

Me vi reflejada en el espejo por primera vez desde el rescate. Había evitado los espejos durante semanas, reacia a ver las marcas dejadas por Donatella, Sofia y Giulio.

Mi cara era la misma y mis ojos también. Pero las ojeras y la palidez de mi piel hablaban de sueños afligidos. Por un momento, me quedé inmóvil mientras los pulmones se me oprimían en el pecho. Tenía que enfrentarme a mis demonios, pero ¿era lo bastante valiente?

Lentamente, como si estuviera aturdida, me quité la camisa de mi esposo, dejándome en ropa interior. La tiré sobre la encimera mientras observaba fijamente mis cicatrices, rosadas y feas. Se veían peor bajo la luz del sol.

Mi corazón se estremeció al ver las marcas en mis brazos y mi vientre. Un escalofrío me recorrió la espalda y los ojos se me llenaron de lágrimas. Fue en vano, pero no pude evitarlo.

Un suave ruido llamó mi atención y encontré a Enrico apoyado en la puerta, sin más ropa que

los pantalones de la pijama. Tan hermoso. Tan fuerte. Tan lejos.

Se quitó de la puerta y lentamente, como si se acercara a un animal asustadizo, acortó la distancia que nos separaba.

—¿Qué estás mirando?

—Nada.

Enrico se acercó por detrás e, instintivamente, busqué una toalla, un trozo de ropa... lo que fuera para tapar la fealdad.

En el momento en que mis dedos alcanzaron la tela, Enrico me la arrancó de las manos.

—No. —Sus ojos se encontraron con los míos en el espejo—. No te escondas de mí.

Parpadeé desesperadamente, con las lágrimas amenazando con derramarse. Las contuve, necesitaba más fuerzas que nunca. Aparté los ojos del reflejo que mostraba su cuerpo perfecto junto al mío lleno de cicatrices. Mi corazón tamborileaba contra mis costillas, cada vez más doloroso que el anterior.

Illias decía que era valiente, fuerte como él, aunque en ese momento no me sentía así. Lloraba por mi cuerpo, por como solía ser, pero ya no era. Lloré por mi alma, porque era pesada. Tan pesada que me costaba respirar.

—¿Qué miras, *amore mio*? —repitió.

Tragué saliva.

—Soy fea.

Se acercó a mi espalda y su pecho me rozó. Su calor calentó mi frío corazón. Él era la razón por la que me aferraba. Sin embargo, nada era igual. Había vuelto dañada, escondida en la oscuridad de mi mente.

—Isla, mírame —me exigió mi marido. Giré la cabeza para hacerlo, pero me detuvo—. No, en el espejo. —Seguí su orden para ver su cuerpo perfecto junto al mío imperfecto—. ¿Qué ves?

Me tragué el nudo en la garganta que amenazaba con ahogarme.

—Te veo. Eres tan hermoso. Tan perfecto. Y yo...

Se me quebró la voz, incapaz de pronunciar otra palabra.

Sacudió la cabeza.

—No, *Dolcezza*. —Me besó la coronilla—. *Eres* hermosa. Mi sobreviviente. —Una mano se posó sobre mi estómago, su palma calmando los frenéticos latidos de mi corazón—. Mi fuerte esposa que luchó por volver a mí. —Su voz se quebró al pronunciar la última palabra y su mano tembló al rodearme la cintura—. Eres hermosa, *mia moglie*. Mi esposa. Mi amante. Mi razón. Sin ti, no soy nada. Contigo, lo soy todo.

Una sola lágrima se me quedó en las pestañas, luchando por liberarse mientras me esforzaba por respirar.

—Pero mira qué fea soy.

—Estás con moretones. Con cicatrices. Eso solo te hace más hermosa. —Atrapé su mirada en el espejo—. Eres la mujer más fuerte que conozco, y no te tendría de otra manera.

Se me escapó un sollozo ahogado.

—No me siento fuerte.

—¿Confías en mí? —Asentí—. Entonces confía cuando te digo que eres fuerte. La mujer Marchetti más fuerte que jamás haya existido. —Me giró lentamente para que estuviera de pie frente a él, y luego se arrodilló. Mis ojos se clavaron en el hombre arrodillado ante mí—. ¿Recuerdas nuestra primera noche?

—Sí —repliqué, con el corazón martilleándome en el pecho.

—Pensé que eras la mujer más hermosa que había visto nunca. —Sus palmas recorrieron mis

caderas y mis muslos, y luego separaron mis piernas—. Estaba equivocado. —Me puse rígida, pero antes de que pudiera derrumbarme, continuó—: Hoy eres aún más hermosa. Porque veo la fuerza en tus ojos. En cada cicatriz. En cada aliento que das. No lo dudes nunca.

Mi corazón se estremeció de necesidad y amor. Dios, lo amaba tanto que me aterrorizaba. Me hacía sentir vulnerable y fuerte al mismo tiempo. No lo entendía.

—¿Cuándo me tocarás? —Respiré.

Dejó escapar un fuerte suspiro.

—Pensé que nunca me lo pedirías, *Dolcezza*.

Sus dedos acariciaron mi entrada y en la boca del estómago me asaltó la lujuria.

—Mírate en el espejo —ordenó mientras me giraba hacia un lado y me bajaba las bragas por las piernas. Entonces su dedo se introdujo en mi interior y mis ojos se cerraron de golpe. Por fin, una lágrima rodó libremente por mi mejilla, mi corazón latía en sincronía con el suyo. Mis labios se entreabrieron, el oxígeno era demasiado difícil de conseguir.

—Antes de ti era un cascarón de hombre, Isla —murmuró contra mi corazón—. Te amo, *amore mio*.

—También te amo —gemí, con el labio inferior tembloroso—. Es la primera vez que te pones de rodillas desde que nos casamos —comenté, con la sonrisa vacilante.

—Siempre me arrodillaré ante mi reina. —Apreté los ojos mientras metía y sacaba el dedo, el calor aumentando en mi interior—. Abre tus hermosos ojos para mí. Obsérvanos.

Abrí los ojos y lo miré mientras se inclinaba más hacia mí y me pasaba la lengua por el centro.

Me temblaban los muslos. Mi piel se ruborizó. Me brillaban los ojos.

Todo por él.

—Enzo. —Se quedó inmóvil, no estaba acostumbrado a que lo llamara por su nombre de nacimiento. Su mirada se encontró con la mía, su oscuridad con la mía—. *Te quiero dentro de mí*.

Se puso en pie y se quitó los pantalones de pijama. Me rodeó con las manos y sus dedos se clavaron en mi trasero. Lo rodeé con las piernas y me penetró hasta la empuñadura.

Me aferré a él mientras entraba y salía de mí como un poseído. Como si me poseyera. Como si me necesitara del mismo modo que yo a él.

—Te necesito como el sol a la luna. —Empujó de nuevo. Con fuerza—. Como el mar necesita la orilla. —Me cogió más fuerte y más rápido, sus movimientos animales—. Como mis pulmones necesitan aire. —*Empuje*.

No tardamos nada en caer al haber llegado al éxtasis.

CINCUENTA Y SIETE

ENRICO



Cuatro meses después

Las olas chocaban contra la orilla. La playa estaba vacía. El clima aún no era lo bastante cálido para atraer a las multitudes. El pequeño cuerpo de Isla se apretaba contra el mío mientras estábamos sentados en los acantilados. Cada brisa fresca del mar la unía más contra mí, sus manos se aferraban a mí como si fuera su salvavidas.

Era el maldito paraíso.

Habían pasado días, semanas, meses, y todos nos habíamos acostumbrado a la rutina. Sin embargo, la paranoia se negaba a abandonarme, así que había reforzado nuestra seguridad, temeroso de volver a perderla.

Kian y yo también habíamos empezado a enseñarle defensa personal a Isla.

—Si se resfrían, aun así, tienen que ir a la escuela.

Mi esposa usó su voz más severa, pero los chicos sabían que era una amenaza vacía. Nadie los mimaba como Isla. Cuando Amadeo se intoxicó, insistió en sujetarle la cabeza mientras vomitaba. Pero me había dado cuenta de que lo necesitaban. Necesitaban el toque de una mujer. Una mano suave. Isla encajaba perfectamente en nuestra familia. Como siempre supe que lo haría.

Enzo y Amadeo nadaron en el mar frío, alegando que estaba caliente. No lo estaba. Sus labios azules eran la prueba, pero eran tan tercos. Igual que mi esposa.

No lo tendría de ninguna otra manera.

El olor a coco me llegó a la nariz y mis ojos encontraron a mi esposa. Su piel brillaba con un tono dorado. Sus cortes se habían desvanecido, pero para un ojo atento, las cicatrices seguían ahí. Me recordaban su fuerza. Desde aquella mañana en el baño, habíamos pasado todo el tiempo que estuvimos despiertos al aire libre. Los reflejos incluso habían dorado su cabello pelirrojo de tanto sol.

Como para alejar de ella toda la oscuridad.

Volví mi atención al horizonte. A nuestro hogar. Había algo relajante en ver cómo el sol se ocultaba, cómo los rayos danzaban sobre la superficie del mar dándonos esperanza. Para nuestro futuro. Para nuestra felicidad. Para la seguridad de mi familia.

—*Marito.* —La suave voz de Isla apartó mi vista del horizonte y la dirigió a mi esposa. Mis pensamientos siempre estaban con ella. Me incliné y besé su pequeña nariz.

—*¿Sì, Dolcezza?* —Su italiano estaba mejorando. Konstantin lo odiaba. A mí me encantaba.

—*¿Quieres un bambino o una bambina?* —*¿Niño o niña?* Se me paró el corazón y el pequeño espacio que nos separaba desapareció cuando la subí encima de mí. Sentí su suave aliento en mis labios.

—*¿Estás diciendo lo que pienso...?* — Jesucristo, se me quebró la voz. Tantas emociones me sofocaban.

Me rodeó el cuello con los brazos y rozó sus labios con los míos.

—Lo estoy.

Aplasté mis labios contra los suyos.

—*¿Davvero, amore mio?*

Asintió con la cabeza.

—Más vale que lo creas. Vas a ser papá de otro niño o niña.

Demonios, la amaba tanto. La forma en que siempre incluía a los chicos en nuestra familia. Era mi luz, iluminando cada centímetro de mi oscura alma. La había forzado a entrar en mi vida, pero juraba por mi vida, no podía arrepentirme de esa decisión.

Me había enseñado lo que era vivir. Amar. Ser feliz. Todas las mentiras y secretos estaban a la vista, pero ella me amaba de todos modos. Era mi final feliz.

Sus labios se separaron de los míos y nuestras bocas se amoldaron. Llevé mi mano a su vientre y lo sostuve con reverencia.

—*¿Desde cuándo lo sabes?*

—Me hice la prueba hoy temprano. —Sonrió contra mi boca—. Después de lo que pasó... — Una nube oscura amenazó con aparecer—. Donatella murió, y dijimos que hablaríamos de los niños entonces. Fue la razón por la que no opté por ello cuando el médico me ofreció una alternativa. Por alguna razón, me olvidé por completo de quedar embarazada con todo lo que estaba pasando.

La angustia se me metió en el pecho.

—*Amore, ¿quieres...?*

Maldición, ¿por qué era tan difícil pronunciar esas palabras en voz alta?

Acortó la distancia que nos separaba.

—Quiero a nuestro bebé. Amo a nuestra familia. A ti, los chicos, el bebé. Lo quiero todo.

Me invadió el alivio.

—También lo quiero todo. Solo contigo. ¿Cómo te hiciste el examen? ¿Dónde estaba?

Sonrió tímidamente.

—Hice que Manuel me llevara a la tienda. —Antes de que pudiera fruncir el ceño, añadió rápidamente—: No te enfades con él. Lo amenacé de muerte y le dije que, si te decía una palabra, le sacaría los ojos. —Suspiré pesadamente—. Sé que primero debería ver a un doctor, pero quiero que vayamos juntos.

Le acaricié la cara.

—*Grazie, Dolcezza.*

Arrugó las cejas.

—*¿Por qué?*

—Por amarme.

Me enseñó a vivir el momento. Vivir por el ahora. A la luz del sol. Juntos.

EPÍLOGO

ENRICO



Cuatro años después

Desde lo lejos, pude ver a mi esposa y a mis hijos alegrándome el corazón. Dos cabecitas llenas de rizos rojos y otra de melena oscura chillaban felices, corriendo por el jardín.

Enzo y Amadeo estaban en la universidad, segundo y primer año, y no volverían hasta las vacaciones de verano. Se habían convertido en hombres de bien.

Aún no estaba seguro de merecer esta felicidad, pero egoístamente me la quedé. Era nuestra. De Isla y mía, y acabaría con cualquiera que intentara arrebatármela.

—Ya es hora de hacer las paces con Luca DiMauro. —Manuel volvió a centrar mi atención en la tarea que tenía entre manos. Luca y su familia iban a venir. No fue hasta que tuve a mis hijas que comprendí la reticencia de DiMauro a vincular a su hija con mi hijo. No fue hasta que abrí mi corazón que supe que era algo que quería para todos mis hijos.

Parecía otra vida, otro yo, cuando Margaret Callahan llegó a mi territorio y me aseguré que estuviera a salvo, pero solo con la condición de casar a su hija con mi hijo. Por supuesto, en aquel momento no sabía que era el padre de Luca, Benito, quien había tendido una trampa a los Callahan para cubrir su propio trasero traidor.

—Será bueno —acepté—. Y necesario desde hace mucho tiempo.

Manuel asintió.

—Tener hijas cambia la perspectiva.

No podría estar más de acuerdo.

La puerta de mi despacho se abrió y apareció Inessa, mi hija de dos años. Sus ojos verdes miraron a Manuel y su preciosa cara se iluminó.

—*¡Papà! ¡Zio!* —Colocó sus pequeñas manos en las caderas y puso una cara de rabia demasiado adorable. Su vocabulario era avanzado, y definitivamente sabía cómo usarlo para conseguir lo que quería—. Quiero *gelato*.

Al igual que su madre, Inessa adoraba el *gelato*. Podía desayunar, comer y cenar helado.

Manuel y yo nos reímos. La cargó en brazos y la lanzó por los aires. Ella chilló feliz, el sonido de su voz hizo que mi pecho se expandiera.

Me aparté del escritorio y me levanté.

—Es el turno de tu *Papà*. Ven aquí, *mio cuore*. —*Mi corazón*. Mis hijos y mi mujer tenían mi corazón. Sin ellos, esta vida no valdría la pena.

Manuel la puso en pie y corrió en mi dirección, con sus ojos esmeralda brillando.

Abrí los brazos y se lanzó hacia mí, sabiendo que siempre la atraparía.

—¿Puedo tener *gelato* ahora? —Mi hija menor era pura determinación empaquetada en un cuerpo pequeño. Era su madre hasta la médula. Nuestro hijo, Romeo, era un reflejo de sus hermanos mayores y de mí. Pero nuestras hijas eran como su madre, para mi deleite.

—Tu *Mamma* no estará contenta.

Se encogió de hombros.

—*È bene. —Está bien.*

Manuel y yo nos reímos.

—Después de cenar —dije—. Puedes ofrecerle *gelato* a nuestros invitados.

Me tomó de la mano y dio una vuelta.

—¿Me veo bonita?

Sonreí.

—Por supuesto.

—Pero *Mamma* es la más hermosa de todas —finalizó por mí.

—Todas mis chicas son hermosas.

Arrugó la nariz.

—Te oí decirle a *Mamma* que es la más hermosa del mundo.

—¿Estás celosa?

Se paró en mis pies y rodeó mis piernas con sus pequeñas manos.

—No. También creo que es la más hermosa.

Mi corazón dio un vuelco. No fueron sus palabras las que me llenaron el alma. Era el amor en su voz. La tomé en brazos y acerqué su cara a la mía.

—Ahora, ¿dónde está mi beso, *Principessa*?

Sus bracitos me rodearon el cuello y apretó los labios contra mi mejilla. *Beso*.

Sus ojos se desviaron hacia Manuel y luego volvieron a mí.

—¿Terminaron de trabajar?

—Casi.

—*Mamma* dice que trabajas demasiado.

—Lo sé, *Piccolina*. Pero ya casi terminamos por hoy.

Las voces de sus hermanos llamaron su atención, se lanzó a través de las puertas francesas y se les unió. Si la familia DiMauro no aparecía rápido, la ropa de mis hijos estaría cubierta de tierra.

—Vamos a tener las manos ocupadas con los jóvenes —comentó Manuel, riendo entre dientes mientras ambos salíamos por la puerta para reunirnos con la familia en el jardín.

Mis ojos encontraron instintivamente a mi esposa. Su cabello rojo alborotado por la brisa, entre el olor del mar y los limoneros, nuestros ojos se encontraron. Fue un puñetazo en las entrañas. Igual que la primera vez que la vi.

Me le acerqué y la besé, colocando mi mano sobre su vientre apenas redondo.

—*Amore mio*, me dejas sin aliento cada vez.

Sonrió, sus ojos brillaban más bajo el cielo azul.

—Mientras no dejes de respirar.

Seguía tocando el violín casi todos los días. Actuaba en la orquesta local e incluso daba clases de música en el instituto local. También ayudaba a dirigir el imperio legal Marchetti. No sabía dónde estaría sin ella. No quería ni imaginarlo.

—*Ti amo, Dolcezza*. —Le rocé la oreja con la boca—. Me has dado paz. Felicidad.

—Y tú me has dado una familia —murmuró—. También te amo.

Romeo e Iryna se nos unieron junto con Inessa. Si Enzo y Amadeo estuvieran aquí, nuestra familia estaría completa.

—¿Por qué tenemos que cenar con extraños? —refunfuñó Romeo, agarrando un puñado de hierba y lanzándosela a su hermana.

Me arrodillé para que estuviéramos frente a frente.

—No serán extraños por mucho tiempo.

Esta vez tomó un puñado de tierra y lo lanzó al aire, creando una nube de polvo sobre su cabeza.

—Romeo, *basta*. —La voz severa de Isla regañó a nuestro hijo, advirtiéndole que parara—. Estarás hecho un desastre para cuando lleguen nuestros invitados.

Se pasó las manos por los pantalones e Isla gimió, poniéndose la mano en la frente.

—*Che cazzo* —siseó. Me mordí el interior de la mejilla para no sonreír. A mi mujer se le había dado muy bien maldecir en italiano. De hecho, lo había perfeccionado tanto que estaba convencido de que maldecía mejor en italiano que en español—. Romeo, trae tu pequeño trasero aquí. Ahora.

—¡Ahí están! —exclamó Iryna cuando un coche se detuvo frente a la verja. Los guardias se acercaron al vehículo, asistiendo a Luca y a su familia.

Iryna corrió hacia la verja, tan ansiosa por ver gente nueva que la trepó y saludó como si los conociera de toda la vida.

—¡Hola! —exclamó—. ¡Soy Iryna!

Al igual que Inessa, era demasiado curiosa y simpática.

Me levanté, me metí las manos en los bolsillos del pantalón y me dirigí a la puerta con mi esposa a mi lado. Con la funda bajo la chaqueta, estudié a Luca y a su familia. Al igual que la mía, la suya se había ampliado con los años.

Fue entonces cuando me di cuenta de que mi mujer estaba descalza, pero no hubo tiempo de decir nada al respecto porque Luca se puso delante de mí.

—Luca —lo saludé—. Gracias por venir.

Inclinó la cabeza.

—Marchetti.

Mi mirada encontró a su mujer, Margaret.

—Señora DiMauro, encantado de verla de nuevo.

—Igualmente. —Sonrió, con su hija mayor a su lado y un niño pequeño en la cadera. Luca agarraba de la mano a un niño que parecía tener la edad de Romeo.

Los ojos de Margaret se desviaron hacia mi esposa.

—Mi esposa, Isla. Y nuestros hijos. Romeo. Iryna, que ya se ha presentado; e Inessa. Enzo y Amadeo no están aquí.

Juraría que Margaret lanzó un suspiro de alivio.

—Damiano es mi hijo mayor —respondió Luca antes de inclinar la barbilla hacia el niño que sostenía Margaret—. Armani. Y nuestra Penelope.

Apostaría mi vida a que hubiera preferido mantener a Penelope oculta. Parecía favorecer más el aspecto de su madre que el de su padre. ¡Gracias a Dios! Luca no era nada guapo. Ella era más joven que Enzo por unos buenos nueve años. Después de todo, Enzo y Amadeo asistieron a su boda.

—Bienvenidos a nuestra casa. —No invitaba a muchos a mi *castello*. Luca lo sabía, y esperaba que lo viera como un símbolo de nuestro futuro. Juntos o no.

Fue Luca quien rompió la tensión, bajando los ojos a los pies de Isla.

Siguió su mirada y sonrió.

—Mis pies me están matando —musitó—. Parece que mi marido me prefiere descalza y embarazada. —Luego le tendió la mano—. Encantada de conocerte, Luca. —Luego se inclinó ligeramente—. Y a ti, Damiano. Me gusta mucho tu nombre.

Margaret se rio entre dientes.

—Tiene que ser algo de los hombres italianos. Insisten en mantener embarazadas a sus mujeres. —Luca y yo gruñimos al mismo tiempo, pero ambas mujeres nos ignoraron—. ¿Cuánto tiempo tienes?

Isla resplandecía, la felicidad brillaba en sus ojos.

—Solo tres meses. —Me lanzó una mirada—. Después de esto, se acabaron los niños. Tenemos seis. Es más que suficiente.

Le rodeé la cintura con la mano.

—Ya veremos.

Cenamos temprano en la terraza con música, vino y risas. Manuel, Luca y yo hablamos de nuevos productos y rutas para próximos cargamentos. Isla y Margaret hablaron de maternidad, carreras profesionales y viajes. Tenían mucho en común.

Los niños jugaban. El pequeño Armani, embelesado con Iryna e Inessa, las perseguía de un lado a otro. Romeo y Damiano se escabulleron en el jardín y probablemente estaban matando los limoneros de *Zia*, mientras Penelope paseaba a la deriva, recorriendo la propiedad.

No se me escapó que Luca mantuvo su atención en ella. Casi como si le preocupara que la secuestráramos y la casáramos con Enzo. Todavía era muy joven, por el amor de Dios.

—¿Cómo está tu abuelo? —le pregunté a Luca—. Oí que su salud ha empeorado. Lamento escuchar eso.

Luca inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Está luchando. Quiere vivir para siempre.

Sonreí.

—Tiene mucho por lo que vivir. Le dio un propósito cuando te mudaste de vuelta.

Finalmente esbozó una sonrisa.

—Nunca deja de recordarme que esperé demasiado para volver.

—Mi viejo solía decir que todo ocurre en el momento justo —pronuncié.

Nuestro camarero trajo coñac y los tres lo compartimos. Las mujeres tomaron el postre. Los niños tuvieron *gelato*, pero se negaron a detenerse y saborearlo. En lugar de eso, correteaban felices y despreocupados con helado en la cara y tierra en la ropa.

—Sobre el acuerdo entre nuestras familias...

Me preguntaba cuánto tardaría en sacar el tema.

Me encontré con los ojos de Luca.

—No lo cancelaré. —La ira se reflejó en su rostro, pero antes de que pudiera decir algo más, continué—: Pero si nuestros hijos no llegan a amarse, estaré dispuesto a reconsiderarlo.

Nuestras voluntades batallaron. La historia bailaba. Los fantasmas acechaban.

—*Va bene* —respondió Luca, y nos estrechamos las manos—. Lo acepto, porque estoy seguro de que mi hija no se enamorará de tu hijo.

Sonreí.

—Ya veremos.

No importaba. De un modo u otro, me decía mi sexto sentido, que conectaríamos a nuestras familias. Pero eso se desarrollaría a su debido tiempo.

Ahora mismo, lo único que quería era vivir el día de hoy. Simplemente vivir y amar cada momento que me habían dado en este planeta con mi familia.

Como si percibiera mis pensamientos, los ojos de Isla encontraron los míos y sonrió. Aún llevábamos nuestras cicatrices, las suyas visibles, las mías por debajo de la superficie, sin embargo, igual de reveladoras de las pruebas que las habían provocado. Pero cada día que pasábamos juntos como una familia, las cicatrices desaparecían. Gracias a ella, mi esposa. Todo mi mundo.

*****FIN*****

AVANCE DE LA TRILOGÍA IMPERIO ROBADO:

PRINCIPE AMARGADO

Érase una vez un hermoso castillo a orillas del golfo de Trieste. Era un lugar mágico, con vistas al mar al este y extensas colinas al oeste. Un rey salvaje y sus dos hijos vivían en medio de la oscuridad, marchitándose lentamente junto a todo lo que había en ella. Ninguna magia podía salvarlos.

Amapolas, jazmines silvestres, gardenias y violetas llenaban los jardines. La suave brisa recorría el aire y con ella tantos aromas. El mar, las flores, la fragancia de los cítricos empañaban el aire y atraían a las mariposas, que revoloteaban a nuestro alrededor.

Mi hermana y yo nos quedamos boquiabiertas ante la serenidad de todo aquello, con su mano en la mía. Decenas de personas reían, comían y bailaban. Una alegre y antigua canción italiana, como las que le gustaban a *Papà*, llenaba el ambiente, y la gente charlaba en italiano y en español.

—*Es precioso* —dije señalando a *Mamma*, *Papà* y Phoenix. Las luces parpadearon en el rostro de mi hermana mayor y, por primera vez en mucho tiempo, vi que se le dibujaba una expresión de asombro y felicidad.

—*Es un hogar mágico* —agregó mamá también señalando, pero con una expresión sombría. La mano de *Papà* recorría su espalda, arriba y abajo, tratando de tranquilizarla.

—Romero, *sei arrivato*. —Una voz grave y severa hizo que *Mamma* nos acercara a Phoenix y a mí. No entendía italiano. *Papà* conversaba principalmente en español con *Mamma*, así que nunca hubo necesidad—. Me alegro de que hayan podido venir. Tanto usted como su encantadora esposa. —El hombre cambió a nuestra lengua materna, sus ojos azules se centraron en mi hermana y luego en mí.

—Angelo, me alegro de verte —lo saludó *Papà*—. Chicas, este es el señor Leone. Es nuestro anfitrión. —Mi hermana y yo nos inclinamos más hacia la falda de nuestra *Mamma* mientras la mano de *Papà* rodeaba su cintura—. Esta es mi esposa. Grace.

Los ojos del señor Leone se desviaron hacia nuestra madre, y vi un destello de algo que no entendía. Algo que no me gustaba.

Agarró la mano libre de *Mamma* y se la llevó a los labios.

—Encantado de conocerla, señora Romero. —No me gustó. Quería arrancarle la mano de mi madre y decirle que era mía. Pero sabía que *Papà* se disgustaría si no mostraba buenos modales—. Eres aún más impresionante en persona que en la pantalla.

Mamma era actriz, pero lo dejó por *Papà*. Y por Phoenix y por mí. Era hermosa, y cuando sonreía, todos quedaban hipnotizados. Sus suaves mechones rubios caían por sus hombros,

rebotando con cada movimiento. Llevaba un vestido rojo para demostrarle a *Papà* cuánto lo amaba; era su color favorito. Él la amaba mucho, pero *Mamma* no estaba contenta. Lo había oído decirle una vez que le daría la luna y las estrellas para que volviera a ser feliz.

Los labios de *Mamma* se afinaron mientras miraba al señor Leone, de la misma forma que lo hacían cuando algo no le agradaba. Como cuando la abuela Diana le dijo a *Mamma* que era egoísta. Como cuando el médico le dijo que Phoenix había perdido el sentido del oído. Nunca lloró; nunca gritó. Pero *Papà* lloró ese día. No entendí nada de eso.

Papà tomó la mano de *Mamma*.

—Vamos a bailar, *amore mio* —sugirió, posando sus ojos en mi hermana y en mí—. ¿Quieren ir a jugar? —Las dos asentimos—. Vayan y diviértanse. No se metan en problemas.

—¡Y no se ensucien! —nos gritó *Mamma* mientras nos alejábamos a toda prisa.

Caminamos por los jardines y agarramos dos *cannolis*, solo para metérmolos en la boca y tomar dos más. Nos reímos y salimos corriendo antes de que alguien pudiera gritarnos. Hablaban mucho en italiano. Nos lanzaron muchas miradas curiosas, pero nos mantuvimos alejadas.

Cuando nos cansamos de jugar afuera, nos dirigimos al interior del gran castillo, vagando por las salas vacías y evitando a otras personas y niños. Todos parecían reír y hablar como si se conocieran de toda la vida. Incluso hablaban con *Papà* en italiano, sabiendo que *Mamma* no entendía ni una palabra.

Aquí éramos extranjeros. Pero quizá no por mucho tiempo. *Papà* quería trasladarnos de vuelta a Italia, así que este verano lo pasaríamos de vacaciones aquí. *Mamma* dijo que era una prueba, pero no estaba segura de lo que estábamos probando.

—¿Hola? —grité, mi voz resonó en el largo pasillo. No obtuve respuesta. Compartí una mirada con mi hermana antes de volver al largo pasillo con suelos de mármol perfectamente resbaladizos.

Una idea me asaltó, y cuando me encontré con los ojos de mi hermana mayor, supe que tenía la misma idea por el brillo travieso de su mirada. *Papà* decía que Phoenix y yo teníamos ojos idénticos. Eran del color de un mar azul profundo, como el fondo de una laguna.

—¿Deberíamos hacerlo? —Señé. Sus ojos bajaron a mis pies. Los míos bajaron a los suyos. Llevábamos vestidos a juego con medias de encaje y volantes. Este podría ser el mejor uso para ellos.

Asintió y nos quitamos los zapatos que *Mamma* había elegido cuidadosamente para nosotras. Levanté la mano. Tres. Dos. Uno.

Nos lanzamos a la carrera, deslizándonos sobre el suelo de mármol de la mansión, con Phoenix a mi lado. Nos reímos, cayendo una sobre la otra. Rodamos sobre la superficie fría y resbaladiza.

—*Tendremos problemas si nos atrapan.* —Señó Phoenix.

—*No nos atraparán* —le aseguré—. *Te protegeré.*

Lo hicimos una y otra vez, deslizándonos como si estuviéramos sobre hielo. Chocamos, corrimos, volvimos a chocar. Casi parecía que volábamos.

Hasta que... *¡crash!*

Nos quedamos heladas. Trozos de un gran jarrón que parecía de la película de Disney *Mulan* yacían esparcidos por el suelo. Nuestras respiraciones sonaban más fuertes. El corazón me latía más fuerte, el pulso me zumbaba en los oídos. *Papà* nos advirtió que nos comportáramos y no nos metiéramos en problemas antes de venir a la fiesta.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —Una profunda voz italiana me sobresaltó y gemí, provocando que Phoenix hiciera lo mismo al sobresaltarme. Los ojos del león se volvieron fríos

y crueles, mirándonos fijamente. Dio un paso hacia nosotras, su forma oscureciéndose sobre nosotras como una nube de lluvia. Agarré la mano de mi hermana y la empujé detrás de mí. Era más alta, pero yo era más fuerte. Lo mordería para que ella pudiera correr a buscar a nuestro *Papà*.

—¿Quién de ustedes hizo esto? —siseó.

El pánico se apoderó de mí. Deberíamos correr. Deberíamos gritar. Sin embargo, mi voz se atascó en mi garganta. Una niña de seis años contra el rey malvado.

—Fui yo, *Papà*.

—No, *Papà*, fui yo.

Las voces de dos chicos respondieron al unísono.

Seguí el sonido y los encontré de pie en la esquina. Dos pequeñas sombras inmóviles. Sus ojos estaban fijos en su padre, sin mirar hacia nosotras.

Un chico se parecía a su padre. La misma tez. El mismo cabello castaño oscuro, casi negro. La misma dureza.

Pero el otro... no se parecía a ningún chico que hubiera visto. Su cara tenía ángulos agudos. Su piel era dorada. Su cabello era más oscuro que la medianoche y en sus hebras brillaban matices azules. Sus ojos entrecerrados reflejaban toda la galaxia, un universo propio, con estrellas enterradas en lo más profundo.

Cuando su mirada encontró la mía, el tiempo se detuvo. Manteniéndose paralizado, dejándonos solos en el mundo.

Era como mirar al terciopelo negro de la noche y dejar que el sueño te tragara. No había sol en sus ojos. No había luna. Pero había estrellas.

Estrellas que un día brillarían solo para mí.

AVANCE DE ESPINAS DE SILENCIO

Me paré frente a la enorme mansión en California donde parecía que todo había empezado hacía tantos años. Era el viejo Hollywood, algo por lo que las hermanas Romero eran conocidas. Había varias cámaras colocadas a intervalos regulares, parpadeando rojo. La valla era alta para mantener alejados a los intrusos. Aunque nunca mantuvo trancadas a Reina y Phoenix.

El viejo Hollywood y la vieja *dragona* de su abuela las protegían del público. Su familia las mantenía en una pequeña burbuja perfecta. Pero todo era mentira.

No existía una vida perfecta. Una realidad perfecta. O una verdad completa.

Siempre había gente con agendas. Incluidos los miembros de la *Omertà*. No era una excepción. Yo quería la guerra. Ella quería la paz. Yo quería ganar, y ella quería proteger a su hermana.

Así fue como hice que Reina aceptara esta farsa de boda. La destruiría. Sabía que no había salida. Era ella o su hermosa hermana.

Envuelta en mi hermano, esta hermana Romero nunca me vio venir.

Me subestimó por primera y última vez. La destrozaría, aplastaría sus huesos y vería la sangre brotar de sus heridas. Y luego, aun así, me llevaría a su hermosa hermana.

En mi mente destellaban unos ojos azul oscuro, llenos de desaprobación y regaño. Odiaba el control que ejercía sobre mí. La hermana silenciosa. La hermana sorda. La hermana de labios exuberantes y toque cálido que me perseguía desde que me besó.

Sin embargo, aquí no había lugar para los sentimientos. Había endurecido mi corazón y mi alma. Phoenix no importaba, y su hermana aún menos.

Era hora de hacerlas sufrir. Era hora de hacerlas pagar.

Cuando cometieron su crimen, sabían que volvería para perseguirlas. Sabían que su tiempo en esta tierra era limitado.

Ocultaron su secreto durante demasiado tiempo. Aunque no de mí. *Nunca de mí.*

En ese momento, había llegado la hora de hacerlas pagar.

Si el linaje Leone fuera borrado de este mundo, también lo sería la familia Romero.

Esa era mi venganza.

¿QUÉ SIGUE?

*¡Muchas gracias por leer **Espinas de Muerte**! Si te gustó, por favor deja una reseña. Su apoyo significa mucho para mí.*

Si tienes sed de más debates con otros lectores de la serie, puedes unirme al grupo de Facebook, el grupo Eva's Soulmates (<https://bit.ly/3gHEe0e>).

El siguiente libro de la serie es el de Dante y Phoenix, Espinas de Silencio (<https://amzn.to/3yaJ0h2>).

SOBRE LA AUTORA

¿Tienes curiosidad por conocer los otros libros de Eva? Puedes checarlos aquí. Libros de Eva Winners <https://bit.ly/3SMMsrN>

Eva Winners escribe novelas románticas de todo tipo, desde enemigos a amantes hasta libros con todo tipo de sentimientos. Sus héroes a veces son villanos porque también necesitan amor. ¿Verdad? Sus libros tienen una pizca de suspenso, misterio, violencia y oscuridad, y una buena dosis de angustia, y *mucha* pasión erótica.

Cuando no está trabajando y escribiendo, pasa los días en Croacia o Maryland soñando despierta con la próxima historia.

Encuentra a Eva en:

Visite www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

Grupo FB: <https://bit.ly/3gHEe0e>

Página FB: <https://bit.ly/30DzP8Q>

Insta: <http://Instagram.com/evawinners>

BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/eva-winners>

Amazon: <http://amazon.com/author/evawinners>

Goodreads: <http://goodreads.com/evawinners>

Tiktok: <https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/>